
3 1761 09545279 3





# LAS NEURÓTICAS

## OBRAS DE ALBERTO INSUA

DON QUIJOTE EN LOS ALPES (viajes y crítica, seguido de DIEZ AÑOS DE VIDA LITERARIA). Edición definitiva.—4 pesetas.

HISTORIA DE UN ESCÉPTICO *(En tierra de santos, La hora trágica, El triunfo,* las tres novelas en un tomo). Edición definitiva.—4 pesetas.

LA MUJER FÁCIL (Novela). 10.ª edición.—4 pesetas.

LAS NEURÓTICAS (Novela). 10.ª edición.—4 pesetas.

LA MUJER DESCONOCIDA (Novela). 7.ª edición.—4 pesetas.

EL DESEO (Novelas cortas). 5.ª edición.—4 pesetas.

EL DEMONIO DE LA VOLUPTUOSIDAD (Novela). 7.ª edición.—4 pesetas.

LAS FLECHAS DEL AMOR (Novela). 8.ª edición.—4 pesetas.

LOS HOMBRES: MARY LOS DESCUBRE. MARY LOS PERDONA (Novelas). 7.ª edición, cada volumen 4 pesetas.

EL ALMA Y EL CUERPO DE DON JUAN (Novelas cortas). 5.ª edición.—4 pesetas.

EL PELIGRO (Novela). 5.ª edición.—4 pesetas.

DE UN MUNDO Á OTRO (Novela de la guerra). 2.ª edición.—4 pesetas.

POR FRANCIA Y POR LA LIBERTAD (Artículos).—4 pesetas.

LA MADRILEÑA (Comedia en tres actos). 2.ª edición.—3 pesetas.

### *En colaboración con A. Hernández-Catá*

EN FAMILIA (Comedia en dos actos).—3 pesetas.

EL AMOR TARDÍO (Drama en tres actos).—3 pesetas.

ALBERTO INSÚA

# LAS NEURÓTICAS

NOVELA

(10.ª EDICIÓN)






RENACIMIENTO
SAN MARCOS, 42
MADRID
1920

Imprenta de Juan Pueyo. Luna, 29. Teléf. 14-30.—Madrid.

# I

A medio vestir, con el pecho y los brazos desnudos, las señoritas de Montaña iban de la alcoba al gabinete y del gabinete a la sala. Los movimientos rápidos, las voces destempladas y las exclamaciones de ira daban a entender que las señoritas de Montaña tenían los nervios en tensión. Por creerlo así, don Roberto —padre de Melita, de Esther y de Herminia y director-gerente de la GRAN AGENCIA DE ASUNTOS MINEROS—había incomunicado el despacho y la sala cerrando una puerta: el biombo de grandes ibis bordados en oro sobre raso azul, le parecía a don Roberto demasiado débil para impedir que llegasen a la oficina las risas y los gritos histéricos de sus hijas. Cerró la puerta con pestillo, y al volver, a un paso lento, balanceándose, hundida la cabeza entre los hombros, a su mesa de trabajo, dijo filosóficamente:

—¡Bah! no se puede con ellas... Hay que dejarlas... Es natural; las pobrecillas...

Los empleados sonrieron, y don Roberto, calándose los lentes, reanudó una carta. Ya sólo oía un rumor de voces y ruido de pasos sobre el entarimado del pasillo. Era tarde. En

la oficina se trabajaba a la luz de las lámparas eléctricas y por los balcones se extendía el resplandor de los arcos voltaicos de la calle. Por la noche iba a celebrarse el cotillón del Año Nuevo, y don Roberto, a pesar de sus sesenta y un años y su reuma, debería ponerse el frac. ¡Qué remedio! Se pondría el frac y tomaría parte en el cotillón, a no ser que quisiera tener "unas palabras" con Amelia, su esposa. Nada más lejos de su ánimo. El director de la *Agencia Minera* era enemigo de las polémicas y tan poco dado a extremar su autoridad de marido y de padre, que desde hacía treinta años no la usaba. Amelia se la había usurpado desde un principio y ahora la compartía con Esther y Herminia. La pobre Melita, siempre enferma y melancólica, era, como el padre, juguete de las tres déspotas. Pero don Roberto y Melita, sin protestar, se sometían a aquella tiranía que, en el fondo, no les molestaba. Indolentes y débiles los dos, les parecía más fácil obedecer que mandar. Además, don Roberto, si algún ansia de gobierno alimentase aún, tenía su oficina, su centro de negocios, su Gran Agencia de Asuntos Mineros.

Con la cara junto al papel, escribiendo en actitud de miope, maquinalmente, reflexionaba don Roberto. La luz, que una pantalla verde enfocaba sobre la mesa, hería su calva sonrosada. De pronto dejó la pluma y, al levantar la cabeza, la luz chispeó en los lentes, en la línea angulosa de la nariz y en la dentadura descarnada que la boca pálida descubría al abrirse, entre la barba y el bigote blancos. Los escribientes—un hombrecillo grueso

y un joven delgado y amarillento—cesaron también en su labor. Don Roberto volvió a decir:

—Hay que dejarlas. Es natural...

Pero un grito estridente, que atravesó el biombo y la puerta, le hizo levantarse:

—Voy a ver. Esa es Esther, esa es Esther... ¿Qué pasará?

Dando un rodeo por el recibimiento llegó a la sala, donde su mujer y sus hijas daban voces airadas. Sobresalía la de Herminia:

—¡Es una indecente, una fachosa, como recomendada por las de Juez, que son unas cursis!

Esther se había sentado en una butaca afectando calma, con los brazos desnudos sobre las rodillas y la cara entre las manos. Al ver a su padre se levantó con un movimiento de muñeca mecánica, y arreglándose el pelo, rubio y rizado, que le caía sobre la frente:

—¡Si yo lo había dicho!—exclamó—. ¿Oye usted, papá? Y encargarle, precisamente, los trajes del cotillón...

Amelia asentía a las hijas:

—Una fachosa, una fachosa, una modistilla de tres al cuarto. Ya le diré yo a la de Juez que se ha lucido.

Herminia, en enaguas, con los lindos brazos y el blanco pecho al aire, daba paseos por la sala. Melita, con una bata obscura, cosía cerca de un balcón, murmurando con ánimo de arreglar las cosas:

—No; si las blusas van a quedar bien. Un poco anchas de espalda, nada más. Y con dar cuatro puntadas...

Herminia casi la increpó.

—¡Sí, como no arregles! Yo, por mi parte, antes de hacer el ridículo, me meto en cama con la gran jaqueca. Veremos qué dice Santelmo cuando le digamos...

Esther gritó crispando los dedos:

—¡Pero es que da asco, es que indigna, que fríe la sangre! Yo la mordía a esa ramplona, la arañaba... ¡Y hoy, hoy que viene Gustavo!

Don Roberto estaba consternado. ¿Cómo resolver aquel conflicto? ¿Qué decir? Medio desnudas, con los ojos llameantes y las bocas torcidas, Esther y Herminia iban de un lado a otro, golpeando el suelo con los piececitos, que calzaban zapatillas de tafilete rojo. Amelia, hundida en el sofá, parecía rendirse a la desgracia. Sólo Melita, con su bata obscura y su delicadeza apacible de religiosa, sonreía mientras sus manos pálidas y estrechas se apagaban entre la seda blanca. Don Roberto se acercó a ella.

—¿Tú crees que podrá arreglarse, hija?

—Sí; yo creo que podrán pasar. Ya veremos.

Herminia lanzó una carcajada.

—¡Desengáñate, Melita, con azúcar estarán peor!

—Bueno—comenzó a decir don Roberto—: vamos a ver... En último caso, ¿no tenéis otros trajes? ¿Es que las tres blusas han quedado mal?

—Le diré a usted, papá—respondió Esther—: lo que tienen las blusas es que están mal cortadas. Ya, al probárnoslas, lo vi yo y se lo dije a esa imbécil de Clotilde, de *madan* Clotilde, la gran modista de las de Juez...

—¡Las de Juez!—comentó Herminia echando a broma el asunto—. ¡Esas se visten en la calle de Toledo! ¡Qué cursis son las pobrecitas! ¡Eh, mamá, las dos mayores vestidas de azul gendarme! No estarían mal, a caballo, en alguna carretera...

—Pues ¿y la pequeña?—agregó Esther—. La pequeña, que sólo quiere trajes sastres, muy estirados, muy planchados de pecho, muy escurridos de cadera...

Amelia levantó la cabeza para decir:

—Pero si la pobrecilla no tiene nada. Es un palo vestido. Sin gracia, sin movimientos...

—*Sans chic*—concluyó Esther.

Don Roberto, en vista del nuevo giro que tomaba la cuestión de las blusas, se arriesgó a aconsejar:

—Bueno: os advierto que son ya las siete y que debéis daros prisa. Yo voy a despedir a los escribientes.

Un minuto después, en el gabinete, rodeadas de su madre, de Melita y la doncella, Esther y Herminia se probaban por cuarta o quinta vez las blusas. Herminia, cambiando de posturas entre dos espejos, concluyó por confesar:

—No; yo creo que ahora, ¡phs!, Melita tiene manos de hada! ¡Menos mal! Pensé que no servirían...

Doblando el talle y torciendo la cabeza como a impulsos de un resorte, se contempló Esther, cuando Herminia concluyó de hacerlo. Las lunas viseladas del vestidor y el espejo movible reprodujeron doblemente su extraña figura de marioneta. La cara corta, angulosa, de cejas oblicuas, que subían hasta las

sienes; de nariz valiente y respingada que parecía sorber el labio superior, demasiado corto; de encías descubiertas y dientes blancos y crecidos, era, bajo el pelo rubio recortado, como el de ciertas mujeres de teatro y peinado con un aire funambulesco, algo como la cara de un payaso o de un actor de pantomima, algo exótico y agradablemente feo, que seducía y que inquietaba.

Frente a los espejos, apoyadas las manos en el talle, de una rigidez masculina; con el pecho delgado, casi anatómico, falsamente erguido por el corsé, y las piernas finas surgiendo con la gravedad marmórea de las medias blancas de entre las enaguas, Esther se consagró al íntimo placer de contemplarse. Ella se admiraba apasionadamente. Veía en toda su figura una inexplicable y encantadora elegancia: una elegancia desmayada, desdeñosa, de un *chic* exquisito: esa elegancia de algunas figuras modernistas que había visto en revistas ilustradas, en tarjetas postales y en ciertos números de *Fémina*. Una elegancia solemne, soñadora, llena de orientalismo. "Usted—le había dicho Gilberto Ruiz, el poeta venezolano que recitaba versos en los salones—, usted tiene un prestigio oriental, un hieratismo de princesa egipcia y una movilidad majestuosa de domadora de serpientes, de danzarina sagrada, de..." Y algunas otras cosas igualmente bellas e incomprensibles... Herminia la distrajo de sus dulces consideraciones:

—Hija, no eres tú nadie cogiéndote el espejo para ti sola.

Esther le contestó violenta:

—¡Qué grosera, qué groserísima eres! Ea, me voy al ropero, o al cuarto de baño.

—Sí, tonta, vete; allí te pintarás mejor.

—¡No, que tú!...

—Ahora mismo voy a hacerlo. A ver, Melita, ¿dónde has dejado el *rouge?*

Melita, que se calzaba, sentada en una silla baja, los zapatos de raso, señaló al vestidor.

—Ahí lo tienes; pero conste que yo no me pinto. Un poco de polvos y nada más.

—Sí, hija, sí; debes de cuidarte el cutis. ¡Eh, usted, Ricarda!—dirigiéndose a la doncella, una muchacha de fresca boca y pupilas irónicas—, ¿qué hace ahí parada? Búsquemelo usted todo... Sí, señor; voy a pintarme más que nunca. Dos chapas en las mejillas como al oir un chiste de Pagés... ¡Pero qué indecente es ese tío! ¿No sabes, Melita, lo que me dijo la otra noche?

—No, ni quiero. Alguna desvergüenza...

Desde la alcoba llegó la voz de la madre:

—¡Niña, niña! Hay cosas que no se repiten y que cuando se oyen se hace como que no se entienden. Ese Pagés es un mal educado.

—Pero tiene mucha gracia, mamá. Verás, Melita: va Pagés y me dice: "¿Qué hay, Herminia? La encuentro a usted ojerosa, está usté pálida... Ah, "usted necesita..." ¡Ja, ja, ja! "Usted necesita..." Te lo diré al oído...

—¡Qué atrocidad!—murmuró Melita, ruborizada, después de oir el secreto. La doncella sonreía, extendiendo a Herminia el frasquito cuadrangular del vinagre de rosas. Herminia era, realmente, una muchacha agradable. Más joven que Melita y Esther, daba a sus

veinticuatros años el desenfado ingenuo, la ruidosa alegría y el candor delicioso—todo lindamente fingido—de una colegiala que acaba de aparecer en sociedad. Tenía el pelo negro y brillante, la frente corta y recta, los ojos grandes, de párpados vibrátiles y pupilas metálicas que, al mirar con fijeza, parecían dos chispas de oro; la boca roja, de líneas duras y sensuales; la barbilla saliente; la mandíbula un poco pronunciada; formando un conjunto de belleza arisca, más inspirador de lujuria agresiva que de sueve y sutil rendimiento. Un delicado matiz blanco rosa se extendía en tenues tonalidades por su piel, que daba en los brazos mórbidos, en el cuello perfecto y en el pecho, menos triste que el de su hermana Esther, una impresión de seda tibia y amorosa. Pero Herminia estaba descontenta de sí misma. Hubiese querido rojas—con ese rojo enfermizo, de fiebre, con ese rojo extraño que parece sangrar en algunos rostros de marfil, con ese rojo diabólico que las cortesanas tísicas ponen sobre sus mejillas yertas—, hubiese querido rojas, así, de un modo fantástico, sus mejillas, dulce y espontáneameute sonrosadas. Y el culpable de este capricho, de, por lo menos, la intensidad psicológica de este capricho, era... Gilberto Ruiz, el poeta venezolano, autor de un soneto a Herminia, en que la comparaba con la Muerte, cantando, en graves alejandrinos como sólo se hacen en Caracas, "el morboso contraste" de la tez blanca "de místico alabastro" y "la rojez trágica y terrible" de las mejillas: "la lividez de la Muerte y las rosas de la Vida"... Herminia, que hallaba muy di-

vertido a Gilberto Ruiz, con su cráneo de indio y su elegancia de rastacuero, después de aquel soneto usaba más blanco-perla para todo el rostro y más *rouge* alrededor de los pómulos. Con el lápiz de *kohl*, que acababa de agrandar sus ojos, en una mano, dió varias vueltas entre los espejos. Se encontraba muy linda de espaldas, volviendo la cabeza.

—¿Verdad, Melita, que estoy así muy bien? Es un perfil...

—Divino—aseguró Melita abandonando su asiento.

Herminia desplegó los labios lentamente, en un ensayo de sonrisa de buen tono. ¿No era nada saber sonreir? Y se dirigió a su hermana:

—¡Ea, te dejo el sitio! Me voy con mamá y Esther. Arréglate, Melita; no seas tonta. Estás pálida.

—Como siempre.

—Pues nada, dos chapitas, dos pétalos de rosa... Si sales así, descolorida, a lo mejor, ese salvaje de Pagés...

Melita murmuró, colocándose en el puesto que le cedía su hermana:

—Conmigo no se atreve.

—¿Es que te tiene miedo?

—No. Es... que no le gusto. Yo soy demasiado seria.

Herminia la besó con cariño.

—Vamos, alégrate, anímate, mujer; no seas tonta. Verás que bien lo pasamos esta noche.

Y abandó el gabinete, donde quedaron Melita y la doncella. Melita se arregló el pelo y puso en el cuello y en la cara una capa de

polvos que luego aclaró con el cepillo. Se mordió los labios y por el cerco de los ojos pasó la punta de los dedos. Ricarda la miraba con simpatía, hablándole de tiempo en tiempo.

—Señorita, yo creo que un poquito de color en la boca.

—¡Quite usted! Yo estoy bien de cualquier modo.

—Vamos, señorita...

—Sí, hija; ¿quién se va a fijar en mí?

—No diga usted esas cosas...

—¡Vaya!

Melita, la mayor de las de Montaña, Amelia como su madre, tenía ya treinta años. Era delgada y pobre de pecho, de cuerpo semejante al de Esther, pero de actitudes tranquilas, de movimientos lánguidos y reposados. Miope, como don Roberto, y con algo de estrabismo en la mirada; pálida, de mejillas hundidas y boca que se contraía dolorosamente, era ese tipo de mujer débil que se respeta. ¡Hasta Pagés, aquel muchacho cínico y superficial, la respetaba! Por eso le decía tan convencida a Ricarda:

—¿Yo? Ya sabe usted... Más que nada me pasaré la noche tocando el piano.

—Pero, ¿no bailará el cotillón?

—Sí; el cotillón, sí... Haré algunas figuras.

Y animándose:

—¡Ah, va a haberlas muy bonitas! Santelmo y Esther van a lucirse.

Del fondo de la casa llegó la voz de Herminia:

—¡Melita! ¡Melita! ¿No vienes a tomar un bocado?

Y la voz de Amelia, de la señora, despótica:

—¡Eh, usted, Ricarda! Arreglará el gabinete. Dará un vistazo a la sala. ¿Eh?

Don Roberto había despedido a sus empleados, y frotándose las manos, que detuvo un momento cerca de la estufa roja de la antesala, se dirigía al comedor. Aquella noche la cena era frugal—un plato de legumbre y otro de pescado—; pero en cambio, después del cotillón, el *lunch* sería espléndido. Le costaba más de mil pesetas a la caja de la *Gran Agencia de Asuntos Mineros.*

Sola, en el gabinete, Ricarda fué poniendo en orden las cosas. Recogió de las butacas y del sofá las cintas, los recortes de tela y los hilos que Melita había dejado, y del suelo, las medias negras, las ligas y las zapatillas caídas sobre la alfombra de terciopelo azul. Aquel era «el gabinete azul»... El sofá, las butacas y las sillas de armadura de castaño, ligera, con varillaje en forma de abanico; la tapicería de muebles y cortinas, de una seda labrada en franjas azul-violeta y crema apagada—el gusto de Esther—. El vestidor se convertía en consola, gracias a unas palmeras artificiales. El espejo movible ocupaba un ángulo, haciendo frente a una vitrina Luis XIV, llena de muñecas, de figuritas de porcelana, de pequeños jarrones, de miniaturas de pasta blanca—que la dueña de la casa llamaba «tallitas en marfil»—y de objetos parecidos, que eran—frase también de doña Amelia—«caprichos y monadas de las niñas». La pared, de un papel rameado indefinible, estaba cubierta de retratos familiares, «al crayón»; de paisajes andaluces muy azules y muy floridos;

de ladrillos, panderetas y conchas ilustrados con efectos de luna en el mar y con perspectivas de azoteas sevillanas, en las que se destacaban las Columnas de Hércules, la Giralda o la Torre del Oro. Concluían de adornar la pared dos soberbios abanicos de pluma blanca, con fotografías presas en las varillas. En el centro del gabinete, bajo la lámpara de seis brazos y tulipas rizadas, un velador de tablero redondo mostraba sus flores rojas y su verde hojarasca, apagándose en el negro de esmalte: un velador chino, de los que se compraban en las tiendas de cachivaches del Rastro, pero que Amelia presentaba como mueble de familia, mientras don Roberto temblaba temiendo que descubriesen la superchería.

Flotaba en el gabinete una emanación de perfumes, de ropa usada y de alcohol sucio para templar las tenacillas: esa atmósfera de las habitaciones en que se desnudan y se arreglan las mujeres. Ricarda abrió el balcón, exclamando:

—¡Puf!

—El aire frío de la noche de enero infló el cortinaje, hizo ondular el estor de batista blanca y estremeció la pluma de los abanicos. Ricarda, antes de pasar a la sala, cerró el balcón. En la sala estaba todo en orden: la sillería Luis XV, en oro y verde pálido, arrimada al muro, dejando libre espacio para el baile; el espejo de la consola, los retratos «al crayón»—que no concluían en el gabinete—; el Otelo y la Desdémona, de yeso pintado, que miraban de una a otra esquina de la sala; las porcelanas de bazar, las flores de trapo

y de *biscuit* colocadas en jarrones «artísticos“ y las luces brillando entre pantallas de tonos nácar rosa. Los grandes ibis del biombo oriental parecían esperar curiosos, acaso un poco irónicos, la hora vibrante de la fiesta... Se diría que la alfombra, cubierta de lona para que los bailarines se deslizasen blandamente—según Pagés, porque estaba inservible—experimentaba la nostalgia de los pies femeninos calzados de raso blanco y de los pies varoniles cubiertos de charol, que habían de oprimirla en las vueltas frenéticas del vals... ¡Alfombra recatada y misteriosa! Cierta noche Pagés había gritado: “¡He descosido la lona y no hay alfombra!“ Pero había, en rigor, una moqueta estimable.

La criada volvió un cuadro a su nivel. Luego, sonriendo, contempló los retratos de los señores. El era un santo. Ella, con su cara larga, llena de polvos y de arrugas, con su boca fruncida y desdeñosa, sus actitudes de gran duquesa, y su lápiz, y su cuaderno, y su balanza, y sus llaves... verdaderamente inaguantable.

Por el pasillo, riendo como locas, volvían Esther y Herminia del comedor. Sonó el timbre de la puerta y, palmoteando, fueron a abrir...

—¡Es Santelmo!

—¡Santelmo!

Mientras le ayudaban a quitarse el gabán, Santelmo, de frac y con el canoso bigote erguido, sonreía radiante.

—Ya os dije. Soy puntual. Como buen *conducteur* de cotillones. ¿Y vuestra madre? ¿Y Melita?

Hablaba, con una mano de Herminia y otra de Esther retenidas con delicadeza entre las suyas, enguantadas de blanco. Amelia entró en el recibimiento, ya con su traje de seda negra, haciendo con solemnidad cómica una reverencia de corte.

## II

Un cotillón inolvidable. Esther y Santelmo fueron aclamados aquella noche. El redactor de salones de un diario de la mañana tuvo frases de una delicadeza y de un entusiasmo seductores. El *clou* de la fiesta, según el atildado periodista, había sido "la figura de las parejas célebres". Todas las señoritas lucían "vaporosos trajes blancos" de seda, de gasa, de muselina. Blandamente peinadas, con el escote y las mangas cortas, con un ramo de flores pálidas en la cintura, recordaban al cronista "un sueño de hadas". Las señoras, presididas por Amelia con una gravedad exquisita, ocupaban los asientos. Los caballeros, exceptuando unos pocos que se las daban de escépticos, o que desconocían en absoluto los misterios del vals, tomaban parte en el cotillón, correctísimos, "de rigurosa etiqueta", según el periodista, que exageraba un tanto. Santelmo, con su cabeza redonda, de pelo gris cortado al rape, vestía, en efecto, un frac irreprochable que tal vez llevaba demasiado majestuosamente: trataba de erguir sus cincuenta años y de conservar de paisano su porte bizarro de comandante de Administra-

ción. Gilberto Ruiz, el autor de los *Arpegios venezolanos*, llevaba un frac hecho en París por el sastre de los poetas simbolistas. El de Gustavo Suárez, el ingeniero de Minas que cortejaba a Esther, era un frac retrasado que su apostura de hombre alto, de pecho robusto y cara virilmente hermosa salvaba del ridículo. Los fracs de Ramoncito Pagés y de monsieur Ruval cumplían su cometido, al que faltaban descaradamente Fernando Molina y Antonio Alvarez, que iban de levita, y de un modo abusivo Guillermo Gómez, que se presentó con un chaquet corto y ribeteado del año noventa, ante la grande y mal disimulada indignación de doña Amelia. Por su parte *Aramis*, el redactor de salones, lucía con desgaire inimitable su smoking londinense, el nardo en el ojal, el monóculo inquisitivo y risueño sobre uno de sus ojos verdes...

Don Roberto iba de un lado a otro haciendo los honores. En la antesala, el ordenanza de la *Agencia* recogía los abrigos de los invitados, que iba colocando en una pequeña habitación contigua, sobre dos mesas de despacho y entre dos librerías llenas de papeles y expedientes de minas. El salón de la oficina había sido asaltado. Ramoncito Pagés, en los descansos, tomaba asiento sobre la carpeta del director. En los sillones de gutapercha se arrellenaban otros caballeros, cansados del vals. Algunos señores melancólicos, padres de las señoritas, se distraían de la frivolidad y el bullicio de la sala leyendo los estatutos de la *Agencia*, expuestos en un cuadro, o mirando las cartas geológicas, con sus cortes

ideales del terreno, en franjas grises, pardas, amarillas y de color siena. Otros conversaban detrás del biombo oriental. Al reanudarse el cotillón renacía la curiosidad, se arrojaban los cigarros a medio arder, se pasaban los pañuelos por las sienes, se estiraban los puños... Ninguna figura gustó tanto como "las parejas célebres".

Esther y Santelmo entregaban, ella a los caballeros y él a las señoritas, grandes tarjetones blancos con los nombres de los amantes históricos escritos en letras rojas... Romeo y Julieta, Pablo y Virginia, Píramo y Tisbe, Tristán e Isolda, Antonio y Cleopatra, Sansón y Dalila, Fausto y Margarita, Adán y Eva, Manon y Des Grieux, doña Inés y don Juan... Esther, con una reverencia desmayada, ponía en mano de los caballeros el nombre de la amada. Santelmo, abriendo la boca para sonreir, como si el bigote engomado tirase de ella, tenía frases espirituales.

—Conchita, usted debe perseguir a Sansón hasta dejarlo sin pelo.

—Clementina, no se fíe usted de Fausto. Recuerde que es un viejo haciendo de joven.

—Como Santelmo.

—¡Qué mala es usted! No me lo recuerde.

Herminia buscaba a Des Grieux, que era "el salvaje" de Ramoncito. Gilberto Ruiz, trocado en Romeo, acechaba a Julieta. Monsieur Ruval, de Tristán, hubo de unirse a Melita, convertida en Isolda. Ruval, ingeniero belga, menos alegre que Cleopoldo, parecía descontento de su suerte. Pagés, sin dejar de bailar muy estrecho con Herminia, le gritó:

—¡Eh, Tristán, no se ponga usted tristón!

El chiste fué rechazado.

—¡Fuera!

—¡No hay derecho!

—¡Que se vaya!

Pagés, dejando a su pareja, hizo una reverencia grotesca, de dramaturgo que recibe una ovación.

—¡Gracias, amado pueblo! No presumo de Linares Rivas.

—¡Que se calle!

Fernando Molina, en el piano, con los faldones de la levita recogidos, tocaba *Fascination*, *Amoureuse*, *Quand l'amour meurt*... un *pot-pourri* de valses, inventado por él. Conchita Sáenz, una muchacha muy linda, de miradas ardientes y líneas tentadoras, se entregaba a las galanterías de *Aramis*, el periodista, calvo prematuro, que hacia de Sansón. Esther y Santelmo habían conspirado contra el hermoso Gustavo: el ingeniero se llamaba entonces Pablo y debía buscar, en Esther, a Virginia. Parecían enamorados. Esther adoptaba en los brazos del ingeniero posturas de laxitud encantadoras: como las muñecas mecánicas daba la impresión de ir a romperse por el talle. Con los ojos fijos, las pestañas rígidas y las cejas mefistofélicas más elevadas que nunca, con la rubia cabellera de payaso, el flaco tórax erguido, denunciando los huesos, y el brazo izquierdo, con el guante arrugado, languideciendo en el pecho de Gustavo, daba retenidos pasos de vals. Gustavo sonreía con sus grandes ojos bondadosos de niño, tal vez asustado de no comprender lo que le atraía en aquella mujer extraña.

Gilberto Ruiz, como desempeñaba el papel

de Romeo, creyó necesario recitar un pasaje de Shakespeare a Clementina Angulo, su pareja. Y concluyó diciendo, alargando las vocales con una voz muy dulce:

—Mas yo creo que, de esta vez, el amor de un Montesco y de una Capuleto no terminará trágica, rojamente, señorita... ¿no?

Como Clementina le mirase asombrada, sin entenderle, el vate caraquense tuvo una infinita sonrisa de amargura. Su erudición caía en el vacío más profundo. No cantaba «la alondra de los amores trágicos» para aquella señorita. ¡Qué lástima!

Las de Juez, con cuya madre resolvía Amelia el pleito de la modista, habían hecho de Tisbe, de Cleopatra y de Eva. De Eva, la mayor, una muchacha alta, seria, que frisaba en los cuarenta.

Pagés, al verla pasar del brazo de Guillermo Gómez, murmuró al oído de Herminia:

—Se comprende lo acabada que está Pilarcita Juez. ¡Con los hijos que ha tenido!

Herminia hizo como que se asustaba:

—¡Qué... bruto es usted, hombre! ¡Qué ha de haber tenido hijos! Primera noticia.

—Fíjese usted en el tarjetón de Pilar. Dice "Eva". La madre del género humano...

—¡Ah! ¿Era un chiste? ¡Qué malo, hijo!... No bailo más con usted.

—Usted se lo pierde.

—Hombre... gracias. ¡Qué galante! No es usted nadie presumiendo.

—Porque se puede. Diga usted, Herminia...

Y acercó su boca de hombre lujurioso a la oreja roja de Herminia...

Las "hadas" de *Aramis* se contemplaban,

al pasar con las evoluciones del vals, en el espejo de la consola. Esther y Herminia, principalmente, tenían un modo adorable de mirarse, volviendo la cabeza, dibujando con los labios pintados un gesto que podía expresar: "¡estoy incomparable!" Ellas no experimentaban el menor sobresalto al codearse con la belleza sensual de Conchita Sáenz, que sofocada, como respirando anhelosa la atmósfera cargada de perfumes, del vaho de los alientos confundidos y de los cuerpos sudorosos, daba raudas vueltas de vals con el pobre *Aramis*, atolondrado por la cercanía de la mujer bonita y con su empaque de cronista de salones completamente deshecho. Ni Esther ni Herminia envidiaban la belleza de Conchita: les parecía poco delicada, poco soñadora... Conchita no se pintaba. Amelia decía: "¡Qué lástima! ¡Esta muchacha no es "espiritual!" Herminia, por su parte, sin envidiarla, era muy amiga de Concha, que vivía en la misma Carrera ra de San Jerónimo, cerca de ellas.

Don Roberto "se multiplicaba" para cumplir sus deberes de amo de casa, e iba de aquí para allá, sonriente, con su balanceo de marino en tierra y su blanca cabeza doblándose e irguiéndose como la de un galápago. En las treguas del cotillón, Guillermo Gómez, que a pesar de su chaquet prehistórico tenía un alma compasiva, se acercaba a Melita y le hablaba con cariño, mientras el ingeniero belga, atusándose el bigote rubio, miraba con deseo a Clementina Angulo, muy digna de ser amada por su gracia y su picardía de morena y sevillana y muy a propósito para rendir corazones extranjeros.

El gabinete también había sido invadido. Antonio Alvarez, médico joven y estudioso, amigo del análisis y de la murmuración, hablaba allí, cerca de la vitrina Luis XIV, con un señor grueso desconocido, al que interiormente llamaba él "una víctima" desde que por su boca supo que "andaba en tratos para quedarse con una mina de cobre de la *Agencia*".

—Una gran mina, según dicen. Sólo con la primera calicata se ha visto que será una riqueza.

Antonio Alvarez, buen amigo de la casa, le animó todavía:

—Sí, sí; una verdadera mina. A ella sin miedo. ¡Quién fuera usted!

Gilberto Ruiz, ofendido en su "prestigio" de poeta venezolano, había abandonado a Clementina Angulo por ignorante, y, también en el gabinete, debajo de un efecto de luna—comprado en Fornos por don Roberto—, le decía versos suyos a la menor de las de Juez, la muchacha de los trajes sastre escurridos, que componía sonetos, recitaba monólogos y era dueña de unos ojos inteligentes y de unos labios apetitosos. Gilberto y Laura, la poetisa, "se abstraían, se remontaban a las regiones del más puro idealismo", despreciando "la frivolidad y la vulgaridad ambiente".

—Vea usted, Laura, estos versos:

«Fué en mi tierra, en las selvas y en los montes de mi tierra
que un guerrero portentoso
forjó el hierro, forjó el hierro, forjó el hierro
que debía
destruir al invasor...»

Pagés, seguido de Herminia, llegó a interrumpirles.

—¿Qué hacen ustedes aquí, escondidos? Secretitos, no... Vengan a la sala. Vamos a hacer la figura del saco. Si no vienen, les... saco a la fuerza.

Herminia silbó el chiste, mientras Laura y el poeta indio, precipitados desde las mencionadas "regiones del más puro idealismo", volvían a la sala con melancolía. Pagés, que les hizo ir delante, esquivando la mirada de Antonio Alvarez, le dió a Herminia un pellizco en el brazo. Ella se volvió, roja, para darle una bofetada. El cazó en el aire la mano blanca y la puso en sus labios.

—Si no puede usted conmigo, Herminia... Si tendrá usted que adorarme.

—Es usted... muy poco caballero.

—¿Muy poco? Nada. Yo ando siempre a pie.

Antonio Alvarez sonreía. También, levantándose un poco de la banqueta, desde el piano, Fernando Molina era testigo de la escena. Abandonó Alvarez a "la víctima", que cayó en seguida en las garras de don Roberto, y se acercó al pianista.

—Pages está frenético por Herminia.

—Pero ¿ella...?

—¿Ella? Si no fuese porque sabe que Pagés es un golfo...

—¿Usted cree que Pagés?

—No va más que a...

—Y ¿será posible?

—No; no creo...; pero no deje usted de tocar el piano... No creo, porque Herminia se entrega a un Pagés casándose; pero no le tolera... ¿Vió usted la bofetada que iba a darle?

—Sí. Me gustó. Pagés es un individuo que cree que no hay más que llegar...

—Eso es. Herminia puede ser una muchacha lujuriosa; pero en ella la dignidad puede más que la lujuria. Esto no lo comprenden todos los hombres, y así se llevan muchos chascos.

—Los que están amarteladísimos son Esther y Gustavo. Muy enamorados.

—Ella de él... Loca... Lo que Gustavo quisiera, con estrechar el cerco por lo romántico...

—Pero ¿Gustavo?...

—No sé. No he formado juicio de este Gustavo. Parece un buen hombre. Es ya cuarentón.

—¿Asturiano?

—Sí. Uno de esos solterones de provincia. Acompaña a todas las muchachas. Es un "Periquito entre ellas».

—¡Con qué gusto le casarían aquí! ¿Ha visto usted cómo procuran atraerle?

—Sí; pero Gustavo tiene en Oviedo un lío... Tres o cuatro hijos. Tremendo...

—No sabía nada...

—Ni lo diga usted. No quitemos ninguna ilusión a estas muchachas. ¡Vaya! ¡La figura del saco!

Molina, sin separar las manos del teclado, volvió la cabeza.

—¡Caramba, meten en el saco a Guillermo!

—Y a ese Gilberto. Con los faldones fuera del saco, un verdadero papagayo. ¡Qué necio es el pobre!

En medio de la sala, Conchita Sáenz, garbosamente sentada, aguardaba al triunfador.

Guillermo Gómez, con un par de ágiles saltos, llegó hasta ella. Gilberto Ruiz, al primer intento, dió con su humanidad lírica en la alfombra, entre las carcajadas y las bromas de los espectadores. Ramoncito Pagés, con las manos en la cintura, doblado por la risa, gritaba:

—¡Ja, ja. La poesía por los suelos!

Y Antonio Alvarez, al oído de Molina:

—Me alegro. Tengo atrevesado a este tío, tanto como a ese imbécil del marquesito de Ojeda, que empieza a cortejar a Herminia.

—No ha venido, ¿verdad?

—No, ni falta.

—¿Y Ricardo Morata?

—Tampoco, afortunadamente. No viniendo Ojeda...

—Amelia estará consternada.

—Debe de estarlo. La marquesa del Topacio Falso se ha quedado sin aristócratas.

En un ángulo del salón, Gilberto Ruiz, con el sudor filtrándose por el bigote, pedía explicaciones a Ramoncito Pagés.

—Usted ha tratado de burlarse de mí.

—No acostumbro a contradecir a nadie.

—Yo no puedo tolerar...

Don Roberto y Santelmo intervinieron:

—Vamos, señores, vamos...

—Que no se diga...

Llegó el momento del *lunch*—del *souper-froid,* como decía Esther—, y las damas, del brazo de los caballeros, fueron a lo largo de un pasillo hasta el comedor. Herminia iba del brazo de Pagés, murmurando:

—¡Qué pegajoso es usted, hombre!...

Esther, con la gracia lánguida de una desposada, se apoyaba en el hermoso Gustavo.

Molina y Alvarez, Santelmo y Guillermo Gómez conducían a las señoras graves. Don Roberto, todo reverencias, llevaba a una señorita, la instalaba en el comedor y volvía por otra a la sala. *Aramis*, acompañante de Conchita, había tomado un lugar estratégico, junto al chinero, frente a una gran bandeja de fiambres. En el comedor, pequeño, de muebles de castaño, a duras penas cabían los invitados. La mesa estaba repleta de dulces, de pastas, de emparedados y de botellas. La luz centelleaba en las copas, en las yemas abrillantadas, en los platitos de «marrons glacés» envueltos en papel de estaño. Los ojos febriles de Gilberto Ruiz descansaban en la nota clara y dulce del huevo hilado que guarnecía las fuentes de jamón, de pavo trufado y de cabeza de jabalí. Las señoras, silenciosamente, abstraídas, devoraban los emparedados, las mediasnoches y los pasteles, que dejaban una humedad de almíbar en los labios. El ordenanza de la *Agencia Minera*, convertido en «maître d'hôtel», y un mozo de comedor, alquilado, servían vino y un *champagne* de Barcelona. Se comía con ansia disimulada. Pagés «se dedicaba» al pavo y a la gelatina, que temblaba un momento entre sus labios burlescos. El poeta de Venezuela iba sepultando en sus fauces, uno tras otro, los emparedados de una fuente. Don Roberto sonreía pensando en la pobre *Agencia*, que pagaba... ¡Gastos de representación! Las mil pesetas del *lunch* eran anuncio, propaganda, dulce señuelo para atraer a los incautos. ¿Cómo no iba a entrar en negocios el señor de la mina de cobre, después de beberse la botella de *champagne*, que el

mismo don Roberto vertía, lentamente, sin que él lo viera, en su copa? Don Roberto no dejaba de sonreir. Con aquella fiesta mataba tres pájaros de un tiro: celebraba los días—Santa Amelia—de su mujer y de Melita, daba entrada al año en su casa de un modo ostentoso y recababa clientes para la *Gran Agencia* Los que, como Antonio Alvarez, Santelmo, Pagés y Guillermo Gómez estaban en el secreto, sonreían también. Monsieur Ruval, el ingeniero belga, andaba desorientado. Conchita Saénz y Clementina Angulo experimentaban ya la alegría del *champagne*. Esther, un poco desdeñosa de los estómagos satisfechos, ponía toda su atención en las palabras de Gustavo, que, con su tipo de tenor italiano, idealizaba la vida entre el humo de los cigarros y el vaho de las bocas que devoraban. Pagés, medio borracho, decía chistes y frases de doble sentido. Antonio Alvarez, sereno y sin probar bocado, atendía a Melita, a las de Juez y, en general, a las muchachas poco ruidosas, que estaban como abandonadas. Amelia no hacía otra cosa que mirar al ordenanza y al camarero de alquiler cuando no conservaban ese aire majestuoso de los criados de los grandes hoteles y de Palacio.

El final de la fiesta, a las cuatro de la madrugada, tuvo ya los caracteres de una broma de Carnaval. Una señora de edad no tuvo inconveniente en bailar, como se bailaba en la época de Isabel II, una polca con don Roberto. Pagés, utilizando su media borrachera, pellizcaba a las muchachas, recibiendo alguna que otra bofetada. Gilberto, con lágrimas en los ojos, le pedía a Molina que interpretase

«algo de Chopin», hasta que Pagés le gritó:

—¿Chopin? ¡Quite usted, hombre! Usted lo que debe «bailarse» es un *cake-walk*.

Esto hizo gracia, y *Aramis*, Guillermo Gómez y hasta el rígido Santelmo, acompañados de Ramoncito, buscaron parejas para el *cake-walk*, que Molina, saltando sobre la banqueta, hacía brotar del piano, como un tumulto de carcajadas y de gritos...

## III

—¿De suerte, amigo Gustavo, que Esther y usted...? No lo niegue... La noche del cotillón bien lo vió todo el mundo: aquello era un idilio.

Y mientras Antonio Alvarez sonreía, llevando a sus labios el vaso de cerveza, Gustavo Suárez, que casualmente había encontrado al médico en aquel bar, replicó efusivo:

—No hay nada. Le juro que no hay nada, amigo Alvarez. *Flirt*, como dice Esther; nada más que un *flirt* inofensivo.

—Si usted lo dice... Pero las apariencias...

—Enganan.

—¿Está usted seguro de que enganan? ¿Y si yo le dijera una cosa? Pero ya la sabrá usted, ¡vaya!

—No; no sé una palabra. Dígame... Me pone usted en curiosidad.

Antonio Alvarez se limpió el gran bigote negro, que daba a su cara enjuta un aire de Mephisto, y sonriendo:

—Pues ahí va: Esther está locamente enamorada de usted.

El ingeniero se ruborizó.

—¡Oh! ¿Cómo dice usted eso? ¿Por qué malician todos lo mismo?

—No es que se malicie... Se comenta lo que se ve, siempre, claró está, dentro de un gran respeto para ella y para usted. ¿Qué tiene que ver? ¿Hay nada más natural entre hombres y mujeres que enamorarse y casarse?

—Sin duda; pero yo... Mire usted, preferiría que hablásemos de otra cosa, aunque viene a ser de lo mismo. Yo quisiera saber... Usted no ignora que hace poco tiempo que conozco a las de Montaña; yo quisiera saber qué clase de gente es ésta, porque, la verdad, ando desorientado. No crea que es curiosidad malsana, ni deseo de murmurar... Es un interés muy lógico. En esa casa se me trata como a un íntimo y yo no sé una palabra de esa casa.

—Nada malo llegará usted a saber.

—¡Oh, si ya lo supongo! ¿Y qué iba yo a ganar con averiguar cosas desagradable? Pero usted convendrá conmigo en que aquella casa es muy rara, muy extravagante, ¿no es cierto?

—Lo que es aquella casa es muy pintoresca. ¡Vaya! Voy a contarle a usted la vida y milagros de los Montaña desde principios del siglo XIX, nada menos... Prepárese el amigo.

—Le escucho a usted.

—En 1830, Ezequiel Montaña, abuelo de don Roberto y si no hubo trampa, bisabuelo de nuestras amiguitas, Ezequiel Montaña, ese buen señor de perilla y bigote blancos que en la sala de la *Agencia* puede verse con su marco dorado, reproducido al *crayón*, recorría las aldeas y los lugares de media España, delante de una mula, recia y de gran alzada, que cargaba de paños en Béjar. Cierto día, al entrar

por Extremadura, los campesinos de un pueblo de la sierra de Gata le pusieron en las manos un pedazo de piedra brillante y le preguntaron de este modo u otro parecido: "Vamos a ver, ¿qué es esto? ¿Vale algo? El bueno de Ezequiel, salmantino, más sabio que toda la Universidad, aunque apenas llegaba a escribir su nombre; el bueno de Ezequiel, cauto y burlón como mercader de novela picaresca y pícaro de por sí, como hecho a trajinar por ferias y altos de gitanos, ¿qué se figura usted que hizo...? Pues se rascó la oreja, pesó y repesó el pedrusco y concluyó por decir que aquello era muy bonito, pero que no valía sino para descalabrar a alguien. Al muy tunante le quedaba otra por dentro. Vendió unas varas de paño, mal medidas, y se guardó la piedra, el muy zorro, en la faja. Y arreando a la mula por entre el polvo del camino, se volvió a la provincia de Salamanca... Por allí preguntó "qué podría ser aquello". Y ¿sabe usted qué era? Un magnífico ejemplar de topacio, que se pagaba entonces a tres mil reales el kilo, aunque fuese del llamado topacio falso... Vea usted ahora por qué algunos le llaman a la señora de Montaña, como es tan presumida y tiene manía de grandezas, la marquesa del Topacio Falso... ¡La pobre! Tiene la cabeza llena de humo. Se perece por todo lo que huela a aristocracia, y sólo ha conseguido llevar a "sus salones" a ese idiota del marquesito de Ojeda y a ese chimpancé de Morata, sobrino o cosa así de un grande de España. Ella tiene la culpa de que Herminia y Esther padezcan la misma manía, y verdaderamente...

Con un ademán atento el ingeniero hubo de interrumpirle:

—Pero... ¿se acabó la historia del topacio falso?

—¡Ah, no, señor; usted perdone! Quedábamos en que era un magnífico topacio falso... a tres mil reales el kilo, ¿no es esto? Pues el bueno de Ezequiel Montaña no tarda en volver con su mula por aquel rincón extremeño, habitado por labradores ingenuos y cabreros montaraces. Pregunta si hay por allí muchos pedruscos como el que le enseñaron, y unos pastores le llevan a las vertientes de la Sierra, y allí, en un bosquecillo de encinas, todo muy poético, le señalan una hondonada, donde entre el césped y las flores silvestres aparecen unas piedras con cristalizaciones de color de rosa. Ezequiel oculta su asombro. Insiste en despreciar los guijarros misteriosos, y caballero en su mula, pues deja sus paños al cuidado de un ventero amigo, se pone de nuevo en Salamanca. Va y viene, habla lo menos posible, y cátese usted que a los dos meses de todo esto, nuestro compañero, que será en adelante el señor don Ezequiel Montaña o de la Montaña, es poseedor de una gran mina de topacio... Diga usted, amigo Gustavo, si no parece un cuento de *Las mil y una noches*. ¡Una mina, una mina inagotable! No hay más que ir a ella con un pico y ¡pim! ¡pam!, ¡pim! ¡pam!, diez, veinte, mil kilos de topacio, los que se quieran. El señor de la Montaña es rico, poderoso; ceñudos guardianes tienen la mina, y él, que sigue siendo un zorro, extrae el mineral poco a poco, pues sabe que echarlo por quintales al mercado equivale a despreciarlo...

Los pastores y labriegos del contorno le odian al principio. Algún zagal le dispara con su honda al sombrero de copa, de ancha ala, que ha sustituído al de buhonero; pero los montaraces no tardan en rendirse ante el señor de la mina, que con tanto fruto logró explotar su inocencia de serranos. La mula que antes cargaba los paños de Béjar va hoy delantera en un carricoche... Por las pañerías no vuelve a verse a Ezequiel, que se surte, para sí, en las fábricas inglesas. En fin, amigo Gustavo, ríase usted del dinero de Indias... Don Ezequiel de la Montaña es el símbolo de los *parvenus*, de los don nadie, convertidos en personas por obra y gracia del dinero.

El hermoso Gustavo exclamó:

—¡Me sorprende usted, señor Alvarez! Creería que era todo obra de su imaginación, si, ahora que recuerdo, no hubiese oído yo alguna vez hablar de esa historia que parece un cuento. Y los millones, ¿qué se hicieron los millones? ¿Es acaso inmensamente rico don Roberto?

—¡Ay, mi amigo! Verá usted, verá usted... El gran Ezequiel tenía dos hijos: Ezequiel y Roberto. Estos hijos, al ser descubierta la mina, apenas habían salido del regazo de su madre. Quiere decir que crecieron en la abundancia, en la opulencia, con hábitos de príncipes, figúrese usted... Como la mina era inagotable... Abreviando, en 1870, Ezequiel de la Montaña, hijo, se suicidaba en París, completamente arruinado, y su hermano Roberto, que había creado una familia numerosa, presenciaba el agotamiento del filón, cansado ya de dar topacios, que se derretían en oro, oro

que se derretía en las manos de los Montaña principescos, que nunca tomaron el pico para desprender mineral de la cantera, ni la vara para medir lanas de Béjar... Y nuestro don Roberto, el Montaña que nos ha cabido en suerte, es ya ese tipo indefinible del rico-pobre que tiene las costumbres indolentes y las ideas vanidosas que una sola generación de millonarios ha creado. Cuestión de estirpes: el nieto del vendedor ambulante parece un príncipe tronado y no se acuerda de la mula alta y recia del abuelo, que era el trabajo y el esfuerzo, sino de la mina, que fué la fortuna loca; de los topacios, que eran la riqueza fastuosa que permitía todos los vicios y todas las pasiones. No me negará usted que soy un filósofo muy recomendable. Pero es lo eterno: el abuelo trabaja, pelea con la vida y triunfa; el hijo se divierte y el nieto pasa hambre.

—¡Cómo! ¿Acaso don Roberto...?

—No; no es que pase hambre precisamente; pero de haber tenido varios millones de pesetas, a depender del sueldo y de las comisiones de la "Agencia Minera", creo yo que hay distancia. Hoy don Roberto Montaña, como usted sabrá mejor que yo, cobra veinticuatro mil pesetas y el tres por ciento de las ventas que personalmente realice. La casa es de la *Agencia;* esas fiestas fantásticas, cotillones, bailes de Carnaval, minuetos y otras zarandajas, sin olvidar los *lunchs* y los tes, los paga la *Agencia*, deseosa de vender sus minas y de crear pequeños grupos de explotadores... No me meto a juzgar los negocios de la *Gran Agencia.* Esto de las minas me ha parecido siempre un poco extraño, y por mi parte, sólo me gustarían

Ríotinto, Almadén, etc. Usted es ingeniero del ramo; usted seguramente negocia con la *Agencia;* pero, a lo que vamos, don Roberto no vive con dos ni con tres mil pesetas mensuales. ¿Qué hace don Roberto?

—Tendrá algo propio todavía.

—Es posible. ¡Quia! Aquella casa no se sostiene con menos de diez mil duros. Las de Montaña visten con lujo, con un lujo que puede ser cursi y chillón, pero que cuesta; las de Montaña van, de dos en dos, al turno segundo del Real, a los viernes de aquí y a los sábados de allá; las de Montaña tienen un landó algo desvencijado, pero, al fin, un landó a la puerta, y hay que verlas en los toros con las mantillas blancas; en el Retiro, entre pieles; en los bailes de los marqueses de esto y de los condes de lo otro, bastante bien presentadas. No faltan a nada: en Semana Santa, vestidas de paño de Lyon, saquean a los amigos desde una mesa de petitorio en las Calatravas. Pagés les echa siempre un duro falso, y Santelmo un billete de diez duros y una pieza de dos pesetas...

—¡Hombre!

—Sí; las dos pesetas son de Santelmo, y el billete se lo dan ellas antes. ¿Comprende usted?

—Sí. Tiene gracia.

—Y el aguerrido comandante de Administración, cerrado de negro, va y, muy serio, pone el billete en la bandeja. Ellas, también muy serias, se inclinan para darle las gracias. Una farsa deliciosa. En todo son por el estilo, porque, al fin y al cabo, ¿cómo han de vivir estas muñequitas nerviosas? Porque yo supongo, amigo Gustavo, que usted habrá compren-

dido que aquella casa es una medula descompuesta...

El ingeniero se quedó sorprendido, con el bock de cerveza en la mano, sin llevarlo a la boca.

—No, no comprendo una palabra.

—Sí, hombre—insistió Alvarez atusándose el bigote—; en aquella casa se pueden estudiar experimentalmente las enfermedades nerviosas; allí todo el mundo, desde don Roberto hasta el gato, pasando por Amelia y por las hijas, son casos patológicos. Yo, por mi parte, los tengo clasificados: don Roberto, neurasténico y cardíaco; Amelia, con un histerismo inaguantable, y ellas, nuestras amiguitas, las pobres, "de tal palo"... neuróticas irremediables... El histerismo de Melita es principalmente melancólico, callado, podría decirse "interior". El de Herminia es ruidoso, fiero, agresivo, sin duda alguna con un origen definido en su naturaleza sexual. El de Esther es el más grave, pues une a todo lo de Herminia manifestaciones epilépticas... A mí me producen una gran lástima las pobrecillas. Yo las quiero de verdad, amigo Gustavo. Mis manías de médico, y, si usted quiere, mi pedantería de observador novel, me han llevado a hacer la disección de estas muchachas, por cuya felicidad haría un sacrificio, se lo juro... Después de todo, hoy casi todas nuestras mujeres padecen de histerismo: es una enfermedad de las ciudades, un verdadero azote... Muchacha inquieta, de ojos vivos y ademanes vehementes que usted vea, dela por histérica, y dé también a las muchachas pálidas y soñadoras, a las espirituales, por histéricas, por neuróti-

cas... Se apasionan pronto, se excitan en seguida, aman y desdeñan, ríen y lloran y sueñan y languidecen a impulsos de la neurosis. ¡El histerismo! Mire usted, amigo Gustavo, mientras exista el histerismo, la sociedad será una cosa despreciable.

—¿Qué culpa tiene la sociedad?

—¿Qué culpa tiene? Toda y ninguna... según se mire. Yo le hablaría a usted de este tema inagotable del amor vejado, del amor regido por leyes absurdas en notorio desacuerdo con la naturaleza; pero es tema viejo y poco a propósito para desarrollarlo en una cervecería... Pidamos otro bock, amigo Gustavo, y doblemos la hoja... La cerveza es bebida de escépticos y de sensuales. Lo mejor es beberla y dejar que ruede el mundo.

El ingeniero dijo:

— Yo le escucho a usted muy complacido. Le agradecería que prosiguiese. Además, el tema del amor nunca me parece viejo; pero ¿cómo relaciona usted el amor y el histerismo? ¿Complica usted la abstracción metafísica del amor con las manifestaciones morbosas de nuestra sexualidad?

—¡Ah! Sí, señor; las complico, las fundo, las creo una misma cosa que evoluciona, que se agita sin salir de ciertos límites... Vea usted, ¿qué es el histerismo? ¿Dónde hallaremos su origen? Yo, como Rouberg, considero al histerismo una neurosis refleja originada en el aparato genital... La vida sexual contrariada, sofocada cuando debiera manifestarse espontánea y ardorosamente; la virginidad forzosa, en una palabra; las enfermedades hereditarias, que un régimen de castidad antinatural trae

consigo: todo ese triste catálogo de perturbaciones afrodisíacas, la ninfomanía, el amor lesbio, la lujuria cerebral... constituyen el histerismo, el histerismo, que cuando no aparece con un origen genital es sencillamente porque atavismos sobre atavismos han matado en ciertas mujeres el instinto amoroso... Se combate a Rouberg presentándole casos de histerismo que ciertas extirpaciones no consiguieron aplacar, y yo sostengo que si se estudian los ascendientes de estas enfermas, se encontrará en el que constituye el origen de la neurosis la perturbación que antes indiqué. Hay, pues, amigo mío, una raza insensible, una raza depauperada que siente, en esa forma morbosa del histerismo, la nostalgia del sexo que desapareció bajo el ataque de las costumbres instituídas por la moral cristiana, que me parece, sencillamente, execrable, para no llamarla inmoral y no decir verdades que parezcan paradojas...

Gustavo Suárez manifestó su sorpresa con un gesto de hombre que se entera a medias de lo que oye. Y sin limpiarse la espuma de la cerveza, que blanqueaba en su bigote:

—¡Caramba!—exclamó—. Por lo visto, ¿es usted anarquista, amigo Alvarez?

—¿Anarquista? No sé.

—Sus teorías...

—No, si yo no tengo teorías. Yo soy un sentimental, un romántico... ¿Y sabe usted qué ciencia me obliga a soñar?

—No sé.

—La Patología... Cuando estudio las enfermedades, principalmente aquellas en que lo físico y lo psíquico se dan la mano, es cuan-

do sueño con una humanidad saludable... Sí; pero predique usted y haga disecciones con objeto de enseñar lo que debe extirparse para que le apedreen a usted en nombre de la moral, de ese comodín de la moral... ¡Bah! Lo mejor es vivir tranquilamente; ¿no está usted en ello, señor Suárez?

—Sí; claro. Todo lo que usted dice es muy triste, pero es irremediable...

—¿Irremediable? ¿Usted lo cree así?

—No sé... Vamos, ese es mi parecer.

Y se quedó mirando vagamente, con sus grandes ojos de niño, al médico, que ya cambiaba de conversación. Tenía que despedirse. Esther le había rogado que fuese a verla al Retiro o a la Castellana.

El ingeniero quiso pagar, y Alvarez le detuvo.

—¡No faltaba más! Entonces...

—Adiós; tengo un asunto a esta hora.

—Que le salga a usted muy bien.

Gustavo tomó una berlina en la calle de Alcalá. La tarde de enero no estaba demasiado fría. Algunos landós llevaban media capota echada y el sol se detenía entre pieles y plumas. Las de Montaña habían dado varias vueltas en el Retiro, cuando Esther sorprendió a Gustavo, doblándose en el fondo de su coche para mirar por la ventanilla. El se ruborizó un poco y ella tuvo un estremecimiento que agitó la amazona de su sombrero y contrajo su boca.

—¡Gustavo! ¡Gustavo!

Su madre la reprendió en voz baja.

—Calla, mujer, no escandalices...

Y Herminia, despechada por los desdenes

del marquesito de Ojeda, que iba en el automóvil de un amigo:

—¡No eres tú nadie volviéndote loca por un cabo de gastadores!

—¿Por un cabo de gastadores? Has de saber que Gustavo y yo nos queremos y que vale más que tu marquesito de pastaflora.

—Yo desprecio al marquesito.

—Ya se ve. Parecía él quien despreciaba. ¡Y si llega a ser suyo el automóvil!

Melita intervino con ánimo de aplacarlas:

—Mirad. Ahí va Pagés.

—¡Que lo zurzan!—exclamó Herminia—. ¡Pagés! ¡Vaya un personaje! Has dicho algo, hija...

—Vamos, niñas...

—Déjenos usted, mamá...

Pero pasaba cerca de ellas Ricardo Morata, en un coche de La Peña, y todas se calmaron para responder al saludo presuntuoso de un tipo cargado de espaldas y mandíbula saliente que hacía pensar en un gorila.

—¡Qué distinguido es Morata!—dijo Amelia—. ¡Tiene un aire británico tan elegante!

En efecto, Morata era uno de esos hombres de manos y pies desmedidos, que andan con los brazos estirados y echándose un poco para delante, con esa distinción y esa gravedad propia de los cuadrumanos que tan bien armoniza con un frac bien cortado o con una cazadora hecha en Londres. Esther, profunda e ingenuamente enamorada de Gustavo, sólo sentía que a su presunto novio le pasasen dos cosas: la primera, ser natural y vecino de Oviedo; y la segunda, que careciese de aquel *chic* y de aquella elegancia desdeñosa de Morata y de

otros socios del Nuevo Club y de La Peña. ¡Oh, pero Gustavo era tan hermoso, tan agradable y tan bueno, que se le podía perdonar aquel tinte de salvaje provinciano! Además, si se casaban, ella sabría darle un porte distinguido... Tal vez todo dependiese de la ropa. Con un gabán-saco, muy ancho, a la inglesa, y unos botines color cuero, parecidos a los de Pagés, ¡qué guapo estaría Gustavo! Y soñó un momento, mientras su coche, seguido por el del ingeniero, abandonaba el Retiro, donde iba desaparaciendo el sol...

## IV

—¡Herminia!... ¡Bah, esa está dormida!...

Esther, con los brazos fuera de las sábanas, levantó la cabeza para mirar a su hermana, que dormía aún, sin que el rayo de luz que entraba por el balcón entreabierto lograra despertarla. Esther la envidió. ¡Qué felicidad dormir así! Y volvió a mirar a su hermana medio desarropada, con la boca entreabierta y la trenza de pelo negro rodeándole el cuello como un reptil. Ella había pasado una noche de insomnio, con pesadillas y sueños extraños en los momentos en que pudo cerrar los ojos. Le dolían la espalda, la nuca, las sienes: sobre todo en las sienes el dolor era agudo y parecía detenerse en los pómulos de un modo persistente. Los labios blanquecinos se contrajeron en una mueca de angustia, de tedio, de protesta... No; no se debía sufrir tanto. ¡Qué noche! Y todo por llegar a casa con la voz de Gustavo en los oídos. En Lara, en segundo término del palco, no habían hecho otra cosa que hablar... Hablaban como novios, aunque él todavía no se hubiese declarado abiertamente... Un poco tímido. ¡Ella se excitaba tan pronto! ¡Estaba tan apasionada! Herminia,

claro, ¿cómo no iba a dormir? Herminia no sabía amar... ¿Era novia de Pagés? ¿Del marquesito de Ojeda? Los dos, en el fondo, le importaban un comino. Lo que deseaba era casarse, mejor, sin duda, con el aristócrata que con Ramoncito Pagés, más guapo y más rico que Ojeda... Pero con tal de ser marquesa... ¡Uy, marquesa! Pero Gustavo, Gustavo, con los ojos tan grandes y tan dulces, la boca tan linda, la voz tan cariñosa...

Estiró los brazos para llevar las manos a la nuca y, en este movimiento, el débil pecho se arqueó, acentuando el modelado de la caja torácica y distendiendo los pobres senos de impúber. Las manos frías llevaban un alivio a la nuca. Sin moverse, paseó la mirada por la alcoba, pequeña, con su cama y la de Herminia, separadas por la mesa de noche, el armario de una hoja con espejo y las dos sillas y las perchas llenas de ropa. Apresuró un instante la respiración. La alcoba, con las espesas cortinas del gabinete, que impedían renovarse al aire, y con la puerta de escape al pasillo, cerrada, tenía por las mañanas la atmósfera enrarecida. ¡Se respiraba allí tan mal! Habría que levantarse, cruzar el gabinete y abrir un poco el balcón... ¡Levantarse! Le dolía todo. Se consideraba incapaz de abandonar la cama y se estaría allí moviéndose de tiempo en tiempo y muy suavemente, para recibir la sensación de frío de la ropa no hollada por su cuerpo; se estaría allí, un poco enervada por el intenso aroma a "jazmín del Cabo"—la esencia de ellas—que se mezclaba con el vaho de los cuerpos, la vaga emanación de las ropas usadas y aquel olor inva-

riable y casi imperceptible a éter, agua de azahar, bálsamo analgésico... a botica, en que se diría impregnada la alcoba; se estaría allí sin idea del tiempo hasta que algo ajeno a ella la forzase a poner los pies desnudos en la alfombra. Pensó otra vez en Gustavo. Era el primer hombre que amaba. Había sentido, en otro tiempo, cierta inclinación por Santelmo, hasta que pudo comprender que Santelmo, cortés y cariñoso, pero egoísta en el fondo, no se casaría nunca, prefiriendo los cuidados de dos hermanas suyas, viejas y solteronas, a los que pudiese recibir de una esposa joven y amante, como ella. Había sido novia de Ramoncito Pagés cerca de una semana. Aquellas relaciones tan rápidas tuvieron un final violento: Pagés, en un baile de máscara del Real, le propuso una desvergüenza, de un modo cínico, con los ojos brillantes, medio borracho, aprovechando un momento en que estaban solos en el palco. Ella, al verse dominada, gritó descompuesta, furiosa, sintiendo los amagos de un ataque de nervios. Pagés salió del palco para volver poco más tarde con varias amigas y con Amelia, que, dentro del capuchón negro, se desesperaba pensando en que alguien pudiese creer borracha a su hija. Del *foyer* llegaba Alvarez con una botella de agua y un frasco de éter... Y Pagés, tan cínico, compadeciéndola. Era un recuerdo desagradable, ofensivo. No le había referido más que a Herminia la causa de aquel ataque en el teatro y le guardaba a Pagés un rencor indefinible en el que no acababa de nacer el odio. En cambio, Gustavo, tan respetuoso, tan poético en su charla, tan tímido... —era la palabra—, tan tí-

mido, tal vez en el mismo caso..., sólo con ella..., no se atrevería ni... no se propasaría en lo más mínimo. Y ella, ¿si en lugar de Pagés hubiese sido Gustavo?... Cerró los ojos como no atreviéndose a adivinar la escena, sin decidirse a concretar en palabras la respuesta que daba todo su ser: "con Gustavo..., ¡sí!" Estas cavilaciones aumentaron su malestar y volvía a desesperarse, cuando sintió pasos por el gabinete. Era su madre. La luz del sol irrumpió hasta la alcoba por el balcón abierto de repente. Herminia, de un salto, se incorporó en la cama, llevándose las manos a los ojos.

—¡Caramba, qué luz! ¡Cómo la despiertan a una!

Y se tapó la cara con la sábana, volviendo a poner la cabeza en la almohada. Desde el gabinete habló Amelia:

—¿Es que no pensáis levantaros?

Esther repuso preguntando:

—¿Es muy tarde?

—Las doce.

—¡Vaya! Fuera...

—Ahí tenéis a Conchita con vuestra hermana.

Herminia gritó:

—¡Que la zurzan!

—Vaya una frase, hija... Y te va a oir.

—Que me oiga. ¡Venir a casa de las amigas de madrugada! Mira, mamá, dile que pase... Tengo que decirle una cosa.

—No. Es mejor que te levantes.

Esther y Herminia quedaron frente a frente, sentadas al borde de las camas, desperezándose. Herminia fué la primera en salir con los

pies en las babuchas rojas y las carnes tibias cubiertas con un salto de cama.

—Vamos, Esther... ¿No has dormido?

—Nada, hija. Dame el salto.

—Toma... Anda, arriba...

Atravesaron el tramo de pasillo que las separaba de la alcoba de su hermana, donde se lavaban. Conchita Sáenz y Melita las recibieron riendo:

—¡Uy, las dormilonas!

—¡Vaya unas horas!

Esther respondió melancólicamente, sentándose en la cama de Melita, ya hecha:

—¡Sí, dormilonas!... ¡Qué más quisiera yo!...

Conchita, vestida con traje gris, de mañana, se acercó a Esther, mientras Herminia, oprimiendo el botón del timbre, gritaba:

—¡Ricarda! ¡Ricarda! ¡La toalla! ¡La ropa!...

Y al entrar la criada:

—¡Mujer, ni que fuese usted sorda! Prepáremelo todo. Voy a darme la ducha.

Violenta, hosca, sin hacer gran caso de la visita, entró en el cuarto de baño, a continuación de la alcoba de Melita. Conchita hacía comentarios:

—¡Qué geniecito, hijas!...

Melita, con la indulgencia de siempre, hizo una aclaración.

—Ya sabes que es así al levantarse...

—La ducha le aplaca los nervios.

—Sí, la ducha es milagrosa para ella, y a Esther y a mí nos hace tanto daño...

Esther se estremeció.

—¡Qué frío! Herminia debe de estar loca.

—Para mí el agua caliente, casi hirviendo...

—Desengañaos—dijo Conchita—, el agua

templada es lo mejor. ¡Ay! Yo todos los días de la cama a la bañera, que me aguarda con el agua tibia... ¡No siento la diferencia!

Esther la miró un momento:

—¿Sigues durmiendo desnuda?

—Siempre. Es lo más sano.

—Yo me helaría, créemelo...

—Todo lo contrario. Tendrías la misma temperatura en todo el cuerpo. Haz la prueba.

Del cuarto de baño llegó el ruido de la ducha y la voz sofocada de Herminia.

—¡Ah, qué rica!... ¡Ah!

Conchita, como otras veces, entró a sorprender a Herminia.

—¡Hola! ¿Qué tal?

—¡Deliciosa! ¡Ah!... ¡Ah!...

Conchita, en silencio, con una sonrisa fina en la boca sensual, contempló a su amiga. Con las manos en el vientre, la cabeza doblada sobre el pecho y la espalda arqueándose bajo la recia impresión del agua, Herminia se ofrecía tal cual era: blanca, delgada, con las dulces curvas de una niña y la gravedad de una mujer completa. Muy poco acentuadas las caderas, casi en germen los senos, sólo las piernas carnosas y de un modelado perfecto daban impresión de plena belleza. Pero el conjunto era seductor y la actitud voluptuosa, al recibir el agua fría como una caricia, seductora también. Los hilos de agua se quebraban en la nuca, irisándose al contacto de la luz, y confundidos resbalaban por la espalda, se recreaban en alguna sinuosidad graciosa y se precipitaban, por último, en el baño de cinc... Herminia hizo cesar la ducha. Luego, dejando sobre los ladrillos rojos la huella

menuda de sus pies, se acercó a Conchita.

—¿La toalla?

—Toma. ¿Te ayudo?

—Sí.

Le gustaba sentir las manos de su amiga sobre su carne, dulcemente aisladas por la felpa. Conchita la enjugaba mejor que la doncella: con mimo, con pulcritudes exquisitas, sonriendo con malicia y con rubor a un tiempo, un poco sofocada, con las aletas de la nariz temblorosas. No se atrevían a hablar. Conchita terminaba, volvía a la alcoba y ella, sola un momento, iba vistiéndose lentamente, después de perfumarse frente al espejo.

Pensó en Conchita con una larga sonrisa. Luego en el marqués de Ojeda. Si la viera así... por un agujerito. Pero ¿se casaría aquel hombre con ella? ¿Se llevaría el chasco número...? Y Pagés seguía asediándola... Sí, ¡para él estaba! Intentaría con ella lo mismo que con Esther. Pues que anduviese con cuidado, no fuera a salir con las manos en la cabeza. ¿Qué se figuraba el tal Ramoncito? ¿Que ellas, porque fueran alegres, risueñas y hasta un poco coquetas podían consentir...? Un rubor sincero coloreó sus mejillas y acabó de vestirse apresuradamente.

Aquella tarde había un té para los íntimos. Santelmo, Gustavo Suárez, Alvarez. Y Morata y el marquesito de Ojeda, que iban a excusarse de no haber asistido al cotillón... No figuraba en la lista Ramoncito Pagés, excluído por indicación de Herminia, que no quería hacerlo coincidir con Ojeda. A primera hora anduvieron de compras acompañadas de Conchita

Sáenz, "que pasaba el día con ellas", cosa frecuente con motivo de la vecindad, pues las de Montaña y la de Sáenz vivían en la misma Carrera de San Jerónimo, entre las Cuatro Calles y la de Cedaceros. Conchita era, por tanto, una de las invitadas al té: era la única. Ni Herminia ni Esther querían competencias, y por eso no convidaban a Clementina Angulo, demasiado insinuante con todos, y sí a Conchita, que no dirigiría la más leve sonrisa ni al marqués ni a Gustavo. Compraron las pastas en la calle del Arenal y cruzaban a pie la Puerta del Sol, cuando vieron a Pagés saliendo de la calle de Preciados.

—¡Uy, ese tío!—dijo Herminia—. Nos va a estropear la combinación...

Se taparon con una cartelera. Pagés, sin verlas, tomó el tranvía del Hipódromo.

—Vamos. Le hemos dado esquinazo.

—De prisa. Son las cinco.

Las esperaba Amelia en la sala, disponiendo las cosas para el té. Don Roberto no saldría de la oficina, donde iba a cerrar trato, a las ocho, con el comprador de la mina de cobre. Mejor: siempre la presencia de un padre, aun tratándose de un padre tan bonachón como don Roberto, acortaba un poco a los galanteadores, y aquella tarde era preciso que Gustavo y el marquesito fuesen más elocuentes que de costumbre. Acababan de quitarse el sombrero cuando llegó Santelmo, como siempre el más puntual. Seguidos Gustavo y Antonio Alvarez. El criado de la *Agencia* abría la puerta. Ricarda, con el delantal blanco, de tirantes rizados, recibía las últimas órdenes de Amelia. Esther, en un ángulo del

"gabinete azul", hablaba ya, en voz baja, con el bello ingeniero. Herminia, a pesar de las atenciones de Antonio Alvarez, no lograba disimular su impaciencia.

—¡Cómo tarda ese tío!

—¿Qué tío, Herminia?

—Ese... Ojeda.

Alvarez no hizo comentarios, pues no habría acertado con ninguno agradable. Le era odioso el marqués de Ojeda con su tipito menudo y afeminado, con su barbita fina y su cráneo pequeño y redondo, parecido a un coco. Santelmo se multiplicaba, risueño y mundano, para dar conversación a la de Sáenz y a Melita, sin olvidar a Amelia. A través del biombo oriental y de la puerta, tras él cerrada, se oía de tiempo en tiempo, muy apagada, la voz de don Roberto dando órdenes a los escribientes. Precedido de Morata, que avanzó por la sala con un paso de palmípedo, hizo al fin su entrada el marquesito de Ojeda, andando a pasitos cortos y extendiendo las manos enguantadas, para saludar, con un movimiento lleno de delicadeza. Morata, desde el principio, se creía en terreno conquistado. Saludó con grandes voces y aspavientos, aumentando con sus reverencias elegantes la cargazón de su espalda. Parecía un hombre satisfecho de sí mismo. Completamente afeitado, con la boca grande y gruesa, la mandíbula ancha y pronunciada y su color de sanguíneo; con su traje color de plomo, de jerga inglesa, y sus botines grises sobre zapatos de charol, Ricardo Morata hacía dudar un instante si era, en efecto, un hombre superior o una bestia de la buena sociedad; la última opinión era la que

seguía Antonio Alvarez que, en aquel momento, miraba al aristócrata con una infinita mueca de desdén.

Se tomó el té. Ojeda, pulcramente, llevaba la fina taza a sus labios, hablando, entre sorbo y sorbo, con Herminia. Morata, con su taza en una mano y una ensaimada en la otra, que iba mordiendo a grandes bocados, importunaba a todo el mundo, llegando en su indiscreción hasta el gabinete, que parecía acotado para Esther y el ingeniero. Al fin emprendió una conversación, agitando mucho sus largos brazos de gorila y estirando las piernas como en el Club, con la de Sáenz, que, segura del poco ingenio de Morata, se burlaba de él donosamente.

Herminia y el marqués hacían grupo aparte cerca de un balcón. Ella estaba seductora con un vestido azul eléctrico; su cara se acercaba mucho a la del marqués, contrastando el pálido color del de Ojeda con las rojas mejillas y la boca escarlata de Herminia. El marquesito iba perdiendo su compostura de maniquí ante las insinuaciones de Herminia, que, de frase a frase, ponía un silencio coqueto, pillando con los dientecitos blancos la dulce carnosidad del labio inferior, dejando asomar la punta de la lengua, tamaño de una fresa, o velando con sus largas pestañas brillantes las pupilas metálicas. La cara macilenta e inexpresiva del marqués se inflamaba levemente a impulsos de un deseo. Le atraía Herminia y aspiraba, con su nariz de judío, de fosas alargadas y aletas temblorosas, el perfume de la muchacha. Hablaban, aun de cosas triviales, sin abordar el tema amoroso. Pero él, al fin, lo inició de este modo:

—¿Con qué derecho te persigue Pagés?
—Con ninguno. Porque es un desahogado.
—Me molesta ese joven.
—Pues... hijo, ¿quién sino tú tiene la culpa?
—¡Ah! ¿Que tengo yo la culpa?
—Sí.
—¡Tiene gracia!
—Claro, hombre; porque en esta situación en que tú y yo estamos, en que no se sabe si somos novios o si no hacemos más que perder el tiempo, ¿vas enterándote?...
—No... —dijo abriendo los ojos el marqués y estirando hacia Herminia la barbita recortada.
Ella se hizo atrás, y después de un suspiro:
—¡Vaya, pues bien claro te hablo! En una palabra, cuando yo le diga a Pagés que soy tu novia, dejará de molestarme.
Ojeda permaneció alelado. Ella le miró fijamente con los labios húmedos entreabiertos, y él, entonces, a media voz y tratando de cogerle una mano:
—Bueno... Pues díselo, te autorizo a ello.
Desde el sofá, Amelia trataba de sorprender el diálogo. Alvarez y Morata, en grupo con Melita y la de Sáenz, se dirigían la palabra con una cordialidad débilmente fingida. Santelmo estaba junto a la marquesa del Topacio Falso, y le daba en el codo, con la honesta confianza de un caballero que se interesaba por los asuntos de la casa, cuando creía ver en Herminia y en Esther, luchando a brazo partido con los pretendientes indecisos, señales de victoria.

—Esto marcha, Amelia; esto marcha...

—¡Ah, en secreto, Santelmo, tengo unos deseos de que se casen! El matrimonio es la carrera de las mujeres...

—Sí, señora...

—Y ellas, naturalmente, desean casarse. ¿No es justo? La única que parece no tener prisa es Melita. Pero, dígame, ¿usted cree que el marqués...?

Y Amelia hizo una mímica expresiva con el pulgar y el índice de su mano derecha. Santelmo respondió:

—Sí; yo creo que está bien. El marqués, su padre, ha dejado dos o tres casas en Madrid y unas tierras en la provincia de Segovia. Algo he oído de ciertas hipotecas... No sé. Pero, vamos, cuatro o seis mil duros creo que los tiene el marquesito. Y cuando muera su madre...

—Que creo que es una señora inaguantable con un orgullo que Dios nos libre...

—Sí; en cuanto se muera su madre, tendrá el doble o el triple de renta...

Los ojos de Amelia brillaron. Ya veía a Herminia convertida en marquesa, con buenas pieles, con criados de smoking y un 40 HP. Luego miró hacia el gabinete. Esther y Gustavo parecían abstraídos en su conversación. Esther adoptaba una postura lánguida, soñadora: la cabeza ladeada hacia Gustavo, el brazo derecho desmayándose fuera de la butaca y la mano izquierda, blanca, afilada, de uñas de ágata, desvaneciéndose sobre la falda color rosa pálido. En el pomposo pelo dorado una cinta granate; en los zapatos agudos, de tafilete, una hebilla que relucía en la sombra

negra de las medias de seda. Y él, Gustavo, con los faldones de la levita por la alfombra, los puños muy afuera de las mangas y la piel de su bella faz bruñida por el sudor. Al fondo del amoroso grupo, la vitrina Luis XIV, y, más lejos, los abanicos de pluma blanca, los paisajes andaluces y los claros de luna... Todo muy poético. Amelia le decía a Santelmo:

—Mire usted aquello. Un idilio.

—Sí; verdaderamente.

—Qué buena pareja hacen, ¿verdad? Acaso él, un poco..., no sé cómo decirlo..., un poco fornido, demasiado alto... No tiene, por ejemplo, la distinción del marquesito o de Morata.

—No, señora; pero, vamos—dijo contradiciéndola diplomáticamente Santelmo—, yo creo que Gustavo es lo que se dice una buena figura.

—¡Oh! Sí, sí, sin duda... Pero diga usted, no sé qué he oído... Algo le han dicho a Roberto...

—¡Ay! Amelia, no sé, con franqueza...

Amelia rió con toda su cara apergaminada:

—Claro, usted defiende al gremio de solterones...

Santelmo llevó sus manos al pecho, y separándolas, poco a poco, con estupefacción perfectamente fingida:

—No, no; es que no sé una palabra, se lo juro.

—Pues mire usted—dijo Amelia, confidencial, aproximándose al comandante de Administración, porque sorprendió a Morata con las orejas en acecho—, a Roberto le han dicho que Gustavo tiene en Oviedo una...

—¡Oh, no creo!—interrumpió Santelmo graciosamente espantado.

—Y con cuatro chiquillos nada menos...

—No, no...

—Le aseguro a usted que sí; pero lo que yo me digo: ¿eso qué importa?; son deslices de la juventud y a ningún hombre hay que pedirle cuenta de lo que ha hecho sino a partir del día de la boda.

Santelmo repuso:

—Yo sigo creyendo que eso es una murmuración. De todos modos, ¿sabe algo Esther?

—No. Es decir, creo que no.

—Ni deberá saberlo. Él, por lo que se ve, no parece un hombre comprometido...

—Además, ¿quién toma en serio esas cosas de... *extranjis?*

Santelmo no contestó. Y poco después:

—En fin, ¡si él pide la mano...!

—Se la concedemos. A mí y a Roberto nos gusta mucho.

Una carcajada de Conchita Sáenz les interrumpió. Conchita gritaba:

—¡Tiene razón Álvarez, tiene razón Alvarez!

—¿Qué pasa?

—Nada, que Morata, como es así, dice que las mujeres somos siempre coquetas, y Alvarez opina que no lo serían si los hombres no fuesen cobardes y egoístas.

Alvarez continuó:

—Lo sostengo y se lo demostraré al señor Morata cualquier día...

Morata le miró de hito en hito. Luego, riendo a carcajadas y con las manos en los bolsillos del pantalón:

—¡Usted vive en las nubes, amigo Alvarez!—exclamó.

Gustavo y Esther no oían la charla del salón. El amor les conducía a ese país de las nubes que acababa de mentar el aristócrata cargado de espaldas. El ingeniero tenía un romanticismo melancólico y una imaginación poco brillante. Esther, más que al fondo de sus frases, se entregaba al encanto de la voz: una voz fina y armoniosa, de barítono algo ronco... Y escuchándola, con su linda cara de payasa emocionado soñaba... ¡Si la amase Gustavo! Mas ¿por qué no creerlo? En aquel instante su mano izquierda estaba entre las manos tibias del ingeniero. Y el ingeniero, un poco sofocado, le decía:

—Te adoro... Te adoro...

## V

Manuel de Ojeda y Garcés vivía con su madre, la marquesa viuda de Ojeda, una dama sexagenaria, de ideas muy a la española, transmitidas por su esposo el primer marqués de Ojeda, que contrajo con ella segundas nupcias. Este primer marqués de Ojeda, que en 1840 apenas se llamaba Manuel Ojeda y era escribano en Segovia, debió su nobleza al "odioso Narváez", de quien fué gran partidario. No necesitaba remontarse más en nuestra historia para encontrar el origen del claro linaje de los Ojeda. El aristócrata creado por Narváez contribuyó al fusilamiento de Zurbano y realizó grandes jugadas de Bolsa. Eran sus timbres de gloria, que la viuda conservaba con gran majestad y que hacían estremecer de orgullo al marquesito, todo un señor desdeñoso y déspota dentro de su figurilla alambicada.

La casa de los Ojeda—el principal de una vieja finca de la calle de Don Pedro—tenía dos o tres salones, muy amplios, muy obscuros, en los que apenas entraba el sol, un largo pasillo con galería de cristales a un patio y las habitaciones de rigor. El marquesito dis-

frutaba de un gran gabinete, seguido de una alcoba pequeña, casi ocupada por la gran cama de ébano, de columnas retorcidas que se doblaban y volvían a erguirse para coincidir en una corona de marqués. Había en la casa algunos muebles antiguos, adquiridos por el escribano: dos vargueños siglo XVII, varios sillones maqueados, un par de cornucopias y algunas malas copias de Rafael. Y como manifestación de la añosa nobleza familiar, algunos retratos de la escuela de don Federico de Madrazo.

La marquesa tenía un landó muy viejo, y el marquesito, que en automóviles no había podido pasar de "voiturettes" de precios módicos, se decidía por guiar un cochecillo de dos asientos y lacayo en la trasera, a lo largo del Retiro y de la Castellana. Pero nada le seducía tanto como la equitación. Tenía, a pupilo en un picadero, una jaca blanca, muy vieja, que él diputaba como la mejor del mundo, aunque, frecuentemente, bien por el serrín de corcho del picadero o en plena calle, le hiciese descabalgar por las orejas. Aquel hombrecito débil, que sugería el diminutivo, no por su edad, que se acercaba a los cuarenta, sino por su figura, era de una procacidad asombrosa en cuanto subía a su caballo. El miedo a caerse le infundía valor, y en cuanto alquien se asomaba a la portezuela de la pista, en el picadero, el hombre, erguido en el sillín y con las manos en el borrén, comenzaba a soltar palabrotas y blasfemias. La gente se reía de aquel valiente que, al galopar, tenía que sujetarse del arzón. El despotismo del de Ojeda también caía fieramente sobre la criada, que

en el pasillo de su casa le cepillaba la ropa; sobre el muchacho que hacía de ayuda de cámara, de mozo de comedor y de "groom"; sobre la cocinera cuando le pasaba un poco el *beefsteak*, y sobre el mal tiempo que le impedía salir a caballo. Entonces era un hombre temible: la barbita se le erizaba y la boca le blanqueaba de espuma, mientras de ella brotaban las grandes desvergüenzas. La marquesa viuda se santiguaba y hacía lo posible por aplacar a "aquella fiera". En la cocina la servidumbre reía a todo trapo. Pero el mal humor y la iracundia del prócer llegaban al límite de lo trágico cuando la jaca se le ponía enferma. ¡La jaca enferma! Insultaba a todo el mundo en el picadero y llegaba a su casa nervioso, excitado, dispuesto a zurrar al "groom" o a romper algún mueble. Ricardo Morata le azuzaba. Era preciso ser violento y no aguantarle nada a nadie. El marquesito aprovechaba la lección para ponerla en práctica con los mozos de cuadra, con los criados y con una antigua doncella de su casa, que era su única querida, aunque él dijese que hacía grandes estragos entre las coristas del Real y que explotaba a algunas señoras de la aristocracia. Esta última idea era también cosa de Morata, cuyo ideal estribaba en que le sostuviese, como a algún compañero del Club, cualquier marquesa o baronesa de esas que heredaron millones amasados en Cuba o en Filipinas, con el tabaco, el azúcar y la contrata de ropas del Ejército.

El marqués de Ojeda tenía un temperamento de lubricidad reconcentrada. En su cara enjuta, larga y macilenta—cara que Gilberto Ruiz, sin haber trepado por el árbol genealó-

gico de Ojeda, había llamado "hidalga, ascética, como pintada por el Greco"—, los ojillos negros se movían con una vivacidad de mico... El marqués había tomado parte, aunque pasiva, en alguna de esas orgías que terminaban con la destrucción de los muebles del lupanar y la huída de las meretrices desnudas, al amanecer, por las calles, delante de los bastones de los divertidos aristócratas. El marqués, que no dejaba de tenerse por un Narciso, solía considerar bien pagadas a las cortesanas con el honor de recibir sus caricias; pero así como Ricardo Morata y otros *clubmen* seguían con éxito esta económica costumbre, el bueno de Ojeda ponía mano en la cartera en cuanto se veía amenazado. El no era valiente más que montado en su jaca: en el picadero le llamaban *el Cid*.

Estaba enamorado de Herminia. Una vez le dijo a Morata:

—Nada, chico, que me gusta Herminia.

Morata rió con toda su boca de antropófago.

—¡Por Dios, si es tan cursi!

—¿Cursi, cursi?... Lo que es... es muy bonita. Tiene unos ojos..., una boca tan fresca...

—Pero no tiene un céntimo.

—¡Ah, no sé! Ellas van a todas partes...

—¿Cuándo te casas?

—¡Oh, casarme! ¿Quién te ha dicho eso?

El no pensaba en cosa tan lejana e hipotética. Le gustaba Herminia y nada más. Entre ella y la jaca compartía sus pensamientos. Llegando a lo profundo de sus reflexiones, en él confusas y rudimentarias, podría verse que el animal y la mujer le inspiraban un mismo

deseo de dominación: la jaca, para galopar, la mano en el borrén y la injuria en los labios, y Herminia, con sus ojos de mora y su boca roja, para gozarla lascivamente hasta cansarse. Con una ingenuidad estúpida, se creía superior a la muchacha. Pertenecía a un grupo de "hombres elegantes" que consideraban a las mujeres como instrumentos de placer. La idea de que Herminia, de pronto, se le apareciese en su gabinete ofreciéndosele como una mujer fácil, lejos de ofenderle, le entusiasmaba. Herminia, decente y recatada a pesar de sus coqueterías, se le antojaba incomprensible. La realidad trataba de hacerle ver que el mundo no era tal como él lo suponía, pero se empeñaba en no mudar de criterio. Sin embargo, se comportaba dignamente al lado de Herminia, no se sabe si por timidez o por caballerosidad espontánea. Morata le llamaba cobarde y le hería por donde más le afectaba, presentándole el caso de Ramoncito Pagés, que, en pleno *foyer* del Real, le tocaba los brazos a Herminia.

—Desengáñate: Ramoncito y yo, y todos los que sabemos de esto, somos unos "ventajistas". ¿Tú crees que hay muchacha que diga que la han tocado? Hay que saber aprovecharse en los bailes y a la salida de los teatros, en las apreturas. Mira tú, Pepito Colomer puede decirte qué niñas son blandas y cuáles son recias... Lleva una lista. Bueno, dí tú que alguna vez "se la ha ganado"...

Ojeda no encontraba manera de arriesgarse. Iba, no obstante, tratando de desenvolverse con Herminia, y cuando desmayaba, cuando en su fuero interno reconocía que la

muchacha no era tan fácil como Morata le hacía creer, levantaba el sitio y se consagraba a la jaca y a la querida: acariciando a la primera y llenando de improperios a la segunda. A partir de su última conversación con la de Montaña sus esperanzas eran mayores. Había soltado prenda... Era ya novio de Herminia, y al formalizar las relaciones ella se le antojaba más insinuante, más confiada, más fácil... Una mañana, con el cepillo de dientes en la mano, se preguntó si sería posible que él se casase... Aquello le pareció absurdo. ¿Qué diría la marquesa viuda de su madre? ¡Ella que aspiraba a casarle con una rica heredera de abolengo! Sonrió. ¡Todo un marques de Ojeda con la hija de los marqueses del Topacio Falso! ¡Ah, los ojos de Herminia y la lengüecita rosada y húmeda del color de la pasta dentífrica, olorosa a menta, que había puesto en el cepillo! Era mucho aquello... Y, con la pulcritud que ponía en todas sus cosas, concluyó de acicalarse, dando órdenes secamente al "groom", en funciones de ayuda de cámara.

## VI

Gustavo Suárez paseó una mirada por aquella habitación del hotel en que había vivido ya dos meses, alejado de sus padres, de su hermana, de todas sus relaciones de Oviedo, donde estaban su verdadera vida y su verdadero ambiente. Salía poco de Asturias, donde podía emplear de sobra su actividad dirigiendo la explotación de algunas minas de carbón y de hierro. Ahora — en febrero de 190... — se encontraba en Madrid, comisionado por una Empresa asturiana para resolver varios asuntos mineros, alguno relacionado con la *Agencia* que dirigía don Roberto Montaña. ¡Don Roberto Montaña! Si no fuera por sus hijas, principalmente por aquel diablillo de Esther, se habría aburrido en Madrid, sin hacer otra cosa que soñar en volverse a Asturias. Madrid le gustaba para una temporada breve: doce o quince días, los precisos para ver las novedades de los teatros, para dar una vuelta por el Museo del Prado y para llevar al Casino de Oviedo tres o cuatro anécdotas recientes y sabrosas, de política, de faldas o de ambas cosas reunidas, que podrían dar motivo a una o dos semanas de chistosos comentarios.

Y nada más. El conocía Londres y París y los puertos del Mediodía de Francia, y aunque lo quisiera no podía asombrarse ni encantarse con la vida de Madrid. Aparte de que él prefería la sosegada y suave de su ciudad y de su casa, donde todo el mundo le quería y donde—al llegar a este punto se arrugó su frente — no le faltaba una misteriosa y delicada obligación que atender.

Sentado en un sillón, que ocultaba su deslucida facha bajo la funda y de espaldas a la chimenea sin fuego, Gustavo, que acababa de levantarse y que parecía en aquel momento menos gallardo y menos joven, se preguntó si era libre, si, en verdad, le era dado prescindir de ciertos escrúpulos que se le aparecían como invencibles obstáculos cada vez que junto a la señorita de Montaña sentía una dulce emoción que le invitaba a hacer una promesa. El se detenía, cobarde—¿cobarde o caballeresco?—, y la promesa, nacida en el alma, se apagaba en los labios. El no podía precisar si era amor aquella simpatía que Esther le inspiraba, si eran amor aquella curiosidad extraña y aquel deseo vago, y para sí mismo inexplicable, de encontrar en Esther algo que no había sentido nunca y que quisiera sentir... Miró a la cama, deshecha, cama de hombre solo, con una huella única en las almohadas, fría, triste. La evocación de las dos mujeres que habrían podido darle el calor conyugal le entristeció aún más. Una, la obscura amante, escondida en una calle silenciosa de Oviedo y jamás confesada públicamente, no le daba ya la impresión del amor... Gruesa, mal peinada, llena de acritudes, una leona para los

hijos, que se inscribían, por de pronto, con su solo apellido en el Juzgado, revolviéndose contra su origen humilde, contra la hipocresía de la ciudad, contra los parientes de Gustavo, que no transigirían... Y defendiéndose y conservando sus derechos con una fidelidad absoluta y una rectitud de costumbres llena de hosquedad: la leona en su jaula, pensaba Gustavo. ¿El qué iba a hacerle? Huyendo en su primera juventud del matrimonio, y huyendo también de las aventuras de lupanar, malavenidas con su temperamento, había ido a dar con aquello, que era el matrimonio sin ninguna de sus ventajas y con todos sus inconvenientes y algunos más. Había habido, ciertamente, inolvidables horas de ilusión y de amor. Ella era una encantadora belleza aldeana, fresca, grave; los ojos brillantes y la boca roja, las carnes duras, las maneras toscas. Servía en su casa de doncella. Y fué la historia de siempre... ¡Ah! ¿Por qué compromisos adquiridos inconscientemente, en un instante de sofocación, habrían de durar tanto? ¿Y por qué no sabía desprenderse de aquel cúmulo de convencionalismos y de escrúpulos que le llevaban y le traían de lo moral a lo inmoral? Analizaba de un modo tímido y confuso sus acciones. Sería inmoral "romper con aquella desgraciada» y ampararse en la ley para abandonarla con sus hijos; lo era también el hacerla vivir de una manera clandestina... ¿Por qué hacer las cosas a medias? No quiso explicárselo. Se le ocurrió que Antonio Álvarez le habría aclarado sus dudas; pero, seguramente, no sería sin soltarle alguna de sus atrocidades de anarquista.

Y como sus ojos volviesen a contemplar la cama, se dijo que era bien cruel la idea de que jamas Esther, o alguna otra tan digna de ser amada, fuese la compañera de sus noches. ¿Jamás? No. "Aquélla podía morirse y él—tuvo que esforzarse para concluir su pensamiento—, y él, en último caso, podía echarlo todo a rodar." ¿Iba a vivir atado? ¡No, no!.., ¡También tenía unas preocupaciones candorosas!

Se levantó de la butaca y fué hacia el balcón. Por encima de los medio-visillos miró a la calle, que era la tumultuosa de Carretas. Aquel ir y venir de tranvías y de gente por la calle, poco ancha, y por las angostas aceras le llevó, sin que pudiese precisar por qué sutiles razones, a pensar en la familia de Montaña, que, como la calle, daba una impresiom de ruido y de riqueza, de estrechez y de angustia, todo confundido, todo casi inexplicable... Gustavo Suárez, como ingeniero, amaba las vías anchas y opulentas—recordaba Londres, París, Marsella—, y como hombre quería hallar en las familias desahogo económico, vida transparente, aspiraciones definidas... ¿Había todo esto en los de Montaña? Le parecían un poco raros, un poco fantásticos, un poco en el aire los negocios de la Gran Agencia Minera. Claras las empresas de su padre, don Gustavo Suárez, el primer comerciante en paños de Oviedo; claros y brillantes los ojos de su hermana Aurora, la muchacha más linda de por allá y un excelente partido; claras las ideas anticuadas de su madre, gran creyente y hacendista de primer orden en el hogar... No tan claro ya lo que a él mismo se

contraía: su vida de solterón provinciano, eterno acompañante de todas las muchachas—primo o pariente lejano de casi todas ellas—, bailarín sempiterno, visitador incansable, miembro de la Directiva del Casino y, a cencerros tapados, padre de cuatro chiquitines que iban creciendo con la osadía de hijos legítimos... Aquello era una cosa en secreto—el secreto de polichinela—. Todo el mundo lo sabía..., pero no lo sabía. El no se arriesgaba a hacerle el amor a ninguna muchacha y, la verdad, se iba pasando, según decían algunas madres que simulaban desconocer la aventura. ¡Ah! El en Oviedo no podía pensar en liberación de ningún género. En su casa se opondrían fieramente a una boda... absurda, y "la otra", invocando derechos que él no sabría negar, era capaz de una escena de folletín o de revista de sucesos, antes que verle casado como no fuese con ella. Un desastre... Era para vivir amargado si su temperamento no fuera tan saludable y tan propicio a la resignación y al optimismo. De cualquier modo, llevaba ya un par de meses muy agradables en Madrid, gracias a las de Montaña, que, neuróticas, como pretendía Alvarez, o un poco ruidosas, como él las encontraba, habían sido su providencia, llevándole de un lado a otro, invitándole a todas sus reuniones y a sus paseos. Y de aquella alegre y honesta amistad, de tanto verse en los teatros, en la calle, en la iglesia y en los tes íntimos, había nacido la mutua afición que Esther y él se demostraban y que, sin que las cosas anduviesen tan de prisa, todos tenían ya por serios y formales amores. Gustavo Suárez, dirigiéndose al fon-

do de la habitación para comenzar a arreglarse, pensó, sin fatuidad, que en su cariño por Esther había una gran parte de reconocimiento, porque ella, ¿a qué dudarlo?, le honraba consagrándole una pasión que él no se merecía. ¡Si supiera la pobre! Pero ¿iba a ser él precisamente quien la desengañase? Y recordaba las palabras ardientes de la muchacha, los momentos de confesiones inolvidables, las miradas febriles de amor, las sonrisas ingenuas que transfiguraban su extraña carita, quitándole la máscara de extravagancia y dejando asomar a la mujercita buena, sencilla, romántica... ¡Oh! ¡El casi diría que la amaba! Le era tan dulce, además, sentirse amado, así, con un algo de misterio, de novela y de ensueño... Podía ser tan distinto este amor de aquel otro obscuro y tosco, lleno de tedio y de angustia, con su atmósfera de cosa ilegal y la eterna separación de las almas... Podía ser éste un amor fino, risueño, sosegado... Podría pasearse frente a todas las miradas. Y ella, con sus extravagancias—insistía en esto Gustavo—, con su encanto enfermizo, con su cuerpo frágil y sutil, con su pelo pintado y sus cejas oblicuas, le inspiraba a él, hombre sano y vulgar, hecho a amores simplicísimos, un deseo tan vivo, un ansia de sensaciones y de emociones nuevas tan avasalladora!

Pensaba confusamente, sin concretar en palabras sus ideas y no sin un ligero asombro al verse tan razonador y metafísico. Se miró al espejo. La verdad que, sin acicalarse, sus treinta y cinco años bien podían parecer cuarenta. Desnudóse el fuerte torso para comenzar su aseo. Y después de lavado, con la ancha

toalla, húmeda, entre las manos, recordó el programa de aquel luminoso día de febrero. Antes de comer, al Banco, a consignar unas cantidades de la Empresa a quien servía. Por la tarde a un té de las de Montaña, donde se daría el último toque a un proyecto de carroza de Carnaval presentado por Santelmo y Herminia, siempre los organizadores, y en el cual, por no se sabe qué aplicación de su ingeniería, se le obligó a tomar parte activa. Verdad que la carroza representaba la boca de una mina: vagonetas con mineral; los mineros, muchachas y caballeros elegantísimos, dispuestos a sondear el abismo... Todo sobre un camión arrastrado por mulas robustas... Tal vez resultase agradable. ¿Y por la noche? También con las de Montaña... y de frac, nada menos. Iban al Real, fuera de su abono, a una platea... que había regalado él. Cantaba Anselmi—*Tosca*—en función de despedida, y las de Montaña adoraban al divo. ¡Oh, Herminia le aplaudía de pie, nerviosa, sofocada! Hablando de ello, Alvarez le había dicho:

—Esos aplausos, amigo mío, son otro aspecto de la neurosis. Son lujuria.

## VII

Las de Montaña no recordaban con gusto la infancia. Antes de conseguir la dirección de la *Agencia* don Roberto había pasado largas temporadas de angustias domésticas. Ellas no podían olvidarse de sus primeros años, en Salamanca, llevando una vida obscura, de niñas pobres que suspiraban siempre por un vestido nuevo y por unas cintas para el pelo, que la madre, desabrida y violenta, les alisaba en el corral, bajo el sol, entre las cuerdas de ropa tendida. Era una época triste, de ilusiones muertas, de ambiciones sofocadas por la realidad... Madrid era la liberación, casi la gloria, comparado con lo que abandonaban. Y los primeros años de Madrid, siendo don Roberto agente de negocios, no eran tampoco muy brillantes. Vivían en la calle de Bravo Murillo, en una casita de dos balcones. Ellas iban a la compra, sin salir de su calle, con zapatillas y toca de estambre. Los domingos usaban zapatos y sombreros y producían la admiración burlesca del barrio, que presenciaba el desequilibrio de la familia defendiéndose antes de hacer una franca renuncia de sus vanidades burguesas... No iban al colegio; doña

Amelia no podía transigir con la escuela municipal. Aprendieron a leer casi solas. El padre, algunas noches, a la luz del quinqué, les daba clase. Melita era una niña tímida que leía el *Juanito* en silencio y regaba los tiestos del balcón. La querían en la calle. Las verduleras le vendían más barato que a sus hermanas. A Esther y Herminia las llamaban las «orgullosas» y «las señoritas del pan pringao». Cuando Melita dejó de ser una niña, abandonaron la calle de Bravo Murillo. Don Roberto prosperaba. Un día pudieron comprar algunos muebles bonitos e instalarse en el centro de Madrid. Entonces Esther y Herminia fueron, como externas, a un colegio que dirigía una francesa. Se vestían aún comprando los cortes de vestido en los saldos o en las tiendas de la calle de Toledo. Comenzaron a dar reuniones. Herminia y Esther leían los periódicos de modas e imitaban las novedades. Iban al teatro con alguna frecuencia. Recibieron declaraciones de amor, que contestaban entre burlonas y emocionadas... Cualquiera emoción las excitaba. Al convertirse en mujeres atravesaron verdaderas crisis nerviosas. Esther llegó a sufrir ataques epilépticos. Herminia se exaltaba; parecía loca, entregándose a violencias incomprensibles... Comenzaban a sentirse atraídas por cuanto significase brillo social, riqueza, ostentación... Una tarde, don Roberto llegó a la casa congestionado por el júbilo. Acababan de nombrarle director de la Gran Agencia de Asuntos Mineros, de la Agencia central, en Madrid. Era para morirse de alegría, y doña Amelia y Esther, de la emoción, estuvieron a punto de hacerlo.

Ellas ocultaban cuidadosamente el pasado, que, a la verdad, no había sido vergonzoso, y sentían una ira sorda cuando sus amigas se dedicaban a recordar la niñez, cosa que las ponía en el trance de mentir inventando una historia que no siempre acertaba a ser la misma. Las de Juez, antiguas alumnas del *Sagrado Corazón*, hablaban de la madre Azcárraga y de la marquesita de Ortega y la condesita de la Roca, de las cuales habían sido condiscípulas. Aquel compañerismo, que permitía pronunciar nombres y títulos llenos de prestigio para las de Montaña, era lo único que ellas les envidiaban a las de Juez. Clementina Angulo había sido también alumna de un colegio de monjas, y Conchita Sáenz, hija de un rico arquitecto, contaba mil anécdotas de la pensión en que se había educado, en Lucerna. Conchita Sáenz, con su aspecto de muchacha sana y sensual, se encargaba de hacer girar la conversación, cuando era entre amigas de confianza, hacia temas escabrosos. Melita parecía no oirla. Esther la escuchaba reclinando la cabeza en su asiento con una mueca de desdén en los labios y un brillo de curiosidad en las pupilas, y Herminia, con un interés ingenuo y una ráfaga de deseo en los ojos. Algunas tardes en que la jaqueca o la lluvia las obligaba a no salir de casa, solían reunirse en el gabinete azul, solas, sin hombres... para hablar de los hombres. Otras veces era en casa de Conchita, en su *boudoir*, donde tenía lugar aquella tertulia encantadora. Hablaban de un modo incoherente, pasando de las frases agudas y las confidencias que las ruborizaban, a momentos

de romanticismo y de ensueño en los cuales el ansia sexual se velaba con nubes de poesía. Hablaban, no obstante, sin entregarse en absoluto, guardando, con una suerte de avaricia voluptuosa, ciertas cosas inconfesables. Clementina Angulo, nerviosa, llena de vibraciones, con la boca muy húmeda y las pupilas ardientes, era la más osada, y se podía decir la más cínica... Hablaba de sí misma, de sus encantos, de sus deseos, de sus sueños extravagantes... Conchita Sáenz, maligna, con los ojos serenos y erguido el torso majestuoso, ocultaba lo que a ella pudiera referirse y prefería hablar de cosas que había visto, de cosas que había oído o de cosas que había sospechado... Herminia preguntaba un poco irónica y formaba juicios extraordinarios.

Una de aquellas tardes, Herminia contó un sueño. Estaban en el gabinete azul.

—¿A que no sabéis—había comenzado, dirigiéndose a Clementina y a Conchita—, a que no sabéis qué sueño tuve anoche?

—Tú dirás.

Clementina preguntó:

—Pero ¿se puede contar? Yo tengo sueños que no se pueden contar; vamos, que no se deben contar...

Y como sonriese maliciosa, Esther tuvo una sonrisa llena de pureza y de lástima.

—Hija, lo que es tú...

Herminia prosiguió:

—Fué un sueño... Veréis. ¡Claro que se puede contar... entre nosotras!

Conchita quiso llevar con orden el asunto. Y muy seria:

—Vamos a ver, ¿con quién soñaste?

—Con quiénes... Con Ramoncito...

Esther, mudando de postura en su butaca, exclamó:

—¡Ya salió ese! ¡Antipático!...

Herminia rió a carcajadas.

—Pues sí; con Ramoncito, con Santelmo, con el marqués, con Gilberto, con Antonio Alvarez...

Clementina la interrumpió haciendo un comentario:

—Vaya, hija... Pues yo nunca he soñado con tantos juntos...

—¡Anda! Soñé con todo el mundo... Soñé que me casaba...

—Vaya... ¿Quién era él?—preguntó Conchita.

—¡Ay, no sé!...

—¡Cómo!

—Sí, cosas de los sueños... Yo me casaba con Ramoncito; fuí a la iglesia y todo con Ramoncito... Hubo aqui un minué, precioso... Gilberto Ruiz leyó unos versos muy largos, muy largos... Y entonces es cuando empieza a confundirse todo. Ramoncito desaparece y en su lugar me da el brazo el marqués, que llega hasta el salón montado en su jaca. La jaca empieza a comerme los azahares...

—¡Jesús!

—Yo protesto y Ojeda levanta el látigo...

—¡Caramba!

—Levanta el látigo y...

—¿Qué hace con el látigo?

—¡Ay, no recuerdo, Clementina! ¡Calla! Me parece que Antonio Alvarez lo detiene en el aire, lo coge y empieza a latigazos con el marqués...

—¡Diablo! ¿Y Ojeda qué hace?

—Ojeda huye sobre la jaca por un balcón y yo me despierto rabiosa... ¡Figuraos!...

Clementina tomó la palabra.

—Hija, pues tu sueño es bien soso: parece un cuento para niños. Es muy inocente...

Melita, un poco asombrada, desplegó los labios por primera vez:

—¿Cómo querías tú que fuese? A mí me parece muy bonito y Alvarez se porta como un caballero.

—¿Que cómo quería yo que fuese? De ningún modo. A lo que vamos es a que me parece soso. Yo soñé una noche...

—¡Alguna barbaridad!—dijo Esther.

—Dejadla que lo cuente—suplicó Herminia.

—¡A ver que soñó ésta!

—Pues muy sencillo: yo soñé que me casaba y que los azahares no se los comía ninguna jaca, sino mi marido.

—¡Ya dije yo—exclamó Esther—que sería alguna barbaridad!

—¿De modo—preguntó Herminia—que soñaste con tu noche de bodas?...

Melita había bajado los ojos y Conchita Sáenz, como presidiendo, dijo:

—Bien claro acaba de decirlo. Y ahora lo que debe hacer es contárnoslo todo sin perder un detalle. Vamos a ver, ¿qué sentiste? ¿Cómo fué?

Clementina se humedeció la boca con la lengua, y guiñando los ojos:

—Veréis... La cosa sucedía en el tren, en el *eslipin*. Yo, muerta de vergüenza...

—¡Sí, sí!—interrumpió Herminia.

—Muerta de vergüenza, palabra de honor, me fuí desnudando... Primero la levita... Luego, como era un traje enterizo que tenía que abrocharse por un costado, él me ayudaba dándome, de vez en cuando, unos besos en la nuca que me estremecían y diciéndome... unas cosas que no me atrevo a repetiros...

—¡Dilas! — exigió Herminia con los ojos chispeantes.

—¡Sí, dilas!—agregó Conchita.

—¡Pues que no las diga!—gritó Esther levantándose bruscamente de su asiento y con una mueca de repugnancia en la boca.

—¿Por qué?—preguntó Clementina, sorprendida.

—Porque, ¡porque me parece una porquería! Esas cosas no se cuentan. La que más y la que menos las sueña parecidas; pero a mí, no siendo las que yo sueño, todas me parecen una indecencia. Igual que los hombres; exceptuando el que quiero, todos me parecen violentos, groseros, repugnantes... Cuando se les ama, se les purifica... Yo, al casarme, no tendré vergüenza, porque entregaré mucha alma para tener que avergonzarme.

Conchita la aplaudió

—¡Muy bien, Esther, muy bien! Si todas estuviésemos enamoradas...

—¿Que yo estoy enamorada?

—Sí; si todas estuviésemos enamoradas como lo estás tú de Gustavo...

—¿Quién te ha dicho?

—¡Vamos!... Si estuviésemos tan enamoradas, te repito, seríamos tan románticas como tú...

—Esther se dirigió hacia la alcoba.

—Bueno... Os dejo hablando de esas cosas...

—Y te vas a escribirle a Gustavo... Haces muy bien.

Melita se levantó a su vez.

—Esther, te acompaño; ¿quieres?

Herminia dijo entre risas:

—¡Jesús, qué ruborosa está la tarde!

Y Conchita, cuando Esther y Melita hubieron desaparecido:

—No, tonta, es que tu hermana no sueña mas que con Gustavo, y le ofende que se hable así, en términos de amor, de otro hombre cualquiera, aunque sea tan imaginario como el de Clementina. Melita, ya sabes, es su carácter.

Herminia se volvió a Clementina, sonriente.

—Pero, bueno, di, ¿qué te decía?

—Nada... Me ha disgustado la actitud de Esther.

—¡Qué tonta eres! ¿No quieres decirlo?

—No.

—¡Pues, ea, guárdatelo! A lo mejor es mentira.

—Sí, mentira... Desde que soñé aquello las casadas no tienen nada que decirme... Si no fuera porque al despertar me encontré sola, hubiera creído...

—¿Qué?

Conchita interrumpió nerviosa:

—¡Basta! Conozco esos sueños y otros parecidos. En mi pensión, una muchacha americana pidió socorro una noche. Fuimos todas, medio desnudas, ¡si vierais la facha de las profesoras!, y ella, llorando, nos juraba que un hombre... Buscamos al hombre por todo el colegio, debajo de las camas, en los armarios, en

el jardín, en las buhardillas... ¡Una revolución para nada! No había tal hombre, sino un sueño que parecía realidad. La muchacha se quejaba de dolores y todo. ¿Queréis cosa más rara?

—Y... ¿qué?—preguntaron Clementina y Herminia a un mismo tiempo.

—¡Ah, absolutamente nada! Hubo un reconocimiento facultativo.

—¡Qué escándalo!—dijo Herminia.

—No; lo hizo una mujer..., una médica.

—¡Qué cosas!...—murmuró Clementina cerrando los ojos. Y después, vagamente: —En los colegios pasa cada una... En el que yo me eduqué, una profesora muy linda, sor Aurelia...

—¡Ah, sí—interrumpió Conchita—, de eso no se hable!... En mi pensión había dos o tres parejitas, sin que por eso se enfadase la directora. Después de todo, ¿qué de malo hay en ello?

Y miró con tal fijeza a Herminia, que ésta, palideciendo, murmuró:

—Claro, ¿qué mal puede haber en ello?

Después de una pausa silenciosa, hablaron de los hombres. Conchita odiaba a Morata.

—¡Qué tío más estúpido y más grosero! Se figura que todas las mujeres son como las que él debe tratar. Por mi parte, si todos los hombres fuesen como Morata, me quedaba soltera o seguía la conducta de sor Aurelia.

Clementina sonrió y dijo:

—Pues yo, aparte de lo que al principio me molestase, porque, eso sí, Morata debe de ser muy bestia, quiero decir, después de... lo del sueño, yo, como su legítima esposa, sabría domesticarlo.

Herminia interrogó con la mirada.

—Muy sencillo: con el sistema de las represalias.

—¿Qué es eso?

—¡Herminia, por Dios!—exclamó Conchita—. Clementina quiere decir que si Morata la engañaba, ella le pagaría con la misma moneda.

—¡Ah!

—Pero yo, aunque me garantizasen su fidelidad... ¡Uy, peor! ¡Tenerlo siempre encima, con lo grande, lo pegajoso y lo animal que es!

Herminia le defendió con displicencia.

—No negaréis que es elegante, distinguido...

Conchita repuso:

—¡Ah, yo sí lo niego! Estoy con Antonio Alvarez... Es un orangután vestido.

—¡Antonio Alvarez!—exclamó Clementina—. ¿Os gusta ese muchacho?

—¡Phs!—silbó Herminia.

—¿No?—dijo Conchita—. Pues es simpático y galante. Un poco serio... Algo Quijote.

—Y un poco envidioso—agregó Herminia—. Envidia a Morata y a Ojeda...

—O los desprecia—rectificó Conchita.

—Mujer, ¿por qué? ¿Es despreciable el marquesito?

—No; pero Alvarez no le envidia... Le es antipático, seguramente.

—Y a vosotras, ¿qué os parece el marqués?

Conchita y Clementina se excusaron riendo. ¿Qué iban a opinar, si era novio de ella? Simpático, atento, montaba bien a caballo...

—Y... ¿el ingeniero?

—¿El belga?

—No, Gustavo.

—¿Gustavo?—opinó Clementina—. Dema-

siado hombre. Cuando baila con tu hermana me parece que la va a romper por la cintura.

—Gustavo—dijo Conchita—es un niñazo. Con ser tan grande, Esther podrá manejarlo con un dedo. Me es sinpático, pero no me casaría con él.

—A ti, ¿cuál es el que te gusta?—le preguntó Herminia—. ¿Ramoncito?

—No. No es pesado, pero es tonto y grosero.

—¿Santelmo?

—¿Estás loca? Viejos, no.

—¿Gilberto Ruiz?

—¡Quita, hija! Tan empalagoso con sus versos y su manera de hablar... Hará la gran pareja con la última de las de Juez, la poetisa.

—Es verdad. Entonces... ¿quién podrá gustarte?... ¿Molina? ¿Ruval?

—No; hasta ahora, ninguno.

Y mirándola, con una sonrisa que entreabría dulcemente su fresca boca:

—Preferiría ser hombre y casarme contigo.

Herminia bajó los ojos. Clementina sonrió en silencio. Y Conchita, sin inmutarse:

—¿Qué quieres? No has conseguido presentarme un hombre que me guste. Puede ser que yo le encuentre, pero también es verdad que no me corre prisa. ¿Verdad, Clementina, tú que lo soñaste, verdad que son violentos, egoístas..., brutales?...

La respuesta no salió de los labios de Clementina. Precedido de la doncella y perfectamente inoportuno llegaba Santelmo. Traía unas invitaciones para un baile del Real...

Herminia las recibió gozosa y comenzó a gritar:

—¡Esther!... ¡Melita!... ¡Mamá!...

# VIII

Estaban indignadas... Herminia, al pasar la carroza por frente a la tribuna del Jurado, gritó, con el antifaz en la mano y la boca desdeñosa:

—¡Cursis!

Le habían dado el primer premio a la *Olla de grillos*, el segundo al *Templo egipcio* y el tercero a *Apolo y las nueve musas*, donde, con profunda indignación de Gilberto Ruiz, iba de Apolo el hijo de un opulento carnicero, y hacían de musas, según las de la Montaña, algunas cocineras y muchachas de servir. ¡Y para ellas, para *La boca de la mina*, no había quedado mas que una mención honorífica! El propio marqués de Ojeda, acompañado de Ricardo Morata, había ido a la tribuna calificadora a pedir una explicación. Y un concejal amigo les había dado todo género de satisfacciones y ramos de violetas para las seductoras mineras, que no tenían derecho a enfadarse. La mención honorífica no era despreciable. Pero ellas, que habían paseado su orgullo por el Retiro seguras del premio; que habían derrochado los confetti amarillos—el oro de la mina—, las flores y las serpentinas, estaban

inconsolables. Hasta Melita hablaba con Santelmo, que iba de capataz, de injusticias que se cometían... Aquel desaire les amargaba la tarde: una tarde templada, de ambiente diáfano, de cielo azul, casi de primavera.

Se habían reunido todos en la *Agencia*. Santelmo y Gustavo con Herminia y Conchita Sáenz, acompañadas de Amelia, dieron en la cochera el último toque a la carroza; luego, en la Carrera de San Jerónimo, los curiosos y las máscaras de a pie se detenían para ver cómo se poblaba el camión de señoritas y caballeros vestidos con blusas azules y boinas, armados de picos, azadones y palas de madera y llevando cuerdas en la cintura y una linterna al costado... En el carro, entre pedruscos de tela y cartón, la vía férrea se internaba en la mina, dejando fuera dos vagonetas cargadas de confetti y serpentinas; a ambos lados y al fondo se abría una especie de zanja donde iban acondicionándose las máscaras, sin que faltasen dos o tres en lo alto, encargadas de suministrar el mineral a paletadas... Gilberto Ruiz, como Santelmo y como monsieur Ruval, iba de capataz. Ramoncito Pagés, Molina, Ojeda y Morata eran simples obreros. Gustavo continuaba siendo ingeniero y aparecía al lado de Esther con cazadora de pana y botas de montar. Las de Juez, según Herminia, parecían mineras de verdad. Ella y Esther, Clementina y Conchita estaban encantadoras, con el pelo recogido en rizos, alrededor de las gorritas, con los ojos brillantes bajo el negro antifaz y los picos, forrados en papel de plata, levantados como para caer sobre un trozo de mineral que podía representarse entonces por

las cabezas del Marquesito, de Pagés o de los otros mineros que las acompañaban y que, desde un principio, abandonando en el fondo del camión las herramientas, no hacían más papel que el de galanteadores. Amelia y don Roberto iban en el landó familiar, con dos o tres amigos de cumplido, entre los que figuraba el comprador de la mina de cobre, que ya la había comprado... Antonio Alvarez aplaudía al paso de la carroza desde la tribuna de la Prensa. Se había excusado de tomar parte en la fiesta. Se murmuraba en *La boca de la mina* que sería por falta de dinero; pero Gustavo pudo decirle a Esther la verdadera causa: Alvarez le temía a verse, en un pie de broma y de confianza, con Morata, con Pagés, con el marquesito... Esther, en otra ocasión, se habría indignado con el médico; pero entonces, tan cerca de Gustavo, sólo pensaba en el amor. Y a tan dulce ocupación la conducían las frases musicales del ingeniero, el cielo azul, el vaivén pintoresco de las máscaras, la alegría sonora de las comparsas y las estudiantinas y el sol que, iluminando el paseo, brillaba en las cajas de los coches y en las chisteras de señores y lacayos. Llegaban hasta ella lluvia de confetti, ramos de flores, serpentinas que se desenrollaban raudamente, produciendo una especie de silbido... Todo le encantaba sin distraerla de su idilio. Aquella alegría tumultuosa del Carnaval, aquella graciosa locura de la mascarada, le parecía una fiesta rendida a su amor... Sonriendo, su boca grande, de pálidas encías, era más roja y eran más blancos los dientes junto al negro antifaz. Gustavo, vagamente mareado por el ruido y por el sol

y por la llama de los ojos de Esther, no podía precisar qué nuevo encanto le brindaba su amiga. Con el antifaz le parecía menos máscara que sin él. Nunca había tenido palabras tan sinceras: "te adoro, Gustavo..., te adoro... Estoy loca por ti". Y con su mano de niña apretaba la suya de gigante. El tuvo un momento las lágrimas en los ojos... El también al quería, la adoraba... Se inclinó fuera de la carroza para cazar un ramo de violetas que le arrojaban a Esther. Ella se lo puso en un ojal, desabrochándole, temblorosa, el segundo botón de la cazadora. Pagés, desde lo alto del camión lanzaba carcajadas, puñados de confetti y serpentinas sin abrir, con la sana intención de descalabrar a alguno. Estaba un poco amoscado, porque de aquella vez "le pisaba" el marqusito, que no se despegaba de Herminia. Por su parte, Morata no perdía el tiempo al lado de Clementina Angulo, después de haber recibido un botonazo de Conchita, que le había dicho, con las mejillas como la grana y amenazándole con el azadón: "Como repita usted la broma, le cruzo la cara." ¡Bravo! El se divertía empinado en aquel armatoste, derrochando los confetti o los topacios... Desde la tribuna de la Peña habían gritado:

—¡No tiréis tantos topacios, que os vais a arruinar!

A lo que respondió Herminia, furiosa y con dejo chulesco:

—¡Idiota! ¿Es envidia o caridad?

Iban y venían las frases irónicas y las pullas sangrientas.

—¡Así son las minas que vendéis!

—¡Para decir eso hay que quitarse la careta!

—Adiós, Herminia; cualquiera te aguanta de marquesa.

—¡Adiós... indecente!

—¡Esther, Esther, que te meta tu novio en un bolsillo!

— ¡Qué gentuza!

—¡Adiós, Ojeda, que aproveche!... ¡Anda!... ¡Morata, no seas tonto!

Desde la capota de una berlina, que marchaba al paso junto a la carroza, un pierrot de percal blanco disparó una lluvia de bromas:

—¡Eh, tú, Santelmo, ¿qué haces con tus ochenta años que no te casas? ¿Vas a dejar a Melita para vestir santos? No seas egoísta... Mira que te cuidará el reuma y te encenderá el brasero. Herminia, ponte en guardia con el prócer, que no quiere mas que a su jaca, ¡la gran jaca que debía ir a los toros!

El marqués se sintió herido en su amor propio:

—¡Que se calle ese imbécil, que se calle!

—¡Adiós, Cid, digo, Babieca!... Y tú, Morata, ¿cuándo debutas en Parish?

—¿De qué, guasón?

—¡Anda, de Moritz tercero!

—Muy gracioso. Si bajo, te quito la careta de un revés.

—¡Uy, qué miedo! Pero no bajas...

Por un claro de coches avanzó la berlina. Morata insultaba al pierrot.

—¿Por qué no esperas, valiente?

El pierrot agitó los brazos, gritando:

—¡No abuséis de las muchachas!... ¡No las llevéis al fondo de la mina!

El marqués, Morata y Herminia eran los mas indignados. ¿Quién sería aquel pierrot

deslenguado? Pagés, desde su altura le disparaba serpentinas sin desenrollar, y el pierrot, amparándose con un brazo, le gritaba:

—¡Hoy te toca tragar quina!

Y acertó a darle en la cara al pierrot, que hubo de enmudecer con el golpe. "Es un amigo", decían todos. Se habría sospechado de Antonio Alvarez si no estuviese aún el médico en la tribuna de la Prensa. Herminia dijo:

—Puede que sea el imbécil de Guillermo Gómez... Lo digo por lo raído del disfraz.

Nadie contestó, y Herminia repuso:

—Porque no creo que se trate de *Aramis*.

Santelmo defendió a *Aramis*.

—No. *Aramis* es un chico muy fino; es incapaz... Creo que va en el *Templo egipcio*, de gran sacerdote.

—Mirad—dijo Melita—; ¿y si es uno de los escribientes de papá?

—¡Uy, si lo fuese!—exclamó Herminia—. Mañana mismo lo ponía de patitas en la calle.

Se quedaron sin saber quién era el pierrot que los había insultado. Llegaba el momento de los premios. Se descorcharon algunas botellas de *champagne*, y Pagés, del fondo de una vagoneta, sacó una cesta de fiambres... Después de la derrota se bebió más, dando la espalda al Jurado, y despreciando a los grillos, que se movían en una gran olla de madera, con sus blusas negras y sus caparazones de cartón; a Apolo y las nueve musas, que cantaban un himno inverosímil para acabar de indignar a Gilberto, y al Faraón y los sacerdotes y las danzarinas del *Templo egipcio*, que recordaban las *Aidas* del teatro del Buen

Retiro... Al anochecer, las primeras bengalas se encendieron en *La boca de la mina;* bengalas rojas que la hacían parecer incendiada; bengales verdes que daban a los rostros, ya sin máscara, una lividez espectral... *La boca de la mina* fué de las primeras en abandonar el Retiro, seguida por una comparsa de negros que bailaban *cakes* y *matchichas* al son de ralladores y timbales, revolcándose, al concluir el baile, en el suelo, alfombrado por los confetti y las tiras de serpentinas...

La muchedumbre abandonaba el Parque, sofocando con una alegría tumultuosa el tedio que, entre nubes de polvo y acres emanaciones, parecía suspenderse en el ambiente. Se reñían en la mascarada del arroyo las últimas batallas de confetti y en los coches y automóviles, llenos de pierrots, de bebés y de capuchones negros, y en las carrozas de cartón y percalina llegaba la hora propicia a la licencia y al libertinaje. Cuando la *La boca de la mina* dejó atrás la torre mudéjar de las Escuelas de Aguirre, desdibujándose en el cielo del anochecer, Morata rodeaba con sus brazos el talle de Clementiña, débil ya, mareada por el *champagne,* con las pupilas dilatadas que parecían contemplar la perspectiva de luces de la calle Alcalá, por cuya línea se desbordaba la muchedumbre. Conchita, que había recibido los ataques de Pagés, se refugiaba al lado de Herminia, atrayendo hacia sí, con algo de protección masculina, a la muchacha acorralada por Ojeda que envalentonado por la bebida y por la complicidad de la noche, se aproximaba en lúbricos contactos a su novia. Herminia sonreía, con la boca anhelante y los

ojos nublados, en una dulce inconsciencia, sin atreverse a protestar por rozamientos que no sabía si eran de Ojeda o de Conchita. Además, no ignoraba que lo discreto y lo usual en tales casos era callarse. "Aquello" estaba admitido... Recordaba lejanos paseos de Carnaval, a pie, perdida con su madre y sus hermanas entre la muchedumbre, recibiendo el manoseo lascivo de horteras, de chulillos y de viejos libidinosos. Una vez, Esther había estado a punto de asfixiarse. Esto de ahora le parecía mejor: no era mascar el polvo, no era oir desvergüenzas y presenciar escenas y ademanes de una lubricidad abyecta; no era recibir los confetti como pedradas en los ojos... Era algo más delicado, aunque fuera lo mismo. Acababa de ver en un coche a una amiga suya respondiendo a los besos de un arlequín, que debía ser su novio. Pagés les había gritado:

—¡Que se os ve! ¡No seáis ansiosos!

¡Besos!... ¡Besos!... En la nuca sentía los bigotes del marquesito, y en las orejas, rojas y ardientes, la humedad febril de unos labios, tal vez los de Conchita... Y experimentaba el deseo de besar a su vez, medio rendida, medio ebria... El deseo de besar... Como adivinadora, la dulce boca de su amiga se le brindaba muy cerca de la suya. Y la aceptó. Entonces el marqués invocó cierto derecho, dijo la palabra celos, y pudo gustar apresuradamente los labios de Herminia.

Quedaba al fondo la puerta de Alcalá. Gilberto Ruiz y monsieur Ruval encendían las bengalas y estiraban los brazos fuera de la carroza, que permanecía en la sombra. Con la mano libre intentaba el poeta venezolano cier-

tas libertades con Laura Juez, la poetisa. Santelmo, paternalmente, oprimía la mano de Melita, que se encontraba un poco febril y deseosa de llegar a casa. Fernando Molina se resignaba a charlar castamente con las mayores de Juez, graves y frías como siempre, puestos aún los antifaces, en un extremo rubor de solteronas. Gustavo y Esther iban enlazados, en franco idilio, abstraídos en un diálogo de exquisitas ternuras y de sutilezas de amor. Esther sufría ligeros desvanecimientos que la obligaban a reclinarse en el pecho del ingeniero. En lo alto de la carroza, despechado y mordaz, Ramoncito Pagés fingía accesos de tos o lanzaba carcajadas y comentarios picantes.

¡Bravo, Gilberto!... ¡Bravo, Ruval! ¡Qué bien tienen ustedes las bengalas!

El marqués monopolizaba a Herminia, Gustavo a Esther y a Clementina Morata. Conchita, de uñas como una fierecilla, no estaba para bromas... Pero Pagés no iba a aburrirse y convertía lo alto de la carroza en observatorio y en tribuna. Tenía algo de bufón y de fiscal. Al sorprender una frase de amor lanzaba una carcajada, y al oir el chasquido de un beso o el rumor de un suspiro gritaba:

—¡Señores, no hay derecho! ¡A ver qué va a ser esto!... ¡Eh, tú, Morata, que vas a aplastar a tu pareja!

El grupo de Conchita, Herminia y el marqués de Ojeda le sugería monólogos pintorescos:

—¡Vaya un lío, señores! ¿Por cuál de los dos va a decidirse Herminia? Conchita, es usted un hombre con toda la barba. Va usted disfrazada todo el año...

No le oían. También Esther y Gustavo daban pie a sus comentarios:

—¡Ay, Dios mío, Romeo y Julieta! ¡Viva el romanticismo! ¡Que los entierren juntos! ¡Eh! ¡Santelmo, la cosa está que arde! ¡Cómo nos divertimos!

Disparaba las últimas serpentinas. Contemplando a la multitud, que asaltaba los cafés, que llenaba los balcones, que afluía unida, compacta, como una masa monstruosa, como un ejército fantástico de locos y de miserables, hacia la Puerta del Sol, pensó con envidia en ciertos amigos suyos que iban allí, en el montón, tragando polvo, arrastrando los pies, sudorosos, jadeantes, pero divertidos en el ataque de unas lindas caderas o de unos muslos de mujer robusta... Morata y el marquesito «le habían dado la tarde». Pero le quedaban los bailes para desquitarse. Estuvo un momento abstraído, dominando a la multitud desde la altura, con su traje de minero empolvado, la boca extendida en una risa burlesca y los ojos fijos, brillantes... ¡Como cogiese a Herminia por su cuenta!

# IX

Don Roberto, de frac, con el «nutria» en un brazo y el sombrero de copa ladeado, entró en su alcoba como hombre que se ha divertido mucho y que piensa en dormir. Amelia, después de conversar un momento con sus hijas, haciendo los últimos comentarios sobre el baile, siguió a su marido, no sin poner antes su mantón de Manila en el sofá del gabinete, donde ya destacaban sus vivos colores los de las niñas.

Esther, ayudada por Ricarda, se había desprendido de su ropa de chula con gran rapidez, y estaba ya en la cama, dormida, de seguro soñando con Gustavo. Toda la noche la había pasado con su novio, sin salir apenas del antepalco, ni para dar unas vueltas de vals, ¡ella, tan aficionada! ¿Melita?... Dormiría también, hecha una santa, como siempre... Serían las tres y media o las cuatro de la madrugada. Herminia entreabió las maderas del balcón y desempañando un vidrio miró a la calle. Pocas veces la había visto a tales horas, pues al volver del teatro a media noche con el centro de Madrid iluminado, los cafés abiertos, los coches, los automóviles y la gente de

un lado para otro, no se recibía aquella impresión de soledad, de silencio, de fachadas graves y sombrías con los balcones cerrados y el último piso como perdido en la obscuridad del cielo... Nadie por la acera de enfrente... Los faroles, a media luz, y a lo lejos, en la esquina de la plaza de las Cortes, la silueta borrosa del sereno. Sintió rodar un coche sobre el asfalto: venía de la Puerta del Sol, del Real, seguramente, donde el baile era ya canallesco, «el baile golfo», que, por una hipocresía injustificada, no presenciaban «las personas decentes». Ella se habría quedado allí de muy buena gana, sentada en el palco o arriconada, calladita, en una de las mesas del foyer, delante de una copa de *champague*. Pero su padre, ¡claro!... Y el mismo Santelmo, tan farsante, que las había acompañado hasta el coche, diciéndoles que él también se iba... Sí; se iba otra vez adentro a divertirse como los demás... Ojeda le había dicho:

—¿Os vais? ¡Qué lástima! Pues yo me iré en seguida, ¿sabes? Porque sin ti, ¿que voy a hacer?

¡Cuánta mentira! Se quedaba hasta el último momento con Morata, con Pagés, con media docena de amigotes. El propio Alvarez, tan serio, no parecía dispuesto a salir del baile sino cuando terminase. El único a quien habían visto marchar delante de ellas, con el cuello del gabán alzado y las manos en los bolsillos, era Gustavo, un pobre hombre. ¡Ah, por eso Esther dormía tan tranquila, orgullosa de ser amada con tal respeto por su Gustavo, que, en la penumbra del antepalco, no se arriesgaba mas que a estrecharle una mano! Y a ella...

Tomó asiento en una butaca, plegando con gesto desdeñoso la almidonada falda de percal, considerándose un poco ridícula con aquella ropa de criada chulesca que el mantón había cubierto en el baile... A ella no la amaban como a Esther: la amaban de otra manera que no podía precisar: de un modo demasiado franco, más risueño..., de un modo demasiado franco, casi grosero, casi desvergonzado... La amaba Pagés, la amaba el marquesito, es decir, la deseaban. Al hablar con ella, a los dos hombres les brillaban los ojos, se les dilataba la nariz, y la boca parecía temblar antes de proferir una frase de pasión. ¿Por qué inspiraba tal ansiedad amorosa? El marquesito la estrechaba al bailar, y ella sentía, al través del tul de su antifaz, el aliento de su novio, cálido, con una acritud de alcohol que la mareaba. Habían ido de un extremo a otro de la sala, bailando lentamente. La atmósfera, espesa como neblina por el humo de los cigarros y el polvo de la alfombra, medio la asfixiaba, debilitando su voluntad para toda defensa pudorosa... Y el marquesito, envalentonado por la impunidad, con la chistera "a lo golfo", bailaba ceñido, apretándole el talle y obligándola a tropezar con una de sus piernas. Ramoncito Pagés, que sólo había conseguido un *schotis* con ella, fué aún más violento y logró indignarla con sus desvergüenzas: toda su carne había sentido la fiebre de aquel... granuja, y en un momento en que la mano de Pagés intentó una grosera caricia, ella le rechazó altiva, con tal brusquedad, que Ramoncito por poco mide el suelo. ¡Ah, era demasiado! Sola, traída y llevada por las parejas, con la

garganta seca y los ojos nublados por las lágrimas, estuvo un momento, que le pareció muy largo, sintiendo la impresión del ultraje, hasta que una mano le tocó suavemente en un hombro. Era Conchita.

—Vamos, mujer, ¿qué ha sido? Ven; apóyate en mi brazo. Anda.

Y la había llevado a la platea de su padre, el arquitecto. Allí la atendieron. La madre de Conchita le sirvió una copa de *champagne* y volvió a reunirse con los que llenaban el palco. Quedaron en el fondo, solas, amparadas por la cortina de terciopelo y, como ella todavía respirase anhelosa, su amiga le descubrió el pecho y le hizo aire con el abanico, diciéndole que no llorase.

—No llores, tonta; los hombres son así. Hiciste muy bien en defenderte. ¿Qué se ha creído ese tío? ¿Que una chiquilla tan linda como tú va a consentir...? ¡Oh, no llores! Estás nerviosa... Sí... ¡Pobrecilla rica!...

La había sentado sobre sus piernas como a una niña, y sin dejar de hablarle, le acariciaba las mejillas y la besaba con dulzura en la boca...

—¡Qué linda eres! ¡Qué linda eres!

Y Conchita, con su voz musical ahogándose en suspiros y sus tibias manos, que parecían cubiertas de seda, y su boca húmeda y fragante, le daba la impresión de un joven guapo y de maneras exquisitas que se hubiese disfrazado de mujer... En aquella penumbra del antepalco, adonde todo lo exterior, música, luz y rumor de muchedumbre, llegaba amortiguándose, ella soñó despierta... El marqués, Conchita y Ramoncito hablaban con una mis-

ma voz de amoroso deseo. Y, sin responderles, ella se estremecía ante la idea de ser amada, de ser querida. Todo el mundo secreto de sus sentidos y toda la íntima vehemencia de su carne se confabulaban en un desvarío, en un desmayo, en una abdicación de su pudor, de su temor, en algo profundo y contradictorio que le hacía aborrecer y desear al mismo tiempo.

—¡Qué bonita eres! ¡Qué bonita eres!

La voz de su amiga, débil, suspirante, voluptuosa, como un trémolo apagado por los besos, repetía:

—¡Qué bonita eres! ¡Qué bonita eres!

Y ella, vencida, desmayada en un ansia de amor y de ensueño, había respondido a los besos suaves y vagarosos de Conchita. ¡Conchita!... El arquitecto volvió al fondo de la platea con otra copa de *champagne*, y un momento después el marquesito entraba en el palco.

—¿Dónde te metiste? He andado loco, buscándote por la sala, por el foyer... hasta que Pagés me dijo que estabas con Conchita.

Mientras subían a su palco, donde Gustavo y Esther continuaban el idilio, Ojeda, elocuente en su media borrachera, le hablaba:

—¿Qué te pasó con Pagés? Algo me han dicho. Yo no quería que bailases con él. Sólo yo tengo derecho a bailar contigo, yo solo... Y a besarte y a... Herminia, te adoro, te adoro... Esta noche soñaré contigo. ¡Mira que si huyésemos!

Y deteniéndose en la escalera:

—¿A que no te atreves? Es la una y media... Tomamos el cuarenta del duque de Azor, que es como mío; vamos a... Fornos o al

Ideal, y volvemos... No se entera nadie. Ven...

Ella midió con la mirada turbia al marquesito. Lo encontró ridículo, con la corbata ladeada y los ojos empequeñecidos por la borrachera. Y sintiendo renacer su aplomo:

—No, no voy... Tú te has confundido... Te sobra una copa... o una botella...

Se levantó de la butaca. No era cosa de pasarse la noche pensando en aquellas locuras. Tendría que desnudarse sola, porque ya Ricardo estaría en el quinto sueño.

Fué a la alcoba.

—Vaya, lo que es ésta...—murmuró viendo dormida a Esther—. Se descalzó sentada en la cama. Luego fué dejando la ropa que se quitaba, a los pies, sobre el edredón. No tenía frío al desnudarse, como otras noches. Tenía acaso calor, sofocación. En camisa y con los pies desnudos entró de nuevo en el gabinete. ¿Que iba a hacer allí? Pero ¿no pensaba dormir? ¡Qué silencio en la casa! Como un gran ruido se destacaban sus leves pisadas en la alfombra. A su paso temblaba sutilmente la pluma blanca de los abanicos. Bajo la luz diáfana, indiscreta, ¡cómo resaltaban los muebles, las cortinas, las molduras doradas, los juguetes de la consola!... Parecían testigos de su insomnio y conocedores de los recuerdos y de los raros pensamientos que la desvelaban... El reloj de la oficina hizo sonar las cinco. Hora de dormir... Al extender su brazo hacia la llave de la luz, el espejo movible copió su figura. Estaba despeinada, ojerosa, con los pómulos rojos y las pestañas y las cejas grises de polvo. Y el pelo igual. Se quedó un

momento abstraída. Una idea acababa de asaltarle, sin saber por qué. ¡Si durmiese desnuda como Conchita! Miró a un lado y a otro y, volviendo la cabeza, a su hermana dormida. Podía hacerlo... Era aquel cuerpo suyo, blanco, dulce, suave, el que Ojeda quería llevar a Fornos..., al Ideal, ¿para qué? Era aquel cuerpo suyo el que Ramoncito había apretado brutalmente y el que Conchita, blanda y mimosa, había defendido con caricias. ¡Si los tres la viesen en aquel momento! Y adoptó posturas de estatua y de bailarina, sintiendo al contemplarse una indefinible emoción en la que el rubor y la lujuria armonizaban. ¡Sí, deseaba ser amada! Deseaba que la adorasen con adoración más completa que la que ella misma podía consagrarse... Apagó la luz y llegó a tientas a su cama. No podría dormir. Las sábanas frías la hicieron estremecerse; pero reaccionó en seguida, subiendo el embozo hasta el cuello y frotándose los brazos... Sus pensamientos, lejos de cambiar, parecían acentuarse con la sensación del cuerpo desnudo entre las sábanas y con el dulce contacto de sus manos por el torso. Nunca había sentido, tan delicada como entonces, la voluptuosidad de acariciarse. Cruzaba los brazos de manera que los apretados y redondos senos se irguiesen bajo la palma de sus manos. Los abandonaba después con lentitud, y los dedos entreabiertos recorrían la línea mórbida del vientre. La voz amorosa de Conchita llegaba como un eco a sus oídos:

—¡Qué bonita eres! ¡Qué bonita eres!

Pero su delicado sensualismo entraba en una fase de vehemencia y de ardor. No que-

ría acariciarse, sino sentirse acariciada... Por su amiga, por el marqués, por Ramoncito, por algo o por alguien que fuera voluptuosidad y rudeza, roce de seda y ardor de llama. ¡Ser amada, ser amada! Darse toda. Descubrir el misterio del amor plenamente... Recordaba de súbito frases de Clementina, frases de iniciación y de descubrimiento amorosos, frases impúdicas que parecían morderle como bocas lascivas y que comunicaban a sus nervios una tensión dolorosa y a su carne una fiebre desconocida. Luego el recuerdo de Conchita enjugándola en el baño la sumía en una onda tibia de ansiedad sexual. Debatiéndose entre las sábanas, jadeante, sus ideas adquirían una manifestación neurótica. Le sorprendía el estar despierta. Abría los ojos todo lo posible para comprender que no soñaba. Con la boca amarga y seca, la cara ardiente, las extremidades frías y sufriendo sacudidas nerviosas que parecían irradiar de la nuca, todo un mundo de pesadilla y de delirio la rodeaba. Creía ver llegar a los amigos de su casa para sorprenderla débil, desnuda, sin defensa, sin la máscara de altivez que usaba frente a ellos. Y se imaginaba la caricia mansa de Santelmo, el ataque brutal de Morata, de Ramoncito, del marqués, del ingeniero belga, de Molina... Todos caerían como fieras sobre su frágil cuerpecito de muñeca. Esta idea la amedrentaba y la excitaba. ¡Oh! ¿Cuál entre todos?... Gustavo era guapo y arrogante... Alvarez la miraba de un modo cariñoso y amable... Gilberto Ruiz ponía en ella sus ojos negros, brillantísimos como expresando un ansia lúbrica... No sabía Los despreciaba... Eran espectros de varón

fantasmas... No eran todos juntos, vestidos de frac, frívolos y sonrientes, el hombre con quien soñaban su carne y su espíritu de virgen voluptuosa... Pero ¡qué triste aquel insomnio con el pudor en derrota, con el cuerpo febril ansiando entregarse, rendirse, verse sometido por el amor físico! Era el tremendo martirio de la pubertad aherrojada por todos los absurdos y todas las hipocresías. Herminia sintió ansia de gritar, de gemir... Y mordiéndose los labios con violencia y con rabia, intentó dominarse.

Después, cuando el sueño comenzaba a poseerla, rendida en una laxitud apacible, volvió a recrear sus manos en el contacto de sus senos y volvió a deslizarlas con dulzura y suavidad amorosa por la línea mórbida del vientre.

# X

Una tarde de marzo, a primera hora, Gustavo Suárez fué a sorprender a Antonio Alvarez al hotelido del paseo del Obelisco, en donde estaba instalada la *Clínica Benéfica*, institución de caridad particular, dirigida por un médico ilustre que atravesaba una vez cada quince días, en su berlina de un caballo, la verja del hotel. Antonio Alvarez iba por allí mañana y tarde a ejercer funciones de subdirector. Otros médicos entraban y salían rápidamente; eran los especialistas, siempre risueños y apresurados, tomando a beneficio de inventario la *Clínica Benéfica*, con su patronato de altos personajes, su Junta de marquesas y condesas y su gran cuadro de médicos, enfermedades y horas de consulta, que figuraba en la sala de espera: «Doctor B.: Garganta, nariz y oídos; lunes, miércoles y viernes, de dos a tres.—Doctor Z.: Ginecología; martes y sábados, de once a doce.—Doctor N.: Sifiliografía; consulta diaria, a las tres». Y no parecían por la clínica. Antonio Alvarez, que figuraba en el cuadro delante de estas dos palabras: *Medicina general*, las había tomado tan en serio, que asumía en sí todas las especialidades y daba

todo género de consultas. Recibió al ingeniero en un despacho contiguo a la sala de operaciones, donde resplandecía una vitrina llena de instrumental quirúrgico y se destacaban del claro papel de las paredes cartas litográficas representando el pulmón del hombre sano y el del tuberculoso, las habitaciones higiénicas y las insalubres, y en un disco, agrandado infinita y monstruosamente, el bacilo de Koch.

No era la primera visita de Gustavo al médico. Al ir retrasando su regreso a Asturias había sentido la necesidad de tener un amigo. A sus colegas de Madrid apenas los trataba, y no era el mundo de los negocios el más a propósito para explorar corazones con el ánimo de hacerlos partícipes de intimidades. Don Roberto hablaba poco, sonreía siempre de un modo vago; sólo era elocuente al proponer sus minas. Santelmo le parecía un egoistón; Pagés, un espíritu frívolo y burlesco; el ingeniero belga, Morata y el marqués de Ojeda le inspiraban secreta antipatía. Y como sus paisanos se olvidaban de Oviedo al verse en Madrid y se daban una importancia incomprensible por el hecho de pasear por la Carrera de San Jerónimo e ir a la cuarta de Apolo, él había concluído, sin darse cuenta de ello, por intimar con Antonio Alvarez. Este le recibió efusivo.

—¿Que hay? ¿Viene usted ya a decirme que se casa?

—¿Casarme? Pero ¿usted cree...?

El ingeniero ocupó uno de los sillones que formaban estrado, con el sofá, frente al escritorio. Alvarez, con la blusa de operador, ex-

halando fuerte emanación de yodoformo, habló sin sentarse:

—Sí, hombre, sí; no creo que el casarse sea una cosa extraordinaria y que haga abrir los ojos como usted los ha abierto.

—¡Yo?

—Sí, usted... Todos son iguales: les espanta el matrimonio, juran y perjuran que no se casarán nunca y, ¡pum!, el que no se casa entre los veinte y los treinta lo hace a los sesenta para... ya sabe usted para qué. Nada, hombre, si al fin y al cabo se ha de hacer, hacerlo cuanto antes.

—Pero usted, con esas ideas que tiene, ¿es partidario del matrimonio?

Antonio Alvarez tomó asiento en el sillón vacío, y extendiendo los brazos, que las mangas recogidas dejaban ver hasta el codo:

—¡Ah, vayamos poco a poco, amigo Gustavo! Yo no soy partidario del matrimonio tal como ustedes lo entienden; pero eso no importa... ¿Tiene usted un pitillo?... Gracias. Yo de lo que soy partidario es de que hombres y mujeres realicen el fin para que son destinados. ¿Que yo, creyente en la redención de la humanidad, nihilista convencido cuando contemplo la vida social de nuestros días, y escéptico, vergonzosamente escéptico, cuando mi temperamento sensual me obliga a transigir con todo, para no negarme una emoción, un placer físico, un egoísmo, en fin; que yo, digo, encuentre una mujer que, bien por participar de mis ideas o por no tenerlas—que suele ser lo más corriente—, sea fácil a mi sugestión y me una a ella, simple, humana, amorosamente, puede tener algo de extraño? No. ¿Verdad que

no? Pero usted, bien avenido con la sociedad presente y con sus leyes y sus preocupaciones, ni encuentra mujer para realizar ese matrimonio, que no es civil ni canónico, y, si la encuentra, no podrá usted hacer de ella la compañera, fíjese bien, la compañera, sino la concubina que se esconde, la barragana a quien en el fondo se desprecia.

Gustavo no desplegó los labios. Nada le había dicho él al médico de su vida íntima; pero Alvarez, o la sabía por otro conducto, o la adivinaba. Aunque más bien parecía hablar en términos de filosofía general... Encendió un cigarro, tratando de distraerse de los recuerdos que las frases de Alvarez le suscitaban. Medio mareado por el olor a yodoformo, sintiendo la caricia tibia de un rayo de sol que iba a detenerse en la vitrina, chispeando en el metal blanco de los útiles quirúrgicos, se dispuso a seguir escuchando.

—No es posible—continuó Alvarez—que yo pueda concederle más importancia a ningún aspecto de la vida que al fisiológico, bien seguro de que la Fisiología es el punto de partida del Idealismo. ¿No hemos hecho radicar el alma, el espíritu, lo desconocido, en una víscera, en el corazón? Pues bien; cada vez que algún hecho de esta vida social que yo censuro, que yo execro, que yo combatiría con procedimientos revolucionarios si mi sensualismo no venciese mis ansias redentoristas, está de acuerdo con lo biológico, yo lo aplaudo, lo celebro... ¿Cómo no elogiar, por tanto, la unión de dos seres jóvenes, la unión amorosa, por ejemplo, de mi amigo Gustavo y de mi amiga Esther? No tengo más remedio: la elogio, sin

preocuparme de que se casen por lo civil, por lo eclesiástico o de que no se casen. Voy a la substancia, a la esencia, pue es la aproximación sexual presidida por el acuerdo psíquico... No me importan las ceremonias de iglesia, los regalos el simbolismo de los azares, ni las falsas lágrimas de doña Amelia, lágrimas de cocodrilo. Voy a la boda, me pongo la levita, hago que me emociono al oir la epístola de San Pablo, compro una pareja de bronces, esto es, de calamina, o un juego de cuchillos y se lo mando a la novia con mi tarjeta; bailo, río y murmuro en el minué, cotillón o zarabanda que se organice, y grito para mis edentros: «¡Bravo, mi señor don Gustavo! ¡Hace usted muy bien en dar amor, en dar salud y en dar vida a la dulce Esther! Usted la hará soñar, pero no con sueños dolorosos de histérica, sino con los sueños dorados de la madre. Si usted la cuida, usted la verá resucitar. Usted puede curarla, porque tiene en la mano el gran específico, el elixir maravilloso del amor. ¿Qué? ¿Duda? No—le habla el médico—, no es un caso perdido... Es una histérica de las que salva el matrimonio. Hágala vivir vida tranquila. No más valses con Santelmo o con Pagés, no más carrozas ni bailes de Carnaval. Hagan ustedes las maletas. Todos iremos a la estación a despedirles, y no paren hasta la más risueña y escondida aldea de Asturias y pasen allí la luna de miel.»

Como Alvarez callase, con el pitillo en la boca y la mirada hacia el pequeño jardín de la clínica, que por una ventana veía en parte, Gustavo Suárez se atrevió a comentar:

—Muy bonito; muy hermoso... Pero es un sueño.

—¿Un sueño?—preguntó Alvarez con viveza—. ¿Un sueño? ¿Por qué? ¿Hay algo que impida ese matrimonio?... Perdóneme la indiscreción. Me había hecho a la idea de verlos casados esta primavera... Me parecían tan enamorados, tan apasionados... Creí que las cosas iban a toda prisa; ya veo...

Gustavo apagó la confidencia que subía a sus labios, y no queriendo aparecer cobarde:

—No—dijo a media voz—, no hay ningún obstáculo; sólo que las cosas no van con tanta prisa...

—¡Vamos!

—No es que aun estemos pensándolo; pero el plazo que nos hemos propuesto...

—Muy bien, muy bien... Yo he hablado con mi mejor intención. Usted sabe que quiero bien a las de Montaña. Ya le he dicho, y si usted no se me enfada lo repetiré, que me dan lástima, una lástima que no envuelve menosprecio, sino cariño. Seguramente, y salvo usted, de cuantos van a aquella casa, pocos hay que las estimen como yo. Cuidado que tengo allí confianza; pues antes me cortaría las manos que emplearlas con ellas en un rozamiento ofensivo, a mansalva, en las vueltas de un vals. Las respeto: para mí, hombre inmoral, pues la moral al uso me parece execrable, y anarquista sin bombas, nada hay tan sagrado como el pudor de la mujer, el pudor real o fingido, pues no es de caballeros entrar en tal análisis para concluir oprimiendo un talle o deslizando una mano por los senos. Ahí tiene usted a Pagés, al chimpancé de Mo-

rata y al mico del marqués de Ojeda. ¿Quiere nada más indigno? ¡Los espisodios de *La boca de la mina* y del baile del Real! ¿Pasaría nada de eso si los hombres y las mujeres se amasen normalmente? Por no dar al amor su natural y física expansión, por creer inmorales las exigencias del instinto, se ha creado la lascivia repugnante, la lujuria del cerebro... Da asco y da rabia... En aquel baile, al enterarme de la aventura de Herminia con Pagés y contemplando a las parejas que bailaban acopladas y las orgías de los palcos, de una lubricidad manifiesta, yo pensaba: «¿No sería mejor que se desnudasen todos y cada hombre tomase a su mujer, cada fauno a su ninfa?» Nada, amigo Gustavo, cásese usted, salve a una víctima del cautiverio del amor. Yo querría un hombre como usted para cada una de las de Montaña. No vaya usted a preguntarme por qué no soy yo uno de ellos. A mí ya no me es posible...

Gustavo preguntó con sorpresa:

—¿Es usted casado?

—No...; pero ya no me es posible.

El ingeniero, comprendiendo, pensó en el trabajo que a él le costaría hacer una confesión semejante a la que acababa de hacer el médico tan naturalmente. ¿Pero sería el mismo caso? ¿Le aconsejaría Alvarez del mismo modo si él le contase...? Sin embargo, no le contó nada, y para cambiar de conversación, deteniendo la mirada en la blusa del médico:

—¿Hizo usted hoy—preguntó, quitándose el cigarro de la boca—alguna operación?

—Sí, señor. Invadiendo el campo de los tres ginecólogos que figuran en el cuadro del re-

cibimiento y que no parecen por aquí, he hecho un raspado... Una mujer casada tardíamente, viciosa, ninfomaníaca antes de casarse, según mi parecer, porque ella no me lo ha dicho, como usted comprenderá... Y es grave. Habrá que hacer extirpaciones. Excuso decirle que es un caso de histerismo agudo, tremendo. Y muy bonita la pobre. Luego he ayudado al doctor Canales, un cirujano joven de mucho mérito, a amputar una pierna invadida por la gangrena. Después he subido a inyectar cafeína a una pobre muchacha que se nos muere.

Gustavo hizo un gesto de compasión y curiosidad.

—Se nos muere, sí, señor. Tuberculosa en último grado. Rubia, fina, con unos ojos azules preciosos. Diez y ocho años. ¿Quiere usted verla?

—No. Es decir, como usted quiera... Me hace tan mal efecto...

—Egoistón... El espectáculo del dolor ajeno es conveniente. Pero lo dejaremos. ¡Pobre muchacha! Por cierto que con ella falto al reglamento, que no admite más que casos clínicos. He hecho creer que había que operarla... Además, aquí todo va a la buena de Dios, y en este caso la negligencia del Patronato y de la Dirección me ha venido de perlas para hacer esta obra de caridad. Tiene gracia, ¿verdad? Fíjese usted: aquí, en esta institución benéfica puede darse el caso de que un moribundo sea rechazado por el rigor del reglamento. «¡Atrás!—gritaría el director, gritaría la presidenta de la Junta de señoras—. ¡Atrás! Lo sentimos mucho, pero no es posi-

ble: lo prohibe el artículo catorce.» Sin quitarles la razón, pues yo comprendo que con sólo diez camas no se puede vulnerar todos los días el artículo catorce, yo me he dado el gusto de hacerles esta trampa, esto que es casi un delito, malo porque está prohibido, *mala quia prohibita*, como dicen los abogados. ¡Qué quiere usted! Yo sólo soy revolucionario a medias: el pícaro escepticismo me tira de la chaqueta en cuanto me siento redentor. ¡Si supiese usted qué lástima me tengo a veces a mí mismo! Vea usted qué paradoja: yo, que, de tener más corazón, sería un dinamitero, que, a la verdad, con la imaginación he cometido cientos de regicidios y miles de venganzas apocalípticas, estoy aquí, en esta clínica, ejerciendo algo que en teoría aborrezco: la caridad, la beneficencia, la limosna... Pero ¿es posible que ante *un caso*, ante un cuerpo enfermo, vea yo otra cosa que el mal, concreto, elocuente, que pide un remedio, o un paliativo que está a lo mejor en mi mano? Frente a un enfermo que sana, frente a un operado qne sale a flote, suelo pensar que todo está bien y hasta llego a creer que es un verdadero filántropo el archimillonario que dedica al sostenimiento de esta clínica algo así como el medio por mil de su fortuna, y unos grandes bienhechores los ilustres patronos, las nobles damas y los sabios facultativos que brillan alrededor de esta obra. Dejo de llamarles vanidosos, egoístas y superficiales, y me olvido del gran banquete que el Patronato dió a los médicos al inaugurarse la casa... ¡Famoso banquete, amigo Gustavo! En Lhardy, a todo lujo, con *champagne* de

primera y buenos cigarros. Presidían, en grupo, el secretario particular del filántropo, el presidente del Patronato, el director técnico, un pozo de ciencia, como usted sabe, y la insigne, la ilustre, la eximia presidenta efectiva de la Junta de señoras... Los grandes brindis sobre el tema de la filantropía y la caridad, las grandes promesas de los médicos, después de las primeras copas de *Veuve Cliquot:* una ráfaga de amor brotando de los pechos generosos y deteniéndose como dulce nube en la atmósfera cargada de olor a flores y a viandas exquisitas y empañada por el humo azul y aromoso de los habanos... Luego, los imprescindibles disparos al magnesio: el gran oculista, que lucha por salir en primer término; la dama que se pone en medio, como una flor inmensa; el hombre ilustre que se retira para que le digan: «Pero venga usted; pues no faltaba más, si usted no sale...» Y después, la inauguración de la casa, con la visita regia de rigor y los invitados de alto copete... Gran fila de coches, un *lunch.* Todo por los pobres. El director enseña la sala de operaciones, el material de primer orden, las estufas de desinfección, el botiquín, los aparatos de electroterapia, lindísimos; el cuarto de baño... El patrono-secretario, doblándose dentro de la levita, reparte reglamentos. El conserje, los enfermeros y las dos hermanitas sonríen... Los príncipes, tan modestos, tan sencillos, lo celebran todo. ¡Cuánta luz, qué limpias las habitaciones, qué «bonitas» las camas! Va a dar gusto morirse en esta clínica. ¡Muy bien! Y a los quince días sólo da consultas este obscuro doctor Alvarez y algún ilustre que cae de tarde en tarde; y

cuando, después de la primera instancia de un patrono, de la segunda de la presidenta y de la última y definitiva del Patronato en pleno, especie de Tribunal Supremo, es admitido un paciente, vienen los apuros: ¿quién le asiste? ¿quién le opera? Pero aquí estamos Canales y yo para resolver conflictos. Que Dios nos valga, pero aún no se nos ha quedado nadie entre las manos. Mi pobre tísica va a iniciar el desfile, y estoy viendo que en cuanto me descubran la superchería me van a recriminar diciéndome: "Si usted hubiese cumplido el reglamento, si no hubiese olvidado el artículo catorce... Eran ganas de traer a morirse a un enfermo." No me defenderé, porque el Patronato y yo no vamos a entendernos. ¡Si viese usted a la enfermita! ¡Qué pureza de ojos, qué mirada más triste y más dulce al mismo tiempo! Está en su cama, sentada, porque se ahoga, mirando las acacias sin hojas del jardín. Una hermana suya y su madre vienen a cuidarla. ¡Ah! Tiene un novio, relojero, que la contempla desde los pies de la cama con los ojos arrasados. El otro día le trajo un relojito de plata. Ella lo tomó con sus manos, casi transparentes, huesos y piel, y seguía la marcha lenta, lenta del minutero. Un símbolo, amigo Gustavo; se diría que espiaba, risueña, su última hora. ¿No cree usted que si voy con estas razones al Patronato me pongo en ridículo? Pero sigo encantado con mi crimen: tengo la seguridad de haber alargado la vida a la pobre niña; claro que no sé para qué; pero es mejor morir en una alcoba blanca, con ventana a un jardín y al cielo, con oxígeno, aunque sea en bidones, que morir en un cuarto infecto, obs-

curo, lleno de miasmas y de tristeza. Poesía y terapéutica, amigo Gustavo. Por supuesto, que mi linda tísica es también una histérica...

—¿También?—preguntó el ingeniero dulcemente burlón.

—También. ¿Qué? ¿Le sorprende? Vamos, me cree usted un maniático. Usted dice: "Para este hombre todas las muchachas son neuróticas." Todas, no; casi todas. Vivimos en la edad patológica: la humanidad está enferma, más enferma que nunca; hemos suprimido casi totalmente la lepra, las plagas y epidemias medioevales. Hemos descubierto la vacuna; pero... la neurosis es nuestra compañera inseparable. Yo soy cruel con los señores neurasténicos, reblandecidos, degenerados y epilépticos; pero, por galantería, compadezco a las pobres neuróticas tan lindas como Herminia, tan interesantes y románticas como Esther, tan buenas y tan dulces como esa santa de Melita. Querría verlas felices. Querría mandar en los corazones de los hombres para ordenarles que las amasen, que las amasen con el alma y con el cuerpo. Querría ser un Licurgo, un legislador tiránico, para derrocar muchas leyes y preceptuar la armonía de los instintos sexuales. Todo por ellas, por tantos labios sin sangre y tantos pechos vacíos de salud y de ensueño... Amigo Gustavo, deme usted otro pitillo. Voy a dejar la blusa y podremos salir juntos a la calle.

## XI

—No comes nada, Esther. ¿Este poco de carne? ¿No? ¡Vaya por Dios, hija!... A este paso vas a caber por el tubo de la chimenea. Lo que es tú y Melita no resultáis caras...

Herminia, que trinchaba un pedazo de jamón, dijo en tono de burla:

—Déjalas, mamá. No comer por haber comido...

Esther se dirigió a ella con desabrimiento:

—¿Por qué dices eso?

—¡Anda ésta! Por los bombones de Gustavo, que te ensucian el estómago y te quitan las ganas de comer. Entre tú y Melita vais a acabar con Matías López y con las cuatro pesetas de Gustavo.

—¿Las cuatro pesetas? ¡Tú qué sabes! Hay muchos que presumen y no regalan ni una bolsa de caramelos...

—Ya sé quién dices; pero yo me ofendería si me regalasen caramelos... Eso ya no se estila sino en provincias, desengáñate...

—Bueno, pues podían mandarte hilos de perlas y brillantes... ¡Como no te manden!

Don Roberto levantó los ojos del plato, y limpiándose el bigote con la servilleta:

—Hijas, haya paz. No discutáis por bombones más o menos. Tú, Esther, no comes nada... Yo lo veo; ¿qué te figuras? Aún no estoy ciego del todo. Con el rabillo, con el rabillo nada más, haciéndome el tonto, me entero más de lo que suponéis...

Amelia interrumpió a don Roberto:

—Pero no te enterarás de nada malo, supongo.

—¿De nada malo? ¿Puedo siquiera pensarlo? Me entristece que Melita no coma, que Esther no coma, que Herminia se enfade por cualquier cosa... Yo no digo nada... Ya sabéis que no digo nada; que me voy al despacho a trabajar para vosotras, que quisiera un millón para cada una de mis hijas... ¡Yo qué he de pensar en nada malo!

—Anda, toma—volvió a interrumpirle Amelia—; voy a servirte. Carne, jamón, chorizo... Los garbanzos están como puré... Oye usted, Ricarda; la cocinera no sabe una palabra, no sabe...

En un extremo del comedor, con las manos caídas sobre el delantal, la criada esperaba a renovar el servicio, mirando alternativamente al trinchante, sobre cuyo mármol rosa blanqueaban los platos, y a los señores, que comían con una lentitud que la desesperaba, deteniendo la cuchara o el tenedor cerca de la boca para hablar. ¡Cuánto hablaban en aquella casa! ¡Y en la mesa! ¡Qué de proyectos, discusiones e historias!

—Vamos, Ricarda, ¿qué hace usted ahí pasmada? Retire estas fuentes... Vosotras—continuó Amelia, dirigiéndose a Melita y Esther—ayunáis, por lo visto.

Esther separó la mirada de una de las oleografías del comedor: gran racimo de uvas negras en fondo verde y oro de pámpanos, para responder:

—Tomaré del principio, si es pescado.

—Y yo lo mismo—agregó Melita.

—Y si no—dijo Herminia—, que vayan a Fornos por lenguados al gratin para las niñas.

—¡Herminia, Herminia — murmuró dulcemente don Roberto — , qué amiga eres de burlas!

—Déjala—exclamó Amelia—; ya sabes que siempre están así. No la riñas.

—¿Yo? ¿Cuándo lo he heoho? El caso es que haya pescado.

—Lo hay. ¡Unos salmonetes riquísimos! Pero ¡esa Ricarda!

Esther hizo una mueca de tedio. Al fin, separando con el tenedor la piel roja, quemada a trechos, llevó a sus labios un pequeño trozo de pescado. ¡Cómo le aburría comer! Le molestaba la comida «en serio», la sopa humeante, el cocido eterno, el principio... Ella se mantendría de golosinas: de bombones de chocolate, de pastillas de menta y de violeta y de frutas ácidas. Transigía con algunos fiambres; le gustaban los emparedados de *foiegras*, el *champagne* y los helados. Dos o tres cosas, el caviar, la gelatina y el salmón al humo, las comía por parecerle de buen tono. Pero nada le agradaba tanto como los bombones suizos y franceses que le llevaba el ingeniero en estuches elegantes, con un lazo de seda rosa o azul.

Ricarda acababa de servir los postres. Don Roberto hacía en su plato, con torpeza, racio-

nes de queso para brindarlas a su mujer y a sus hijas. Melita mordía una manzana, y Herminia dejaba resbalar por los labios el almíbar de la compota. Mientras la criada, con el curvo cepillo y el cogedor de metal blanco, limpiaba de migas el mantel. Amelia, como siempre, preparaba el café en la cafetera rusa: de la caja de lata brotaba el aroma del grano. Herminia, con sus gracias de niña, solía mirarse, haciendo muecas, en la bruñida cafetera, y reir al verse con la cara empequeñecida y deformada en la convexa superficie del aparato.

En postura indolente, con la cara apoyada en una mano, Esther dirigía los ojos a la llama azul del alcohol. Esperaba su taza de café; después de tomarla se encontraba más fuerte, más ágil, más alegre; algunas veces la excitaba demasiado. En cierta ocasión dos tazas muy cargadas le produjeron un ataque de locura, pero había sido en los tiempos de la calle de Bravo Murillo, siendo una chiquilla, y no había vuelto a repetirse. Pensaba en todo esto vagamente, bebiendo a pequeños sorbos el café. Don Roberto quemaba una copa de ron en su taza, esforzándose para dejar caer el líquido sobre la cucharilla vuelta, con lo cual sobrenadaba en el café y podía formar la llama que iba a reflejarse en su cara chispeando en los lentes de oro.

Esther y Melita salieron del comedor. En la alcoba de esta última, donde solían vestirse a diario, Esther tomó asiento frente al pequeño escritorio de nogal—el *secretaire,* según ella.

Melita le preguntó:

—¿Vas a escribirle a Gustavo?

—Claro está. Déjame.

Y comenzó: "Mi adorado Gustavo..." Las relaciones eran ya francas y solemnes. Gustavo podía ir a verla, no sólo los domingos, sino todos los días, de tres a cuatro de la tarde, aunque tuviera que esperar un poco en la sala hasta que ella saliese con vestido de calle, pero sin sombrero. Charlaban, solos, sentados en el sofá, mientras su madre no aparecía, muy amable y ceremoniosa, seguida de Melita y de Herminia. El coche esperaba. Gustavo podía darle el brazo por la escalera. Luego el ingeniero montaba en uno de alquiler, nuevo y de cochero presentable, y seguía al landó por el Retiro y la Castellana.

Por las noches las acompañaba al teatro, y muchas veces, de una manera delicada, les brindaba un palco, del que participaba el marquesito con una frescura tal que hacía pensar si lo pagaba. La acompañaba asimismo en los paseos a pie por la calle de Alcalá y Recoletos, después de misa de doce, los domingos, y entre semana a todas partes: a compras, a visitas, a secciones de cinematógrafo y a cuantas exposiciones se celebrasen en las tiendas de molduras y grabados. Esther veía con entusiasmo la transformación milagrosa de Gustavo, que parecía definitivamente olvidado de Oviedo y que adquiría poco a poco las costumbres de la elegancia madrileña. Ella influía en este sentido diciéndole el sastre que debía vestirlo, el color de moda en los trajes y en las corbatas, la forma mas *chic* en el calzado, en el sombrero hongo y en el flexible... El la oía arrobado y, por complacerla, se

mandaba hacer chalecos de fantasía llamativos. Ella había batido palmas al verle una noche en el Real con un chaleco gris perla bajo el frac, y otra vez, al notar en su muñeca izquierda un reloj de pulsera, le oprimió la mano largo tiempo, amorosamente.

Por su parte, Gustavo veía alejarse los últimos escrúpulos. Adoraba a Esther, y por amarla, por hacerla suya, se creía capaz de fuertes determinaciones que antes le habían parecido imposibles. La distancia le llevaba a considerar menos grave de lo que había supuesto "aquella cosa" de Oviedo. Después de todo, él había cumplido su deber haciendo cara a las consecuencias de áquel amor clandestino. Y en adelante seguiría cumpliéndolo: no iba a dejar a sus hijos en la miseria. El era un hombre bueno, de corazón sensible; pero ¿habría de ser preciso para el desarrollo y sostén de aquellos hijos que él se sacrificase hasta el punto de ahogar su primer amor? Porque Esther era su primer amor. A "la otra" no la había amado nunca; no era amor aquella predisposición de la carne que le había llevado a una conquista fácil y que, por el mismo hábito o necesidad sexual, había constituido unas relaciones íntimas en las que la unión de los cuerpos jamás estableció el enlace de las almas. Para un hombre romántico como Gustavo, lector de *Werther* y de *Los novios*, esto último no podía ser más triste. No; él no la amaba; acaso en las primeras semanas de su estancia en Madrid, por las noches, a la vuelta de los teatros, al desnudarse en la alcoba silenciosa del hotel y al sentir la

frialdad de las sábanas, la nostalgia de «ella», de sus brazos robustos, de sus piernas macizas, de su boca tibia, que besaba gravemente, estremecía su carne... Pero más tarde, cuando la amistad amorosa con Esther hubo nacido, aquel *flirt*, lleno de timidez y de emociones nuevas por su parte, parecía espiritualizarle. Soñaba con Esther con una rara pureza que le impedía, aun mentalmente, presumir momentos de lujuria: a lo más, alguna noche el recuerdo de su amiga sonriéndole en el teatro, dando la espalda al escenario para dedicarle toda su atención, y de alguna frase de ella apasionada y nerviosa—apasionada y nerviosa, como su voz, como su figura, como la movilidad de su extraña cara, que le fascinaba—, conducía su pensamiento a una dulce anticipación de la hora nupcial. Estos devaneos de su fantasía llegaban a ruborizarle... El no sabría ni podría abusar de ella; ella era frágil, delicada; se le antojaba algunas veces que no pesaba; al estrechar una de sus manos, le sorprendía por lo fina e ingrávida: era como guardar entre las suyas, grandes y un poco ásperas, una pluma o una flor. Era imposible no amarla... Y él sentía un placer tan grande y tan desconocido al considerarse amado... Amado por ella... Sin querer—y sin concretar en palabras estas reflexiones llenas de vaguedad y de sutilezas de imaginación que se le presentaban por primera vez—comparaba la rústica belleza de la amante con el encanto y la fascinación que se desprendían de la figura de Esther, y confusamente, más por instinto que por análisis de sus sentimientos, llegaba a pensar si no sería el cansancio de la mujer

sana, robusta, de fuerte fibra y alma primitiva, lo que le llevaba al nuevo amor, extravagante, misterioso, incomprensible para él, que lo sentía. ¿Por qué la amaba? Esther le atraía como un arca de emociones y estremecimientos jamás experimentados que era posible abrir en cuanto se desease: frente a ella sentía ansias y temores que le asustaban.

Pero, generalmente, Gustavo Suárez no pensaba en su amor. Las reflexiones hondas le producían una desorientación amarga. Prefería amar sin pensarlo, amar ingenuamente, poniendo toda su pasión en una frase o en una mirada, desbordándola, tumultuosa y febril, en una carta llena de amorosas hipérboles. Tampoco la vida que llevaba le permitía dedicar largas horas a la reflexión. Más amigo cada vez de Antonio Alvarez, solía comer con éste en un restorán de la Carrera, cerca de la casa de Esther, y no separarse del médico en los momentos de libertad que los negocios—menores cada día—y su novia le dejaban. Alvarez, que seguía, al parecer, desconociendo "su secreto", no dejaba de animarle cada vez que él le exponía sus ideas de matrimonio. En ocasiones estaba a punto de decirle: «Bueno, amigo Antonio, a mí me pasa esto... Y ahora, ¿qué? ¿Aún me aconseja que me case?" Pero no se atrevía a hacerlo.

Las cartas de su familia le producían una ligera inquietud. En su casa se explicaban la tardanza; sospechaban; "algo había llegado a sus oídos»... Si era su gusto, ¿qué le iban a hacer? «¿No era un hombre libre?» Esta frase, que acaso envolviese una segunda intención, le hacia daño... No, no era libre; bien lo sa-

bían en su casa. Las cartas de «la otra», llenas de recriminaciones y de sequedades, le amargaban la vida hasta seis u ocho horas después de abiertas y acababa por romperlas, nerviosamente, en pedazos muy pequeños, que arrojaba por el balcón a la calle. ¡Ea, no la quería!... Y se la figuraba con la chambra, no muy limpia, entreabierta, y el hijo menor en las rodillas, escribiendo con la boca frunci-da y agarrotando la pluma: «¿Por qué no *bienes?*» Con la letra cargada de tinta y entre faltas de ortografía y frases en dialecto, amenazaba presentarse en Madrid «con los hijines» el día menos pensado. ¡Lola, loca! «Tú—le contestaba él—me haces el favor de no moverte de ahí y dejarme concluir en paz mis asuntos. Iré pronto, muy pronto. Supongo que no te faltará dinero...“ ¡Qué odio! Era necesario acabar con aquello. Se casaría con Esther, pondría entre «la leona» y él mucha distancia yendo a pasar la luna de miel, no a un rincón de Asturias, como le aconsejaba Alvarez, sino a Londres o a París... o a la India inglesa. Y luego los negocios en otra parte, lejos de Oviedo, y el encargo a un amigo banquero de dar todos los meses un tanto a... ésa. ¡Y concluir de una vez! Ya había sido débil durante mucho tiempo y se cansaba de ser bueno, de «hacer el primo». ¿Los chiquitines? Nunca, nunca habría de faltarles el pan. Nada de pensar en desampararlos. ¿Qué culpa tenían ellos? Siempre los había querido, y aunque apenas los echaba de menos, no dejaba de tener presente su deber de sostenerlos.

En cuanto veía a Esther, la mala impresión no tardaba en alejarse. Se olvidaba de todo

para reducirse a ella. La oía embelesado. Esther hablaba en una voz lenta, cariñosa, alargando las vocales con una dejadez dulcísima, rompiendo a veces las palabras en suspiros: «¿Me quieres, Gustavo? ¿Me querrás siempre... siempre... siempre?» El la miraba profundamente emocionado. «Te querré toda la vida, toda la vida.» Y si era en el gabinete azul, a cubierto de cualquier espionaje, o en la sala, en el momento en que se hallaban solos, él la atraía con cariño sobre su pecho y la besaba en la frente. Una tarde, a principios de Abril, los balcones de la sala se encontraban abiertos; en la consola y sobre el piano había ramos de rosas y de claveles rojos; el sol resbalaba por la alfombra; ella vestía una levita ceñida de paño gris, y una gola de gasa color perla rodeaba su cuello largo y nervioso. Nunca la había encontrado él tan seductora. Le tomó las manos, murmurando:

—No sabes aún cuánto te quiero.

Y al atraerla sobre su pecho, los labios que iban a posarse en la frente encontraron otros labios que besaban con fiebre, con ardor, con violencia...

El la apartó un momento, y mirando al fondo de sus pupilas dilatadas:

—¡Esther, Esther, mi vida!—pudo balbucir.

Y la besó luego con voluptuosidad grave, de un modo reposado y viril, saboreando aquella boca perfumada y ardiente que había querido entregársele.

## XII

Una mañana Conchita Sáenz fué a despertarlas con la noticia:

—¡Hijas, Esther, Herminia, preparaos!

Herminia saltó de la cama:

—Pues ¿qué pasa?

—Clementina Angulo...

—¿Qué?

—Se ha escapado con su novio...

—Pero... ¿tenía novio? — preguntó Esther apareciendo en el gabinete.

—Sí; es decir, no; porque nadie sabía una palabra. Ahora dicen que eran relaciones de toda la vida, desde niños, allá en Sevilla...

—Me dejas boquiabierta — dijo Herminia, cruzando las manos sobre el pecho.

Se había levantado en camisa de dormir y golpeaba la alfombra con los talones sonrosados. Conchita, mirando a los pies desnudos de su amiga, blancos, finos, de uñas transparentes, continuó:

—Ya digo... El es un abogado de Sevilla. Parece ser, eso dicen, por lo menos, que la familia de Clementina se oponía por... por nada, porque él es un calavera, un jugador y

aficionado a empinar el codo. Pero se agrega que es rico, elegante, simpático...

—Pues ¡qué más quiere Clementina! — exclamó Herminia—. Con un marido así debe de ser la gloria, y cada uno podrá divertirse por su lado.

Conchita la miró. Despeinada, conservando algo de la vaguedad del sueño en los ojos, pálida y con la boca de un color rosa tenue, no era la Herminia ardorosa y febril del baile de máscaras; pero seguía siendo un encanto de aquel modo íntimo, en aquella expresión espontánea de su belleza.

—¡Qué teorías tienes!—le dijo Conchita sonriendo.

—¿Entonces tú...?

—¿Yo? No sé. Tal vez piense igual que tú. Lo que os digo es que Clementina hará buena boda.

Esther la interrumpió:

—Pero ¿se casa?

—Claro está, tonta. En estos casos el rapto no es más que el prólogo del matrimonio. Sin la oposición de los padres no habría raptos...

—Y es una cosa bonita, ¿verdad?—insinuó Herminia.

—¿Bonita?—dijo Esther—. Yo creo que lo mejor es hacer las cosas en regla.

—Pero a veces no se puede—agregó Conchita—. Yo no sé si es bonito o feo; siempre es un escándalo... En los tiempos antiguos el matrimonio consistía en el rapto. ¿No habéis oído hablar del rapto de las sabinas?

—No—dijo Herminia—; ¿quiénes son?

—¡Tonta!

—Palabra. No las conozco.

—Bueno... Y ahora el matrimonio sigue siendo un rapto... un rapto de locura.

—¿Es chiste?

—No, Herminia. Es... mi opinión. Ya sabes lo que pienso de los hombres.

—¡Ah!... Pero voy a vestirme...—exclamó Herminia—el salto... las babuchas... En camisa me enfrío.

La de Sáenz siguió hablando. Melita hizo su entrada en el gabinete y hubo que enterarla del suceso. Se santiguó.

—Pero ¿es cierto? ¡Qué loca, qué loca! No le ha temido al escándalo.

Conchita supo tranquilizarla:

—No te apures. Siempre es bueno lo que acaba bien... Un tío de Clementina fué á parlamentar con los tórtolos a un hotel de la calle del Arenal, donde se habían presentado como un matrimonio que llegaba a Madrid en el expreso de Sevilla. ¡Ah, lo hicieron admirablemente! Llegaron en un ómnibus con baúl, maletas, mantas de viaje, guardapolvos... Un verdadero timo. Se instalan en una alcoba con gabinete, no dan señales de vida durante cinco o seis horas y luego la cartita a los padres de Clementina, pidiendo perdón, asegurando que se adoran...

Melita murmuraba:

—¡Qué escándalo, pero qué escándalo!

—¿Y qué más?—preguntó Esther.

—¡Dejadla acabar! — exclamó Herminia—. Diciendo que se adoraban... Anda, sigue...

— ... Y que sólo querían la bendición, etc. Total, que un hermano de la madre de ella va al hotel, y lo de esos casos: "Pero, parece mentira, ¿qué habéis hecho? ¿Qué necesidad

de dar un cuarto al pregonero?... Con el depósito habría bastado."

—¿De manera—dijo Melita—que se casan? ¿Que él?...

—El no ha dudado un momento en ir a la iglesia. Se casarán antes de ocho días... Y ahora, ahora viene lo bueno...

—¿Qué?

—¿Qué?

—¡Acaba!

—Clementina...

—Sí, Clementina...

—Clementina está depositada en mi casa.

—¿En tu casa?

—Haber empezado por ahí...

Herminia gritó:

—¡Ea, vamos a verla! A ver... a una recién casada.

—Estará afligidísima, llena de vergüenza—dijo Melita.

—Nada de eso—aseguró la de Sáenz—; delante de mi madre afecta cierto rubor. Mi padre no sabe nada oficialmente, aunque lo sabe todo... Es una amiguita que pasa unos días conmigo. Los criados tampoco saben nada...

—Pero, Conchita—dijo Esther muy seria—, y tus padres ¿se han atrevido?

—¿Por qué no, tonta? No ves que no hay para qué hacerse sabedores de... lo que ha pasado. Es, sencillamente, una señorita mayor de edad que pide al juez el depósito y que señala la casa del señor Sáenz, el arquitecto, para que la depositen... En seguida sus padres dan el perdón y el consejo; en la Vicaría el provisor, que es muy simpático, lo arregla todo en media semana con una varita mágica

que tiene para estos casos. Nadie pone dificultades... El *trusó* se compra hecho; no hay más que poner las iniciales...

—¡Así se hacen las cosas!—gritó de nuevo Herminia—. Voy a vestirme. ¿Tú crees que Clementina se enfadará?

—No, mujer; si ella quiere veros. Os advierto que a la boda sólo irán los íntimos. Ya Clementina os dirá lo que hay que decir por ahí: que no hubo rapto, sino depósito, aunque ella sabe que la verdad la conoce en seguida todo el mundo... ¡Para lo que le importa!

—Sí que es desahogada Clementina....—dijo desde la alcoba, donde se vestía, Herminia.

Conchita respondió:

—¿Desahogada? Pero supo hacerlo... Contando con que después el novio no se llame andana, porque los hay que se arrepienten, es un medio infalible para casarse... Ahora, que yo no lo emplearía... No sé, pero me parece que los hombres no se merecen que sintamos esa impaciencia por pertenecerles. Ya vendrán ellos, demasiado pronto, con sus violencias, sus exigencias, sus ridiculeces...

Esther la interrumpió:

—Hija, tú tienes ojeriza a los hombres; ¿qué te han hecho?

—Nada, todavía nada... afortunadamente.

—Tú no sabes lo que es amor, Conchita.

—¿Y tú lo sabes, Esther?

—¿Yo? Creo que sí. Te soy franca: deseo casarme; quiero a Gustavo, él me quiere...

—¿Estás segura?

—¿Por qué me lo preguntas?... Sí, creo que me quiere y sólo sueño en ser suya...

—Ante Dios y los hombres—concluyó la de

Sáenz burlonamente. Y un instante después:— Claro, que te deseo mucha suerte y que tu dicha me alegrará... Lo mismo digo de Herminia, con Ojeda.

—¡Uy, ése!—exclamó Herminia entrando en el gabinete vestida de mañana, con un traje sastre azul marino—. ¡Ese es un tío!

—¿Tú no le quieres?

—La verdad, Conchita... no sé... Yo no soy como mi hermana. No sé amar de ese modo romántico. Si he de casarme con Ojeda, pues con Ojeda. ¿Qué más da? Me gustaría casarme, tener mi casa, mi auto, mi turno segundo y cuatro sombreros cada temporada... Pero ¡vamos a ver a Clementina!

Fueron las cuatro por el pasillo en busca de Amelia que discutía, al fondo de la casa, con Ricarda. Más de media hora necesitaron para contarle lo sucedido, con nuevos comentarios. Amelia les encargó mucha prudencia. No debían darse por enteradas...

A Esther y Herminia aquella visita las impresionó fuertemente. Clementina, con una bata blanca, adornada de encajes y cintas rosa pálido, brindando en el escote su carne dorada, con los brazos desnudos en la vaguedad de las mangas perdidas, ojerosa, brillantes las pupilas, sonriendo de un modo entre maligno y melancólico, con una voz lenta, opaca al saludar y una laxitud de cansancio al recibir los besos de sus amigas, era algo misterioso y desconocido que las emocionaba: era ya la mujer amada, plenamente, por el hombre; la mujer que comenzaba a vivir y a gustar el amor, hasta entonces sólo presentido. Tenía

algo de pecadora y algo que, en secreto, las atraía. Era clave de misterios: con pocas palabras que brotasen de sus labios, mil pequeños problemas inconfesables, propuestos a sus imaginaciones de vírgenes, en noches de insomnio y de nostalgias, podían quedar aclarados.

Melita contemplaba en silencio a "aquella loca", sin envidiarla, más bien compadeciéndola. Ella se moriría de vergüenza antes que seguir su conducta. Si alguna vez se casaba, trataría de hacerlo con todos los requisitos de honestidad que las costumbres y la religión establecían. Y viendo a Clementina, en el lindo gabinete blanco de Conchita, destacándose con su pelo negro, con sus ojos negros, con su boca roja, se preguntaba, como muchas veces, cuál podría ser el encanto de los hombres, cuál el placer que reservaba el matrimonio y que llevaba a tantas mujeres "a la locura". Porque no era Clementina la primera... Recordaba cuatro, cinco casos por el estilo. ¡Qué locas, qué locas! Ella jamás había sentido la necesidad del matrimonio, y si el miedo en que vivía fuese más adecuado, no hubiera tenido nada de particular que profesase. Habría sido monja por la misma razón que la hacía desear, a veces, el matrimonio: por miedo a que la llamasen solterona... Veía ir casándose a sus amigas con un sentimiento de melancolía que no llegaba a ser envidia. Se le había ocurrido la idea de un matrimonio... sin marido; esto es—pensaba ella al concretar su fantasía—, "Santelmo y yo casados para todo el mundo y siendo amigos, nada más que amigos, en nuestra casa." Pero, a la verdad, ella

hacía muy de tarde en tarde semejantes reflexiones y no acababa de comprender la ansiedad de Herminia por cambiar de estado, ni aquella pasión absorbente que sentía Esther por Gustavo.

Herminia había logrado, sin gran esfuerzo, cierta clase de confidencias de Clementina. Pasando del gabinete a la alcoba, para no escandalizar a Melita, Clementina le refirió, sin ruborizarse, sus aventuras. Herminia la escuchaba con el ceño fruncido y los dientes apretados nerviosamente. Sus pupilas se dilataban, y se movían las aletas de su nariz al escuchar detalles demasiado vivos. Las frases y los ademanes de su amiga, llenos de expresión, le hacían suponer la escena amorosa, de amor físico y ardiente, desarrollada en la habitación de un hotel.

Sentadas al borde de la cama, viéndose reproducidas en el largo espejo de un vestidor Luis XV, hablaban en voz baja. Clementina se mordía los labios al concluir cada frase. Había cruzado las piernas, y la pantorrilla derecha, fina y bien modelada, surgía de entre los encajes, calzando media de seda blanca y zapatillas de raso rojo. Estaba sin corsé, segura de la arrogancia de su cuerpo joven. Herminia, sintiéndola tan próxima, en aquella actitud íntima, creía recibir una extraña y agradable influencia, una suerte de amoroso contagio. Ella—pensaba con vaguedad—habría querido presenciar la escena: rumor de besos, brillo de pupilas, estremecimientos de voluptuosidad y de tortura... Habría querido, tal vez, ser en aquel momento su amiga, ser la amada, la poseída, la martirizada. Se rubo-

rizó. ¡Si supiese Clementina que acababa de inspirarle envidia! Pero no; ella no podía pensar en el novio (¿el novio, el marido, el amante?) de Clementina, de quien no se formaba idea; había pensado en un hombre, en el suyo, que no era Ojeda ni Ramoncito Pagés, sino imprecisa creación de su fantasía y de su instinto amoroso. Arrepentida, sin embargo, del giro de sus pensamientos, puso alguna distancia entre su amiga y ella. Sin duda la excitaban las frases vehementes de Clementina, el brillo pasional de sus pupilas, la humedad de su boca escarlata que se contraía al evocar un dolor, y que otras veces, plegada blandamente, parecía brindar un beso... ¿Un beso? Tomarlo habría sido recoger un pétalo de aquella flor de lujuria que Clementina y su raptor habían deshojado febrilmente... Y ella no se mantenía con restos de festín. A su tiempo la amarían con el frenesí y el acatamiento a que aspiraba. Clementina concluía por inspirarle una reflexión desdeñosa... Con la bata blanca, las piernas cruzadas y los senos dejándose adivinar bajo el escote, ¿no parecía una... cualquiera? ¡Bah, y había estado a punto de envidiarla!

Aquella misma tarde Gustavo se enteró de la aventura por Santelmo. Su asombro fué infinito. ¿Era posible? Una muchacha como Clementina... Santelmo, que atravesaba de prisa la Puerta del Sol, golpeándole con suavidad en la espalda en señal de despedida y todo sonriente, no supo responderle más que estas palabras:

—¡Ay, amigo mío, ellas quieren casarse!

La frase hizo reflexionar a Gustavo, y al

separarse del risueño solterón, pensaba: "Ellas quieren casarse, y, por fas o por nefas, nosotros no podemos o no queremos casarnos. La verdad que es un problema." Pero él no estaba en aquel momento para resolverlo. Iba por la Carrera de San Jerónimo, a casa de las de Montaña. ¿Qué pensarían éstas? ¡Qué valiente la dichosa Clementina! Ni el escándalo, ni el riesgo de quedarse compuesta y sin novio—descompuesta y sin marido, rectificó Gustavo—, le habían inspirado miedo. Ahí tenía una mujercita, una chiquilla que le brindaba una lección de energía... Porque los escrúpulos que Clementina pudiera haber sentido ante la idea de faltar, siquiera provisionalmente, a las leyes y costumbres de la sociedad en que vivía, no pesaban menos que aquellos escrúpulos sentimentales y aquellos infantiles temores que a él se le aparecían como grandes obstáculos en el camino de su amor.

Acababa de decidirse. Esther le recibió efusiva.

—¡Ay, Gustavo, cuántas ganas tenia de verte! Ha pasado una cosa...

El le estrechó las manos, y sentándose en el sofá a su lado:

—La sé ya...

—¿Sí? ¿Quién te la ha dicho?

—Santelmo.

—¿Y qué te parece, dime, qué te parece?

Gustavo respondió solemnemente:

—Esther, yo creo que el amor todo lo disculpa.

Ella se estremeció y, mirándole con fijeza, muy cerca de su cara, haciendo llegar a él su aliento oloroso a la menta del dentífrico,

con las manos finas, casi ingrávidas, abandonadas en las de Gustavo:

—¿Verdad que sí?—exclamó—. ¿Verdad, Gustavo, que el amor todo lo disculpa? ¿Verdad que los que no aman no pueden comprender esas cosas?

El contestó un poco emocionado:

—Esther, sí... Es cierto.

—¡El amor! ¡Yo pienso de un modo tan raro desde que te quiero! Todo me es indiferente; sólo tú...

—Esther, mi vida...

—Sólo tú llenas mi pensamiento; eres mi única alegría... No sé lo que me pasa...

Gustavo sonrió. Sus treinta y tantos años le autorizaban aquella sonrisa dulcemente irónica. La pobre Esther, amando mucho, apenas sabía hablar de su amor. Como casi todas las mujeres, era poco elocuente y poco original. Gustavo, con buen juicio, pensaba que sólo en las novelas y en el teatro decían ellas mayores cosas.

—Yo también—le dijo—no sé sino pensar en ti. No sabes qué alegría me produce el sentirme amado, porque a mí no me habían amado nunca...

—¿Nunca?

—Nunca, mi palabra.

—¡Qué tonto! ¿Cómo voy a creerte? Habrás tenido tantas novias...

—¡Tantas! ¿Tú te figuras que soy algún Adonis? Tú eres la primera que se lo cree, y, mira tú, cuando voy ya para viejo... ¡Pobrecita mía! ¿Estás segura de que me quieres? ¿Tú sabes bien lo que es el matrimonio, porque en el matrimonio concluyen los amores como el nuestro?

—Gustavo, yo no sé si tú has tenido muchas novias o pocas o ninguna... Yo no sé una palabra de tu pasado, ni me importa. Sé que eres bueno y digno y que me harás feliz... Pero lo que sé bien es que te adoro, que llenas mi vida, que has entrado como un rey en mi alma.

—Esther, mi nena...

—Yo nunca creí encontrar un hombre como tú; creí que tendría que casarme con alguno de los que visitan esta casa, y me echaba a temblar pensando que ninguno me gustaba, que todos me eran indiferentes.

—Pero, ¿te habrías casado?

—No. Acaso a la fuerza... No debías decirme eso...

—Te habrías casado y el amor vendría después.

—No, no habría llegado nunca, y eso hubiera sido horrible, horrible... ¿Para qué pensar en ello, si tengo la dicha de amarte y... y no sé si decirlo...

—Dilo.

—Y de ser amada.

—Vida mía, no sabes tú hasta qué punto... Creo que sería capaz...

Ella esperó con ansia, y como él enmudeciera, oprimiéndole nerviosamente las manos:

—¿De qué serías capaz?—le preguntó.

Y le miraba con las pupilas brillantes y dilatadas, con la boca entreabierta, con un aire de abandono en la actitud.

El la atrajo sobre su pecho. La besó en los bucles dorados, en la frente, en los párpados violáceos, sintiendo la fina y estremecedora caricia de las pestañas, y en la boca fragante que

devolvía, ávida, los besos. Luego, balbuciente:

—Sería capaz—murmuró—de proponerte una locura...

—¿Lo de Clementina?

—Sí; pero—dijo con algo de rubor—perdóname.

—¿Por qué?

—Ha hablado por mi boca la impaciencia. Para que tú y yo consolidemos nuestro amor no es preciso...

—No es preciso. ¿Hay algo que te impida, algo que te prohiba o dificulte ser mi marido?

Gustavo recibió la pregunta como una estocada en el pecho. Y, por instinto, para contrarrestar su azoramiento, encontró la respuesta.

—No. ¿A mí? Nada, en absoluto. Decía yo si tus padres... Como aún no he hablado, como aún no hemos concretado...

Calló un instante, reflexivo, sintiendo en sus ojos entornados la mirada penetrante de ella. Y habló, al fin decidido, en una voz llena de firmeza:

—Hablaré con tus padres esta semana. Escribiré a los míos. Quiero que este verano seas mi mujer. Ya no me es posible vivir sin tus besos. Estoy loco por ti, loco, loco...

Y la estrechó en sus brazos, sintiendo al débil pecho palpitar junto al suyo. Ella no hablaba, con la rubia cabeza caída en uno de sus hombros. Gustavo la sintió llorar.

—¡Esther, nena, por Dios!

Sollozaba, hundiendo la cabeza en el pecho con bruscas sacudidas. Los sollozos, entrecortados, comenzaban a ser agudos y de una sonoridad alarmante. Gustavo Suárez, rodeán-

dole la cintura con un brazo, buscaba con el otro un timbre y volvía la cara sudorosa de una a otra parte... ¿Qué iba a hacer? Detrás del biombo de los ibis—que parecían burlarse de su angustia—estaría don Roberto. Y cerca, todos... Un grito, una voz, podían bastar... ¡Qué casa! Daban tiempo para hacer... cualquier cosa. Pero las sacudidas eran más recias, los sollozos más hondos. ¡Pobre muchacha! Parecía que iba a romperse, que iban a quebrarse los huesos del tórax en uno de aquellos espasmos dolorosos.

—¡Esther, Esther!

Y comenzó a hablar solo:

—¡Esto es un ataque, Dios mío! Y yo, ¿qué hago?

Pero Amelia acababa de entrar.

—¡Por Dios, señora, creo que es un ataque!

Amelia se aproximó a su hija con más tranquilidad de la que el ingeniero esperaba.

—Sí, es un ataque... En cuanto recibe alguna emoción. ¿Usted le ha dicho algo?

Gustavo Suárez dió un paso atrás, y mirando a Esther en el regazo de su madre, como una niña con miedo que llorase, respondió solemnemente:

—Le he dicho que quería hacerla mi esposa.

Amelia le miró con reconocimiento. Luego llegaron don Roberto y Herminia. Melita, que desde lejos había comprendido lo que pasaba, apareció con una copa de agua, disolviendo con la cucharilla la dosis de bromuro.

# XIII

En uno de los ángulos de la sala, cerca del busto de Desdémona, se hablaba de la boda de Clementina, que acababa de efectuarse casi misteriosamente por aquellos días, los primeros de Mayo. Ricardo Morata, con los pulgares en las bocamangas del chaleco y sacando la cabeza de entre los hombros, había dejado escapar una frase ligera:

—¡Bah! ¡Clementina estaba loca por un hombre! Si yo hubiese querido...

Antonio Alvarez se sintió indignado. La insinuación de Morata se le antojaba una grosería y una falta de caballerosidad... Además, decía aquello delante de Herminia y de una de las de Juez, como si estas dos muchachas no mereciesen el menor respeto... "¡Si él hubiese querido!" Pero ¿qué ilusiones se hacía aquel cuadrúpedo? Por sus espaldas encorvadas, por sus trajes ingleses, por ser socio de los "*clubs* aristocráticos" y sobrino de un grande de España, ¿se le iba a consentir la canallada? Pagés y Ojeda reían la frase mientras la de Juez se ruborizaba. Alvarez, tras la rápida reflexión, se encaró con Morata:

—Si usted hubiese querido... ¿qué?

Morata estiró la mandíbula para interrogarle, extrañado:

—¡Cómo! ¿Qué quiere usted decir?

El marqués se puso pálido, y Ramoncito cesó en la sonrisa que separaba sus labios. Alvarez repuso con energía cortés:

—Quiero decir que frases como la que usted acaba de insinuar deben decirse hasta el fin; que hay que tener el valor de decirlas terminantemente...

Morata hizo que se reía:

—Pero... ¿eso es una lección?

—Si le parece mejor, una advertencia.

—¿Quién la autoriza?

—Yo mismo.

—Y... ¿si yo no estoy dispuesto?

—Me importará poco. Usted— y Alvarez dijo ya estas palabras en voz entrecortada por la ira y con un tic nervioso que estremeció las guías de su bigote—, usted puede tomar lo que le he dicho por donde peor haya de sentarle.

Morata separó las manos del chaleco y las agitó en el aire.

—¿Qué es eso? ¡Vamos, hombre!... ¡Pues no faltaba más! O retira usted esas palabras...

Herminia y la de Juez dejaron sus asientos. Ojeda, más pálido aún, continuó sentado, rodeando con un brazo el fuste de la columna de Desdémona; Ramoncito se había puesto en guardia. ¿En qué terminaría la disputa? Morata levantaba la voz y ponía en todo el cuerpo el aire de valiente que empleaba para sorprender incautos. Pero Antonio Alvarez no se dejaba acoquinar.

—Yo no retiro nada, señor Morata... Aquí quien falta es usted...

—¡Usted está loco! Se mete donde no le llaman. ¡Me río yo de Don Quijote!

—Estoy siempre en mi sitio, y ni sé tolerar insidias ni consiento baladronadas. ¿Se entera?

Morata iba a responder, pero se sintió apartado del grupo. Era Santelmo, que le cogía de un brazo, diciéndole:

—¡Pero, hombre, parece mentira!

A su vez, Antonio Alvarez fué abrazado por don Roberto.

—Vamos, amigo mío, que no se diga...

—¡Oh! Usted perdone, señor Montaña...

Santelmo, don Roberto y el propio Gustavo, que al enterarse del incidente suspendió su idilio con Esther, consiguieron conjurar el conflicto. Morata habló de ir al terreno cuando Alvarez acababa de entrar en el gabinete azul a ruegos de Gustavo.

—¡Porque yo me bato! ¡Ya lo creo!... Y enseño a ese mediquillo, a ese Quijote, a distinguir de colores...

Pagés aceptaba lo del duelo con una seriedad burlona.

—Sí, debes batirte... La cosa no tiene compostura.

Ojeda preguntó balbuciente:

—Pero ¿usted dice eso en serio?

—¡Claro, hombre! Yo puedo concertar el lance. Morata con un sable y Alvarez con un bisturí.

Ojeda se atrevió a sonreirse.

—Vamos, usted bromea. No es para tanto.

Amelia estaba consternada. ¡La primera vez, en tantos años, que "desentonaban" dos caballeros en sus salones!

—Y todo—le decía a la señora de Juez—por esa loca de Clementina, que no debía haber dado ese paso.

Con motivo de la disputa se suspendió un vals que había comenzado Melita. En otro ángulo del salón, junto al busto de Otelo, Gilberto Ruiz y Laura Juez se brindaban recíprocamente versos propios y ajenos, sin enterarse de las cosas insubstanciales que ocurrían cerca de ellos. Esther había visto invadido el gabinete por los partidarios de Alvarez, que eran las dos mayores de Juez, Molina y Conchita Sáenz, que felicitó al médico con un apretón de manos.

—¡Bravo! Ha hecho usted muy bien en taparle la boca a ese idiota.

Don Roberto y Santelmo procuraban establecer una corriente de paz entre los bandos enemigos, y Alvarez, de nuevo en posesión de su sangre fría, consideraba sonriendo que en aquella casa, como en el mundo, toda idea encontraba en seguida combatientes. Allí, a su lado, unos cuantos, y allí, de parte de Morata, Pagés, "por espíritu de clase" y porque las opiniones de Morata armonizaban con sus frivolidades; Ojeda, pobre de voluntad, completamente captado por el giboso *sportsman*; Herminia, en el fondo indiferente, por no contrariar al marquesito, y Amelia, que entre la señora de Sáenz y la de Juez comentaba el suceso, enviando sonrisas a Morata, porque la buena señora, con su manía de grandezas, tenía fatalmente que darle la razón al aristócrata. Y como secuaces suyos, por natural nobleza, el ingeniero; por temperamento rebelde y por buen gusto, aquella Conchita Sáenz, tan

fina y tan recóndita; por razones de simpatía, Molina; por reconocimiento, las de Juez, y—concluyó risueño — Esther, por carambola, puesto que no hacía sino seguir las orientaciones de Gustavo... Estos eran, los de la sala y los de gabinete, los dos bandos eternos, la derecha y la izquierda... ¡Tenía gracia! Y, a lo mejor, si a cada bando se iba en busca de conciencias, ¡aviado saldría el filósofo que intentase la aventura! Alvarez estaba convencido de que en torno a la conciencia directora sólo hallaría adhesiones sentimentales e inconscientes. ¿Cómo podía creerse que el minúsculo cerebro de Ojeda contuviese esa célula donde reside la facultad de conocer? Pero ¡a qué intrincadas filosofías le llevaba su disputa con el chimpancé de Morata!... Santelmo y don Roberto habían logrado, al fin, restablecer en cierto modo la cordialidad, y Melita, que no había abandonado el piano, reanudaba el vals interrumpido, que era uno de los más bellos de Cremieux. Alvarez ofreció el brazo a Conchita.

Morata, el marquesito y Pagés se despidieron al concluir el vals. Por las escaleras Morata comenzó a referirse a lo ocurrido.

—Ese Antonio Alvarez es un majadero. Yo no insistí en lo de batirme, porque... ¿me iba yo a batir con ese zascandil?

Ojeda respondió:

—¡Es claro! ¡Qué habías de batirte!

—Un duelo—prosiguió Morata—puede tenerse con un igual o con un superior... Si yo me batiese con ese mediquillo, me descalificaban.

Pagés, saltando los últimos peldaños de la escalera, le contestó:

—Tal vez cuando te debían descalificar era ahora... Porque tú has quedado mal...

Morata se detuvo en medio de la acera. Y levantando los brazos:

—¡Anda éste!—exclamó—. Pero ¿lo dices en serio?

—O en broma, como tú quieras.

—Vamos a ver, Ramoncito, dime tú: después de todo, ¿qué me ha dicho a mí ese tío?

Pagés dió un paso atrás para librarse de las manos de Morata, que se habían colocado sobre sus hombros, se tiró de las solapas y dijo:

—Alvarez te dió una lección y tú no se la debiste consentir.

—Pero, hombre, ¿no le llamé Quijote, majadero, ridículo; no le mandé a...? ¿No te acuerdas?

—No. Tú no le dijiste nada de eso. O yo no lo recuerdo.

—¡Anda éste! ¿Tú oyes, Ojeda? ¿No insulté yo al mediquillo?

Ojeda se irguió, y golpeando con el bastón en la acera:

—¡Ya lo creo! Si ese hombre tuviese vergüenza, era él quien te mandaba los padrinos. Yo estuve echando de menos el látigo.

Ramoncito lanzó una carcajada.

—¿De qué se ríe usted?

—De pensar en lo que habría hecho usted con el látigo.

—¡Ah! ¡Pues figurarme que Alvarez era mi jaca cuando no quiere andar! Y brearle las espaldas.

—¡Qué miedo!

Morata les interrumpió, reflexionando en voz alta:

—Y todo por Clementina Angulo, que, vamos, es una de esas niñas que en cuanto uno quiere... Yo, en la carroza, ¡señores!... En fin, vosotros lo habréis visto. Derretida, loca de gusto iba la pobre. ¡Bah, si todas son iguales!... En cuanto toman confianza... Si no, que lo diga éste, ¿verdad, Ojeda?... A que Herminia no se pone tonta contigo. Un duro por cada beso que te ha dado.

—No te alcanzaría para un mal cubierto—dijo Ramoncito.

El marqués se amoscó.

—¡Usted qué sabe! No uno, mil besos... Y otras cosas.

—Lo menos... ¡Qué ilusiones, Dios mío!

— Pues qué — preguntó desdeñosamente Morata—, ¿es alguien Herminia Montaña? Qué más quisiera que éste...

El marquesito se envalentonó con la defensa de Morata. Y habló, seguido, unos minutos. El iba a lo que iba... Le gustaba mucho Herminia... Era la gran muchacha y estaba enamoradísima de él...

—Lo que se dice enamoradísima.

Morata no lo ponía en duda.

—El título la vuelve loca... Si tú le aseguras que será marquesa de Ojeda, cae, ¡vaya si cae! En aquella casa no saben dónde ponerte...

—Lo malo — murmuró el marquesito—es que a mi madre no le hace ninguna gracia. Algo ha llegado a sus oídos y me ha dicho: "¡Parece mentira, todo un Ojeda con esa cursi! Mira, yo te lo prevengo. Si te casas con

ella, no cuentes conmigo para nada." Y que mamá lo hace como lo dice...

Gustavo y Alvarez abandonaron juntos la casa de los Montaña. El médico propuso:

—¿Vamos a cenar a la Bombilla? La noche es espléndida.

Gustavo, mirando la hora, contestó:

—Las nueve... Si a las once puedo reunirme con ellas en el teatro...

—Sí, hombre... Hasta las once hay tiempo de conquistar un imperio. ¡Dos horas! Vamos a tomar este automóvil.

Entraron en uno de alquiler en la parada de la Puerta del Sol. Diez minutos más tarde llegaban a un restorán de la Bombilla, y se hacían servir en un cenador rústico, alumbrado por una lámpara eléctrica que enfocaba su luz sobre la mesa de mármol. Frente a ellos, en otro cenador, había dos hombres y dos mujeres: ellas daban la espalda; iban vestidas de claro y sin sombrero.

—Hoy es domingo—dijo Alvarez—; parecen dos obreras con sus novios.

—O dos matrimonios.

—No, Gustavo; hay allí mucha alegría, mucha franqueza; ellas no dejan de reir: vea cómo hunden y cómo levantan las cabezas bien peinadas; ellos están atentísimos... Mire aquel del bigotillo rubio con qué dulzura le ofrece a una de ellas un vaso de cerveza...

—¿Y todo eso quiere decir... que no están casados?

—Si usted quiere, lo estarán; pero yo afirmo que no existe en ese grupo juvenil la sombra melancólica del matrimonio. Además,

no hay chiquillos, y ya sabe usted que los matrimonios pobres son los que más se reproducen. Prefieren ver morir a los hijos a matarlos en germen... Aquí en España sólo practican las teorías de Malthus las clases pudientes, y así y todo, un libro como *Fecundidad*, de Zola, sería inadecuado. Aquí los que hacen falta son libros de puericultura; pero ¡qué digo libros, si no se sabe leer! Acabo de meterme en un berenjenal, y, además, observe usted: el del bigotillo rubio nos mira con recelo y, francamente, yo no quiero más disputas. Me ha dejado muy amarga la boca el incidente con el orangután de Morata; pero ¿qué hacemos? ¡Eh, mozo!

Alvarez dió varias palmadas... Y un momento después, al tomar la primera copa de vino:

—Pero usted convendrá en que no es posible consentir que haya hombres tan soeces y tan villanos como ese tipo... Cualquiera que hubiese oído a Morata pensaría que la pobre Clementina es... cualquier cosa. Yo no sé oir hablar mal de una mujer: la última, la más desgraciada, me inspira un sentimiento intermedio de lástima y respeto... Excuso decirle si se trata de una mujer honrada... Divido la clase de mujeres honradas en dos categorías: las mujeres que aman, aunque amen varias veces, pues el caso es que amen, y las que por religiosidad, por sumisión o por miedo, enamoradas o no, son fieles a un hombre. Sería injusto no concederle al sacrificio tanta importancia como al amor... Por cualquiera de estas mujeres, si las veo escarnecidas, me dispongo en el acto a la lucha... Es un impulso espontá-

neo, irreflexivo; el mismo que me ha llevado esta noche a salirme de tono en casa de Montaña. Es algo que puede más que la prudencia y el comedimiento y mucho más que el escepticismo, lo que me lleva a meterme a redentor...

—Con riesgo de salir crucificado...

—¡Eso qué importa! Lo que sé es que no puedo presenciar impasible que se maltrate a una mujer; que no sé escuchar injurias contra ellas; que las propias mujeres de la vida me inspiran sentimientos de hidalguía... Cosa más rara, ¿verdad? Porque en esta tierra de hidalgos, más que en ninguna, la mujer es una cosa, una bestia familiar... Aquí la hidalguía es una virtud de excepción. Don Quijote es un sueño. El ambiente español es contrario a la creación de Cervantes, porque si existiesen hidalgos de la estirpe del Quijote, ¿qué necesidad de crear al caballero, aunque un poco deforme, espejo de virtudes, de gentilezas y arrogancias? Pero ¡qué gracioso es el mundo! ¿Cómo le negará usted a Morata que sea caballero? Es calatravo nada menos... ¡No lo nombraré más, caramba, no vaya a caerme mal la cena!

Un aire tibio, de noche de verano, atravesaba la hiedra del cenador. Comenzó a tocar un organillo y las dos parejas de enfrente se enlazaron dispuestas a bailar. Gustavo y Alvarez comían en silencio, viendo alejarse hacia el centro del patio a las parejas, cuyas sombras se alargaban por la arena. Con sus blusas claras, suspendida la falda hasta enseñar la blancura de la enagua, bailando con una agilidad que reposaba a veces de un modo

voluptuoso, ellas producían en Gustavo una dulce emoción. Se acordó de Esther: como su novia, eran las dos muchachas delgadas y flexibles; como Esther, parecían desmayarse sobre el pecho de los novios pidiendo amparo y amor. ¡Qué divina hermosura amar y ser amado! Allí podía él hallarse con Esther. El sabría ofrecerle también, como el del bigotillo rubio, un vaso de cerveza... Y quizá se atreviese a decirle: "Dame un beso... la música apagará el rumor si es un beso sonoro... Esther, Esther, mi vida..."

—¡Pero, Gustavo!

—¡Eh! ¿Qué ocurre, Antonio?

—Nada. Ha estado usted media hora con el tenedor a la mitad de su camino, como extasiado. ¿En qué pensaba usted?

—¿Yo? En nada.

—Pensaba usted en todo... En Esther. Debe ser muy bueno estar enamorado...

Gustavo bebió un vaso de vino y estuvo un buen rato sonriendo, sin hablar.

# XIV

En ciertas ocasiones Esther se sorprendía de estar enamorada de estar "locamente" enamorada. El primer beso, mejor, los primeros besos de Gustavo habían despertado en su espíritu y en su carne ensueños que parecían apagados desde la adolescencia y ansiedades eróticas que hasta entonces había podido sofocar. Se presentaba otra vez la ilusión del hombre bello, de grandes ojos románticos, de dulce boca amorosa, de voz más dulce todavía, el príncipe azul de las niñas soñadoras, el príncipe rojo, burlón y atrevido de las niñas atolondradas que piensan huir con él sobre un caballo blanco, como la loca de Clementina... Claro que ésta no se había fijado en el color del príncipe ni en el del caballo, pues no había habido más príncipe que el abogado de Sevilla, ni más caballo que el del simón en que debió desarrollarse el primer capítulo de la fuga... Tampoco ella creía ya en los príncipes de ningún color, y mucho menos en los príncipes rusos; pero «aquel demonio de Gustavo» tan guapo, tan arrogante, tan cariñoso, ¿estaría mal vestido de príncipe, de Lohengrin, por ejemplo? ¡Cuánto lo quería!

Verdaderamente, se asombraba de amarlo de aquel modo... Soñaba mil rarezas, pero pensaba también en cosas serias, en cosas que la avergonzaban si se las oía a Herminia, y que la habían avergonzado en labios de Clementina; pensaba, con obsesión, en ser amada por Gustavo, en ser amada por completo, en recibir todas las caricias y todos los contactos carnales que debían llegar después de los besos... ¡Los besos de Gustavo! Ella sentía huir su voluntad cuando Gustavo, rodeándole el talle, la besaba en la frente, en los ojos, con un beso largo y cálido que la estremecía, en la boca, con un beso más rápido que era ella la que deseaba retardar... Gustavo, sin ser tímido, no exageraba las caricias: sus besos, más que los de un novio impaciente, parecían los de un marido enamorado: eran besos reposados, tranquilos, serios... ¿Podría haber seriedad en los besos? Besos llenos de fiebre, de burla, de lujuria, aquellos de Pagés en el Real una noche que le daba ira recordarla: besos de borracho, de canalla... ¡Qué suerte haberse librado de caer en el matrimonio con un Ramoncito, un Ojeda o un Morata! Gustavo le había hecho cambiar de ideas de un modo absoluto. Antes le parecía todo divertido, hasta Santelmo; consideraba a Morata un elegante y a Ojeda un marido futuro encantador, y ahora Santelmo, los bailes y los tes de su casa la aburrían; Morata era, en efecto, como decía Alvarez, un chimpancé vestido en Londres, y Ojeda, el pobre, con su figurita ridícula, algo tan poco digno de atención, que ella no comprendía cómo Herminia... ¡Bueno! Herminia no era tonta y sabía a lo que iba... ¡Qué bien

si se casasen al mismo tiempo! Pero ¡qué diferencia entre Gustavo y el marquesito! Gustavo, tan sensato, tan respetuoso, tan caballeresco; y el marquesito, ¡estaba bueno el niño!, atreviéndose ya a manosear a Herminia, dándole besos en los antepalcos y en el recibimiento al despedirse y molestándola por debajo de la mesa cuando le invitaban al chocolate, al regreso de los teatros... Nada por el estilo hacia Gustavo, y así, mientras Herminia, al desnudarse para entrar en la cama, solía decirle, indignada: "Pero ¿has visto qué tío es el marqués? Pellizcándome en el comedor, delante de mamá...», ella se cubría con las sábanas tratando de conservar el calor y la emoción que le comunicaban la presencia y las frases de Gustavo... de su adorado Gustavo... Una noche Herminia le contó la última gracia del marquesito.

—¡Tú no sabes bien el cambio que ha dado! Parecía un hombre tímido, ¿verdad? Pues es de los tardíos, pero seguros. Hace noches me pidió en el teatro que le enseñase una pierna...

—¿Y tú qué hiciste?

—Decirle que se limpiase.

—¿Y él?

—Se enfadó mucho y habló de echarlo todo a rodar... Y yo pensé: "A lo mejor este tío va y lo hace y se larga, y, la verdad, me cuesta tan poco enseñarle media cuarta..."

—¿De manera...?

—Que fuí levantando poco a poco la falda y le dejé ver...

—¿Hasta dónde?

—Hasta un poco más abajo de la rodilla.

—¡Qué loca!

—¡Bah! Cuando llueve enseñamos más, y aquí mismo, en la sala, al cruzar las piernas, me parece que hemos dejado ver hasta las ligas.

—¡Qué mentirosa!

—¡Vaya! Excuso decirte que él se volvió loco y me decía: «¡Herminia, Herminia, cuidado, que engañas!... Yo no creí que las tuvieses tan llenas... Me has dejado atónito, atónito... ¡Y qué medias más bonitas!...“ Pero fué tan rápida, tan rápida la visión... Me eché a reir, diciéndole: «Tú sí que eres una visión»; porque había que verle con la boca y los ojos tan abiertos y queriendo tocar...

—¡Vamos!

—Pero eso ya no se lo consentí... No; porque, mira tú, es tremendo: la mano del hombre es muy atrevida y no se conforma con reconocer el tejido de las medias...

Esther se tapó la cara con el embozo de las sábanas, suplicando:

—¡No sigas, Herminia, no sigas!

Y volviendo a descubrirse, entre una sonrisa y un suspiro:

—Gustavo es incapaz de proponerme esas cosas.

—Gustavo es de otro modo. Ya sé que no habéis pasado de los besos. A la altura que están las cosas, es lo menos que podéis permitiros.

Esther interrogó con la mirada, y Herminia, entrando en la cama y accionando con un brazo desnudo:

—No, no—replicó con viveza—; no vayas a figurarte... Nada, pero de palabra... De palabra Ojeda es atrevidísimo, ¿eh? ¿Quién lo hubiera creído?

—Deben de ser consejos de Morata.

—Yo creo que sí, que hay algo de eso... Ojeda parecía tan modestito... Sí, ¡pues vaya una lengua! Con la disculpa de que "al fin y al cabo serás mi mujer", me dice las atrocidades del mundo en frases de doble sentido y me propone cosas que me escandalizan... que hago que me escandalizan... Figúrate, hay que hacerse la niña inocente... Es un juego muy divertido: ellos saben que lo sabemos todo, pero que no nos conviene declarar que lo sabemos, y se aprovechan... "Herminia—me dice a mí el marqués—, he pensado en que tú debes de ser una plaza difícil de rendir... Te defiendes con la metralla de los ojos y con el fuego de la boca... ¿Cuántas veces, vamos a ver, cuántas veces habrá que atacarte para que te rindas? ¿Bastarán tres? ¿Serán cuatro necesarias?" Y yo, que no encuentro fea la comparación, mientras digo para mis adentros: "dónde habrás leído tú eso", le respondo: "Hijo, no acabo de comprenderte, te lo juro." Y me acuerdo de Clementina, que fué atacada siete veces la mañana que se casó por detrás de la Iglesia. ¿Qué te parece, Esther?

—¿A mí? Nada. Ya sabes que no me gustan esas conversaciones. El marquesito me parece un desvergonzado. A mí me ofendería el oir semejantes cosas.

—¡Ah, pues a mí no! A mí me encanta verle excitado, ver cómo se sofoca cuando le dejo acercarse... Eso prueba que le gusto, y a ninguna mujer le ofende el sentirse deseada... Mira tú, cuando en la calle, algún chulo o algún cochero, me dice una de esas salvajadas

que acostumbran, por ejemplo: "¡Su madre, y qué revolcón la daba yo a la niña!"

—¡Herminia, por Dios!

—Pues te aseguro que me estremezco y que me imagino al animal que acaba de celebrarme, a su modo, dándome el revolcón.

—¡Qué loca eres!

—¡Bah! Animal por animal, cuando llega el momento, ¿tú sabes?, lo mismo debe de dar un aguador que un mono como el marquesito.

—¡Qué cosas tienes! ¿Qué ha de dar lo mismo? Por lo visto, tú no quieres al marqués.

—No había caído en ello. Ojeda me es indiferente, sin llegar a repugnarme. Sirve para marido, y eso me basta. Soy de la opinión de Conchita: todos los hombres son iguales. Te confieso que lo único que me inspira el marquesito es cierta curiosidad. Tanto me habla de lo que va a hacer y a deshacer conmigo, sobre todo a deshacer, y me lo dice de tal modo que, a la verdad, a veces me excito también, y le digo, retirándome un poco de él, porque empiezo a marearme: "Bueno, hombre, no digas tantas locuras y vamos a casarnos en seguida."

—Pues Gustavo—dijo Esther con dulzura—es muy distinto. Me habla con tanto amor y tanta poesía, que yo me estremezco también; pero sin nada de revolcones, ¿eh? La voz de Gustavo tiene para mí no sé qué encanto: parece que me habla en verso.

—¿En verso? Yo creí que en casa sólo hablaba en verso ese piel-roja de Gilberto.

—Ahí tienes tú, yo no he encontrado nunca poesía en las cosas de Gilberto y, en cambio,

en cada frase de Gustavo siento algo que me hace pensar en Campoamor, en Espronceda o en Bécquer...

—Si te oyese Laura Juez, te llamaba cursi...

—¿Hay nada más cursi que ella?

—Claro; pero yo sé que nos tiene por unas ignorantes, y que ha dicho: "¿Qué se puede esperar de unas muchachas que cantan todavía cosas italianas? ¡Oh, Wagner!" Figúrate, Wagner, con lo pesado que es...

—No. A mí me gusta. Sigfredo y Lohengrin son hombres fuertes y hermosos; se parecen...

—A Gustavo, no digas más; lo había adivinado. Anda, vamos a dormir. Tú soñarás con Gustavo vestido de escamas de plata y llegando hasta ti en un cisne de cartón, y yo soñaré con Ojeda, que, ¿sabes lo que me parece?

—No.

—Uno de los monos del Retiro. El que tiene los ojillos más brillantes... el más mono de todos.

Y, riéndose, apagó la luz.

Sólo faltaba la petición de mano, formalidad que Gustavo no parecía dispuesto a apresurar; pero en el mundo de los Montaña y sus amigos la boda de Esther con el ingeniero era "cosa hecha". Las tres muchachas, acompañadas de su madre y algunas veces de Conchita o de Santelmo, habían comenzado a recorrer las tiendas de artículos para bodas. Santelmo era consultado como una autoridad. El bizarro comandante de Administración examinaba los encajes y las telas con una sonrisa de hombre superior y, en ocasiones, entraba en corteses

polémicas con los horteras. Entendía mucho de bordados y nadie le daba gato por liebre.

—Ahora bien—le decía a Esther—, yo creo que no es necesario buscar bruselas y valenciennes legítimos, porque eso cuesta un ojo de la cara. Acaso en dos o tres camisas, en la enagua-cubrecorsé, en un salto de cama, en algunos pantalones... Todo el mundo no entiende como yo de estas cosas, y me atrevo a jurar que Gustavo...

Esther lo quería todo de lo mejor, todo legítimo, todo última novedad... Pensaba exhibir la canastilla en la sala: quería que sufriesen las de Juez y algunas otras envidiosas, y que "ciertos tíos", como Pagés y Morata, viesen cómo se casaban las de Montaña. Don Roberto había recibido ya el primer aviso: era hora de preparar la bolsa; cuestión—le había dicho Amelia—de veinte a veinticinco mil pesetas. Y el director de la Gran Agencia de Asuntos Mineros se llevaba las manos a la cabeza, no dando con el sitio en que estuviesen las veinte mil pesetas. La Agencia había ultimado por aquellos días un negocio con Ruval, el ingeniero belga, y él tenía fondos en la caja; pero ¿iba a poner mano en aquel dinero? No era posible. No veía solución, y se preguntaba si alguna vez había podido ser verdad aquel portento de la mina de topacios. Por otra parte, no comprendía la prisa de su mujer y de sus hijas por meterse en aquellos gastos. Gustavo Suárez aún no le había dicho una palabra. Oficialmente él, jefe de la casa, no sabía nada, no ya de boda, sino ni aun siquiera del noviazgo. Verdad que él era, entre los suyos, un cero a la izquierda, que sólo a la hora de nece-

sitarse dinero cambiaba de posición. Menos mal que Gustavo Suárez era un gran muchacho, rico, con un hermoso porvenir y una carrera brillante. Don Roberto no había perdido su tiempo: había escrito a los corresponsales de la Agencia en Asturias, y las mejores referencias acerca del apuesto ingeniero habían llegado a su mesa.

Entre los amigos de la casa se murmuraba: las de Juez entendían que era prematuro aquel entra-y-sal de las Montaña por las tiendas de sedas, de lencería y de confecciones; aquellas salidas de mañana, a pie, con las levitas de "tusor" aleteando por las aceras, para invadir los almacenes de muebles y de alfombras y tapices, en los cuales, después de preguntar mucho y de revolverlo todo, pedían solamente precios y catálogos. Laura Juez pensaba escribir un epitalamio irónico, y Ricardo Morata iba diciendo por todas partes que las de Montaña hacían el ridículo porque Gustavo no se podía casar, «estando como estaba enredado con una de Oviedo que le había hecho padre de familia cuatro veces». Santelmo le rogó que no divulgase el secreto. Amelia y don Roberto lo sabían, lo sabía todo el mundo, pero no era cosa de ir a decírselo a la pobre de Esther. Bien comprendía Morata que los devaneos de la juventud no desdoraban a ningún hombre. Morata hizo una señal de inteligencia y prometió callar. Aquel mismo día, por boca de Ojeda, Herminia escuchaba la historia secreta de Gustavo, para la cual sólo tuvo un comentario:

—Bueno, ¿y qué? No se lo digo a mi hermana porque le haría mal efecto, aunque...

¡Bah! Probablemente se lo contaré en seguida!

Pero Herminia, a solas, no dejó de reflexionar. ¿Conque aquel Gustavo tenía «su liíto y todo». No, no se lo contaría a Esther, que, de seguro, se figuraba que Gustavo podía casarse con un ramo de azahar en la solapa.

## XV

—Has hecho mal en venir, Esther...

—¿Mal? ¿Y eres tú quien me lo dice, Gustavo?

—Sí... ¿Quién puede interesarse más que yo por tu honor? Una muchacha soltera como tú no debe poner su reputación en entredicho. Mira que si algún conocido te ha visto...

—No me ha visto nadie. Estoy segura. Además, Gustavo, todo me importaría poco. Te he esperado dos días, dos días sin noticias tuyas, y hoy no he podido más y aquí me tienes. Melita, como es tan buena, se ha prestado a acompañarme.

—Pues... ya ves... Sólo pensar que Melita está aquí, a nuestro lado, en el gabinete, me da fatiga... No; no debiste venir; no debiste comprometer a tu hermana...

Esther bajó la cabeza. Se había sentado en medio de la alcoba y su traje azul plomo se destacaba sobre la funda blanca del sillón. El la miraba sorprendido. ¡Ella allí, en su cuarto de soltero, frente a la cama que acababa de abandonar para recibirla! ¡Qué valiente! No sabía qué decirle. De pie junto a la ventana, con las manos en los bolsillos de la cazadora,

avergonzado de que ella le viese en camisa de dormir y zapatillas, sin afeitar, como «un marido de verdad» al levantarse, pensaba en el modo de resolver aquel conflicto inesperado. Nerviosamente llevaba a su boca y desprendía de ella el cigarro. Y volvió a decirle:

—No, no debiste dar este paso, Esther...

Y como ella le mirase con fijeza, pidiendo, al parecer, una explicación más amplia:

—Yo—dijo al fin—pensaba ir esta tarde a verte o escribirte. He estado malo. ¿No se me conoce en la cara?

Ella le respondió:

—Gustavo, la última vez que te vi te noté algo extraño. No eras el mismo... Ven, acércate y hablemos. ¿Qué te pasa? ¿Es que has dejado de quererme?

El tomó asiento a su lado y apoderándose de una de sus manos:

—¡Te quiero más que nunca!—exclamó—. Te quiero tanto, que me da miedo verte tan cerca de mí. ¿Por qué has venido?

—Porque no puedo vivir sin ti, Gustavo. Nunca sabrás lo que he sufrido estos días, por todos conceptos... ¡Qué dolor cuando en casa dudaban de ti! Mamá te llamaba informal y decía que ella sospechaba el porqué de tu tardanza en pedir mi mano...

Gustavo se echó un poco atrás. ¿Habría llegado «su secreto» a Esther? ¿Era posible que lo supiese todo? En aquel momento recordaba la última carta de la otra, con su cruel amenaza: «¡Si no vienes antes de tres días, me iré a Madrid con los hijos!» Y era indudable que aquella mujer cumplía su palabra.

Esther continuó:

—Y decía eso mamá con un retintín tan molesto, tan molesto, que, ¿sabes lo que hice?

—No.

—Por de pronto, llorar...

—¡Dios mío!

Y luego, con el llanto, con la pena de no verte, con las dudas horribles que los comentarios de mamá y tu misma ausencia me produjeron y con pensar en el ridículo que estaba pasando ante todo el mundo, vino...

—¿Un ataque? ¿No es eso?

—Sí; un ataque de los más fuertes que he tenido. Papá, Herminia y la criada no podían conmigo... ¡Daba unos saltos!

Gustavo le rodeó el talle.

—¡Pobrecita, pobrecita!... Y todo por mí..., No sabré perdonármelo... Si yo hubiese adivinado...

Ella se irguió estremecida y mirándole al fondo de las pupilas:

—Gustavo—dijo pausadamente—, es preciso que hablemos...

Él, respondiendo a su mirada, se dispuso al ataque. Como siempre, la muchacha le sugestionaba con su raro encanto, y entonces—en su alcoba, llena del sol de mediodía—se le presentaba más sugestiva que nunca, con sus grandes ojeras y su boca roja, amarga y amorosa como la vida, con el débil cuerpo electrizado por la pasión y por los nervios... Ella iba a preguntar, ella iba a sondearle, y él... Él había tomado una resolución.

—¿Tenemos que hablar, Esther? Cuando tú quieras. De lo que tú quieras.

—Ha de ser ahora mismo.

—Bien, nena; pero no te pongas tan seria. ¿He hecho algo malo?

—No sé.

—¿No sabes? Haber estado enfermo no es haber hecho nada malo. Vamos, di...

Y la aproximaba a su pecho. Ella suspiró, y después de permanecer un momento pensativa:

—Vamos a ver—le dijo—, ¿qué es lo que sospecha mamá que te obliga a no resolverte?

—Eso lo sabrá ella mejor que yo.

—No es respuesta, Gustavo.

—Sí lo es; porque yo, por mucho que mire a todas partes, no encuentro nada que me impida resolverme, como tú dices, cuando crea llegada la hora...

—¿No encuentras nada?

—No; nada que coarte mi voluntad y mi amor.

—¿Me dices la verdad?

—¡Esther!

—Entonces, eso que me ha dicho Herminia...

Gustavo sintió precipitarse al corazón. Necesitaba toda su sangre fría para seguir la farsa.

—¿Qué te ha dicho Herminia? No sé.

—Herminia, a mis ruegos, después del ataque, cuando yo le pregunté si sabía algo, me dijo...

—¿Qué?

—Me dijo: "Mira, Esther, yo he oído decir que Gustavo, allá en Oviedo..."

El no la dejó continuar:

—¡Bah! ¡Esas son habladurías!

—¿Lo niegas?

—Sí.

—¿Por qué, si es verdad, no me lo confiesas?

—No puedo confesar lo que es mentira. A todos los que tardamos en ir al matrimonio nos echan a cuestas hijos, mujeres, ¡qué sé yo! Tú no habrás creído de mí...

—No quise creer nada hasta preguntarte, porque lo que Herminia me contaba lo sabía por Ojeda y por Morata...

—Ya ves... calumnias, chismes... ¡Y aunque fuera verdad! ¿Qué tiene que ver lo que un hombre haya hecho de soltero? ¿Y quién va a hacer caso de algunas desgraciadas que en cuanto son madres le achacan el suceso al más cándido de sus amigos? Nada, Esther, puedes estar tranquila.

—Después de oirte, sí. Pero te diré la verdad. He pensado mucho en ello y me he dicho, poniéndome en el caso de que todo fuese cierto: "Si Gustavo me ama, es porque no ama a esa mujer que dicen, y yo, amándole, no cometo ningún delito; mi amor, de ningún modo impedirá que él quiera a sus hijos. Conque, ya ves que eso no me asusta... Así, te lo suplico, puedes decirme toda la verdad...

El dudó un segundo. Y luego con voz firme:

—Ya te he dicho toda la verdad.

—Entonces, ¿esa mujer no existe?

—Sí.

—¿Cómo?

—Hay una desgraciada mujer de todo el mundo, que intenta dar un solo padre a sus hijos y se ha empeñado en que sea yo...

Esther se mantuvo en silencio. El sintió en la cara la fiebre de un rubor infinito. Acababa de mentir villanamente. Pero él quería que aquel diálogo peligroso terminase y que el alma hostil de "la leona" no cerniese sus alas

sobre Esther y sobre él mismo, como si tratase de enfriar con su sombra aquel gran amor naciente, aquel primer amor divino... "¡Iré a Madrid con los hijos!" ¡Reto, amenaza!... Su voluntad de enamorado llegaría a la victoria... Oprimió las manos de Esther, y atrayéndola, hasta sentir en su cara el aliento perfumado de la boca que deseaba tanto:

—Esther, mi vida, no hablemos más de esas cosas—murmuró—; lo cierto, la única verdad es que he estado un poco malo estos días... Yo te adoro, te adoro como siempre; es decir, te adoro como nunca... Sí, has hecho bien en venir... ¿No vas a ser mía pronto, antes de que concluya esta primavera?

—Si tú quieres, Gustavo.

—¡Oh, sí! ¡Yo quiero, yo lo quiero con toda mi alma! ¡Esther, Esther, mi vida, qué dulces y qué cortos me parecerán los días que dure nuestro amor! No me mires así...

—¿Por qué?

La besó en la frente... La besó en los párpados.

—No me mires así... No sé qué me brindan tus ojos... No quiero saberlo... Es mejor que los ciegue con mis besos...

—¡Gustavo!

—¡Oh, perdóname! Soy demasiado atrevido. Soy poco caballero... Aquí, precisamente, es donde no debo besarte. ¿Por qué viniste?

—Toda mi alma me decía que viniese, toda mi alma que es tuya... Si tú crees que el alma puede estar en los besos, mis labios sabrán ser generosos... Tómalos...

El la besó febrilmente. La boca deseada era suya entonces con una plenitud sensual des-

conocida. Aquel beso largo y húmedo comunicaba a su cuerpo un estremecimiento amoroso. Sin reflexionar, había suspendido un momento a Esther para sentarla sobre sus rodillas. Ella le rodeó el cuello y sentía sobre el suyo los labios ardientes de Gustavo, los labios ardientes que abrasaban la piel de su garganta, y que al detenerse en la nuca sacudían sus nervios... Sentía un terror lleno de voluptuosidad. Las ideas huían de su cerebro, y sólo, por raro capricho de la memoria, el recuerdo de Clementina se le presentaba vagarosamente, como si la amiga surgiese de un abismo, de aquel abismo del amor en que ella iba a penetrar... Las manos de Gustavo oprimían su cintura y resbalaban a lo largo de las piernas, pero aún las ropas la amparaban de un contacto más íntimo. La besaba, conteniendo la respiración, atrayéndola, separándola... Y murmuraba su nombre... Ella correspondía a los besos pasionales y toda estremecida de ilusión, de curiosidad, de lujuria, aguardaba el sacrificio. Gustavo la miró un momento con las pupilas dilatadas, las sienes temblorosas y la boca entreabierta... Después, suspendiéndola como a una criatura, volvió a ponerla en el sillón sin decir una palabra.

Acompañada de Melita cruzó la Puerta del Sol. Iba a un paso largo y agitado, con las pupilas fijas y brillantes y la boca contraída, moviendo los brazos a un compás nervioso. Melita marchaba detrás de ella.

—Esther, por Dios, que tropiezas con todo el mundo.

—¡Déjame!

—¡Si parece que vas ciega, mujer!...

—¡Déjame, déjame!

—Se nos ha hecho tarde. ¿Qué diremos?

Esther no respondió. Estaban frente al portal de su casa. Apoyándose en el pasamanos subió la escalera; le flaqueaban las piernas, y una gran angustia le oprimía el corazón. Melita la animaba.

—Vamos, mujer, no seas así... No ha pasado nada. El vendrá a verte esta tarde.

Les abrió Herminia.

—No habéis tardado apenas. Ibamos a sentarnos a la mesa sin vosotras. Esther, ¿qué tienes?

—Nada.

—Vienes tan pálida... ¿Has visto a Gustavo?

—Sí.

—¿Y qué?

—Nada. ¡Déjame!

Herminia interrogó a Melita con los ojos.

—Viene un poco enferma. Como es tan impresionable...

Esther atravesó la sala para dirigirse al gabinete azul. Haciendo un esfuerzo les rogó a sus hermanas, que la habían seguido:

—Decidle a mamá y a papá que tengo jaqueca... cualquier cosa; pero dejadme sola, os lo ruego.

Herminia la miró con fijeza:

—Esther, dime, no seas tonta. ¿Ha pasado algo grave? Tienes que contarme... ¿Oyes?

—No. Que te cuente Melita. Ella lo sabe.

Quería pensar sin testigos; sus reflexiones eran de las que sólo se hacen en momentos de soledad: reflexiones demasiado íntimas y sin-

ceras que parecen dotadas de una voz que las pregona. Ella había ido a casa de Gustavo guiada por un presentimiento: sospechaba que algo anormal era causa de la indecisión de su novio; las últimas visitas de éste habían tenido, al través de las frases de pasión, como un aire de frialdad y de misterio... Después había sabido por Herminia lo que se murmuraba de Gustavo; pero su amor se oponía a dar fe a tales acusaciones. Aquella ausencia de dos días, sin embargo, la inclinaba a pensar en las cosas más crueles... El hombre que ella pensaba haber dominado huía, de pronto, tal vez arrepentido de sus promesas. ¿Era aquello posible? No; Gustavo no podía ser un hipócrita; era, y de esto estaba bien segura, un hombre tímido que necesitaba un impulso enérgico para decidirse... A partir de esta conclusión, Esther, sin concretarlo en palabras, había formado un proyecto, y después del ataque, al que le condujeron las reticencias de su madre, el temor al ridículo y el oleaje de sus pensamientos, el plan quedó concluído: ella iría a ver a Gustavo resuelta a que después de su visita la boda fuese inminente... El corazón le señalaba aquel camino, y su carne, enamorada de Gustavo, iba a emprenderlo. Había sentido un inefable terror voluptuoso al considerar su aventura; pero, confiando en la caballerosidad de Gustavo, se decía que era débil el peligro que desafiaba, el mismo peligro seductor que había desafiado, con éxito, Clementina. Midió las consecuencias... Presintió la escena amorosa, el gran momento nupcial, y he aquí que la prudencia, la timidez y la cobardía de Gustavo

habían aparecido cuando sólo la pasión y el deseo debieron hablar... ¡Cobarde! Ella sentía un rubor inmenso, una vergüenza indefinible; se reprochaba haber tenido una ilusión tan grande, se acusaba de haber pensado tranquilamente en algo tan grave como su caída... Pero ignoraba si era una sincera atrición de aquel pecado en germen o el despecho lo que arrastraba a sus ideas en loco tropel por sendas que nunca habían transitado... Había ido a entregarse con temeridad de apasionada y con un secreto anhelo de virgen curiosa, impaciente de las plenas caricias del amor; había ido a ofrecerse toda, sofocando los últimos pudores, tímida y valerosa al mismo tiempo, dispuesta a tener el valor de no defenderse, a tener el valor de ser víctima. Y él la había desairado... ¡Cobarde! ¿Cobarde o caballero?...

Después de separarla, dejándola de nuevo en el sillón, estuvo algún tiempo silencioso y, al fin, le dijo que le perdonara, que había estado a punto de ofenderla, que el gran amor que le tenía era el culpable de aquella fiebre, de aquella locura, y concluyó prometiéndole ir a verla, como de costumbre, por la tarde. ¿Qué hacer? Esperar todavía... Esperar...

# XVI

Antonio Alvarez escuchó a Gustavo con grave atención, y cuando el ingeniero esperaba un consejo o una frase alentadora, sólo oyó de boca del médico estas palabras:

—Haga usted lo que guste, amigo mío. Este es uno de esos casos en que todo hombre de bien ha de permanecer neutral.

Gustavo insistió:

—Pero usted compréndalo, yo no sé qué partido tomar...

—¿No? Entonces yo me había equivocado con usted.

—No sé qué quiere usted decir.

—Sí, yo tenía entendido que era usted un hombre enérgico, y que sus amores con Esther Montaña eran la solución que usted buscaba a sus conflictos de solterón... porque yo, la verdad, conocía desde antes de tratarle lo que, espontáneamente, acaba de... descubrirme... Era el suyo un secreto a voces. Pero al verle tan amartelado, tan acaramelado con Esther, me dije: "¡Bah! Este hombre ha venido de Oviedo decidido a casarse, y eso que de

él se dice, antes de un obstáculo, será lo que le impulse al matrimonio. No podía pensar de otro modo frénte a la actitud de usted. Los hijos, tres o cuatro, no estoy seguro, que a usted se le imputaban, podían ser los que en derecho se llaman hijos mánceres, y puestos en el caso de que fuesen en absoluto de usted, ¿podrían ser ellos un obstáculo para que usted entrase en una pasión nueva? Los hijos no nos amarran a la mujer en quien los engendramos. Para ser padre no es necesario ser marido ni ser amante. Uno puede sembrar en todos los terrenos, y el buen sembrador cumple recogiendo el fruto, si es granado para sentirse orgulloso, si es raquítico para hacerse responsable de su desacierto al elegir la tierra. ¿Me explico? Pero si usted tiene la debilidad de plantar una vez en tierra ingrata, ¿no ha de elegir en adelante lugar más fértil para su semilla? Así, yo me decía: "Gustavo no ama a la madre de sus hijos y es, por lo tanto, hombre que busca un amor." Y creí, con ingenuidad, que ese amor era Esther Montaña, y no volví a preocuparme de lo que usted ahora me presenta como conflicto. ¡Valiente conflicto, amigo mío! El conflicto no está más que en usted; no es cuestión objetiva, sino personal, muy personal... Usted... ¿me permite ser sincero, tal vez un poco brusco?

—Sí.

—Usted es un cobarde.

—¿Un cobarde? ¡Hombre!

—Sí, ¿quiere una palabra más dulce? ¿Le gustan los eufemismos? Pues es usted un ser blando, un ser débil, un hombre tímido, apocado... Todo eso, con su aspecto de atleta y de

tenor italiano al mismo tiempo; con ese tórax que parece el arca de un corazón de gigante; con esa mirada de hombre bueno; con esa frente de poeta romántico... ¡Con todo eso, es usted más débil... que Esther!

—¡Antonio!

—Si es reproche, me callo. Ha venido usted a verme, aquí a la Clínica, a consultarme.

—Sí; pero...

—¿Qué? ¿Deseaba usted una solución? No puedo dársela. El valor se tiene o no se tiene, pero no puede pedirse prestado. ¡Qué dañinos son los hombres como usted! Nada peor que las gallardías de un hombre tímido. ¿Por qué tan heroicamente, porque era usted un héroe de Shakespeare, le hizo concebir ilusiones a la pobre de Esther? Llegó usted frente a la pobre muchacha y no se le ocurrió cosa mejor que abrasarla con una pasión vehementísima... Ella, por lo menos, se enamoró de usted en seguida con toda su efusión y extremosidad de neurótica... Ya salió aquello, ¿no es cierto? Y usted que, por lo visto, venía hastiado de un amor plebeyo, de algo que no sería amor, sino apetito... satisfecho, llega y ¡la fuerza del contraste! encuentra irresistible el encanto de Esther, un encanto de muchacha enferma, graciosa, extrañamente seductora por su misma neurosis. Y entraba usted en esa pasión, no por "snobismo", no porque cierta literatura francesa, que llaman satánica, le hubiese trastornado la cabeza, sino porque es muy natural y científicamente muy explicable que a temperamentos sanos y rudos en apariencia, como el de usted, les atraigan, en materia de amor, los temperamentos con-

trarios... Y esto, a pesar de mi poca fe en la Providencia, tal vez sea una cosa providencial, porque, suponiendo que Esther y usted se hubiesen unido, ¿no se habría mejorado la raza de los Montaña? La rusticidad y la salud de los Suárez habrían puesto lo suyo... No sucedería lo mismo con el matrimonio de Ojeda y Herminia, si se realizase. En fin, amigo de mi alma, que me ha dado usted el gran chasco; que usted, que iba a salvarnos a Esther, se encarga de pónerla peor de lo que estaba...

Gustavo se llevó las manos al pecho para volver a extenderlas con ademán patético:

—Y yo, ¿qué hago?, ¿qué hago? Esa mujer debe llegar hoy mismo. Y yo no tengo valor...

—¿Para qué?

—Para...

—¿Presentarle la batalla?

—Eso es. ¡Ah! Dígame, por Dios, ¿qué me recomienda?

—Nada.

—¿Nada?

—Sería ridículo y tiempo perdido. Usted no seguiría mi consejo...

—Pero si no me lo da...

—Es que no se me ocurre; esa es otra... Siga usted su rumbo.

—Usted en mi lugar, ¿qué haría?

—Me parece una hipótesis inadmisible.

—Es usted cruel.

—No. ¡Qué empeño tiene usted en que yo, en media hora, resuelva su pasado y señale su porvenir! ¡Con qué facilidad me erige en árbitro de su vida para... no hacer ningún caso

del arbitraje! No, no... Yo soy buen amigo de mis amigos y usted es de los contados. Siento lo que ocurre y lo que va a ocurrir, por nuestra amiguita. ¡Cómo ha de ser!

Minutos más tarde Gustavo se despedía de Antonio Alvarez junto a la verja de la Clínica Benéfica.

—Me deja usted ir conforme vine. Soy un desgraciado. Esa mujer es mi sombra.

—Esa mujer no, ese hombre. Usted mismo.

—Adiós.

—Buena suerte, Gustavo.

Alvarez volvió al despacho, contiguo a la sala de operaciones, donde le había sorprendido el ingeniero. ¿Qué habría pasado? Gustavo acababa de decirle que "aquella mujer" se le aparecía en Madrid con los hijos; pero ¿justificaba esto sus grandes temores? Lo dicho... Era un pobre diablo, un hombre de una debilidad verdaderamente cómica. Si la barragana le aburría, ¿por qué no la plantaba? ¡Caso más bonito... de divorcio! Pero ¿y si aquella fiera le inspiraba, aunque él no lo creyese, una pasión todavía; si aquella mujer, por razones profundas, era digna del sacrificio de Gustavo? ¡Ah, el asunto se torcía un poco! No era tan fácil de solucionar, y por eso Alvarez se había negado a dar consejos, a ejercer presión sobre el ánimo de su amigo, a quien habría llevado de la mano por cualquier camino... Era preciso cada vez que la vida le colocase a uno en situación de juez, ser justo y generoso, y en muchas ocasiones la rectitud, la generosidad y la justicia residían en el hecho de abstenerse, de callar, de encararse con la vida, creadora de conflictos,

y decirle: "Resuélvelos tú misma, resuélvelos tú sola..." Eso acababa de hacer, y con el espíritu tranquilo pudo pensar en la pequeña tempestad que se fraguaba sobre la casa de las Montaña.

## XVII

Hasta mediados de Junio permaneció Esther en la alcoba de Melita, adonde fué trasladada al comienzo de su enfermedad. Sólo la de Sáenz, Ojeda y Santelmo, como amigos íntimos, pasaban a verla. La desaparición de Gustavo la había afectado de tal modo, que en algunos momentos la familia temió por su vida. Antonio Alvarez, médico de cabecera, no perdió nunca la esperanza de que la salud volviese y llegara el olvido. Con un interés de observador, que su amistad con la enferma llenaba de melancolía, presenciaba Alvarez aquella fase aguda de la neurosis de Esther. La pobre muchacha era víctima de frecuentes ataques, que comenzaban por un síncope e iban poco a poco entrando en un grado de alta excitación. Una palidez intensa cubría sus mejillas descarnadas. Se quejaba de afecciones neurálgicas y de dolores en el vértice del cráneo y en la nuca, que descendían por la columna vertebral, produciéndole escalofríos, obligándola a rechinar los dientes y a estremecerse en frecuentes sacudidas. Respiraba anhelosamente. El corazón latía en ocasiones con tal violencia, que parecía como

si golpeasé en los huesos del tórax. Herminia y Melita se afectaban mucho al oirla gemir o gritar y al verla incorporarse en la cama, con los ojos extraviados y las manos en la cintura, quejándose de dolores irresistibles. Amelia se echaba a sus pies para decirle frases mimosas y maldecir a "aquel canalla"... Don Roberto pasaba largos momentos en la alcoba de la enferma, con los lentes empañados por las lágrimas, y Alvarez hacía lo posible por reanimarlos.

—No sean ustedes así. Esto pasará... Sigue su curso... Alarma mucho, pero es más el ruido que otra cosa. Les doy mi palabra...

Una tarde, no obstante, Alvarez necesitó todas sus fuerzas para no perder la serenidad. Durante dos horas Esther había delirado con el ingeniero, llamándole en un tono de voz estridente, balbuciendo frases de amor tan ardorosas, que ruborizaban a Melita y sorprendían a Herminia... Alvarez sonreía melancólico ante aquel grito de la carne, que se elevaba rudo y espontáneo del delirio, ante aquella explosión del instinto, superior a la conciencia, y dejaba de sonreir para anotar una variedad nueva en la neurosis: el trastorno en el habla, la tartamudez. Era una pena oir a la muchacha... Pero pronto hubo de cesar en sus observaciones. La palidez de la enferma descendía a un tinte lívido; los párpados amoratados caían sobre los ojos, en los que se marcaba un estrabismo convergente; las articulaciones, al distenderse, producían un sonido semejante al choque de maderas; la nariz se afilaba; los labios sin sangre se fruncían y se estiraban como a impulsos del nerviosismo de la man-

dibula; todo el cuerpo iba adquiriendo la rigidez de la muerte... Amelia levantó uno de los brazos de la hija, y al verlo caer pesadamente, dando un grito de angustia, se desmayó. Alvarez pudo infundir ánimos a Melita y a Herminia, diciéndoles que era otro ataque, el más fuerte de todos, pero sólo un ataque.

—¡Por Dios, tengan ustedes valor! Melita, aplique éter a su madre. Herminia y yo atenderemos a la enferma...

Pero Herminia había desaparecido, dando grandes gritos por la casa:

—¡Se muere! ¡Mi hermana se muere!

Don Roberto, desalentado, como loco, llegó a la alcoba seguido de los escribientes, que intentaban sujetarle. El ordenanza de la Agencia y las criadas llegaron después... ¿Se moría la señorita? ¡Qué gran desgracia! Iban de un lado a otro, sin resolverse a nada. Melita aplicaba el frasco de éter a su madre. De rodillas, junto a la hija, sollozaba don Roberto con hipo angustioso. Alvarez se impuso, exclamando:

—¡No pasa nada! La señorita tiene un ataque... ¡Fuera gente! ¡Fuera!

Era un ataque de gran histerismo. Como en algunos estados catalépticos, el cuerpo de la enferma, en fuerza de estar rígido, llegaba al arcamiento. Alvarez separó la almohada de la cabeza de Esther, y por la disposición de las ropas comprendió que la enferma sólo tenía contacto con la superficie del lecho por el cráneo y por los pies. Desvió un momento la vista. Amelia volvía en sí preguntando por su hija, y él rogó:

—Don Roberto, Melita, tengan serenidad. Llévense de aquí a Amelia.

Y dirigiéndose a Ricarda:

—Busque a la señorita Herminia, no se haya desmayado en el pasillo.

Restablecida en parte la calma, esperó pacientemente a que cediese el ataque, sin atreverse a provocar la reacción con un masaje. Le inspiraba respeto y lástima aquel conjunto de huesos y piel, aquel cuerpo débil que había vibrado al choque pasional y que, bajo su amarga ruindad fisiológica, guardaba un corazón enamorado. ¡Pobre muchacha!... La muñequita nerviosa, como él la llamara alguna vez, yacía derrotada, con los párpados violáceos, la tez lívida y la boca sin sangre... La muñequita nerviosa parecía de cera y estaba allí rígida, arqueada, como una marioneta que desde la escena del Guignol hubiese arrojado violentamente el amante aburrido... Ya no bailaba, ya no parecía que iba a romperse por la cintura la pobre marioneta. Ya no escuchaba las mentiras del amor, ni animaba sus ojos con un brillo romántico, ni su pelo dorado se alborotaba pomposamente... Y ¿no volvería nunca a tener otro resorte en el pecho?... Alvarez puso su oído sobre el corazón de la enferma... Por de pronto, el resorte "funcionaba". Sonrió. El ataque iba a ceder: los labios se desplegaban mostrando los dientes traspillados; al través de las pestañas se veían brillar dos lágrimas que poco después resbalaron por las mejillas yertas... Un débil hipo salió de la garganta de Esther... Alvarez miró en torno suyo. Estaban allí Melita, don Roberto, hincado todavía; Herminia mordiendo un pañuelo y apoyándose en un brazo de Conchita Sáenz, que acababa de llegar.

—¿Y Amelia?—preguntó.

Le respondieron que estaba en el gabinete al cuidado de Ricarda y de Santelmo, y que la traerían a la alcoba en cuanto recobrase la serenidad.

—No, no hace falta. Ha sido un ataque tremendo el de Esther y se ha impresionado...

Don Roberto miró a Alvarez con estupefacción.

—¿Dice usted que ha sido?

—Sí, señor; pero, por Dios, levántese usted... Venga una mano... Así... Digo que ha sido porque ya va decreciendo... Ahora usted, Conchita, que es la más serena, le hace tomar dos gotas de validol... Luego tendrá sacudidas muy violentas, pero no se asusten... La sujetan y un poco de bromuro, como si tal cosa. Si quieren la desnudan y le pasan por la espalda una esponja con agua fría y éter... Después me llaman. Acaso haga falta una inyección de morfina...

Y como Conchita le mirase, dudando:

—¡Ah! ¿Que no sabe usted qué hacer? A mí me pasa lo mismo. Siga todas mis indicaciones, sin embargo... Vamos, don Roberto, venga usted.

Montaña y el médico se encaminaron al gabinete, donde se oía la voz de Santelmo y la de Ojeda, que llegaba a última hora a ver a su novia y «a la pobre de su cuñadita». Respondiendo a preguntas, Alvarez dijo que no se podía pasar a la alcoba de Esther hasta que avisasen. El peligro había pasado; mejor dicho, no lo había habido nunca. Amelia se tranquilizó. Don Roberto, aún muy afectado, apoyaba la frente en una mano y cerraba los ojos. Al-

varez, considerando la pena del anciano, le compadecía profundamente. Todos estuvieron silenciosos, hasta que el marqués de Ojeda se dirigió a Amelia y le dijo:

—La verdad, señora, que yo no sé cómo hay hombres que hagan lo que ha hecho Gustavo. Bien me decía Morata: «Las de Montaña creen un santo al ingeniero y les va a salir un bribón.» Y es lo que les ha salido, ¿no es cierto?

—No, señor — dijo con frialdad Alvarez arrogándose la respuesta—; no ha salido un bribón, sino un hombre tímido, que es muy diferente...

—Muy diferente—acompañó Santelmo.

—¿Entonces?—preguntó Ojeda, un poco pálido.

—Entonces, no se debe calificar tan aprisa.

—¿Cómo?

—Sí, tan aprisa... Hoy nadie ignora el por qué de la conducta de Gustavo, y aunque ella haya acarreado tanta desazón sobre esta casa, no tenemos derecho a juzgar con ligereza.

—Así es—murmuró Santelmo.

Amelia puso los ojos en el médico, después en el comandante.

—¿Ustedes lo defienden?

—No.

—Yo—dijo Alvarez—lo disculpo. Pero no hablemos más de él.

—No, no hablen, no hablen, no hablen...

Alvarez puso una mano en la espalda del señor Montaña y le dijo con dulzura:

—No hablaremos más, y perdónenos... Usted, don Roberto, no se afecte tanto, se lo su-

plico. ¿Quiere usted hacerme caso? Mire, ya el verano se acerca: alquile, como algunas temporadas lo ha hecho, un hotelito en la Sierra, y váyase pronto de Madrid con Amelia y las niñas... Conviene distraerse...

—Sí; conviene...

—Claro, don Roberto. Pero no se afecte tanto, se lo suplico.

Alvarez salió aquella tarde más triste que nunca de casa de las Montaña. Aquel ambiente de dolor le deprimía el ánimo, le obligaba a hacer reflexiones sombrías y a situar en la superficie sus ideas disolventes, que la necesidad de vivir replegaba a lo más hondo de su espíritu. Esther, llegando al grado máximo del histerismo por un percance amoroso, se le presentaba como la víctima propiciatoria de una sociedad absurda que constituía sobre bases antifisiológicas sus normas de moral. El inmenso problema del amor parecía concretarse en la pobre muchacha, que interrogaba, con su cuerpo arqueado, a la Esfinge... Alvarez sonrió. La Esfinge no quería revelarle sus secretos, sus grandes secretos sobre el amor, la moral y la moral del amor. Y él—que iba entonces por el paseo del Prado, de donde se retiraban los niños a la caída de la tarde—, no se atrevía, por su parte, a sospechar las determinaciones de la Esfinge; la Esfinge se había hecho conservadora y a lo mejor estaba de parte de la sociedad que veía indiferente cómo, en un combate trágico entre el instinto genésico y la moral prohibitiva, se consumían tantas mujeres semejantes a Esther: toda la legión de vírgenes neuróticas, nacidas para amar y obligadas a vivir sofo-

cando el ansia amorosa con recursos que la imaginación ofrecía y la medula cobraba con usura. No quiso seguir Alvarez en aquel orden de meditaciones. Las pequeñas tragedias a que asistía como espectador conmovido le impresionaban demasiado: la cruel enfermedad de la pobre desilusionada; la huída de Gustavo, que era otra víctima de la absurda reglamentación del amor; las frases despectivas de Ojeda contra el ingeniero, de Ojeda, que representaba todas las hipocresías y todas las frivolidades de la sociedad en que vivía; la tristeza de don Roberto, la dulce melancolía de Melita, el brillo anormal de los ojos de Herminia que, junto a la hermana enferma, desahuciada de amor, parecía preguntar también por su destino... eran mil motivos de reflexiones sombrías que excitaban a combatir a las dos fases de su temperamento: el escepticismo y la bondad. Concluyó por afirmarse que sobre las injusticias y falsedades del mundo, sobre las causas fundamentales de «las pequeñas tragedias» debía provocar la deidad vengadora de la anarquía un diluvio de dinamita... Pero entretanto, ya que él solo no podía arreglar el mundo, haría todo lo posible para arreglar los nervios de Esther y por dar el alto al corazón de don Roberto junto al abismo en que iba a despeñarse... Porque temía entonces más por el corazón del padre que por los nervios de las hijas.

## XVIII

El hotel del Estanque, en Cercedilla, lo había mandado edificar la condesa viuda del Júcar. Esta circunstancia entusiasmaba a la marquesa del Topacio Falso, que otros veranos había sentido envidia de los inquilinos de la villa aristocrática. Así, cuando don Roberto le dijo: "He alquilado el Estanque", no pudo contener su alegría y pensó que iban a terminar las desazones que habían entrado en la casa "al huir aquel bribón de Gustavo". ¡El hotel del Estanque!... Y lo recordó en los tiempos de la condesa, cuando la colonia veraniega ocupaba los domingos el recibimiento, largo como un claustro y lleno de luz como una terraza, para oir la misa que al fondo, en un oratorio de dorado retablo y ventanita ojival con vidrios de colores, decía un cura joven protegido de la anciana condesa.

Las de Montaña veraneaban, generalmente, en los pueblos de la Sierra. Conocían Pozuelo, Villalba, Cercedilla, El Espinar. Don Roberto debía hallarse cerca de Madrid, en condiciones de ir y volver en el día. Algún verano, no obstante, lograron hacer compatibles los negocios de don Roberto con viajes más

extensos, y entonces fueron a Gijón, al Sardinero, a San Sebastián y a Biarritz.

La idea de veranear en el Estanque hizo sonreir con agrado a Esther, convaleciente de su enfermedad. Ramoncito Pagés, que con Ojeda, Morata y Santelmo fué a despedirlas a la estación, les aseguró que iban a estar en el Estanque «como el pez en el agua». Herminia le hizo una mueca de desdén y prosiguió su charla con el marquesito, más enamorado que nunca. Por aquellos días comenzaba la desbandada. Morata iba con su tío a San Sebastián; Conchita Sáenz, a Santander; Ramoncito, con sus padres, a Mondariz; Ojeda, a La Granja.

—Cosas de mamá—le decía a Herminia—, que es muy amiga de la Infanta, ya sabes... Pero yo me pasaré el verano yendo y viniendo, porque no puedo pasar cuarenta y ocho horas sin verte... En automóvil o a caballo. Si vieras la jaca, ¡qué valiente!

Santelmo, que, como todos los veranos, se quedaba en Madrid, decía con displicencia que aún "no había decidido", prometiendo, antes de irse "por ahí", una visita al Estanque. Herminia le dijo:

—Sí, sí; vaya usted a vernos; pero no elija para veranear el sitio de las de Juez, que no van a ninguna parte.

—¿No salen las de Juez?

—Veranean en su casa. Hasta primeros de Septiembre no se las vuelve a ver en la calle de Alcalá, y entonces hacen creer que han estado en Suiza o en Italia.

Poco antes de arrancar el tren había llegado Alvarez a tiempo para ver a sus enfermos.

"Todos están mal", se decía, deplorando que no se pudiesen ir más lejos de Madrid y hasta fuera de España. Aquella familia, atacada del corazón y de los nervios, necesitaba renovar el ambiente en que vivía; necesitaba un cambio enérgico de vida y una sustitución completa de los hombres y de la naturaleza que de continuo contemplaban: en lugar de los muebles presuntuosos de la Agencia, la sencillez de un menaje rústico; en lugar del landó anticuado, el paseo a pie, entre los pinos, por las vertientes de las montañas o por la orilla del mar; en vez de teatro y salones, la vida simplicísima del campo; en lugar de los Pagés y los Santelmo, los Ojeda y los Morata, la soledad: la soledad en lugares desiertos de humanidad viciosa y poblados de sol, de flores, de salud, de paz, en lugares que tuviesen el don divino de adormecer las pasiones, de marcar una tregua, de ofrecer un descanso... Pero la familia enferma del corazón y de los nervios marchaba a reponerse a sesenta kilómetros de Madrid, a... "una hora en automóvil", como había dicho Morata, prometiéndose no salir para San Sebastián sin dar una vuelta por el Estanque. A una hora en automóvil, a dos horas de tren... ¡Qué lástima!

Alvarez hubiese querido que "sus enfermos" atravesasen mares y montañas, dejando detrás todo género de obstáculos y abismos para el automóvil de Morata y el caballo de Ojeda: todo género de obstáculos para aquellos portadores de inquietud y de excitaciones, que acabarían por vencer a los débiles temperamentos de sus amigas... Pero eran ganas de soñar. Ellas tenían ya en la sangre y en

el alma lo mismo que lentamente las aniquilaba, y en vez de abandonar a Madrid por el campo, llevaban a Madrid al campo. Lo llevaban en la imaginación y en los vestidos, en los amigos que irían a verlas y en las cajas de fiambres, dulces y bebidas con que se defenderían de la comida campestre. No sabían, ni les era posible, prescindir de todo aquello. Alvarez pensó que si hubiese hablado en voz alta se habrían reído de él... Del mal el menos. Siquiera en Cercedilla respirarían aire más puro que el de la Agencia, y, aunque pequeño, el cambio las distraería un poco y tal vez ayudase a Esther a olvidar.

Alvarez les dijo adiós con el pañuelo. Esther iba muy delicada, pero sin lesión que hiciese temer por su vida. De su versatilidad de neurótica él lo esperaba todo. Había sido fácil para amar, para entregarse con vehemencia a una pasión. ¿Por qué no había de ser lo mismo para olvidar o para amar otra vez? Alvarez dudó... Acaso la pasión de Esther hacia Gustavo no era sólo un caso de estudio para los neurólogos, sino también "un asunto" para los poetas. El tiempo tenía la palabra.

La primera puerta del recibimiento, a la derecha, daba paso al gabinete de las visitas, situado en uno de los ángulos de la fachada anterior. Era reducido, con un balcón sobre el jardín y otro frente a la vía férrea. Estaba amueblado con un escritorio de señora, de nogal; una *chaise-longue* de brocatel y terciopelo azul, dos sillones y varias sillas tapizadas de raso gris y un velador de ébano. En las paredes, sobre un fondo de papel pajizo con

adornos violeta, "que parecía seda", según Amelia, se destacaban dos cuadros de alianzas de la difunta condesa y algunos retratos de Isabel II y don Francisco de Asís, de las infantas Paz e Isabel de Borbón, del general Castaños y de don Alfonso XII y doña María Cristina de Hapsburgo; veíanse sobre los retratos cariñosas dedicatorias, que Amelia leía con cierta reverencia acercando los ojos, provistos de impertinentes, a los autógrafos regios y principescos. La misma Esther, indiferente y soñadora, no dejaba de sentirse atraída por aquellas fotografías, ya pálidas, que se conservaban en marcos dorados con pequeñas coronas en lo alto. Cuando estaba en el gabinete mirando el rostro simpático de Alfonso XII, del rey majo, o la cara benévola y sensual de Isabel II, Herminia sonreía recordando que alguna vez le había parecido inverosímil que ella llegase a ser marquesa de Ojeda. ¿Por qué no? ¿No era más guapa y más distinguida que aquellas infantas retratadas por Debas? Amelia celebraba el buen acuerdo de los nuevos propietarios del hotel, que, al adquirirlo de los herederos de la condesa del Júcar, para arrendarlo, lo habían conservado conforme estuvo en los tiempos en que lo habitó la noble dama: los retratos reales en el gabinete, unas aguas fuertes y unos lienzos de embrujamientos de Goya en el comedor, unos paisajes del siglo XVIII en el recibimiento y varias imágenes antiguas en el oratorio. Sin embargo, a partir de una visita de Santelmo, los tesoros del Estanque le parecieron a Amelia menos sorprendentes. Santelmo había asegurado que los Goya no llegaban siquiera a

Lucas, que los paisajes se parecían a los que se venden en la cabecera del Rastro a seis pesetas con el marco, y que las imágenes de la capilla, aunque un poco empolvadas, eran de cartón-piedra y fabricadas en Barcelona en los tiempos actuales. Lo único auténtico consistía en los retratos, pues todo el mundo había conocido a la condesa del Júcar y no se podía poner en duda que reyes, príncipes y generales ilustres le hubiesen firmado sus fotografías. Amelia tuvo que resignarse.

Don Roberto pasaba largas horas en el jardín, a la sombra de las acacias. Se tendía en una silla de lona y unas veces miraba a la vía férrea y otras al paseo de la colonia que lindaba con la verja del hotel. Herminia, vestida de blanco, con el cuello desnudo y al aire los brazos hasta el codo, iba de un lado a otro risueña y bulliciosa como una chiquilla, arrastrando a Melita, que quería entregarse a los quehaceres de la casa, y renunciando a Esther, que prefería sentarse en la terraza del comedor, en un sillón de mimbre, con la vista fija en el camino del tren, como si esperase a alguien. En esta actitud la sorprendía algunas veces don Roberto, y entonces buscaba otro sillón para sentarse al lado de la hija y preguntarle: "¿Qué tienes? ¿Qué quieres?" apoderándose de sus manos.

Amelia, como en Madrid, discutía con la servidumbre; pero los gritos llegaban desde el sótano, donde estaba la cocina, muy apagados, al jardín y la terraza. Herminia cansaba a preguntas al jardinero y se recogía la falda por entre los arriates sembrados de pensamientos, de rosales y de geranios. A uno de

los lados de la escalera del hotel se había improvisado entre dos árboles un columpio, y ella se mecía hasta marearse. También procuraba distraerse viendo regar al jardinero con el agua del estanque: un depósito de regular tamaño, que era el que daba nombre al hotel. Pero se habría "aburrido soberanamente" si no contase con amistades en la colonia y con las visitas de Antonio Alvarez y del marquesito de Ojeda.

# XIX

La desventura de Esther hizo que alguna vez Herminia arrugase la frente y frunciese la linda boca roja para dedicarse a hondas filosofías.

Había llegado a la conclusión de que la causa principal del conflicto amoroso de su hermana estaba en el origen: "en haberse fijado" en un hombre tímido como Gustavo. Herminia acusaba al ingeniero. Cuando supo toda la verdad, cuando Esther le contó la escena del cuarto de la fonda con su novio, ella se indignó. ¿Qué hombre era aquél? Hasta por galantería debió haber llegado... Era un momento en que sólo el amor debía hablar y de ningún modo la timidez o la prudencia.

—Desengáñate—le había dicho a Esther—; es que no te quería. Un hombre enamorado, lo que se dice enamorado, loco, no desprecia así la ocasión de hacer suya a la mujer que quiere antes de lo que pensaba... Fué un cobarde. Y todo por unos hijos que no se sabe si son suyos. Nunca me fué simpático. ¡Ah, lo que más me duele es que te haya despreciado, y que tú, ciega por el cariño, hayas dado mo-

tivo para que él se crea... para que él acaso diga!...

Esther, sollozando, la había interrumpido:

—No dirá nada, porque es un caballero...

—¿Un caballero? Si oyeses a Ojeda y a Morata... Le ponen bueno de canalla, de bribón, de farsante...

Como Esther sollozase, sin responderle, ella hizo por consolarla y logró distraerla, hablándole de otros asuntos. La pobre Esther seguía enamorada. Se pasaba "las horas muertas" en la terraza, viendo pasar los trenes, como si esperase a un viajero misterioso. Herminia le decía a Melita:

—Esther... lo espera todavía. Y ese no vuelve.

—Tal vez.

—¡Qué tonta eres! No le ha escrito ni una carta. ¡Buen chasco nos ha dado!

Ella, en cambio, estaba segura del marquesito. Aquél sí era un hombre enamorado, tan enamorado, que por agradecimiento había ella concluído por quererlo un poco.

—Un poco nada más, Melita, porque te confieso que al principio me era sencillamente antipático. Si vieses ahora, con lo de Gustavo, las cosas que me ha dicho... Que me quiere, que me adora, que le pidiese cualquier sacrificio y que lo haría para probarme su amor. Le dije que vendiera la jaca y se echó a reir, diciéndome que hablaba en serio. La verdad, Melita, que lo de Esther ha sido tremendo. Mira que Gustavo... Nunca me fué simpático, y lo que más me duele es que haya despreciado a Esther... Si por ahí lo supieran, cómo se

reiría todo el mundo, y si Gustavo lo va contando...

—No. Gustavo no cuenta nada, y además no pasó nada. ¿Qué podía haber pasado? ¿Tú crees que Esther es una loca como Clementina?

—¿Una loca? No sé.

Y enmudeció, reflexiva, recordando las palabras ardientes del marquesito. ¡Cómo la deseaba aquel hombre! Lo había vuelto loco... Dos veces por semana aparecía en el Estanque, deslumbrante, con la ropa clara de verano y con el ala del fino jipijapa levantada sobre la frente. Le llevaba bombones y flores. Daba en todo monento la impresión de un enamorado, aunque no a la manera pacífica e idílica del ingeniero, sino de un enamorado franco y bullicioso que se permitía abrazar a Herminia delante de sus hermanas y apoderarse de sus manos en presencia de la suegra futura. Amelia simpatizaba del todo con el aristócrata, y frecuentemente establecía un paralelo entre él y Gustavo... Ya se había visto el resultado que daban los paletos, los cazurros como Suárez; en cambio, el marqués de Ojeda era todo franqueza y distinción. Si gastaba bromas, eran siempre de buen tono; si se permitía alguna libertad con Herminia, lo hacía discretamente. ¿Quién iba a fijarse en un beso más o menos entre enamorados? Había que dejar de ser hipócritas. Además, ¿no era el marquesito todo corazón? ¿No hablaba, sin medir las palabras y delante de todo el mundo, de casarse a la entrada del invierno? ¡Qué poco se parecía "al otro", tan reservado y tan solemne para concluir con una rufianada! Es-

tas reflexiones no las hacía Amelia delante de Esther ni de don Roberto, comprendiendo que no compartirían su entusiasmo por el marquesito. Don Roberto había soñado con la boda de Esther y el ingeniero; veía en Gustavo un hombre honrado y laborioso; sabía que era hijo de una familia adinerada, y por todo ello, desde un principio le consideró como el mejor marido para cualquiera de sus hijas. El desengaño fué grande, por consiguiente; pero la pena que le produjo no podía compararse al dolor hondo y desgarrante que la enfermedad de Esther le había causado. El impulso que parecían tomar las relaciones entre Herminia y el marqués de Ojeda, lejos de darle ánimos y optimismo, le inquietaba. Le había preguntado a Amelia una tarde, señalándole a Herminia y al marqués, que paseaban por el jardín, esquivando sus miradas, "si aquello no sería una nueva desgracia"; y como Amelia le dijese que "aquello iba de veras", él bajó la cabeza, dió un suspiro y dijo simplemente:

—Dios te oiga.

No dejaba el marqués de darse cuenta de la situacion ventajosa en que la fuga de Gustavo le había colocado, y con las manos en las bocamangas del chaleco, parodiando a Morata, hacía a cada momento protestas de valor y de caballerosidad. Hablaba con vehemencia y gesticulaba mucho. Su figurilla aumentaba a los ojos de Herminia, de Amelia y de Melita, y hasta la propia Esther algunas veces le miraba con simpatía. Las horas que pasaba en la colonia era huésped del Estanque. Amelia ponía todo su empeño en servirle una comida de "buen tono", con fiambres y *champagne*. El

marquesito lo celebraba todo, y cuando don Roberto inclinaba la cabeza sobre el plato, hacía deslizar con cautela una de sus manos del mantel a la cintura de Herminia, seguro de que ella no se atrevería a protestar. Se manifestaba profundamente celoso, prohibiendo a Herminia que durante sus ausencias fuese de visita a los hoteles donde la colonia veraniega se reunía para bailar y oir algún concierto improvisado... Lo mejor era no salir del Estanque, pues para diversiones estaba Madrid a dos horas. Herminia le prometía obedecerle, pensando en hacer todo lo contrario de lo ofrecido en cuanto él diese la vuelta. Frente al del Estanque se levantaba el hotel de un ex ministro, donde se tomaba té a las cinco, como en Madrid; su familia había sido invitada a ellos, y no era cosa de tomar en serio las prohibiciones del marquesito. Herminia vió fracasar sus proyectos de traición ante la energía de Amelia.

—No, hija mía, no; tienes que hacerle caso, como si fueses ya su mujer... Además, tus hermanas y tu padre están muy desanimados.

Herminia hizo, sin embargo, con la complicidad de Melita, varias escapadas a los hoteles vecinos, sin conseguir nunca que Esther la acompañase. Algunos domingos llegaban en los trenes de la mañana Santelmo, que a mediados de Agosto aún no había decidido su punto de veraneo, y Molina y Antonio Alvarez, que traían noticias de Madrid y que protestaban del horrible calor "de aquel horno", aspirando con la boca abierta y la nariz dilatada los aires de la Sierra. Santelmo, vestido de alpaca y abanicándose con el sombrero de

paja, satisfacía la curiosidad de Amelia y Herminia. Las de Juez, según *La Correspondencia*, veraneaban en Bayona de Francia; pero Herminia, riendo a carcajadas, aseguraba que se habían escondido en la buhardilla hasta Septiembre. Santelmo, sin llevarle la contraria, daba noticias de los restantes amigos. Clementina estaba ya en Dos Hermanas, en una quinta de su marido, un poco mala, la pobre... Y guiñando un ojo:

—Nada. Un poco malucha... Cosas del matrimonio.

—¡Ah!

Gilberto Ruiz había regresado a toda prisa a Venezuela llamado por el Gobierno. Seguramente volvería Madrid con un cargo diplomático, y tal vez entonces se casase con Laura Juez.

—Parecía muy enamorado. Dicen que él y Laura van a hacer un tomo de versos en colaboración.

Herminia hizo un comentario desdeñoso:

—¡Bah! ¡Como sea eso sólo lo que hagan en colaboración!

De Conchita se tenían noticias en el Estanque con gran frecuencia.

—Conchita sí es una amiga—decía Herminia—. Mire usted, Santelmo, todas esas postales del velador nos las ha mandado ella. Hay también alguna de monsieur Ruval desde Bélgica y cuatro o cinco de Pagés, que hace chistes desde Mondariz. Vea usted esta: "Dice usted que mis chistes son embotellados. ¡Claro está! De Mondariz todo sale en botellas." ¡Qué ganso es el pobre! Pero se acuerda... En cambio, Morata y Clementina... Nada. ¡Ah! Tam-

poco las de Juez dejan ver su letra desde Bayonne... ¡Cómo me voy a reir de ellas!...

Herminia no estaba dispuesta a dejarse vencer por el aburrimiento, aunque el marquesito, con sus celos de última hora, se empeñase en ello. Nada la entristecía tanto como asistir a la convalecencia de Esther, que iba siendo interminable. Esther, con sus actitudes lánguidas y pensativas, más delgada y más pálida que nunca, con un brillo de fiebre en las pupilas y una contracción de amargura en los labios, vestida de blanco, recogido en dos crenchas el pelo, era como el fantasma de la melancolía. Contemplándola Herminia experimentaba por primera vez sensaciones de tedio, de honda tristeza, de pesimismo. ¡Qué horrible era la vida! Compadeciendo a su hermana, temía por sí misma, preguntándose qué suerte le estaría reservada. La alegre vida de la Agencia, llena de frivolidades inocentes y de emociones que excitaban sin profundizar demasiado, parecía ya muy lejos... De aquel bullicio, de aquella temporada brillante y pintoresca, había salido Esther con el corazón en pedazos, Melita, con su tristeza silenciosa, y don Roberto, su padre, con un mal muy grave y muy hondo, que en vano quería disimular... Sólo su madre y ella parecían fuertes, valerosas, dispuestas a seguir combatiendo... ¡Ah! Ella sabía ya su camino y pensaba seguirlo sin vacilaciones: sin amarlo trataría de hacer suyo, para siempre, al marqués. Con la tibia simpatía que su novio comenzaba a inspirarle tendría base suficiente para fingir una pasión. Ya casada, la vida sería más tolerable. Ser marquesa era una compensación del sacrificio

que significaba entregarse a un hombre sin fe, sin amor... Pero, ¿quién creía ya en el amor? ¿Era amor el rendimiento y la delicada adhesión de Gustavo? ¿Era amor?... ¿Lo era acaso el ardor lujurioso, la vehemencia sensual del marquesito? Ella, desorientada y sorprendida de llegar a estas reflexiones, intentaba cambiar el giro de sus pensamientos. Y la figurilla simiesca del marqués se le aparecía en la imaginación, obligándola a recordar episodios en que la lubricidad del aristócrata se manifestaba de un modo temerario... Era por todas las habitaciones del hotel: Ojeda la perseguía, con los ojillos ardientes como llamas y los labios húmedos, pidiéndole besos, rodeándole el talle con las manos crispadas y balbuciendo súplicas a su oído... Era en el columpio: él se obstinaba en que dejase libre el vuelo de la falda, y ella, con rubor, accedía; y en el jardín, entre las acacias, los pinos y los álamos negros, que formaban un pequeño boscaje, cuando aparecían las sombras de la noche, él llegaba a mayores audacias, y ella, asustada de sus violencias y temblando de vergüenza y de miedo, huía... ¡No, no, no! Aquello era imposible.

## XX

Una clara mañana de Septiembre, en el gabinete de las fotografías reales, el marquesito habló extensamente de la boda. Melita y Herminia le escuchaban. El quería casarse pronto, lo más pronto posible. Ya le aburría la vida de soltero y deseaba la paz y la dulzura de un matrimonio por amor. Se casarían en Diciembre o Enero. La marquesa, su madre, le había prometido pedir la mano de Herminia a su regreso a Madrid.

—¡Yo estoy contentísimo!—exclamó—. Me estoy despidiendo de la antigua vida. Vamos a ser felices, Herminia...

Estaba sentado al lado de ella, en la meridiana de brocatel azul, y como Melita estuviese entretenida con una labor de encaje, él rodeó la cintura de Herminia e insistió con vehemencia:

—Vamos a ser muy felices, Herminia... Tú no sabes bien lo que te quiero. Y tú, a mí, dí, ¿me quieres?

—No.

—Siempre de broma. Bien sé que correspondes a mi cariño.

Herminia sonrió:

—Si lo sabes, si estás bien enterado, ¿para qué lo preguntas? Pero ¿no me sueltas?

—No.

—¡Qué pelma!

—¿En serio?

—Completamente... No sé qué gusto pueda darte tocar un corsé.

—¿Un corsé? Yo me vuelvo loco por los corsés. Daría, no sé qué daría...

—La jaca...

—Bueno, pues daría la jaca por estar en el sitio de tu corsé. ¡Oh, rodearte el talle, oprimirte!...

—¡Qué tonto eres!

—Sí, muy tonto. Voy a regalarte, para la boda, un corsé precioso, blanco como la nieve, lleno de encajes y de azahares, con unas ligas lindísimas y unas hebillas de plata... Y yo no sé quién te ayudará a ponértelo, pero estoy seguro de que va a quitártelo el marqués de Ojeda, tu esposo.

Herminia rió a carcajadas y le dijo:

—De puro cursi me haces gracia. Después que seas mi marido me quitas el corsé y todo lo que quieras; pero ahora me quitas la mano de la cintura porque me haces daño... Además, puede venir mamá y no es correcto.

El se apartó un poco, convencido, y pasándose por la frente el pañuelo, impregnado en lilas blancas, preguntó por don Roberto. Había ido a Madrid en el primer tren, por negocios de la Agencia. La noticia satisfizo al de Ojeda. Don Roberto, no obstante su cortesanía y su bondad, era un estorbo: un señor con el pelo blanco y la mirada triste daba siempre la nota melancólica, y si era, además, padre de la mu-

jer a quien se deseaba, ejercía, aun sin saberlo, una coacción tremenda... El, por lo menos, sentíase cohibido en presencia del anciano, figurándosele que podía adivinar sus pensamientos... Así, cuando en la mesa se arriesgaba a deslizar una mano hasta el talle de Herminia, no lo hacía sin el secreto temor de ver levantarse a don Roberto esgrimiendo la cuchara a guisa de tizona, para decirle: "Es usted un malvado, señor de Ojeda; es usted un villano, un rufián." Y él no habría sabido dónde meterse... En cambio, ahora, la perspectiva de un día completamente feliz se presentaba a su imaginación. Era el amo de la casa, el único hombre, porque el jardinero no entraba al hotel. Y sintiéndose ya dueño del campo abandonó la meridiana, dando un pequeño salto, e hizo sonar las llaves en uno de los bolsillos del pantalón. Herminia lo miró risueña. ¡Qué alegre estaba el marquesito! Vestido de lana blanca, con el pantalón doblado sobre los relucientes zapatos, le parecía elegante y simpático. ¿Si sería verdad que empezaba a quererlo?

Por la ventana del jardín venía el sol a extenderse sobre el suelo en un rectángulo de luz. En la claridad de la mañana brillaban los marcos dorados de las fotografías regias y los tonos metálicos de las "alianzas" de los condes del Júcar. Herminia pensaba vagarosamente que los reyes y las princesas de los pálidos retratos dedicaban sus sonrisas a la marquesa de Ojeda, a ella misma, convertida en aristócrata por aquel hombrecito del traje blanco y la barbita recortada, que en medio del gabinete, con las manos en los bolsillos del pan-

talón, la miraba con los ojillos brillantes como chispas. Era muy simpático... El se acercó al velador de ébano, y golpeando la tabla con las uñas, se puso a mirar los retratos con un gesto risueño. Y poco después, familiarmente:

—¡Qué gruesa estaba aquí la reina!—murmuró.

—¿Qué reina?

—Isabel II. La señora, como dice aún mamá, de oírselo a mi padre. ¿Y esta levita de don Francisco?

—¿Está mal?

—¡Pchs! Pero fíjate qué sonrisa más francota tenía la reina. Era tan llana, tan accesible... Creo que daba gusto tratarla. Había que oir a papá. No sabía dónde ponerla... En casa tenemos muchos retratos de ella: uno al óleo, con trenzas, de Madrazo... Ya lo verás.

Melita levantó la vista de su labor para mirar sonriente a su hermana, como si quisiera felicitarla por tanta ventura. Herminia seguía con atención las reflexiones de Ojeda ante los retratos y sus paseítos por el gabinete. ¡Ella marquesa! Sentíase un poco conmovida. ¿Sería verdad? La vida cambiaba de horizontes y se le aparecía, en un porvenir cercano, con un brillo de quimera y de ensueño. Decididamente, adoraba al marqués.

La comida fué deliciosa. Estaba el comedor lleno de flores. El sol se retiraba con lentitud, deslizándose por el negro pavimento de la terraza. El aire de la Sierra, tibio y embalsamado por aromas campesinos, llegaba como una caricia hasta los comensales, y hacía temblar los pétalos de las rosas rojas que en rústico canastillo adornaban el centro de la mesa.

Ricarda, con el delantal blanco de rizadas hombreras, subía las fuentes desde el sótano, y Amelia, "tratando a Ojeda como a un hijo", hacía los platos. Se sirvió un cordero asado que hizo prorrumpir en elogios al marqués. Amelia, agradecida, contó la historia del cordero, mientras Ojeda trinchaba un dorado trozo de pierna. Era un lindo corderito que no había triscado más de cuatro días por los herbales del Estanque. ¡Balaba con una dulzura!...

—Pero cuando supo—concluyó Herminia—que lo mataban por ti, se dejó sacrificar.

El marqués rió con los labios brillantes por la grasa, y a partir de aquella nota pastoral la comida fué más alegre. Ojeda bromeó con Melita y hasta consiguió que Esther riese y se animara más que de costumbre. Atento y con ademanes de buen tono, sirvió vino varias veces en todas las copas. Tuvo una frase espiritual para cada plato: "Este vol-au-vent es manjar de dioses... ¿Dónde han comprado la cabeza de jabalí?... Es ideal." Prendía en su tenedor bocaditos para Herminia, aprovechando los momentos en que Amelia fingía admirablemente estar distraída. Daba pequeños saltos en el asiento y resbalaba por su servilleta la mano derecha para dar palmaditas en la falda de Herminia. A lo último de la comida, cuando sobre la cabeza ideal del jabalí hubo vertido hasta tres copas de Rioja, sintió un agudo deseo de acariciar a Herminia. Ella, un poco sofocada, con la dulce garganta al descubierto y aquel aire de intimidad que parecía prestarle el "matinée" de hilo blanco y cintas rosa pálido, estaba más seductora que nunca... El la deseaba frenéticamen-

te... Dejó caer su servilleta, y al ir a recogerla, doblándose sobre su silla, hizo sentir a Herminia la presión de su mano con tal audacia, que ella, confusa y avergonzada, hubo de hacerse un poco atrás... Amelia dedicaba toda su atención a preparar el café en la cafetera rusa. Melita parecía dormida, y Esther, por una de las ventanas de la terraza, miraba como extasiada la vía férrea a lo lejos...

Por la tarde, en el gabinete, todos reunidos tomaron cerveza. Ojeda volvió a hablar de su boda, precisando fecha. Amelia le oía encantada. Encontraba muy bien el itinerario del viaje de novios: Barcelona, Lyon, Ginebra, el paseo por Suiza y la vuelta por Italia. El sol se iba retirando del jardín y ya sólo doraba las copas de las acacias y los pinos. Se oía el resonar de las esquilas de los rebaños que descendían de los cerros, y más cercano y persistente el del agua del estanque, que regaba el jardín. Ojeda propuso un paseo alrededor del hotel. ¡Era tan hermosa aquella hora en que se ponía el sol! Herminia se levantó para acompañarle.

Detrás de la verja del Estanque, en el camino entoldado por las copas de las acacias, se veían algunos paseantes. Al frente, en la villa del ex ministro, corrían unos niños por las calles de arena que limitaban macizos de boj y de evónimos. El marqués y Herminia se detuvieron en el rellano de la doble escalera de entrada al hotel. Anochecía. En lo hondo comenzaban a encenderse los faroles de la estación. Al final del jardín, en el bosquecillo de acacias y de álamos negros, la sombra era completa. El habló lentamente:

—Herminia, yo dudo de que tú me quieras.

—¿Por qué lo dudas?

—¡Oh, si tú me quisieras!

—¿Qué?

—No serías tan esquiva, tan... intratatable.

—No te entiendo.

—Sí, Herminia, tú sabes lo que quiero decir: te adoro, te adoro con locura... Vas a ser pronto mi mujer... seremos muy felices, muy felices... Tendrás cuanto desees. Yo no sabré cómo cuidarte ni cómo satisfacer todos tus caprichos. Vas a ser pronto mía, muy pronto...

Ella le sentía temblar. La voz del marquesito, balbuciente, sonaba muy cerca de su oído. Temerosa de que su cara, al buscar la de él, tropezase con sus labios, permanecía inmóvil, con la mirada errante por las sombras del jardín.

—Y vas pronto a ser mía, muy pronto, muy pronto; ¿por qué no quieres?

—Déjame, te lo suplico... Mira, llega un tren; es el último de Madrid; vendrá en él mi padre. Y tú, ¿no te vas?

—No tengo prisa. El automóvil sabe tener paciencia. No me voy. No sé irme de tu lado... Querría llevarte ahora mismo... Querría que esta noche de verano fuese la noche de nuestras bodas. ¡Herminia, Herminia!

Ella se dejó abrazar, murmurando apenas:

—Pueden vernos.

—Ya no. Ha cerrado la noche. Han encendido todos los faroles y los árboles nos defienden de los que intentasen ver en las tinieblas.

—No viene mi padre. Ya ha podido subir de la estación.

—¿Te inquieta que no venga?

—No, pero preferiría que viniese. El pobre está delicado, y pensar que va a dormir solo en la Agencia me da miedo. ¡Pero tú, por Dios, vete!

—No.

—Te lo ruego. Mamá va a extrañarse de mi tardanza. Tal vez nos espía desde una ventana. Vete.

—No.

—Te lo suplico. Entra, despídete, coge el sombrero, y hasta mañana, hasta cuando gustes. Sabes que te quiero... Compláceme, sé bueno...

—No lo eres tú conmigo. Una prueba.

—Dila.

—¿Me quieres de verdad?

—Te quiero.

—¿Mucho?

—Mucho.

—Dame un beso, tú a mí, un beso largo, grande...

Ella accedió. El marqués detuvo los labios en sus ojos, en sus mejillas, en la boca. Pasó las manos febriles por las turgencias de la mujer deseada. Y separándose, bruscamente, con la voz entrecortada y el ademán autoritario:

—Herminia, si me quieres, haz lo que te digo; si no, no volverás a verme. Voy a despedirme... Saldré, y en lugar de marcharme, me esconderé entre los árboles. Vuelve tú a salir con cualquier pretexto. Tengo que decirte una cosa...

Herminia suplicó:

—Dila ahora.

—No, hay poco tiempo.

Y al ver la actitud humilde de ella, menos brusco, casi con dulzura en la voz:

—No temas—le dijo—; te juro que es sólo para decirte una cosa. ¿Lo harás?

Ella no dijo nada y los dos entraron en la casa silenciosamente.

# XXI

Herminia oyó las diez... Seguramente el marquesito, cansado de esperarla entre los troncos de las acacias y los álamos, se habría marchado. Se lo imaginó saltando la tapia del fondo del Estanque, prometiéndose entre juramentos y blasfemias no volverla a ver. ¡No volverla a ver! ¿Sería posible? Toda la ilusión de la boda, de la nueva vida brillante que parecía tan próxima, comenzaba a desvanecerse. Era atroz... Pero ella le tenía un gran miedo a lo desconocido, y la idea de aventurarse por el jardín, sombrío y silencioso, donde él la esperaba agazapado detrás de algún arbusto, con el oído atento y la respiración contenida, como un ladrón, como un espía, como un bandido de aquellos del teatro y las novelas, le daba un gran miedo, un terror nervioso, inexplicable... Inexplicable, porque al mismo tiempo, algo como un impulso secreto, como una sugestión del peligro, le había llevado varias veces en aquella eterna hora de reflexiones y de espanto, hasta el rellano de la escalera, y desde allí, sin sacar del todo el cuerpo, temerosa de que su traje blanco la denunciase a los ojos del espía, del ladrón, a los

ojos de él, que se figuraba luciendo en las tinieblas como los de un lobo, había oteado el jardín y había, irguiendo el cuello estremecido, contemplado la infinita altura de los cielos, donde fulgían los puntos azules de los astros. Un escalofrío recorría sus nervios en aquellos instantes. La sensación del terror alteraba su piel. Sus ideas recibían algo de la lobreguez y la indecisión del paisaje. Los troncos de los árboles se le aparecían como brazos monstruosos que intentaran llevársela. En lo hondo, después de las tapias invisibles, se alargaba el camino de la estación con sus luces amarillentas de distancia en distancia. A la derecha, al través y por encima de los árboles se veían algunas ventanas de los hoteles vecinos alumbradas: parecían grandes pupilas que la vigilaban y que penetraban hasta lo profundo de su espíritu... Dentro de la casa, paseando de un lado a otro, había conseguido reflexionar más friamente: se preguntaba si su timidez, su prudencia, su miedo, en una palabra, no eran exagerados. ¿Iba a ocurrirle algo grave? Ella, como toda mujer, sabía defenderse. El mismo Ojeda alguna vez se había visto detenido en sus libertades y audacias por una mirada dura o por un ademán de enérgica protesta. Dudaba... Se decía que acaso fuese cierto que aquella caprichosa cita en medio de la noche y en la soledad de la espesura del jardín fuese... para nada, para pedirle de nuevo un beso largo, grande, para hablarle, todo lo poéticamente que le fuera posible al marquesito, de la pasión en que ardía, para decirle... ¡Pero no, no! La cita caprichosa, la extraña entrevista en el jardín, en

las tinieblas, ocultos a todas las miradas, era... para todo. Y aquello era imposible... Era el caso de Clementina, pero sin garantía de boda próxima. ¿Pensaría en raptarla, en llevársela en aquel automóvil que sabía tener paciencia para hacer de aquella misma noche de verano la noche de sus bodas? ¡Capricho loco, porque ningún obstáculo se oponía a sus amores! Todo estaba en él, en su impaciencia, en su furiosa fiebre de deseo, en su ansia brutal de hacerla suya... ¡Y eso, no! Pero entonces, si no iba, ¿renunciaba al porvenir cercano de triunfos y de dichas que él mismo aquella mañana le había abierto ante los ojos en una extensa y luminosa perspectiva? ¿Valía todo aquello la vergüenza de un sacrificio anticipado? No iría.

Dió varias vueltas por la casa, desasosegada. Esther y Melita habían entrado en sus alcobas, y Amelia, en los sótanos, daba órdenes a las criadas... Estuvo un momento en el gabinete, a obscuras... ¿Y si él era, como parecía, como a cada momento aseguraba, «un perfecto caballero?...» Entonces, todo estaba en anticipar unos días, unas semanas, unos cortos meses, lo que vendría después necesariamente: aquello tan desconocido y tan sospechado al mismo tiempo, tan sospechado en horas nerviosas de raras nostalgias y tan deseado alguna vez, tan deseado, tan deseado... Se asustó de su sinceridad descarnada, de la audacia de sus reflexiones... ¡Aquello tan deseado!... Y estaba allí, muy cerca de ella, esperándola. ¿Iría? ¡Oh, no, no! En su voluntad estaba que el gran misterio del amor se aclarase sobre la dulce blancura de sus carnes... ¿Y ha-

bía de ser aquel hombre, a quien no sabía si amaba ciertamente? Y por la noche, bajo las estrellas, entre la hierba, como los reptiles... Era imposible, era horrible y era hermoso. ¿Qué hacer? Nada. Desechar las locuras, repeler al peligro con energía.

Volvió al recibimiento. El globo de luz eléctrica, suspendido del techo, daba un resplandor pálido. Al fondo las puertas del oratorio, a medio cerrar, permitían entrever el centro del retablo con la imagen de Jesús Nazareno. ¡Qué tristeza en todo! A un lado la escalera interior que bajaba al sótano y subía a las alcobas. Abajo su madre, discutiendo, como siempre, con la servidumbre... Arriba Melita, con su invariable dulzura melancólica, y Esther, con aquella pena, con aquel dolor, desde la partida de Gustavo... Y lejos de todas su padre, el pobre viejo luchando con la vida, luchando hasta morirse... ¡Ah, y ella luchaba también! Luchaba entonces contra un impulso temerario que quería empujarla hacia el jardín, llamando en su auxilio a los instintos profundos de la dignidad y el pudor... No iría. Era ya muy tarde. Sintió frío. Estaba aún de par en par la puerta del jardín. ¿Por qué no la cerraban? ¡Abierta todavía, tan tarde! La noche de Septiembre era fresca. Soplaba un leve viento que mecía las ramas de los árboles... Y las criadas y su madre abajo, hablando, hablando, sin saber que una puerta de par en par, frente a la noche, era un peligro, un peligro... No volvería a verle... Cumpliría su amenaza. ¡Con qué rabia, después de esperarla, como un bandido, agazapado junto a un árbol, habría traspuesto la

tapia para llegar por prados y desmontes al camino de la estación! Una sonrisa de ironía y de amargura pasó por su cara. Luego frunció el ceño y dió unos pasos hacia la puerta. ¡No volvería!... Con su timidez ridícula acababa de espantarlo. Llegó a la puerta. Dió un paso atrás. Puso, al fin, un pie en el rellano. Sentía, como antes, la fascinación del peligro, y ahora, segura de que él se había marchado, se encontraba menos temerosa.

Tal vez se atreviese a apoyarse en el pasamanos y a bajar un escalón y otro y otro... Sentíase valiente, con ese valor indefinible que permite cruzar, cuando falta la luz, los cementerios, volviendo atrás la cabeza y esforzándose para hacer segura la pisada... Tenía ese valor, más bien esa curiosidad, que hace marchar entre las ruinas y poner el pie sobre escombros humeantes todavía. Y sobre las ruinas de muchas ilusiones y sobre el recién apagado incendio de la pasión de un hombre iba ella a aventurarse si pisaba la arena del jardín... ¡Cómo habría sufrido el que loco de amor y sediento de sus besos y caricias, la esperara! Allá, al fondo del jardín, había estado en acecho, como cazador furtivo o como tigre en celo, una hora, dos... ¡Pobre! Le daba entonces lástima. Bajó un escalón, otro, otro... Todos al fin. Crujió bajo sus pies la arena. El frío traspasaba sus ropas y le hacía abrigarse con una mano la garganta desnuda. Avanzó hasta el primer grupo de árboles. Avanzó más y se detuvo, llena de terror... ¿El? ¡El todavía!... Surgió, de un salto, de las sombras; la aprehendió por un brazo, brutal-

mente, y la arrastró tras de sí murmurando con voz ronca algo que ella, aterrorizada, no pudo ya oir...

La figura del marqués se borró de sus ojos. Le pareció que le derribaban en tierra y tuvo aún, antes de perder el conocimiento, una actitud instintiva de defensa...

## XXII

Una mañana de Diciembre, Herminia resolvió sus dudas. Iría a ver a Conchita. A ella mejor que a nadie... Se lo contaría todo sin pudores hipócritas, segura de que sabría disculparla y de que la ayudaría a encontrar la solución de su conflicto. Porque era horrible... Después de aquella noche, que recordaba con angustia, el marquesito la perseguía con más vehemencia que antes, invocando ciertos derechos y haciendo amenazas que ahora, de ser cumplidas, resultaban verdaderamente graves. Pero ella se había defendido. Supo encontrar, en la última parte de la temporada en Cercedilla, los recursos precisos para que los violentos deseos de su novio no se realizaran y, ya en Madrid, se había negado con energía y altivez a seguir sus proposiciones, que le parecían absurdas y que llenaban sus ojos de lágrimas, de ira y de vergüenza. Que hiciera él lo que quisiese. Podía abandonarla y despreciarla, obligándola a resolver el asunto de una manera trágica; pero ella, en su sano juicio, le juraba que no volvería a ser suya hasta que el matrimonio hubiese borrado la pri-

mera falta, a la que había sido empujada por la fatalidad.

Como sus reflexiones eran demasiado crueles y la situación comenzaba a hacerse insostenible, aquella mañana, después de larga noche de insomnio, resolvió confesarse con su amiga y obtuvo de Melita, que sospechaba la amarga desventura, que la acompañase a ver a la de Sáenz. Melita accedió sonriente. Era su destino: figurar en segundo término, como callado y obscuro personaje, en la tragicomedia de su casa.

Conchita las recibió en el mismo gabinete blanco que había apartado del mundo, por breve plazo, la figura pecadora de Clementina. Herminia, después de besarla con nerviosa efusión, murmuró a su oído:

—Quiero decirte una cosa, un secreto.

—¿A mí sola?

—A ti sola. Vamos a la alcoba. Hablaré en voz baja.

—No. Lllamaré a mamá y que reciba la visita de Melita. Yo lo arreglo en seguida. Verás.

Minutos más tarde, en la habitación más escondida de la casa, destinada a labores de plancha y de costura, pudieron hablar con libertad. Conchita comenzó:

—Pero ¿qué es, mujer? ¿Qué te pasa? Desde que hemos vuelto a vernos me tienes intranquila. Varias veces me he atrevido a sospechar; pero no, no... Dime tú, yo no quiero pensar nada.

Herminia la miró con melancolía.

—¿Qué has sospechado?—le dijo—. Dímelo, tal ver aciertes...

—¡Me dolería en el alma acertar!

—Más me atormenta a mí que puedas tener razón. Tú sospechas que entre Ojeda y yo...

—¡Herminia, por Dios! No... no sospecho eso.

Herminia se levantó de la silla que ocupaba, se acercó a Conchita, y poniéndole ambas manos en los hombros:

—Pues... eso es lo que ha sucedido—murmuró.

Conchita hizo un gesto de amargura. Permaneció silenciosa unos instantes con la mirada fija en Herminia. Y luego, obligándola blandamente a sentarse otra vez:

—Lo mismo, por desgracia, que yo me había figurado. No, si era imposible engañarse... Bastaba veros. El, exigente y desdeñoso... Brutal, horrible... Y tú... ¡Qué pena, Herminia, qué pena! Yo lo sospeché en seguida, y creo que al mismo tiempo que yo, otra persona...

—¿Quién, Dios mío, quién?

—No te apures. El único hombre digno de los que entran en tu casa... Alvarez.

—¡Ah!... Pero, de todos modos, ¡qué vergüenza! Conchita, a ti, que eres tan buena, quiero contártelo todo, quiero decirte cómo fué, para que tú después me digas si soy culpable, si he sido una loca... Verás... He venido para decírtelo...

Habló unos instantes en voz trémula, ahogada de emoción. Conchita la oía silenciosa, con las cejas fruncidas, la mirada quieta, atenta, mordiéndose el labio inferior nerviosamente y advirtiéndola alguna vez que hablase más bajo. Cuando Herminia hubo concluído de contar lo culminante de su aventura, Con-

chita le estrechó las manos de un modo grave y mimoso a la vez, y murmuró:

—¡Pobrecita, pobrecita mía!

Luego, separándose de ella bruscamente para ponerse en pie:

—¡Pero qué indigno—exclamó—, qué indigno es ese hombre! ¡Qué lástima tan grande que ya no tengas más remedio que ser suya!

—¡Oh, y si estuviese segura!

—¡Qué canalla! Después que abusa de una mujer desmayada, se atreve a amenazarla con no reparar lo sucedido. ¿Y eso es un hombre, un caballero? ¡Dios mío! ¿No tengo yo razón en despreciarlos? Unos por cobardes y otros por villanos... todos merecen un profundo desprecio. ¡Ay, pero el marquesito, el tío ese! ¡Qué lástima que la mejor solución sea tan horrible!

Conchita esperó en vano una frase de Herminia, que la escuchaba con la cabeza hundida en el pecho, en una actitud de abatimiento. Se acercó a ella y volvió a sentarse, tomándole las manos, otra vez, mimosamente...

—¡Pobrecita mía! No sufras. Todo se arreglará, yo te lo juro. Comprendo tu situación. No es para menos... Pero, mira, no te acobardes. Sigue así, valiente, fuerte, en tu papel... Si te quiere, que dé por ti cuanto hace falta: su nombre, su libertad de soltero. ¡Como si fuese mucho dar esas dos cosas por una mujer tan buena y tan linda como tú! ¿Qué vale él, ese mono, a tu lado? Yo cambio todos los blasones y noblezas por una boca fresca y perfumada, como la tuya; por unos ojos brillantes y amorosos, como los tuyos. ¡Pobrecita

mía! Y pensar que vas a ser suya, que podrá, a su sabor, gozar de tus caricias... ¡Y le cuesta trabajo! ¡Y te exige más pruebas de amor para casarse!

Herminia levantó la cabeza, y en un tono de indignación dijo entonces:

—¡Ah, pero lo que es eso...! Prefiero antes morirme. Yo no te digo, Conchita, lo que haría si lo quisiese...

—¿Es que no le quieres nada? Un poco, después...

—No; precisamente desde entonces le odio. Antes me inspiraba indiferencia, una indiferencia que alguna vez se cambiaba en ligera simpatía... lo bastante para que no me causara repugnancia la idea de casarme con él. ¿Comprendes?

—Sí; por lo general, con una base tan débil de cariño, es decir, sin cariño, vamos casi todas al matrimonio. ¿Quién piensa en el amor? Nos casamos por necesidad y por vanidad... Digo "nos casamos". Yo ¡será tan difícil que me case! Por instinto odio al hombre, y luego las cosas que veo, lejos de ir en contra de mi odio, lo aumentan. Ahora, yo buscaría a Ojeda y lo abofetearía. ¡Si fuese yo hombre, lo desafiaba, por grosero, por canalla! ¡Cada vez que pienso que un tipo tan ruin ha...! ¡Qué odio! ¡Habría que verlo, al bribón, abusando de una mujer privada y saciando en ella su lujuria! Si tuvieses un hermano, debías decirle que lo matara. ¡Un caso de *vendetta!* Pero no, ya se sabe: todo concluirá en boda, y él no tendrá necesidad de esperarte escondido, a media noche, entre los árboles. Y yo no sé qué es más horrible, Herminia, si quedarte como

estás, deshonrada, según diría la gente si supiese...

—¡Conchita!

—No, si yo no lo pienso siquiera. ¿Cómo voy a acusarte? Digo que no sé qué es más horrible, si quedarte así, o unirte para siempre a ese hombre, sin quererle.

Herminia suspiró y dijo:

—Yo no pienso en que lo odio. Sólo sé que tengo que casarme, que no tengo más remedio que casarme. ¿No lo has comprendido?

Conchita exclamó, haciendo un ademán violento:

—¡Sí lo he comprendido! Y él, ¿duda todavía? ¡Qué infamia! ¡Oh, pero yo te juro que hará lo que es debido! ¡Pues tendría gracia que se quedara así, riéndose!... ¡Eso no!...

Dulcificando el gesto, y en voz más baja, continuó:

—Y tú, ¿estás segura? ¿No serán cosas tuyas?

Herminia dijo simplemente:

—Y tan segura.

—Pues eso—repuso Conchita—es lo peor. Te hablo con franqueza: en tu caso, en tu mismo caso, yo dudaría mucho si casarme o no con un hombre que odiase, de no existir... eso; pero existiendo, la duda no me sería posible, y llegaría al matrimonio como a un sacrificio, no por mí, sino por... ¿tú me entiendes, Herminia? Hay que tener corazón. Pero tú has venido a que yo te ayude a salir de este apuro y pierdo el tiempo en filosofías. Vamos a ver, Herminia, ¿quién lo sabe en tu casa? ¿Nadie?

—Nadie.

—¿Quién lo sospecha?

—Mis hermanas. Puede decirse que lo saben.

—¿Y tu madre? ¿Nada, verdad?

—¿Nada? ¡Qué se yo!... Mamá habla de la boda como de la cosa más natural del mundo, y yo digo para mis adentros: "Si tú supieras." Figúrate que a veces, por broma, me llama marquesa, señora marquesa; digo por broma, por decirlo; ella me ve ya marquesa y no sueña con otra cosa.

—¿Y tu padre?

—¿Mi padre? No sé qué te diga... Claro que no sospecha nada; pero lo veo ya tan triste, tan decaído, tan metido en sí, desde lo de Esther, que me parece que no podría resistir un disgusto grande. Yo quiero mucho a mi padre... ¡Es tan bueno, el pobre! Nunca nos ha negado ningún gusto, tú bien lo sabes.

—Sí, pero vosotras le habéis tenido muy abandonado. Sólo le hacíais mimos para pedirle dinero. Perdóname la franqueza.

—No; si tienes razón. Yo tiemblo sólo de pensar en lo que ocurriría si él se enterase.

—Nada... Todo, mejor dicho... Bajaría la cabeza para morirse; pero ¿a qué pensar en ello? Todo se arreglará. Tú mantente firme en tu actitud, porque una segunda caída sería horrible. Por instinto has sabido escoger el mejor camino. Si después de lo que pasó en Cercedilla hubieses sido débil y hubieses...

—¡Calla!—exclamó Herminia moviéndose desasosegada en su asiento—. ¿Cómo iba yo a hacer tal cosa, si le odio? Ya te lo he dicho que no sé hasta dónde habría ido si le quisiera... Con él el amor, el placer, todo eso con que yo soñaba y que deseaba tanto, me parece terrible...

—La primera impresión, por lo menos, ha sido tremenda. ¡Qué lástima! Tú, que merecías algo muy dulce, muy delicado, muy poético... ¡Sí, vete a buscar poesía en los tiempos que corren! Y eso que la escena del jardín, a media noche, entre los árboles y a la luz de la luna...

—¿A la luz de la luna? No. Era una noche muy negra. No quiero recordarla.

—Bueno, pues una noche lóbrega, en la que soplaba el viento de un modo pavoroso... Tú y él temblando bajo las ramas sonoras de los árboles, temblando de miedo y de amor... Seguía siendo poético... si cambiaban a Ojeda, porque aquí quien lo echa todo a perder es el marquesito con su tipo insignificante y sus maneras ridículas. ¿Quién piensa en amor? Un hombre así no lo inspira... Yo diría que hoy apenas lo inspira ningún hombre. Yo, al menos, no he encontrado uno que me pareciese digno de ser querido... como yo querría. Es que yo, sin ser romántica, porque Dios me libre de las cursilerías de Laura Juez y de las quimeras de la pobrecita de tu hermana Esther, soy una gran soñadora. Y claro está que no hago otra cosa sino llevarme desengaños. ¡Lo que yo soñaba, lo que yo quería para ti y lo que la realidad te concede! Ven acá, Herminia, pobrecita mía...

La sentó en su regazo. Le acarició las mejillas, y besándola con ternura:

—Ven acá—prosiguió—. Yo te ayudaré, yo te quiero mucho, mucho... Yo soy muy arriesgada, muy valiente, y no digo que soy un hombre, porque los hombres son cobardes, repugnantes, groseros... Tú lo sabes bien, po-

brecita mía. Yo te lo dije muchas veces, pero no me oíste, no quisiste hacerme caso. Acuérdate aquella noche del Real, en un baile... El salvaje de Pagés quiso confundirte con una de esas que bailan en los merenderos; a ti, mi vida, pobrecita mía; a ti, que eres tan dulce, tan delicada, tan fina; a ti, que mereces un amor suave, lleno de caricias blandas... Y el otro salvaje, ¡ese hombre!, ha profanado ya tu cuerpo de raso, de palomita blanca, de... ¡Oh, mi vida, yo te he querido mucho, yo... pero vete... ¿no ves?... me vuelvo loca!

Herminia, lejos de obedecerla, le rodeó el cuello dulcemente y reclinó la cabeza en uno de sus hombros sollozando:

—¡Qué desgraciada soy! ¡Qué desgraciada soy!

Conchita, entonces, sólo procuró consolarla:

—¡Oh, no; no te pongas así! No llores; anda, ponte en pie, serénate, no vayan a oirte llorar. Mira, oigo pasos. Serán Melita y mamá, que nos buscan. Sécate las lágrimas, pobrecita mía. Con mi pañuelo... Toma...

## XXIII

Ojeda, irguiéndose sobre la jaca, se acercó a su amigo, que le acompañaba aquella tarde por el Retiro en un caballo del picadero:

—Hombre, Morata, tú dirás lo que quieras, pero yo estoy comprometido, comprometidísimo...

—¡Qué has de estarlo! Como tú no quieras, no hay quien te obligue a casarte... No te conviene esa boda, créeme a mí.

—De acuerdo; pero yo, ¿qué hago?

Morata refrenó su caballo y accionando con el látigo:

—Nada, hombre; no haces nada. Que hubiese tenido ella más cuidado... Déjala; no faltará algún primo que cargue con todo. ¿Vas tú a casarte así, porque sí, en malas condiciones? Los Montaña no tienen una peseta, te lo prevengo. Y tú... tú sabes lo que tienes...

—Sí; pero cuando mamá se muera...

—¡Anda! ¡Esa es otra! Lo que es tu madre no pasa por tal matrimonio. Ya la conoces. Como te cases contra su voluntad, puedes despedirte de ella. No cederá. Un marqués de Ojeda con una cursi semejante...

—Hombre, ¿cursi? Herminia es muy linda, no lo niegues...

—¿Muy linda? A mí no me gusta. Yo, en tu lugar, la plantaba y me iba de Madrid diciendo "salga el sol por Antequera". Esa boda no te conviene, créeme a mí, y no hay nada más tonto que hacer a sabiendas una cosa que no le conviene a uno.

—Es cierto.

—¡Claro, hombre!

—Pero...

—¡No hay pero que valga, Ojedita! Tú me has contado el caso y me has dicho: "Ricardo, dame un consejo", y te lo doy honradamente. No hagas la tontería de casarte. Ella, al fin y al cabo, pasará por lo que tú le mandes y será tu querida. ¡Qué remedio le queda!

—¿Qué quieres que te diga? Yo dudo que Herminia admita eso... No una, dos, seis, mil veces se lo he propuesto y...

—No hagas caso—interrumpió Morata—; ella lo hace por casarse contigo. ¿No ves? Ella dice: "Si me convierto en la querida de este tío, este tío me da dos patadas en cuanto se canse de mí." ¡Sabe poco la niña! Pero lo que es conmigo no le iba a valer. ¡Vamos, hombre! Pues tiene gracia... Es decir, que no tiene inconveniente en consentirlo la primera vez, cuando parece más difícil, y ahora... ¡Es una golfita, créeme a mí, es una golfita!...

Ojeda paró la jaca y palideciendo:

—No, Ricardo—dijo—, eso no, eso no... Yo quiero a Herminia, ¿tú sabes?, yo la quiero mucho.

A su vez Morata detuvo el caballo y exclamó, con un gran gesto de sorpresa:

—¡Ah, conque esas tenemos! Si la quieres, cómprala dulces, cásate con ella, haz el primo... Todos nos reiremos de ti, que te conste...

El marquesito, sin responder, espoleó la jaca. Le hacía daño el tono de su amigo; pero no dejaba de reconocer «que él se tenía la culpa» por haberle contado su aventura con Herminia, pidiéndole consejo. No había sabido hacer otra cosa en medio de sus dudas. Mas, tal vez Morata estuviese en lo cierto, y con esperar un poco, estrechando el cerco, se consiguiese de Herminia lo que él deseaba, que era, después de todo—pensaba el marquesito—, bien sencillo: que fuese su amante. Aquellas relaciones se desarrollarían con un gran sigilo y nadie podría sospechar que una de las Montaña se entregaba a un amante y que el amante era el marquesito de Ojeda. ¡Ah, pero ella no parecía dispuesta! Él había creído conseguir cuanto se le antojase con la amenaza de abandonarla, y ella, con su actitud resuelta de no ceder en aquel sentido, le desengañaba. Todas las noches, al separarse de ella, a la salida de los teatros o en su casa, después de aquellas cenas de fiambres y chocolate, a las que seguían asistiendo Santelmo, Alvarez, Ramoncito Pagés, todos los eternos amigos de la Agencia, formaba el propósito de no volver, de escribirle, a la mañana siguiente, una carta insultándola en señal de despedida y prometiéndole propalar por todas partes que era... una golfita. Pero el recuerdo de ella llegaba a desvelarle, y en medio del insomnio concebía mil ideas violentas, hasta que, al amanecer, lograba dormirse rendido

por la nostalgia de aquel cuerpo adorado, que había hecho suyo una vez entre las sombras...

La voz de Morata le distrajo de sus reflexiones:

—¡Qué! ¿Te has enfadado?

—No.

—Creí... Mira, vamos a estarnos aquí un momento y hablaremos.

Se detuvieron en la plazoleta del Angel Caído, a corta distancia de los coches que en ese punto daban vuelta. Morata saludó, elevando el látigo, a varios conocidos; después, viendo a Ojeda ensimismado, con ambas manos en el borrén:

—¡Pero, hombre!—exclamó—.¿Qué te pasa? Haz lo que quieras en tu asunto. Haz de tu capa un sayo. ¿Quién te lo impide?

Ojeda levantó la cabeza y murmuró:

—Es que no sé qué hacer.

—¿Tú la quieres?

—¡Mucho! Con locura.

—Estás perdido. Es una idiotez enamorarse; pero, bueno, hablando con franqueza, a ti lo que te pasa es que ella te gusta de un modo «brutal», ¿no es eso?

—Sí.

—¿Y tú crees que porque a uno le guste una mujer debe casarse con ella?

—No sé.

—Mira, Ojedita, tú no sabes una palabra de nada. Entre hombres como tú y como yo el matrimonio es la última carta que se juega. ¿Te enteras? Se casa uno cuando está arruinado y encuentra una dote presentable, y entonces lo mismo da una mujer que otra; porque por el hecho de estar casado no ha de de-

jar uno de vivir como antes. Por amor sólo se casan cuatro idiotas que no saben lo que son las mujeres. Todas son iguales... Además, que es horrible casarse con una mujer que no sabemos si nos va a gustar. ¡Eso de que cuando tienes datos para arrepentirte sea ya tarde!

—Pero yo tengo datos—murmuró Ojeda.

—¿Para arrepentirte? ¡Pues entonces!

—No; para quererla con locura.

—Bueno, Ojedita; mira tú, lo que es incomprensible es que un hombre llegue al grado de tontería que tú alcanzas.

—¿Cómo? ¿Cómo?

—Un hombre que seduce a una muchacha, que consigue un *rendez-vous* una noche de verano en el jardín y que después no logra nuevas citas, es tonto por derecho propio, o yo no entiendo de estas cosas.

Ojeda alzó la cabeza a la jaca y sin soltar las riendas:

—No, Ricardo, no soy tonto... Es que Herminia es una muchacha imposible. Es... que nos hemos equivocado.

—¿Qué quieres decir?

—Que no es ninguna loca... Que no conseguiré nada sin casarme con ella.

Morata dió un salto en la silla que hizo espantar al caballo. Lo contuvo violentamente y, encarándose con Ojeda, exclamó:

—¡Hombre, esta es buena! De modo que va a buscarte, en Cercedilla, entre los árboles, donde tú la esperas, para entregársete llena de lujuria...

—No, Ricardo.

—¿Cómo que no? Tú me contaste...

—Sí; pero no fué de ese modo.

—¿Que no fué de ese modo? Según lo que tú me dijiste, ella estaba loca por ti, y a la primera insinuación que le hiciste... ¿Qué? ¿Era mentira?

Ojeda, pálido, no contestó, y Morata, refrenando el caballo, repuso:

—¡Bah! ¡Es la de siempre! Has venido presumiendo, y ahora resulta... Pero ¿qué? No seas necio. O me dices la verdad o no hablamos más del caso y haces lo que te parezca. Vamos a ver...

Morata hizo una pregunta en voz baja. Y luego, más alto:

—¿Sí o no?

—Sí.

—¿Pues entonces?

Ojeda hizo un esfuerzo y pudo murmurar:

—Pero ella estaba desmayada.

Morata hundió la cabeza entre los hombros, la estiró después y sostuvo una larga mirada entre irónica y sorprendida sobre su amigo.

—Vámonos ya—dijo al fin.

Ojeda le siguió en silencio. ¿Qué pensaría Morata? Lo supo pronto, porque su amigo, al salir del Retiro, rió en sus barbas a carcajadas, diciéndole:

—¡Vaya, hombre, ha sido famosa tu aventura! No es que me parezca mal; pero yo hubiese esperado a que volviese en sí... Esas cosas, Ojedita, se hacen de acuerdo o no se hacen. De todos modos, quedamos en que ella fué, ¿no es eso?

Ojeda no se atrevió a decir toda la verdad. Se burlaría de él Morata si le hablaba de aquella espera mortal de tres horas y si le hacía ver que la conquista había sido... un

atropello. Levantó, por tanto, la voz y dijo:

—Sí, ella fué, ¿qué duda cabe? Ella fué por sus pasos... Nadie la empujaba. Y, como tú comprendes, si no hubiese querido ir, no habría ido...

—Eso es verdad. De todos modos, yo sigo en mis trece. Ella no se recata ahora más que por cálculo y tú lo que debes hacer sencillamente es cumplir tu amenaza y no volver a verla hasta qne ella te llame para decirte: «Estoy dispuesta a todo.» Tú hazte el fuerte y verás como ella cede. Créeme a mí, Ojedita, y no seas tonto...

## XXIV

Cuando Antonio Alvarez—que había sido llamado por teléfono de la Clínica—entró en casa de Montaña, un confuso rumor de gritos y sollozos le hizo temblar. ¿Habría llegado tarde? Conchita Sáenz apareció en el recibimiento, despeinada y llorando.

—¡Alvarez, por Dios, venga usted!

—¿Le han dado eso?

—Venga usted, venga usted...

Y, tirándole de una manga, le hizo atravesar la sala a toda prisa.

En el gabinete, bajo las luces que acababan de encenderse y entre el desorden de los muebles, la familia Montaña parecía entregada a un acceso de locura. Herminia acababa de atentar contra su vida, apurando un frasquito de láudano. Melita la había visto palidecer poco a poco y había notado en sus ojos una extraña somnolencia, y cuando, presintiendo algo grave, interrogó a Herminia y supo toda la verdad, corrió enloquecida por la casa en busca de su madre, de Esther, de don Roberto... Luego, conservando un resto de serenidad, avisó a Conchita y a Alvarez por teléfo-

no... Y allí estaban todos: Herminia en el sofá, medio desmayada, resistiéndose a tomar el antídoto que Amelia acercaba a su boca; don Roberto, llorando, de rodillas, abrazado a la hija y balbuciendo frases de infinita súplica y de inmensa ternura; Esther, yendo de un lado a otro, con el terror brillando en sus pupilas; Melita, más en calma, sosteniendo a Herminia, que pugnaba por entrar en un sueño que la acercaba a la muerte... Alvarez, al instante, se dió cuenta de todo, y en medio de la dramática escena tuvo una sonrisa que traducía este pensamiento: "No, Herminia, por esta vez te quedas entre nosotros." Después dijo:

—Vamos, no se apuren... Déjenme a mí. Usted, Conchita, que es fuerte, y la criada, ayúdenme... Vamos a poner en pie a Herminia. No es nada. Con la ipecacuana haremos salir a ese pícaro láudano, que no debe de haber sido mucho, y claro está que no la dejaremos dormir... Vamos, Herminia...

No consiguieron separar a don Roberto de su hija. De rodillas, arrastrándose por la alfombra, le rodeaba la cintura con los brazos temblones, suplicándole, con lágrimas en los ojos, cada vez que rechazaba el líquido que Alvarez acercaba a sus labios:

—¡Hija mía, hazlo por mí!... ¡Por tu padre, hijita mía!... ¡No quieras morirte!... ¡Mi hija, mi vida...! ¡No quieras morirte!

El pobre viejo inspiraba lástima. Su voz desgarrante, llena de angustia, se ahogaba a veces en sollozos para vibrar después como un alarido.

—¡No quiero que te mueras, mi hija, mi vida! ¿Por qué has hecho esto? ¿Por qué ha sido?

Y con la cara congestionada, dirigiéndose a la madre:

—Amelia, ¿por qué ha sido? ¿qué pasa aquí? Yo no sé nada, nada... Todo me lo ocultáis... Todo me lo ocultáis... ¡Y ahora esto... esto!... ¡Mi hija que quiere morirse!... Es horrible... ¿Por qué ha sido?... ¿Por qué?

Amelia, como Esther, iba de un lado a otro, desalentada, dando gritos. Alvarez se impuso con fuertes voces:

—¡Vamos, don Roberto! ¡Levántese! No pasa nada. No hay cuidado. Ha ingerido una dosis pequeña... Tenga usted valor. Háganme todos caso y no griten, no escandalicen. A ver, Herminia... Nada de cerrar los ojos... Nada de dormir. Es temprano todavía...

Herminia, dejando ir hacia atrás la cabeza, murmuraba débilmente:

—Quiero dormir... Dejadme dormir...

Por momentos Conchita y la criada tenían que redoblar sus fuerzas para que no cayese rendida. Melita, obedeciendo órdenes de Alvarez, derramaba éter en el pecho desnudo de su hermana, que se estremecía entonces, abriendo los ojos desmesuradamente y poniendo una mirada fría, de inconsciencia, en Alvarez y en Conchita, que, después del antídoto, la obligaban a tragar sorbos de café muy cargado.

—Todo menos dejarla dormir—decía Alvarez—. El sueño del láudano es... la muerte.

Herminia cerraba los ojos con las lágrimas prendidas un instante en las pestañas, antes de resbalar por las mejillas sin color, de un blanco mate. Despeinada, con la boca contraída y el pecho descubierto, sosteniéndose difícil-

mente en pie, pues un sopor inmenso parecía dominarla, Herminia inspiraba una compasión infinita. Conchita lloraba, besándola. Don Roberto seguía diciendo frases incoherentes, de súplica y de amor.

—¡Hija mía!... ¡Hija de mi alma!... ¡No quieras morirte!...

Alvarez estaba conmovido, pero seguro de que todo peligro se había conjurado. Una hora después de su llegada a la Agencia, bien arropada en su cama, descansaba Herminia, no sin haber tomado antes, de manos de su padre, una taza de té. Dormía dulcemente, con una débil fiebre que coloreaba sus mejillas. En la boca, entreabierta, iba desdibujándose el gesto de amargura que la contrajera en la hora cruel del envenenamiento. Mientras la pulsaba por última vez, Alvarez la contempló con cariño. ¡Pobrecita! ¡Qué fácil le había parecido la muerte! Pero la muerte, por lo visto, tenía corazón y no había querido aceptar aquella ofrenda prematura de una vida joven, ardorosa e ingenua. La muerte se portaba bien con Herminia, y le decía: «Todavía no, todavía no...» Alvarez hubo de abandonar pronto estas suposiciones sentimentales y se dijo: "Un poco más de láudano, un poco que yo tardase... y la cosa, tal vez, no hubiese tenido remedio.» ¡Ah!, pero por fortuna «todo había salido bien», y allí estaba dormida como una santita la que había querido morirse, la que había querido abandonar este mundo, donde gesticulaban los Pagés, los Morata, los Ojeda... Los Ojeda. Este último nombre le hizo abandonar el pulso de Herminia. Ya era hora de que él investigase los «móviles de la extraña resolución»

de la pobrecita Herminia. Y buscó en la alcoba a Conchita, que debía de estar en el secreto. Pero sólo encontró a don Roberto y a Melita a los pies de la cama. Don Roberto miraba fijamente a Herminia, con los lentes empañados por el llanto. Alvarez le puso una mano en la espalda.

—Vamos, don Roberto, ya puede estar tranquilo...

—¿Tranquilo?—repuso el viejo con amargura—. A estas horas, amigo Alvarez, yo no sé lo que ha pasado aquí. Yo nunca he sabido lo que pasaba en mi casa, nunca. ¿Por qué habrá sido? Nadie me lo dice... y es horrible. ¿Usted lo sabe?

—¿Yo?

—Sí, cualquiera sabe de mi casa más que yo.

—Mire usted, don Roberto, aún no sabemos si Herminia ha hecho eso a propósito, o si por precipitación se le fué la mano en el láudano...

—No me explico...

—Sí. Quiso unas gotas de láudano y... lo dicho, don Roberto, se le fué la mano... Ya sabe usted cómo son las muchachas.

Don Roberto movió la cabeza en señal de duda; pero Alvarez insistió en sus explicaciones inverosímiles por caridad. Pudo notar, sin embargo, que Montaña no se rendía a la compasiva mentira.

El viejo murmuró, sin dejar de contemplar a Herminia:

—Yo le digo a usted que esto me va a costar la vida... Yo no sé aún por lo que ha sido, porque a mí nadie me dice nada... nada.

Alvarez pasó al gabinete, donde Conchita

hablaba con Amelia y Esther, y tomando asiento en el sofá:

—¿Soy indiscreto?—preguntó.

Conchita le dijo:

—No, nunca, por mi parte... Para distraer a Esther y a Amelia, que aun siguen afectadas, les contaba cuentos de la «pensión» en que yo me eduqué, apropiados a las circunstancias. ¿A que no sabe usted con qué quiso suicidarse una muchacha muy linda, de Basilea?

—No sé.

—Con tinta.

Alvarez sonrió, comprendiendo la generosa intención de Conchita. Ella quería que desapareciese aquella sombra de tristeza que rodeaba a todos... Pero ella, seguramente, estaba mejor que nadie en el secreto. Lo decían sus ojos.

—¿Con tinta, eh? Qué resolución más negra, ¿verdad?

—Pues oiga usted, otra niña quiso matarse con pintura.

—¿Cómo?

—Bebiéndose un bote de pintura verde.

¡Verde! El color de la esperanza, cuando la había perdido por completo. Pues bien, Conchita, es usted oportuna al recordar esos episodios de su vida de colegiala, porque, créame usted, Amelia, y créame usted, Esther, lo que ha hecho Herminia ha sido eso: una chiquillada, una locura de colegiala caprichosa, nada más...

Amelia no dijo una palabra. Alvarez comprendió que no quería ser franca, y no dejó de encontrar justa su reserva. Nada estaba

más lejos de su ánimo que una curiosidad indiscreta. Sospechaba y quería saber... Saber plenamente para, en todo lo que pudiese, ayudar a la pobre Herminia a resolver su conflicto. Miró a Conchita, interrogándola, y Conchita le respondió con una mirada de inteligencia.

Dieron las nueve. Minutos más tarde llegó una criada en busca de Conchita. Esta fué a la alcoba y besó a Herminia en la frente.

—Ya pasó todo—dijo—; está bien, sin fiebre.

Y luego, más bajo:

—La pobrecita, que quería morirse... por ese hombre... por ese tío...

Volvió a besarla, separando un bucle negro que sombreaba en su frente.

—La pobrecita, que quería morirse...

Alvarez se despidió al mismo tiempo que Conchita, y apenas se encontraron los dos solos, mientras bajaban la escalera:

—Conchita—dijo él con vehemencia—, usted lo sabe todo... ¡Oh!, dígame: ¿qué ha hecho ese bribón de Ojeda?

Conchita le oprimió con fuerza un brazo y en voz baja y balbuciente:

—Es un canalla, un infame, un... Tenga usted esta carta de Herminia, en que lo cuenta todo...

Alvarez tomó el papel que Conchita apretaba aún entre los dedos, un papel arrugado y húmedo.

—Se lo encontré en el pecho y lo escondí sin que lo viera nadie...

—Ha hecho usted bien, Conchita...

—Alvarez, tenemos que salvarla...

—Sí, Conchita, usted y yo tenemos que salvarla. Yo lo sospechaba todo.

—Yo sabía que usted lo sospechaba.

—¿Y don Roberto, Conchita? ¿Ha visto usted qué pena?

—No sabe aún una palabra.

—¿Y la madre?

—Lo sospecha... Lo sabe... Pero Herminia, antes que confesárselo, ha preferido...

—La pobre...

Llegaron al portal de la casa seguidos de la criada de Conchita, y al poner el pie en la calle:

—Alvarez, ¿usted confía...?

—Estoy seguro, Conchita, de que usted y yo arreglaremos el asunto...

—Pero ¿ha visto usted? Por ese bribón... por ese tío...

—Sí—dijo Alvarez amargamente—, es una lástima; pero... corro a leer la carta, a descifrar el acertijo. ¿Hasta mañana?

—No. Hasta luego. Tenemos que acordar juntos nuestro plan de campaña.

Hablaron todavía unos minutos. Ella iba aquella noche a la Comedia, y Alvarez le prometió que la vería en el teatro.

# XXV

Y quince días más tarde el conflicto de Herminia estaba resuelto. Al concluir Enero, una mañana, en la capilla reservada de la parroquia, se efectuó la ceremonia que la convertía en marquesa de Ojeda. *Aramís*, en su crónica de salones, opinaba que Herminia y el marquesito "unían sus destinos para siempre". Antonio Alvarez no se arriesgaba a compartir aquel optimismo. Precisamente entonces, cuando el frac del marquesito y el vestido blanco de Herminia se reunían amorosamente bajo el yugo nupcial, ante los ojos de los invitados, que eran los antiguos amigos de la Agencia, él dudaba y sentía una gran amargura... Eran muy recientes sus recuerdos del prólogo de la boda, y toda la tristeza de los mismos se negaba a dar entrada en su espíritu a las esperanzas y a los entusiasmos. Porque él hubiera querido sentir la conmovedora alegría de Melita, que miraba a la hermana, "ya casada", con los ojos turbios de emoción, pensando, sin duda, en lo hondo de su alma candorosa, "que todo había terminado bien"... cuando todo comenzaba, cuando Herminia, tan suavemente se-

ductora con su vestido blanco y los azahares sobre el pecho, debía prepararse, porque los días de grave y desoladora angustia aparecían ya, como sombras, en el horizonte. Álvarez, desde el fondo de la capilla, en grupo con Santelmo, Molina y Guillermo Gómez, extendía su mirada por la concurrencia. Allí estaban, cuchicheando y sonriendo burlonamente, Ramoncito Pagés y Morata, que accionaba con la mano en que sostenía la chistera mientras golpeaba con la otra la espalda de Ramoncito. Debía de decirle "cosas terribles", porque Ramoncito, de vez en cuando, tenía que morder el pañuelo para sofocar la carcajada. Las dos mayores de Juez, que estaban cerca de ellos, volvían la cabeza entre escandalizadas y contentas: comprendían que Morata "les cortaba un traje" a los novios, y esto no podía menos de satisfacerlas, aunque entornasen con gravedad los párpados y frunciesen la boca al hacerles Ramoncito una señal de inteligencia. Alvarez apartó los ojos "de aquel bribón de Morata, que tanto había hecho por complicar el asunto", y los fijó en Conchita Sáenz. La encantadora muchacha estaba de rodillas al lado de Esther—de la pobre Esther, pálida, pensativa, agobiada, seguramente, por dolorosas nostalgias—, cerca de don Roberto, el padrino, y no dejaba de mirar a Herminia con una dulce mirada de melancolía. Alvarez pensó que tampoco Conchita estaba alegre. Cuando sus ojos y los de Ojeda se encontraban, volvía la cara con disimulado desdén, reapareciendo su sonrisa al ser las brillantes pupilas de Herminia las que buscaban las caricias de las suyas. Conchita

no podía estar alegre: recordaba, seguramente, aquel episodio entre trágico y grotesco del suicidio frustrado de Herminia y los días de ansiedad que le seguieron, días en que ella y él habían querido luchar contra las irresoluciones del marquesito, los ridículos maquiavelismos de Morata y la sañuda oposición de la marquesa viuda de Ojeda, "que no podía aceptar aquella boda que la deshonraba"... Y habían querido luchar, Conchita y él, por un sentimiento de amistad y de justicia que no era de los más frecuentes en los tiempos actuales. Conchita, acaso, había puesto en el combate una vehemencia extraña, luchando por conquistar algo que, en definitiva, significaba para ella una derrota: la derrota de una gran ilusión, de un ensueño de pasión prohibida... Antonio Alvarez sonrió. A pesar de sus rectas ideas sobre el amor, no se atrevía a condenar a Conchita: la dulce amiga, la gentil...—pensó un instante la palabra—, la gentil extraviada, dijo al fin, bien merecía, por la nobleza y la pureza de su corazón, una disculpa. ¡Era muy generosa y muy inteligente aquella enemiga amable de los hombres, que, tal vez, no lo fuese siempre, y que quizá, antes de lo que ella pensase, recibiría, como Herminia, con graciosa unción, los líricos consejos de la Epístola de San Pablo... Amelia, la madrina, muy movida dentro de su vestido de paño de Lyon, le llevó a otro orden de reflexiones... Amelia sí estaba alegre, con una alegría nerviosa, que la obligaba a cerrar los ojos, como si las luces del altar la cegaran y las palabras solemnes del sacerdote la desvanecieran de emoción. La señora de Juez y la

de Sáenz habían tenido que sostenerla alguna vez... por la espalda... Alvarez no lograba vencer aquel sentimiento de lástima con algo de antipatía que Amelia le inspiraba. Ella, olvidándolo todo, olvidando la ofensa inferida a Herminia por "aquel mono de Ojeda", la desesperación de su hija, las crueles angustias de don Roberto y la afrentosa y despectiva actitud de la madre del marquesito, no pensaría entonces, seguramente, más que en la suprema dicha de "tener una hija marquesa". ¡Como si aquel marquesado fuese menos grotesco que el del Topacio Falso! La pobre señora veía al fin cumplidos sus sueños de grandeza, y ahí tenía, para recrear los ojos, la figurilla risible del yerno aristocrático al lado de su hija y a todos los íntimos de la Agencia presenciando la ceremonia que, de tiempo en tiempo, Morata, con el murmullo de su voz maldiciente y Ramoncito Pagés, con su risa mal contenida, profanaban...

# XXVI

—Yo no sé, amigo Alvarez, qué pensar de esta boda—dijo Santelmo al salir de la estación del Mediodía, donde con los demás invitados, acababa de despedir a Herminia y al marquesito. Y como Alvarez no respondiese:

—¿Usted cree—insistió Santelmo—que cederá la marquesa?

—Querido Santelmo—resolvióse a contestar el médico—, yo no puedo vaticinar una palabra. Esa señora es un enigma...

—Pero, habiendo dado el consejo... Porque pudo hacer esperar tres meses a los muchachos.

—Y por su gusto, por molestar sólo, lo hubiera hecho...

—¿Entonces?

—¡Ah! ¿Usted no sabe?

—¿Qué?— interrogó con extrañeza Santelmo.

—Que la marquesa dió el consejo porque pudo convencerla de que lo diera... ¿a que no adivina quién?

—No.

—El obispo.

—Usted bromea.

—Nada de eso. Mi palabra de honor. Pero es historia larga y me están esperando mis enfermos. Amelia se lo contará...

—Como usted quiera—dijo Santelmo resignado.

Alvarez, después de saludar a la familia Montaña y a los invitados, que iban saliendo del andén, hizo un rápido aparte con la de Sáenz:

—Esto es hecho, Conchita.

—Ya no tiene remedio.

—Pero hemos triunfado.

—Sólo que...

—Sólo que—atajó el médico—todos nuestros afanes no aseguran la felicidad de Herminia. Yo, Conchita, me siento francamente pesimista... Estoy desconsolado.

—Y yo—aseguró Conchita, entrando ya en su coche y alargando a Alvarez la mano—, y yo, porque ese marquesito, ese... tío... No sé, la verdad, si hemos hecho un disparate; no sé si debimos...

El ruido del coche, al partir, rompió el diálogo y les hizo separar las manos. La tarde, de un frío seco y llena de sol, hacía grata la idea de andar a pie, y Alvarez, un instante indeciso en medio de la puerta de Atocha, emprendió por el paseo de Trajineros el camino de la Clínica. Y ni un momento, en el extenso recorrido que realizó a lo largo del Prado, de Recoletos y de la Castellana, hasta doblar por el paseo del Obelisco, la vida que pasaba cerca de él logró distraerle de sus pensamientos melancólicos y de sus reflexiones sombrías. «No sé si debimos...», había sido la última frase de Conchita, y él

la terminaba: «No sé si debimos preferir que pasase todo, antes que realizar esta boda», expresando así una duda amarga, cuando, después de la batalla quijotesca y romántica contra todo un mundo de egoísmos execrables, después de la batalla presentada noblemente y noblemente ganada, debía brotar de los pechos de los aliados, de Conchita y él, un himno de optimismo y de victoria. "No es posible", se dijo. Recordaba la actitud del marquesito cuando él, leída la carta de Herminia, le buscó para conminarle a un matrimonio rápido, convirtiéndose por una oficiosidad que podía parecer inadecuada, pero que él no se había cuidado de analizar, en desfacedor de ajenos agravios... El marquesito había temblado, prometiendo una total sumisión, jurando que su amor por Herminia era infinito y que sólo en obediencia a sugestiones extrañas había dejado de ver a su novia unos días, sin sospechar que fuese a realizar por eso una locura. El marquesito lloró abrazado a Alvarez, preguntándole por Herminia y, principalmente, si sabía algo don Roberto. Y él le tranquilizó, comprendiendo que aquel hombrecito lúbrico no tenía voluntad y que, en aquella ocasión, la debilidad espiritual podía ser aprovechada para el bien.

Mas al día siguiente, el marquesito, que no se atreviera a visitar a Herminia, temeroso del pobre don Roberto, que continuaba inocente de todo, era ya otro hombre. Alvarez notó en sus palabras la influencia de Morata; el marquesito, sobre la hipótesis de la boda, pedía condiciones, insinuaba la cuestión económica, hablaba de una fecha relativamente

lejana para celebrar el matrimonio y de la posibilidad, de la certeza casi, de que la marquesa viuda, su madre, se opondría "con todas sus fuerzas". Y él, sin su madre, ¿qué iba a hacer? Todo aquello indignó a Álvarez; pero en cuanto levantó la voz y puso en sus palabras un tono de amenaza y de energía, el marquesito, pálido y tembloroso, volvió a jurarle que adoraba a Herminia, que se casaría en seguida y que, si expresaba temores y dudas, era "porque conocía el carácter de su madre". En una tercer entrevista en un café, desde el cual el marquesito, acompañado por el médico, iría a ver a la "pobre Herminia", intervino Morata haciéndose el encontradizo... Fué para Alvarez el momento más ingrato de la pequeña aventura caballeresca. La voz y las opiniones de Morata, convertido en árbitro del marquesito, le hacían daño como una afrenta. Con la torpe cabeza entre los hombres y el labio inferior alargado en señal de desdén, Morata decía cosas que bordeaban el insulto y la calumnia. De reticencia en reticencia hubiese ido a parar a un punto en que Alvarez no habría podido tolerarle; pero "el orangután" no dejaba de ser hábil para observar en la cara del médico el efecto de sus intentos de bravuconería, y por esto, tal vez cuando de su inmensa boca, húmeda por la cerveza, iba a salir la palabra que no podría consentirse, se contuvo... Alvarez, sintiendo huir su último acopio de paciencia y sangre fría, acababa de adoptar ese aire ingenuo de virilidad y decisión que precede a algunas actitudes violentas... Morata, pensó Alvarez unos segundos después, era "un matón reflexivo", un cobar-

de que explotaba su cobardía siempre que fuese mayor la cobardía que le rodeara... Bien sabía «el chimpancé» que aquel asunto no se resolvía con un lance a sable, y que lo único posible por de pronto y lo único práctico, además, era la boda de Ojedita, del mono de Ojedita, con Herminia. Cuando la conversación disminuyó de tirantez, Morata le confesó «que no acertaba a comprender cómo tomaba parte en un asunto que debía tratar don Roberto». Y él, comprendiendo lo inútil de emplear entonces razonamientos filosóficos, en los cuales las palabras dignidad, amistad, deber y justicia, nobleza y corazón, habrían de brillar con luz de emoción y de poesía, se redujo a apurar su vaso de cerveza y a sonreir, limpiándose el bigote, como si quisiera decir simplemente: «Pues ahí verá usted, amigo mío, porque... me da la gana.» En fin, él ya sabía qué clase de enemigo era Morata, y su temor de que sugestionase al infeliz de Ojeda y le hiciera cometer la infamia de huir o de sostenerse en una negativa, arrostrando todas las consecuencias, era muy débil, porque había visto en Ojeda, al lado de la ineptitud de la voluntad, la fuerza del amor... Aquel pobre hombre amaba a Herminia, no con una pasión intelectual y depurada, que de eso era incapaz, pero sí con un ansia carnal y con un fuego de sensualismo y de lujuria que eran también amor, que él, médico, fisiólogo, ante todo, a pesar de sus vaguedades sentimentales, debía considerar como formas del amor. ¿Era el amor abstracción absoluta, a capricho de poetas superficiales, o era una inmensa y compleja condición humana, capaz, por su misma

complejidad maravillosa de armonía, de adaptarse a todas las naturalezas individuales? Porque, de lo contrario, había que negar a hombres como Ojeda, como Ramoncito Pagés, como Morata, la facultad de amar, o había que suponer que todos amaban del mismo modo... Y esto último no podía pensarse, porque él, por de pronto, no podría creerse nunca tan opaco de alma y tan abyecto en la materia, como aquellos hombres que vivían, dentro de un sensualismo grosero, sin ideas, sin nobleza y sin lirismo. ¡Ah! Pero ¿a qué venía aquella exaltación sentimental? Era que su mirada retrospectiva hacia el mundo de egoísmos furiosos, de crueldades sangrientas y de pequeñas y atormentadoras tristezas por que acababa de cruzar con la espada de su generosidad al descubierto, le deprimía, y la exaltación sentimental era a modo de agua de salud y de belleza que le reconfortaba. En conclusión, aquella especie de amor, aquel apetito, si admitía la distinción de los místicos, de Ojeda por Herminia, fué una gran fuerza que Conchita y él explotaron con prudencia. Visitó el marqués a la novia desesperada, y en el gabinete azul, entre la revolución doméstica de los preparativos urgentes, se desarrollaron escenas de reconciliación y juramentos. La marquesa viuda se opuso, en efecto, «con todas sus fuerzas», a la boda... Habló de su «rancia nobleza», de la obligación que tenía su hijo de no empañar sus blasones; aventuró frases molestas y dijo, por fin, infamias «de aquella dudosa familia de los Montaña y de aquella... señorita que pretendía ser su nuera», y terminantemente expresó la altiva dama su resolución «de no ayu-

dar en nada» a su desobediente hijo... Lo cual le debía importar a don Roberto más que el brillo de los decantados blasones, que ya salieron sucios de manos de Narvaez, porque el marquesito de Ojeda conservaba muy poco, casi nada, de la legítima paterna: una legítima estricta de inmuebles, tasados en el doble de su valor e hipotecados hasta dos veces... En cambio, la marquesa viuda, entre gananciales, legítima viudal y tercio libre, legado en usufructo por su esposo, reunía una fortuna razonable, de la que su hijo «no vería un céntimo» si se casaba... «Una ganga» para el pobre don Roberto, que, como fin de fiesta, tendría que casi sostener a Ojeda y a Herminia y a los hijos que llegasen, mientras la vieja marquesa, «aquella fiera», no tuviese a bien amansarse. Y las trazas no eran de que se amansase pronto, porque, puesta a negarlo todo, negó el consejo para el matrimonio del marquesito, hasta que el obispo, el obispo de la diócesis en persona, la llamó a su palacio y pudo convencerla de lo cristiano y lo decoroso que era no retrasar, por razones que su ilustrísima no entraba a discutir, una boda... irremediable. Y esta había sido la gran victoria de Conchita, que conspiró con éxito, durante dos o tres mañanas, en un salón rojo del obispado, con un eclesiástico de alta figura y ademanes galantes, que daba audiencia a todo el mundo, que tenía sobre la gran mesa de despacho libros de versos y novelas modernas, que solucionaba entre sonrisas los conflictos que parecían más difíciles y que, haciendo graciosos milagros de equilibrio a lo largo de las leyes y reglamentos canónicos, acortaba plazos, sim-

plificaba trámites, desvanecía obstáculos, como si quisiera dar idea de toda la flexibilidad amable que la Iglesia, mundana y diplomática, reservaba aún para conquistar simpatías y afirmar adhesiones. Con esta suave claudicación respondió Alvarez, adversario del catolicismo, a la generosidad del sacerdote romántico que había conspirado por una causa noble con la encantadora amiga de Herminia. Y era mejor que, al término del largo paseo, ya frente a la verja de la Clínica, donde le aguardarían sus enfermos, pensase en aquella forma superficial e ingenua, y no como un poco antes, de un modo lleno de pesimismo y amargura... Herminia y Ojeda, en el tren, camino de Barcelona, irían cambiando besos y caricias, seguros en su inconscieneia y por la emoción del momento, de que la ventura iba a ser la compañera de sus vidas. Y él se empeñaba en dudar, en ver en un horizonte imaginario nubes negras de tempestad y de tragedia.

# XXVII

«¿Eres feliz? ¿Estás contenta? ¿Crees, mi linda Herminia, que te gustará el matrimonio?» Aquella carta de Conchita, que llegaba a sus manos en Barcelona, seis fechas después de la boda, la ponía en un compromiso... Porque era mucho preguntar y ella aún no había tenido tiempo para proponerse, por sí misma, tan graves cuestiones y resolverlas. ¿Qué le contestaría? Con la carta de su amiga en el regazo del «salto», entre otras de su casa y postales de Santelmo y Antonio Alvarez, estuvo un momento pensativa... Para salir del apuro iba a mandarle una tarjeta con "muchos besos" y la firma, aunque se enfadara un poco y la llamase ingrata... Además, con la pluma en la mano no habría sabido, seguramente, explicarle a Conchita qué clase de sentimiento le inspiraba su marido—que en aquel instante la miraba desde la alcoba, con el cepillo de dientes en la mano, sonriendo—, y menos aún lo que acerca del matrimonio se le pudiese ocurrir.

A pasitos cortos, con una toalla al cuello y en mangas de camisa, Ojeda entró en el ga-

binete. Y sin dejar de alisarse la barba con un peinecillo de carey:

—¿En qué piensas, nena?—le preguntó.

Ella, levantando la cabeza y mirándole risueña:

—En nada—repuso; y luego dulcemente:

—En ti. ¿En qué puedo pensar yo sino en ti?

Ojeda sonrió satisfecho, con la sonrisa del hombre que se cree amado, y entrando de nuevo en la alcoba:

—Voy a concluir de vestirme. Es muy tarde: más de mediodía. ¡Somos tan locos, Herminia! Nos pasamos la vida en estas dos habitaciones.

Era cierto. "Se pasaban la vida en aquellas habitaciones", en un hotel del paseo de Colón. Apenas daban un par de vueltas, después de la comida, por las Ramblas, para que entretanto los criados del hotel arreglasen la alcoba y el gabinete, donde ella y Ojeda comenzaban las jornadas del matrimonio con un ansia amorosa tan vehemente que ella estaba entre sugestionada y sorprendida... Sugestionada por el encanto de la sensación erótica, y sorprendida de que el marquesito hubiese adquirido, a partir de los primeros momentos de intimidad sensual, un poder de atracción inexplicable sobre ella, que antes no había pensado siquiera en la posibilidad de llegar a amarle. Pero no sabía si lo amaba; reflexionando de un modo vago y con pensamientos confusos, que no concluían de precisarse en palabras, se preguntaba si era amor aquel nervioso afán que había nacido en ella y que la obligaba, no sólo a recibir con júbilo las caricias del marido, sino a desearlas muchas ve-

ces, toda inflamada en una dulce curiosidad voluptuosa. Se preguntaba si era amor aquel nuevo estado en que vivía, porque la carta de Conchita, escrita en perfumado papel gris y llena de palabras vibrantes como besos, le daba el alto en el camino de su lujuria inconsciente para señalarle al horizonte por el cual, como nubes obscuras, cruzaban los enigmas, los misterios de una vida que comenzaba entonces... Ella prefería, sin embargo, cerrar los ojos, como los cerraba bajo los ardientes labios del marido, antes que mirar atenta en la dirección que Conchita le señalaba. No, no podía contestarle, porque, de seguro, Conchita iba a sorprenderse cuando ella le contase... «que le gustaba el matrimonio, que le gustaba el marqués".

Se estremeció dentro del ligero ropón de batista y encajes que la cubría y que dejaba la fina garganta y el escote en su blanca desnudez y a los brazos, mórbidos en la voluptuosa vaguedad de las mangas perdidas. Se estremeció recordando las manos de Conchita, que habían enjugado su cuerpo tantas veces al salir del baño... ¿Por qué pensaba de aquel modo en su amiga? También el recuerdo de Pagés, de los ojos chispeantes y la boca cínica de Ramoncito Pagés, llegaba como una onda de calor hasta ella... Pero aún no había huído de su cuerpo la fiebre de su última hora sexual con Ojeda y aquellas evocaciones extrañas se desvanecían... "¿Eres feliz?" Sí; era feliz. Era la marquesa de Ojeda; la vida, delante de ella, se abría como una perspectiva de triunfos y placeres... El marqués había cumplido su palabra y allí estaba, todavía en

mangas de camisa, convertido en su esposo; allí le tenía seguro, después de varios meses de espera que sólo ella, por desconfiar de él, había hecho que fuesen de sobresaltos y de angustias. ¡Bah, y venía ahora Conchita con sus endiabladas preguntas a preocuparla!

Llevó una mano a los ojos, que rodeaban de sombra azul las ojeras, cambiando apenas su actitud lánguida para mirar aquel desorden del gabinete. Las cajas de vestidos y sombreros ocupaban la mayor parte de los muebles. Sobre la funda blanca del sofá se destacaba brillante el hermoso abrigo de pieles de nutria que su padre le había comprado... ¡Su padre! Pensó entonces, un poco emocionada, en su casa: en Melita, tan buena; en su madre, que estaba contentísima con su boda y que le escribía llamándola la "marquesita"; pero pensó más detenidamente "en la pobre Esther" que, sola en la alcoba que durante tantos años había compartido con ella, soñaría aún con Gustavo. Su marido tuvo la oportunidad de impedir que siguiesen sus pensamientos aquel rumbo sentimental. Vestido, con traje azul y chaleco de terciopelo gris, con la barba perfumada y los dientes blanqueando como almendras entre los labios, que una cariñosa sonrisa separaba, se acercó a ella. Y como viese en los ojos del marqués el brillo que precedía a sus arrebatos carnales, Herminia se encogió en la butaca, fingiéndose presa de un gran terror. En aquella actitud, falsamente pudorosa, su belleza adquiría una seducción nueva. Chispeaban sus pupilas tras las negras pestañas; la boca conservaba durante unos instantes la doble línea roja de una contracción

que no era una sonrisa y que expresaba un anhelo, y toda la piel blanca y tersa se escalofriaba por el ansia física de sentirse acariciada... El marqués, que había alargado una mano hacia el escote, dió un paso atrás, se miró en el espejo del armario, y sin dejar de sonreir, arreglándose la corbata:

—Ahora no, mi vida—murmuró—: no conviene abusar... Y luego, ya ves, con esta camisa de pechera acartonada... Pero no te enfades, ¿eh?

Herminia respondió:

—¿Enfadarme? No, hijo... Voy a vestirme.

Pasó a la alcoba. Ojeda en el gabinete seguía frente al espejo. Mientras se desprendía del salto de cama para ponerse el corsé, un poco despechada, pensó en su marido de un modo irreverente. Le parecía ridículo aquel temor de arrugar la camisa. Era natural. El bueno de Ojedita—de Manolo, como le llamaba entonces—no tenía ya aquellas furiosas impaciencias de antes, sabiendo que a cualquiera hora que la desease la encontraba... Muy cómodo... para el marido, que, tranquilamente, podía ir dejando la ropa sobre una silla, en la seguridad de que ella no iba a escaparse... Comenzaba a no gustarle el matrimonio. Se lo diría a Conchita... "Mira, hija, Manolo es una fiera... a sus horas." Indignándose gradualmente, hubo un momento en que se dijo que no quería a su marido. "No le quiero, Conchita; le resisto, ¿sabes?, pero te juro que no le quiero."

Horas más tarde, Herminia cambiaba de opinión. A su lado, el marquesito, en bata y zapatillas, sonreía. Ella, vuelta de espaldas, sus-

piraba... Después de las expansiones matrimoniales acostumbraban a hablar del porvenir. Ojeda tenía grandes proyectos, entre los cuales el principal estaba en conquistar la indulgencia y el favor de su madre. A Herminia se le aparecía aquella oposición de su aristocrática suegra "como lo único que empañaba su luna de miel".

—Soy dichosa—le dijo a Ojeda—, soy muy dichosa contigo; pero la oposición de tu madre... ese desdén...

Ojeda, preocupado en otro sentido, le contestó:

—¡Bah, eso qué tiene que ver! Tú eres mi esposa... la marquesa de Ojeda. Mamá, desde que me otorgó el consejo, ha pasado por la boda; pero lo que hacía falta era que me diese dinero... Mamá tiene mucho dinero... Mi padre se lo dejó casi todo... Un disparate... un disparate de esos que hacen los padres, creyéndose que uno se lo va a gastar todo. Pero mamá soltará la mosca, ¿qué remedio? Eso sí, por ahora no hay que soñar con ella... Está indignada conmigo. Y, ya ves, me pone en un compromiso, porque yo quería llevarte a Italia, a Suiza, a Francia, y comprarte muchas cosas y... no puedo. Todo eso cuesta, y yo no dispongo ahora de la cantidad necesaria.

Herminia, sin acabar de comprender:

—¿Cómo?—preguntó—. ¿Tú no tienes dinero?

Y le miró llena de asombro, apartándose a un extremo de la cama.

El marqués adoptó entonces un tono de voz enfático:

—¿Dinero? ¿No he de tenerlo? Soy muy

rico; pero los hombres ricos pueden tener sus momentos de apuro. Unos miles de pesetas no me faltan. Además, tengo crédito. ¿Quién no me conoce a mí en Madrid? Vaya, te asustaste... Lo que quise decirte es que mamá podía ponerme a flote, librándome de algunas hipotecas y aceptándome algunas letras... Tú ves, por esto no tenía yo prisa en casarme... Quería ver si antes arreglaba mis asuntos, y tú llegaste a pensar que yo iba a dejarte, a huir de España, ¿qué sé yo? No había nada de eso. Era el deseo de poner mis cosas en orden, de ver si mamá, como te dije antes, me ponía a flote, librándome de algunas hipotecas, aceptándome algunas letras...

Herminia apenas comprendía lo de las hipotecas y las letras y arrugaba la frente, tratando de conciliar las palabras de su marido, que tan pronto le declaraba sus apuros como le decía que era "inmensamente rico". En todo aquello encontraba diversos motivos de amargura que la obligaban a reflexionar, cosa que le molestaba, porque con las dudas y el balance de ilusiones y desengaños que sin darse cuenta iba realizando en su imaginación, "llegaba a dolerle la cabeza". Era muy fuerte lo que le pasaba... Primero los amores con Ojeda, llenos de sobresaltos y hasta de escenas trágicas que no quería recordar... Luego la boda casi clandestina, por la oposición de la marquesa viuda, de la cual no había recibido sino pruebas del desdén más ofensivo, y ahora, cuando podía creerse que comenzaba la felicidad, las confidencias del marido llegaban a rematar la cadena de sinsabores... Eran como "un jarro de agua fría" volcado sobre

sus ilusiones o como vendaval que derribaba sus castillos en el aire... Herminia usó ambas imágenes, sin preocuparse de cuál podría ser la más exacta. Le era igual... Ella estaba enfadada, enfadadísima... La idea de no ser rica se le hacía intolerable. "Resultaba una broma" haberse "casado con ese tío"—al cual sentía moverse, tratando de volver a acariciarla—y ser toda una marquesa, para vivir en un piso modesto de algún barrio extraviado y tener que andar a pie o en tranvía, con lo que le molestaba a ella "codearse con la gentuza" y con tanto como había soñado con su "auto" de clamorosa bocina y *chauffeur* como un oso...

¡Sí; adiós, auto; adiós, el proscenio del Real!, que le gustaba por suponer que su belleza de morena "luciría mucho" sobre el fondo rojo del almohadillado. ¡Adiós, los bailes de las embajadas, de los salones aristocráticos! ¡Adiós, en fin, toda la vida de distinción y de grandeza, por cuya conquista "se había sacrificado"! Era una broma, era un timo, era para volverse y tirarle de la barbita a "aquel tío", diciéndole: "Pero, ven acá, majadero, ¿por qué no me avisaste a tiempo que estabas arruinado? ¿Crees tú que para vivir como pobre te necesitaba, so mico?... ¿Y qué? ¿Te figuras que voy a meterme en la cocina, que voy a reformar los vestidos y los sombreros y a andar a pie y a ir contigo del brazo a dos butacas a una sección de la Zarzuela? No, hijo... Te has equivocado."

Parecía que el marquesito adivinaba sus pensamientos, porque, sin dejar de sonreir y extendiendo hacia ella el brazo izquierdo, que

brotaba de la ancha manga de la bata, obscurecido por el vello, murmuró:

—Bueno, Herminia, mi vida; los apuros de un hombre «inmensamente rico», para sí los quisieran más de cuatro...

Y levantando la voz:

—Porque ¡vamos! lo que es mi coche, mi jaca, nuestro turno segundo, nuestra casa bien puesta... Figúrate... Eso no... Eso, ¿cómo va a faltarme?

Y, conforme hablaba, se iba acercando más a Herminia, con evoluciones cautelosas que disimulaban su lujuria. Pero ella, sin dejarse convencer por las enfáticas palabras del marido, llegaba entonces, en su natural exaltación imaginativa, a creerse a un paso de la miseria y dentro del más intolerable de los ridículos. ¿Qué diría «todo el mundo» cuando se enterara? Se reirían de ella... ¡Después de lo que se habían reído! Esther, aunque Gustavo "la hubiese plantado", era más feliz que ella... Melita, "aunque se había quedado para vestir santos", podía darle envidia... Y las de Juez... Todas... ¡Qué desgraciada era! ¡Qué suerte más negra había tenido!

Y fué al concluir de compadecerse tan patéticamente cuando el marquesito, separando los faldones de su bata y cambiando con rapidez de postura, intentó sorprenderla... Ella rechazó la amorosa agresión. Nerviosamente se puso fuera de la cama, llegando descalza y medio desnuda al gabinete... El la siguió con un temblor de ira en el bigote despeinado y en los faldones de la bata.

—¡Herminia!

—No, déjame.

—Es que...

—¡No, no, no!

—¡Es... que yo mando! ¡Es que...!

Herminia escondió la cara entre las manos. El pelo negro, en desorden, manchaba la blancura de los hombros, que tenían una gran agitación por los sollozos. El paseó un momento, entre las sillas con ropa y las cajas de sombreros, dándose golpes en los muslos y crispando los dedos. Luego pudo balbucir:

—¡Vamos, esta es buena! ¿Qué? ¿Qué es?

Y como Herminia no contestase sino poniendo más vehemencia en su llanto y más vibración nerviosa en su cuerpo:

—¿Qué?—insistió—. ¿Qué pasa? ¿Qué es? ¡Ven, yo quiero... yo mando!

Llegó hasta ella y puso una mano, duramente, en uno de sus brazos. Herminia levantó entonces la cabeza y le desafió, desfigurada por el llanto. Al través de las lágrimas brillaban las pupilas, desdeñosas, cargadas de odio; la boca, contraída, dejaba ver los dientes separados, como dispuestos felinamente a morder; las mejillas, de un rojo purpúreo, y las orejas encendidas, entre la obscura cabellera revolucionada, concluían de prestar a su belleza un aire trágico que parecía incitar a lujurias violentas... El marqués cerró los ojos un segundo... Luego, anheloso y brutal, la suspendió del asiento y la condujo, tropezando con los muebles y sin notar que ella le hincaba las uñas en el cuello, hasta la alcoba...

Quedó vencida. Y después de llorar entre los brazos de Ojeda, de quejarse mimosa, de sonreir resignada y de reir, al fin, francamente, escuchó con agrado, mareada por el placer

y mecida por el optimismo, la voz del marquesito, que decía:

—Mira, tonta, si vamos a ser muy felices. Te compraré una jaca para que salgas conmigo... Tendrás lo que me pidas... Porque ¡vamos! yo estoy seguro... yo creo... que mamá cancelará mis hipotecas... Estoy seguro, nena... Dame un beso... Así... Otro ahora... ¡Qué bien!...

## XXVIII

A pesar de los conflictos económicos del marquesito, el viaje de novios duró cuatro semanas. Pero no fué "bajo el cielo de Italia", como había asegurado en su crónica de salones *Aramis*, por donde pasearon su amor los jóvenes marqueses, sino bajo el cielo no menos azul de nuestra tierra levantina. Mensajeras de amor, de sentimentalismo, de amables recuerdos y de dulces zozobras, llegaban casi todos los días a las manos de Herminia cartas y postales de Conchita... Cartas y postales que la acompañaban, con suave insistencia, a lo largo de su viaje nupcial y que parecían obedecer a un secreto anhelo de espionaje; cartas y postales inflamadas de curiosidad y de alarma, pero siempre delicadas y discretas; siempre, en lo hondo y en lo trascendental de sus conceptos, mudas, desdeñosas, impenetrables para el marquesito, que, a lo sumo, una tarde, en Valencia, viendo los ojos de Herminia soñadores y emocionados sobre las líneas, un poco masculinas, que trazara la mano de Conchita, se permitió extrañarse de "aquella correspondencia..."

A primeros de Marzo estaban de vuelta en

Madrid. Amelia les tenía preparada la casa, "un pisito muy mono" en el barrio de Salamanca. Según habían convenido don Roberto y Ojeda horas antes de la boda, el primero adelantaría cuanto fuese preciso para "aquellos detalles de instalación". El marqués, seguro del buen gusto de sus padres políticos, confiaba a ellos la difícil tarea de elegir muebles y tapicería. Don Roberto bajó la cabeza ante aquella prueba de confianza que le obligaba a hacer un empréstito contra la caja de la *Agencia* y a utilizar su crédito en varios establecimientos de Madrid. Amelia, sin fijarse en las tribulaciones del marido, pensando solamente en la hija marquesa y exaltada por un nervioso entusiasmo, había recorrido tiendas y bazares en unión de Melita y de Santelmo. Esther sólo una mañana había podido acompañarlas. Aquel vaivén de las compras la mareaba, recordándole que meses antes, cuando nadie dudaba de su casamiento con Gustavo, recorrían las mismas tiendas y se detenían su madre, ella y Santelmo delante de los mismos muebles, de la misma alfombra, de la misma pieza de seda para tapizar los muebles de la sala... El recuerdo le había causado tal amargura, que en una casa de la calle Mayor sufrió un ataque de nervios.

Ojeda, al recorrer, sin quitarse todavía el guardapolvo, las habitaciones alhajadas por su suegra, no tuvo más que frases de celebración y de contento "al ver sus deseos tan bien interpretados".

—Ya se lo decía yo a Herminia... Verás qué nido tan encantador nos tiene preparado mamá.

Aquel "mamá", dicho del modo más melifluo por Ojeda, mientras contemplaba el comedor de roble con adornos de metal dorado y profusión de pequeños espejos, emocionó a Amelia hasta lo más profundo de su vanidad.

Entonces, llamándole "hijo mío" y tirándole suavemente de una manga, le hizo fijarse en algunos detalles: en la alcoba, los muebles Imperio, de caoba, tenían en los áticos triangulares, encima de los adornos de bronce, diminutas coronas de marqués; en la sala, en el recibimiento, en el despacho pasaba lo mismo. Amelia había buscado en todas partes un sitio donde estampar el atributo de la nobleza, que no faltaba en la vajilla, en los cubiertos, en la cristalería... Herminia, a su vez, celebraba el buen gusto de su madre, un poco asombrada de que, en efecto, la casa fuese "una preciosidad". Ella no se esperaba tanto. La entrada definitiva en el matrimonio no podía ser más halagüeña. La casa, con sus paredes decoradas en tonos claros y con sus muebles modernos, la esperaba sonriendo, llena de luz. Los amigos sonreían también, preguntándole mil cosas mientras ella se desprendía el sombrero de viaje que Melita, servicial como siempre, tomaba de sus manos. La propia Esther parecía muy animada, y su padre, que, por un momento, al verlo en la estación, le pareciera más acabado, no hacía entonces otra cosa que apoderarse de sus manos y llamarla "¡hijita, mi hija, mi vida!..." ¡El pobre viejo! Allí estaba Morata, muy expansivo, echando uno de sus largos brazos por la espalda de Ojedita; Santelmo, cariñoso y correcto como de costumbre; Pagés, que acababa de decir, lo bastante

alto para que ella lo oyese, una frase de doble sentido, y Conchita... Conchita, que la miraba sin acabar de sonreir, como preocupada, y que le daba razón, vagarosamente, de Antonio Alvarez, muy ocupado por aquellos días; de las de Juez, tan melancólicas; de Clementina Angulo, que había estado unos días en Madrid con su marido, muy contenta del matrimonio y que, por lo visto, de puro feliz, comenzaba a engordar... Era una lástima. Y le aconsejó:

—Tú, Herminia, no dejes de hacer ejercicio. El matrimonio es enemigo de la elegancia y de la esbeltez. ¡Y sería tan triste que perdieses tus líneas!... Ya verás a Clementina... Es otra.

Ella no supo qué responderle. Bien sabía Conchita lo que le pasaba... Con el corsé su figura seguía siendo fina y esbelta.

—Aún no me lo conoce nadie, ¿verdad?

Conchita no supo reprimir un gesto de melancolía.

—No—le contestó—, puedes estar tranquila... Pero pronto no tendrás más remedio que dar la cara.

Un mes más tarde se cumplía el vaticinio de Conchita. Herminia recurrió entonces a las batas holgadas como túnicas y a los peinadores de seda y batista en tonos claros, con largas cintas que se enlazaban sobre el pecho. Su madre, sus hermanas y Conchita la acompañaban por las tardes. Ella sólo se atrevía a salir alguna noche en el landó de la *Agencia,* que llegaba a buscarla siempre que, aburrida de verse sola, lo pedía. El marquesito, pasada

la primera efusión matrimonial, recordaba su vida de hombre independiente, no sin lamentar «aquella cosa de Herminia», que retardaba la realización de su gran deseo: que Herminia le acompañase al picadero.

—Nada—le decía—; es preciso salir pronto de eso. Verás como resultas la gran amazona. Te dejaré montar en mi jaca... Ya verás.

Herminia le veía salir del brazo de Morata, que frecuentemente tomaba el café con ellos, mirándola con una insistencia que indicaba el grado de su afecto por el marquesito, y se preguntaba con ingenua extrañeza si era posible que ella estuviera casada «con aquel hombre»... Aquel hombre sólo hablaba de su caballo, y después de satisfacer sus deseos amorosos, menos apremiantes cada día, la trataba con una displicencia que era, sencillamente, intolerable. ¿Qué se habría creído?... Porque no tenía «el pobre» en qué fundar su orgullo. Su título de marqués sin grandeza caía dentro del montón de los obscurecidos por la insignificancia personal o por la pequeñez de la fortuna... El era un tipo «insignificante», y aunque hubiese algún dinero en la casa, faltaba saber a qué serie de habilidades económicas se debía... Sin embargo, Herminia no pensaba en alta voz de modo tan desfavorable para su marido. Por lo general, el solo hecho de oirse llamar marquesa, estremeciéndola de orgullo, la obligaba a rectificar y a confesarse que era muy hermoso aquello de poder lucir un título nobiliario... Marquesa, marquesa... La palabra tenía cierto encanto... La señora marquesa... La marquesa... A ella misma, en muchas ocasiones, su marido

le parecía de mejor condición que los hombres que trataba: los Santelmo, los Alvarez, los Pagés... ¡El tenía una diminuta corona de plata sobre sus iniciales en la cartera y un modo tan seguro de exclamar: «¡Ah, cuando mamá se muera habrá pocos marqueses como nosotros!» Pero no en todos los momentos la convencía de tal suerte su marido. Por de pronto, sólo él tenía la culpa de que ella «estuviese así», y eso era muy cómodo para él, que se marchaba solo a todas partes con el pretexto... ¡Claro, ella no iba a presentarse en salones y teatros dos meses después de casada con un cambio de líneas tan sospechoso! Era una vergüenza... ¡Cómo se iba a reir «todo el mundo» en Junio cuando sucediese... lo que tenía que suceder! Le parecía oir a Ramoncito echando cuentas con los dedos: "Pero, vamos a ver, señores: se casaron a fines de Enero; de modo que van cinco meses escasos y ya... Eso es ir de prisa, caballeros"... ¡Bueno, después de todo, le importaba poco! Que se divirtiesen a su costa cuanto quisieran; ella estaba segura... Lo molesto, lo que más le irritaba era el no salir de casa en aquellas tardes de primavera, templadas y luminosas, mientras el marquesito, con Morata, se iba a la Castellana y al Retiro, en la jaca o en el autómóvil de algún amigo. Le molestaba esto más aún que las fatigas y desvanecimientos propios de su estado. Su idea fija era que estaba encerrada por causa de «aquel dichoso estorbo». Su madre y Melita conseguían aburrirla, hablándole de lo mismo, mientras festoneaban faldones de franela o cosían las menudencias de la canasti-

lla, salpicando la alfombra del gabinete con recortes de batista y de piqué y con trozos de estambre. Una tarde les dijo:

—¡Qué latosas estáis! Aún no va a nacer...

Y con una gran expresión de tedio en el rostro demacrado:

—Lo mejor, ya os lo dije—agregó—, hubiese sido comprarlo todo hecho...

Melita, que bordaba un pañal cerca de la ventana, levantó la vista asombrada:

—¿Todo hecho? ¡Qué pena! Es tan bonito que la canastilla se haga en casa... ¡Me dará tanto gusto ver al niño con una camisita hecha por mí!

—¿Mucho gusto? ¡Lástima no estuvieses tú como estoy yo!...

Melita bajó los ojos llenos de rubor, en tanto proseguía Herminia:

—Es lo mismo que usted, mamá... Viéndola los criados, pensarán que toda su vida fué costurera... ¡Qué caprichos!

—No, perdona... Es que tú no sabes: las abuelas preparan siempre estas cosas... Voy a poner una corona en cada prenda... Es costumbre.

—No sea ridícula, mamá.

Otras tardes, en cambio, las frases mimosas de Melita la enternecían. Viendo a su hermana doblar amorosamente las ropas diminutas, «como si fuese ella la madre», sentía asomar las lágrimas a los ojos, y poniéndose con suavidad una mano bajo la cintura, se consideraba "muy cruel para aquel angelito, que era ya su vida, su sangre..."

Esther y Conchita, que no dejaban de intervenir en la revolución de trapos y de agu-

jas, se entusiasmaban menos que Melita. Esther, suspendiendo la labor, que hacía displicentemente, la miraba entre compasiva y melancólica cada vez que la oía quejarse. Una tarde le dijo:

—Cuando te veo sufrir, me alegro de no haberme casado... Tanto desearlo... Para eso...

Herminia no le respondió. Pensaba que su hermana habría sido feliz casada con Gustavo, más feliz que ella, de seguro. Conchita, al revés... Conchita no parecía ni secretamente envidiosa de ella, como Esther, ni tan propensa como Melita a sentirse madre... artificial, a fuerza de ternura... No, Conchita era la de siempre, aunque, a decir verdad, le parecía entonces menos cariñosa y comunicativa que de costumbre. Una vez le había dicho:

—Vamos, Herminia, ya tienes tu castigo... Por donde pasa el hombre, ya se sabe...

Y luego, sonriendo como persona que quiere resignarse:

—Bueno; es la ley... Yo deseo que la cumplas sin dolor—había agregado—y que vuelvas a ser la de antes... Mira, ¿no es horrible?... Casi todas, después, quedan deformadas. ¡Ojalá que a ti no te pase! Yo lo espero... Lo deseo...

Conchita era muy rara. Ella, en ocasiones, no la comprendía del todo. Su situación le ayudaba poco a reflexionar sobre asuntos sutiles y escabrosos. Sentíase torpe para soñar despierta, para interpretar miradas, para resolver los enigmas de ciertas frases... aunque lo sospechase todo. Pero su imaginación pasaba sobre aquellos motivos con rapidez, deseosa de consagrarse a los que su instinto

maternal y sus nervios le presentaban... Pensaba en el momento que se aproximaba, y se decía que una tarde, cuando el marqués estuviese de paseo como de costumbre, muy ajeno a todo, oyéndole necedades a Morata, ella, dolorosamente, cumpliría la ley.

## XXIX

Antonio Alvarez oyó la ópera distraídamente. Cantaban *Aida*, y, aunque le gustaba, no pudo consagrar su imaginación a la música de Verdi, porque más que la aparatosa tragedia le interesaban los ojos brillantes de Herminia, que en tal noche—una de las primeras de la temporada del Real—aparecía en sociedad. La marquesa de Ojeda mostraba, un poco en segundo término del palco, sus hombros blancos, y a cada momento sonreía a su esposo el marqués, risueño y acicalado como siempre. Esther, Melita y Amelia acompañaban al matrimonio. En un entreacto apareció en el palco la figura amable de Conchita, y en los entreactos todas las antipáticas figuras—comentaba para sí el médico—de Morata y de Pagés, muy desdeñosos y desenvueltos dentro de sus fracs. El no quiso subir. Sabía que no era «santo de la devoción» del marquesito, y esto le llevaba a un sacrificio: al de renunciar a la amistad con Herminia, que, como antes de su matrimonio, le inspiraba aquel sentimiento indefinido de compasión y de cariño

del cual hablara, hacía cerca de dos años, con Gustavo.

Desde que la animadversión entre Ojeda y él se levantaba como un obstáculo para impedirle ver por sus propios ojos lo que pasaba, seguía las aventuras y desventuras del matrimonio utilizando las referencias y las murmuraciones de Conchita. Pero no hacía aún tres meses su intervención en las alegrías y las inquietudes de los marqueses había sido casi directa. A fines de Junio un telegrama de don Roberto le hizo abandonar la Clínica por unos días. En el Estanque, en el mismo hotel de la condesa del Júcar, lleno de recuerdos para los Montaña, Herminia comenzaba a explorar los arcanos de la maternidad. En aquellos difíciles instantes no deseaba más cuidados que los de su madre y el doctor Alvarez. Ojeda, obligado a un veraneo prematuro, cuando Madrid tenía más encantos para él, quiso oponerse al capricho de Herminia. ¿Estaba loca? ¡Así, primeriza, entregarse en manos de un ignorante! Ya vería el resultado... En efecto; Alvarez franqueó la entrada en este mundo al heredero de su enemigo con una cortesía y una facilidad completas... Entonces, aparte de la actitud reservada del marquesito, todo fué júbilo en el Estanque. El recién nacido abría un nuevo cauce al desbordamiento afectivo de las Montaña. Melita era la más excitada. Ella, tan pasiva y tan dulce por costumbre, hacía valer enérgicamente sus derechos de tía y disputaba con Amelia o con Herminia cada vez que los consideraba vulnerados. Esther, que volvía poco a poco a ser tal como antes de amar a Gustavo, no dejaba de acariciar al

marquesito—así le llamaba Amelia a su nieto —con grandes extremos. Todas coincidían en sostener que el niño era precioso, y como el día del bautizo—celebrado en el oratorio del hotel sin gran ceremonia y sólo entre los amigos de confianza—se atreviese a decir Pagés que el chiquillo parecía un viejo, Melita, la apacible y delicada, le llamó indiscreto, mal educado y grosero. No obstante, Pagés tenía razón y, por primera vez en su vida, Alvarez no tuvo inconveniente en reconocerlo, aunque callándoselo porque, conocedor como nadie de la excitabilidad afectiva de sus amigas, tenía perfecta idea de lo oportuno que era no llevarles la contraria. Además, él hubiese dado algo de importancia porque Pagés no tuviera ni pizca de razón, porque el hijo de Herminia y Ojeda fuese aquel «robusto infante» de que había hablado *Aramis* en su crónica de salones... Pero, no: era, con la carita abotagada y el cuerpo raquítico, como un viejecillo alcohólico que, a juzgar por la mueca de tedio que dibujaba la boca y por los ojos, pertinazmente cerrados, parecía cansado de vivir... Vivió un mes escaso. La muerte del "marquesito" llevó al florido Estanque el vendaval de una tragedia. Herminia se propuso morir de hambre. Melita soñaba «con su angelito» a todas horas y tuvo ciertos estados delirantes que la hacían aparecer como hipnotizada: durante ellos, con los ojos desmesuradamente abiertos, iba al jardín, a un paso rígido, a buscar al niño que se había perdido. Por su parte, Esther, que comenzaba a desarrollar entonces un *flirt* con Fernando Molina, contribuyó a aquella exposición de variedades del histerismo con

un gran ataque en el momento en que se llevaban del Estanque en su cajita blanca, entre flores, al malogrado "marquesito". Amelia, que hizo de todo, llorar, desmayarse e increpar a Dios, no dejó de ver el lado útil de la desgracia y, con lágrimas en los ojos, afirmaba que siempre lo había dicho, que el niño no era de tiempo y no podía vivir. La señora de Juez echó sus cuentas: el niño era de seis meses. A esto reían Pagés y Morata a carcajadas, gozando a su modo "con todo aquello". Mal de su grado, Alvarez no les negaba la razón. El niño había nacido para morir; la mala semilla daba su fruto... Ojeda procuró consolar a Herminia:

—¡Bah, no seas tonta! Angelitos al cielo... Ahora te compraré un potro árabe que venden en el picadero... Vas a ser una gran amazona... Ya verás...

Don Roberto, que había recorrido en unos meses el camino de la vejez a la decrepitud, sufría silenciosamente, llevando las manos al pecho, unas veces para contener las excitaciones de su corazón y otras para sacar del bolsillo la cartera.

Una semana después el drama concluía. Melita se resignaba al fin. Herminia y Ojeda iban a San Sebastián, donde veraneaba Conchita, y Esther, por lo visto, definitivamente olvidada de Gustavo, comenzaba a encontrar interesante a Fernando Molina, que aquella primavera se había lucido en la Comedia en dos conciertos con un violoncelista y que acababa de obtener una plaza de auxiliar en el Conservatorio... Esther parecía muy animada, peró a mediados de Septiembre guardó cama unos

días. Alvarez la oyó toser y comprendió que debía dar ánimos a don Roberto, más asustadizo y melancólico cada hora que pasaba.

Estos recuerdos acabaron por fatigar a Alvarez. Miraba al palco de Herminia, y todo daba allí una impresión de paz y discreta alegría; todo era brillante y agradable como el ambiente del teatro. En el escenario, Aida, Radamés y Amonasro elevaban sus trágicas voces a la orilla del Nilo, frente al templo de Isis. Alvarez se consagró entonces por completo a la tiple, una rusa que cantaba muy bien. En el último entreacto, al pasear sus gemelos por los palcos, recibió una seña de Conchita. Subió a saludarla.

—¿Qué hay, Conchita?

—Grandes noticias. Siéntese a mi lado. Papá ha bajado al *foyer*. Mamá se distrae sola... Le digo que son las grandes noticias. ¿No ha subido usted a verlas?

—No. Ya sabe usted que Ojeda me tiene atravesado. Creo que ha dicho que yo le maté al hijo.

—¡Bah! ¿Quién le hace caso? Pero, diga usted... Usted pensaba, como yo, que Ojeda no tiene un céntimo, que estaba arruinado y empeñado hasta las orejas. ¿No es cierto?

—Sí. Eso creía todo el mundo. Santelmo me dijo que el bueno de Ojedita acababa de gravar con segunda hipoteca una finca que por olvido no tenía más que la primera... De ahí será el dinero... o del suegro...

—No sé de dónde será; pero he aquí los hechos. Desde hace tres días, Herminia tiene automóvil, un landolet, diez y seis veinte, con *carroserie* Rothschild, muy bonito.

—Será alquilado.

—No, me consta que no. Parece que es una ganga; que el duque de Azor se ha deshecho de él por poco dinero, y que...

—Vamos, una combinación... Vaya usted a saber... No pienso nada bueno de Ojedita.

—Ni yo. Pero, vea usted... Se han abonado aquí y a Lara y al Español. Ojeda le ha comprado otra jaca a Herminia, que se cayó hace días en el picadero... Ella está contentísima; dice que es la vida que soñaba... Pronto comenzará a ir a las embajadas y a las reuniones de la "alta aristocracia"... Se va de entre nosotros, amigo Alvarez... Nos desdeña. ¡Vea usted a la ingrata!... Con mis gemelos... Derretida con el mono de su marido... Bueno, ingrata conmigo, no... Aún me cuenta sus secretos... Y tengo uno, reciente, acabadito de oir.

—¿Cuál? ¿Se puede saber?

—Por usted, sí. Que Morata le hace el amor.

Alvarez no pudo sofocar su indignación.

—¿Es cierto? ¡Qué canalla! El necio ese...

Conchita sonrió y dijo:

—No, necio por esta vez, no... Hacerle el amor a Herminia no es una necedad.

—Está bien, Conchita—repuso Alvarez sin hacer alarde de perspicacia—, está bien; no es una necedad, porque Herminia posee el don de inspirar pasiones vehementísimas, y el que se apasiona tiene el derecho de mostrarse apasionado. ¿Estamos de acuerdo?

—Sí.

—Pero hay, en mi entender, una cosa que debe respetarse: la amistad. Morata es el mejor amigo de Ojedita, y...

—¡Cómo! ¿Va usted a buscar esas sutilezas espirituales en un Morata?

—Es verdad... Sería un empeño tonto. ¿Y Herminia?

—Sencillamente indignada.

—¿Y Ojeda?

—En el limbo. Por su gusto, Morata viviría con ellos. No sabe separarse de él. Si Morata no le repugnase a Herminia, crea usted que Ojeda pone todo lo posible de su parte. Herminia fué a verme, sofocada, la otra tarde. "Hija, ese tío Morata... Hoy ha llegado sabiendo que mi marido estaba en el picadero presenciando la cura de la jaca, que se le ha acatarrado, y... he tenido que llamar por el timbre a la doncella... Yo creo que ese tío es capaz de una violencia. ¡Me da miedo! Tú, ¿qué me aconsejas?"

—¿Qué le aconsejó usted, Conchita?

—Nada. No le hablé del honor ni de nada por el estilo. Le dije: "Vales demasiado para tolerarle lo más mínimo al orangután ese; pero no le amenaces con decírselo a tu marido, porque se reiría de ti. Si de veras te repugna, no temas. Cuando le hayas hecho dos o tres desaires, no volverá a molestarte."

—No está mal eso, Conchita. Mejor barrera para detener los ímpetus de ese miserable es la antipatía que inspira que un centenar de razonamientos y de escrúpulos morales. Ha hecho usted bien en recordarle a Herminia que Morata le es antipático, y digo recordarle, porque no sé si hoy, con su gasógeno, su jaca y su marqués, habrá cambiado de opinión y el tío ese le parezca...

Conchita no le dejó terminar. En voz baja y sonriendo, como quien se decide a confesar:

un secreto celosamente guardado hasta entonces:

—No, no—le dijo—; conozco muy bien a Herminia, no tanto por lo que ella me cuenta como por lo que yo observo... Ella me lo confiesa todo con una ingenuidad encantadora, y yo, por un resto de desconfianza, trato de investigar si es sincera. Y lo es. En una palabra: ella quiere a su marido.

Alvarez se redujo a sonreir, incrédulo, y Conchita, cuya voz acababa de hacerse melancólica:

—¿Usted lo duda? Es, de seguro, porque usted cree que todo el mundo quiere del mismo modo... Y es todo lo contrario. Hasta ahora, Herminia no tiene idea de la variedad infinita del amor; no sabe aún los espacios que pueden recorrer dos espíritus apasionados mutuamente y las pequeñas leyes que pueden vulnerar...

Calló un momento para mirar con las pupilas brillantes hacia el palco de Herminia, donde ésta hablaba con Ojeda muy risueña, como si quisiera demostrar en público que lo adoraba... Y prosiguió:

—Herminia no tiene noción de nada de esto. Es una mujer bonita, pero sin cultura, sin ideas excepcionales, sin ensueños... Así se explica que Ojeda, ese mamarracho, le dé todo lo que necesita. ¿Y verdad que engañan los ojos soñadores de Herminia? ¿Verdad que engañan?

Alvarez no acertó a responder... Había quedado reflexivo un instante. Cuando quiso hablar, el arquitecto, con la chistera en la mano, entraba en su palco. El telón subía len-

tamente, descubriendo el subterráneo del palacio de Menphis. Amneris, enamorada, trataba de salvar a Radamés, un tenor parecido a Gustavo, y Antonio Alvarez se despidió de Conchita para volver a su butaca.

## XXX

Conchita, aquella mañana de Abril, sola en su gabinete, leía el capítulo sexto de *Afrodita*. Las aventuras del Rhodis y Myrto le interesaban siempre. El capítulo quinto del segundo libro la seducía también. El diálogo de Chrysis y Naucratés, allí desarrollado, lo sabía de memoria. Los desnudos suaves y ligeros de las ilustraciones, grabados amorosamente, la llevaban, por amable sucesión de ideas, a pensar en Herminia. No hacía mucho tiempo, una tarde, su amiga la recibió en el baño, como en la inolvidable época anterior a su matrimonio, y pudo observar con dulce regocijo que su cuerpo había salido ileso de la maternidad.

—No puedes quejarte...—le dijo—. El «marquesito» fué galante contigo. Tu vientre sigue siendo terso. Tus senos han crecido sin desmayarse... Estás más linda ahora... Has salido ganando.

Por un momento la escena tuvo algo de la belleza y del ensueño de aquella otra de *Afrodita:* «Tus senos son dos escudos de plata que han hundido su punta en la sangre...» «Tus piernas son como dos trompas de elefantes

blancos...» Pero el marqués, entrando de repente, con botas de montar y el látigo en la mano, deshizo por completo el encanto.

—Herminia, por Dios, date prisa. Me avisan que están ensillados los caballos. Hoy vamos a Chamartín con Morata y Luisito, el del picadero... Anda... Viva...

—¡Qué idiota era el marqués! Y, sin embargo, Herminia parecía feliz... ¡Con qué poco se conformaba Herminia! Sus vanidades estaban ya casi satisfechas. Hacía la vida del *gran mundo.* Positivamente el marquesado se le había subido a la cabeza. Su única desazón era que la madre de Ojeda, encastillada en su casa de la calle de Don Pedro, permaneciese en su actitud despectiva, aunque por la parte del dinero no le importaba gran cosa: el marquesito lo tenía; en la casa no faltaba nada. En la mesa se descorchaban botellas de Burdeos, de Borgoña y de *champagne.* Sólo con lo que se empleaba en hortalizas y en azúcar para las jacas se podría mantener una familia humilde. Todo esto se le antojaba a Herminia muy hermoso. Luego, por las noches, a la vuelta del teatro, el marquesito comenzaba dentro del auto a besarla en el escote. Poco más tarde, en la alcoba, sucedía el acostumbrado episodio matrimonial.

—¡Qué pena!—exclamó Conchita, mirando vagamente una de las láminas de *Afrodita.*

En lo hondo de sus pensamientos no condenaba a Herminia. Con ella era la de siempre: cariñosa, ingenua, haciéndose la desentendida en ciertas cosas, no por candor, seguramente, sino por miedo o por malicia. Pero ¿sería posible que quisiese ella, tan linda y tan suave,

al marqués?... Una voz alterada que decía su nombre le obligó a romper el ensueño.

—¡Conchita! ¡Conchita!

Era Herminia.

—Aquí estoy. Pasa.

—¡Conchita! ¡Conchita!

Muy afectada, pálida, temblorosa dentro de su sencillo traje de mañana, Herminia acababa de caer en sus brazos, llorando... Ella le preguntó, a su vez, emocionada, mientras pensaba con temor en lo imprevisto.

—¿Qué es, chiquilla? ¿Qué es? Pero sosiégate... Siéntate a mi lado. Dí...

Hermina tomó asiento frente a ella, abandonándole una mano, mientras la otra llevaba el pañuelo a los ojos. Y con voz entrecortada comenzó:

—¡Ay, Conchita, no sabes, no puedes imaginarte...! A ti es a la primera persona a quien busco para contárselo... No sé qué es, no sabré explicártelo, pero me figuro que muy grave...

Conchita no pudo reprimir su impaciencia.

—Pero... Dí, pronto. ¿Es tu marido?

—Sí, es cosa de él, pero no estaba en casa cuando las llevaron...

—¿Cuando las llevaron? ¡Qué extraño!

—Cuando llevaron esas letras, esos papeles, esos documentos del demonio.

Conchita respiró.

—¡Ah, vamos!

Y luego, acariciando por el dorso las manos de su amiga:

—¿Y te apuras por eso? Ya recogerá tu marido esas letras... Te explicaré. Yo entiendo de esas cosas... Tu marido ha firmado esos

papeles y debe la cantidad que en ellos figure, aunque no sea la que haya recibido... Es el gasógeno, Herminia, la jaca, el palco en el Real... Todo eso cuesta... ¿No lo sabías? Pero, te lo repito, no te preocupes... El marquesito buscará el dinero... Tal vez su madre quiera dárselo... O algún amigo... O le sea posible a tu padre...

Herminia la oía distraída. El llanto enturbiaba de nuevo sus pupilas.

—No, Conchita, no... Es más grave de lo que tú te figuras... Ya hace días que pasaban en casa muchas cosas extrañas. Mi marido recibió dos o tres visitas incomprensibles, entre ellas la de un tío, con cara de carnicero, que le levantaba la voz amenazándole... Morata y él han andado locos... Mis alhajas han desapa recido... Todas... Anoche, él no ha dormido en casa... Soy muy desgraciada, Conchita. ¿Qué es todo esto? Dime. ¿Estoy casada con un bandido?

—No; estás casada con un tramposo. No te sofoques, no llores... El volverá. Tal vez las alhajas le saquen del apuro. ¿Tú sabes lo que debe?

—No. Todo lo que debe, no. Creo que le debemos a todo el mundo.

—Pero... ¿las letras?

—No sé; me pareció que eran veinte o veinticinco papeles, y que cada uno decía "mil pesetas".

Continuó el diálogo en tono más tranquilo. Herminia no se hacía ilusiones: Ojeda "tenía que hacerla y la había hecho". Ahora se lo explicaba todo, principalmente las conversaciones del marqués con su padre en el despa-

cho de la Agencia, cuando desaparecían los empleados. Por lo visto era para pedirle dinero, y por eso, sin duda, cada vez que Amelia hablaba con entusiasmo de su yerno, don Roberto bajaba la cabeza procurando disimular una sonrisa de amargura, ella, naturalmente, entretenida con las diversiones del invierno, no había reparado en nada, y ahora, de repente, el marquesito adquiría un aire misterioso, iba y venía con Morata, faltaba una noche entera de su casa, y por la mañana, cuando ella comenzaba a dormir, después de la eterna noche de inquietud y de espera, *tum, tum*, llamaban a la puerta y aparecía «un tío» con los veinticinco papeles del demonio... Ella ¿qué iba a hacer? No comprendía una palabra. Se echó a llorar delante de los criados. Revolvió la casa buscando dinero... pero no había ni dos pesetas. Los criados sonreían: "Son cinco mil duros, señorita." ¡Ah, ya se acordaba!

—Cinco mil duros, Conchita... ¿No es mucho dinero?

—Según.

—Y luego, tonta de mí, voy a buscar mis alhajas, y... los estuches vacíos. Por poco me desmayo... Total: que el tío de las letras se fué sin cobrarlas y que yo, desesperada, loca, sin saber qué camino tomar, me vine aquí a tu casa, en un simón, porque el auto no había vuelto con él... ¿Qué te parece?

Conchita se puso en pie sin abandonar las manos de Herminia. La miró con dulce fijeza un instante, y besándola en los párpados enrojecidos por el llanto y en la boca:

—Me parece—dijo—que a una niña tan lin-

da y tan buena como tú no le deben pasar cosas tan tristes. Pero vamos a arreglarlo todo... Si te parece, iremos juntas, primero, a tu casa, a ver si ha vuelto... ése, y si no ha vuelto, nos plantamos en la Clínica, a ver al doctor «Saca-de-apuros». Y luego a la Agencia, si es oportuno, porque tu padre no está para emociones.

—Ni Esther, que se queja mucho estos días y que tiene una tosecita...

—No será nada.

—¡Ay, Conchita, mira que soy desgraciada! ¿Será posible?

—No seas tonta. Ten confianza en mí, en Cochita... Voy a la alcoba, un momento, a cambiarme de traje. ¿Vienes? ¿Me acompañas?

—Sí.

# XXXI

Aquella inesperada visita sorprendió vivamente a Antonio Alvarez. Cuando él se hallaba dispuesto a suponer que la alegría, la frivolidad y la bienandanza acababan de regresar, de un modo definitivo, a casa de los Montaña, y que no era menos la dicha alrededor de los recién casados, he aquí a Herminia, acompañada de Conchita Sáenz, que le sorprendía en la Clínica para contarle, en voz alterada y con ademanes nerviosos, la última aventura del marquesito... ¡Era magnífico! El sólo acertó a tratar de inspirarle a la pobre Herminia un optimismo que estaba muy lejos de ser cierto. Lo primero era consolar a la chiquilla, darle ánimos... La batalla no había hecho más que empezar... Sus predicciones sombrías, dichas solamente a Conchita, comenzaban a realizarse, por desgracia... No era sólo el conflicto de Herminia; eran la salud de Esther y la de don Roberto. Esther, una tarde, yendo en el automóvil de Herminia, había creído ver a Gustavo en la plataforma de un tranvía; Gustavo, un poco más viejo y más grueso y que escondía la cara de vergüenza. Todos la disuadieron de su idea. No era Gus-

tavo. Pero Esther puso fin aquella misma noche al *flirt* que sostenía con Fernando Molina, y al volver del teatro sufrió el ataque reglamentario... ¡Qué lástima de muchacha! Y era, en efecto, Gustavo el hombre del tranvía, más grueso y más viejo, pero tan ingenuo como antes. Alvarez había recibido su visita. El ingeniero venía a Madrid por cuarenta y ocho horas. Alvarez le dijo:

—Habría bastado con una para que Esther le viera a usted, como le ha visto.

Aquel Gustavo era funesto para su antigua novia. Pasaba por Madrid como un meteoro y ¡pum! surgía la explosión en el pecho enfermo de la pobre Esther. ¡Qué mansa tragedia la de aquel idilio interrumpido! Sin romanticismo, sin poetizar, allí estaba la muchacha sentenciada. Con poner el oído sobre sus pulmones podía uno convencerse. ¡Y don Roberto! Por él más que por nadie temía Antonio Alvarez. Sentado en su despacho de la Clínica, pensó en sus amigos de la Agencia un largo rato, hasta que el timbre del teléfono hubo de interrumpirle. Era la voz de Conchita:

—Venga usted en seguida.

—¿Es el padre?... ¿Don Roberto?

—Sí. Corra usted...

Una falsa alarma. Don Roberto había escuchado a Herminia sonriendo y la había consolado al oirla llorar. Todo era de fácil arreglo. Nada de ofuscarse tan pronto. Un poco de calma: seguramente aquella misma tarde aparecería Ojeda con la solución del conflicto. Y mientras Amelia hacía una defensa ofi-

ciosa del marqués y Esther y Melita miraban asombradas a Herminia, tan feliz todo el invierno y de pronto tan desgraciada, el señor Montaña, a un paso dudoso, con la cabeza doblada sobre el pecho, volvió a la oficina... Un minuto después los escribientes entraban en la sala con las caras desencajadas... El jefe había cogido la pluma y al ir a mojarla en el tintero cayó de sus manos; después un ruido seco, el de la cabeza de don Roberto al chocar, como una piedra, contra el escritorio. Sobrevino el huracán desatado de los nervios, aquel viento de dolor y de locura que con tanta frecuencia soplaba por la casa, y el timbre del teléfono, agudo e irónico como la risa de un extraño, llamó al doctor Alvarez: "¡Venga, corra, vuele usted!"

Como de costumbre, Alvarez hizo lo posible por combatir la alteración de ánimo de sus amigas. Y les rogó:

—Amelia, niñas, serénense ustedes. Voy a sangrar al enfermo y aquí no ha pasado nada. Mañana mismo estará en pie.

Al dejar la alcoba de don Roberto, Conchita se le acercó:

—¿Es grave?

—Sí. Está muy quebrantado. Ha tenido un insulto apoplético. No hay hombre, Conchita.

—Esto va a ser tremendo.

—Sí, quizá se salve... Pero saldría perdiendo.

Dejó la casa descorazonado. En ella quedaban Santelmo, Fernando Molina, Conchita... Morata no había parecido, y Ojeda mucho menos. ¿Dónde estaría? ¡Qué hombre! ¡Con qué facilidad lo echaba todo a rodar! El asunto no

tenía nada de complicado. Por lo visto, el bueno de Ojedita había firmado aquellas letras a un prestamista, al tío aquel parecido a un carnicero, como había dicho Herminia, pensando en que su madre, la arisca viuda del primer marqués de Ojeda, o su suegro, el tercer marqués del Topacio Falso, aquel bendito de don Roberto, las abonasen... Y todos estos cálculos debieron de fallarle, puesto que el hombre desaparecía, evitándose la visita notarial del protesto, la del Juzgado a la hora de embargar, y dándosele muy poco de lo que debía venir detrás de todo aquello, que no era, por cierto, agradable.

Alvarez volvió la cabeza para mirar a los balcones de la Agencia. El sol de la hermosa tarde de Abril chispeaba en las grandes letras doradas del rótulo: GRAN AGENCIA DE ASUNTOS MINEROS. Era para subir y arrojar a la calle las mayúsculas insolentes, falsas, con su capa de purpurina, como la alegría de la casa que se levantaba detrás de ellas. El rótulo, en letras negras, debía ser éste: *Gran Agencia de pequeñas alegrías y de pequeñas miserias.* Pero, no —rectificó Alvarez en seguida—; sería un anuncio demasiado triste y demasiado vulgar. ¿Sobre qué casa no debería colgarse? Todas aquellas desventuras le hacían pensar con un sentimentalismo infantil. ¡Pobre Esther! ¡Pobre Herminia! ¡Pobre don Roberto! ¡Pobres todos!... Volvería a la noche a ver al enfermo. Era posible, era posible aún que todo se arreglase. ¿Por qué no hacerse ilusiones? La tarde primaveral invitaba al optimismo.

## XXXII

La carta del marquesito, fechada en París, decía de este modo:

"Mi adorada Herminia: Tú me perdonarás que me haya despedido a la francesa. Yo te juro que no creí verme nunca tan apurado y que pensaba que todo se arreglaría. Tú comprendes que antes de pasar ciertas vergüenzas es mejor poner tierra por medio. Así lo he hecho, esperando que me des la razón. Te supongo en casa de tus padres, y como mi suegro no haya recogido esas letras, habrá venido el protesto y luego el embargo. ¡Qué pena, Herminia adorada! Ahí tienes la papeleta de las alhajas, que las llevé al Monte para sacar lo del viaje. No le digas a nadie que estoy en París, y menos al duque de Azor, a quien le debo el automóvil que vendí antes de marcharme para hacer frente a una deuda de honor, pues la noche última que pasé en Madrid quise ver si tenía suerte y me era posible quedarme y... de cabeza. A Luisito, que me cuide la jaca y que no se apure, que yo le pagaré lo atrasado a la vuelta; que no deje montar a nadie; mucho ojo. Tú vela por la tuya. Date alguna vuelta por el picadero, te lo suplico. Di a todo el mundo que he tenido que

hacer un viaje imprescindible, y si estás en casa de tus padres, que es por capricho. ¡Di tú que si ven los papeles en la otra! Creo que le debo veinte duros a Juan, el criado, aparte de los atrasos. No te dejes sorprender. No le des nada a nadie.

»Mira, yo sentiría que estuvieses enfadada conmigo. Te juro que si he tardado ocho días en escribirte, ha sido porque no sabía cómo tomar la pluma hasta que Morata, porque Ricardito está aquí conmigo, me dijo: "Anda, no »seas tonto; si ella comprenderá tu situación». Daba la casualidad que él tenía que venir a París, y me dijo al verme tan apurado y dispuesto a poner mucha distancia entre mis acreedores y yo: "Ea, yo te acompaño a París". Y aquí nos tienes haciendo vida de estudiantes; vivimos en un par de habitaciones en la rue Lemercier, 14, y comemos en los Duval. Da lástima vernos sin dinero, con lo lindo que está París. La otra tarde paseamos a caballo por el Bois, y me acordé mucho de ti.

»Te advierto que todo va a arreglarse, pues mamá, a quien le he escrito lo que me pasa, me ha mandado un poco de dinero.

»Tú me dirás cuándo es oportuno que yo vuelva, aunque lo mejor es que tú consigas algo de tu padre y te vengas para acá. No sigas enfadada conmigo. Te juro que no puedo vivir sin ti. Vales tú más que todas estas francesas tan antipáticas. Por las noches todo se me vuelve pensar en ti y muerdo la almohada por la rabia de no tenerte a mi lado. Recuerdos para todos muy cariñosos, y mil besos de tu

MANOLO.»

Herminia, roja de indignación, arrugó entre los dedos la carta, que había leído mordiéndose los labios y golpeando el suelo con un pie. ¡Qué burla! ¡Y escribía tan fresco! Conchita, a su lado, la miraba risueña, como si esperase, curiosa y discreta a un mismo tiempo. Herminia le alargó el papel estrujado:

—Lee esto... ¿Es que hay derecho?

—A ver...

Conchita leyó apresurada a media voz, interrumpiéndose a veces para reir con una risa finamente burlona. Y luego:

—¡Tiene gracia!

—¿Sí? Pues a mí me da cien patadas...

—No te sofoques, no hables tan alto... Nada de lo que dice debe sorprenderte.

—¿Cómo que no, si me ha tenido engañada todo el tiempo? ¡Qué tío, qué indecente! ¿Cómo le pido yo dinero a papá después del último sacrificio que ha hecho? Ya lo sabes: después del primer ataque, lo primero que hizo fué enterarse de todo y arreglarlo...

Conchita conocía la historia. Don Roberto Montaña había hecho frente a las letras del yerno. La última broma del marquesito le costaba cinco mil duros; más cara aún: le costaba la vida, porque se había repetido el ataque, y ya estaba el hombre en su cama, con medio cuerpo paralítico y la cara congestionada.

—Tú comprendes, Conchita — prosiguió Herminia—, que no hay modo de pedirle nada a papá. Además, que por nada del mundo vuelvo yo junto a ese tío. ¿Qué te parece la madre? En cuanto se separa de mí el hijo, le manda dinero... Es para escupirla...

—No te exaltes. Oye...

—¿Y Morata, ese canalla, ese bestia, ese bandido?

—Herminia...

—Sí, ese bandido. ¿A que no sabes por qué le ha aconsejado la fuga a mi marido?

—Porque tú lo despreciaste. Es bien sencillo.

—Ni más ni menos. ¡Lo que puede el despecho! Pero... ¿qué se creía ese tío? ¿Que no había más?... Y mi marido, ¿eh?, que lo tiene por el mejor amigo...

—Es lo que sucede...

—Bueno, se acabó, dame la carta... No se la leeré a nadie... Me alegro que todas estén en la alcoba de papá y no se hayan enterado. Yo sé cómo se arregla todo: con el divorcio. Yo me separo de ese tío, ¡vaya si me separo!

Conchita sonrió desconfiada.

—No es tan fácil... Por de pronto, despréciale; tarda en contestarle, y cuando lo hagas, ponle cuatro letras, muy frías.

—No, mira: en cuanto papá se ponga bueno, yo le digo que no quiero vivir más con ese tío. Son muchas las que me ha hecho, Conchita... En Barcelona me pegó, para empezar... No te lo dije nunca.

Conchita hizo un gesto de infinito desdén.

—¡Qué hombres!—murmuró.

—Y ahora, divirtiéndose en París. No tiene dinero y pasea a caballo por el *Bois*... Y, figúrate de mujeres, yendo con esa bestia de Morata... Y él, que es un mono... Pero lo que es a mí, no vuelve en su vida... ¡Vamos!

Y como su amiga la mirase sin querer tomarla en serio:

—¡Te lo juro—exclamó—; no me conoces tú

a mí! ¿Te parece justo que me desprecie de ese modo?

Conchita respondió:

—¡Qué ha de parecerme! Mucho amor, mucho mimo es lo que te mereces tú...

Melita, entrando en el gabinete azul, las hizo callar. Mientras escondía la papeleta de sus alhajas, olvidada sobre una butaca, Herminia se dirigió a su hermana:

—¿Cómo sigue papá?

Melita, que tenía las lágrimas en los ojos, suspiró:

—Sigue lo mismo, lo mismo... Ya no conoce.

Y, dejándose caer en el sofá, angustiada:

—Yo creo que se muere... Yo empiezo a perder las esperanzas... ¡Sálvalo, Dios mío, sálvalo!

La enfermedad de don Roberto tardaba en hacer crisis. Unos días todos pensaban que era el último de su vida, y mientras las hijas y la mujer comenzaban a excitarse, Alvarez levantaba las cejas al observar el estado cianótico del enfermo y Santelmo adquiría de pronto ese aire fatídico de los albaceas; pero otras veces don Roberto respiraba más fácilmente, sin lentitud, sin estertores, y su pupila izquierda dejaba de dilatarse de un modo que asustaba. Entonces, como el sol de Abril llegaba hasta la cama del enfermo, colocada en su gabinete, y como había flores en la casa y entra y sal constante de amigos, las niñas volvían a hacer proyectos "para cuando papá se levantase". Amelia aseguraba que Ojeda regresaría pronto a su casa, que le esperaba cerrada, sin haber sufrido el oprobio de un embargo, y Ra-

moncito Pagés, aprovechando las circunstancias para presumir de caballero intachable, censuraba a Ojeda en la sala y se permitía hacer chistes "para que Herminia sonriese".

En el comedor la mesa estaba puesta a todas horas. Los empleados de la Agencia seguían su labor silenciosamente, preguntando, al retirarse, por el jefe. En el recibimiento, detrás de la puerta entornada, hacía la guardia el ordenanza.

Uno de aquellos días en que don Roberto obligaba a pensar en un desenlace dramático, Amelia pidió junta de médicos. Lo consultó con Santelmo. Alvarez sabría mucho, pero... el enfermo no levantaba cabeza... El yoduro, los purgantes, las inyecciones... Y don Roberto iba de mal en peor: movía constantemente la pierna derecha, mientras el lado izquierdo era una piedra.

—Es atroz, Santelmo. Ya sabe usted... Todo en la cama, como un niño de pecho... Y está así, regular, y de pronto se pone lívido y vienen los estertores, como si agonizase... Le digo que Alvarez no lo entiende. Hacen falta médicos especialistas, gente de nombre, que sepan lo que tienen entre manos.

Se efectuó la junta de médicos: las eminencias consultadas estuvieron de acuerdo con Alvarez. Era un caso perdido. Embolía cerebral. Muy sencillo. En uno de aquellos estados comatosos, tan frecuentes, sobrevendría la muerte...

Uno de los médicos observó:

—Son muchas cosas, compañeros... Yo veo de todo: lesión cardíaca, alcoholismo... Y los efectos del mercurio de la juventud... A no

ser que esto sea de herencia... Además, es hombre que ha sufrido mucho...

Alvarez se limitó a sonreir, asintiendo. No era oportuno narrarles en voz baja, en la sala de la Agencia, a los compañeros ilustres las tribulaciones de don Roberto. Los médicos tenían prisa... Los coches les esperaban para seguir sus visitas. Aquello estaba visto... Días más, días menos...

# XXXIII

Era preciso obligarlas a salir de la habitación del enfermo, casi a la fuerza. Herminia parecía la más afectada y se obstinaba en decir "que tenía la culpa de todo". Besándole las manos a su padre le pedía perdón.

—Sí, papaíto, perdóname, porque si yo no me hubiese casado con... ese tío...

Don Roberto sonreía con una sonrisa amarga, como si quisiera adivinar. Las tres hijas le hablaban constantemente, con frases de un cariño y de un mimo vehementísimos. Alvarez miraba al enfermo, tan abandonado por los suyos toda la vida, y que ahora, cuando el mal lo convertía en ciego, en sordomudo y en idiota, recibía tales expresiones de amor filial. Amelia, como las hijas, le besaba las manos y la boca, escondida entre la barba amarillenta.

No dejaban intervenir a nadie en la asistencia del moribundo. Pálidas y demacradas, se sostenían por la sobrexcitación nerviosa. Santelmo les aconsejaba que descansaran. Aquello no era posible. Con caldo y yemas batidas no se podía vivir. Melita andaba por los pasillos ayudando a la criada en los queha-

ceres más ingratos. El botellín azul del agua de azahar y los papelillos de bromuro eran utilizados a toda hora por Conchita, convertida en lugarteniente de Alvarez, para defender "a las pobres muchachas".

Una tarde en que pareció que "aquello se acababa", la excitación de las Montaña fué inmensa. Alvarez, Santelmo, Conchita, la señora de Juez, en unión de los escribientes y los criados, estuvieron más de una hora luchando con aquel temporal deshecho de los corazones y los nervios. Era angustioso observar las crispaciones epilépticas de Esther y oir los lamentos y las quejas de Melita y de Herminia. La propia Amelia, envejecida por el trajín de la enfermedad y por la falta de blanquete sobre las arrugas, inspiraba compasión. Le preguntaba a Santelmo lo que ocurriría si era verdad que don Roberto las abandonaba para siempre, y cuando todo el mundo tenía censuras para la conducta desvergonzada del marquesito, ella ponía toda esperanza de salvación en él. Santelmo no las compartía. Herminia, hostigada por su madre, le había telegrafiado. No recibió respuesta. Luego se supo que Pagés había tenido una postal de Morata fechada en Monte-Carlo. Esto concluyó de excitar a Herminia contra su marido, y aquella tarde de sustos y congojas, cuando don Roberto tomó la resolución de seguir viviendo y renació en la madre y en las hijas la confianza al ver que retenía una cucharada de leche, ella tomó a Conchita por una mano, la llevó al comedor y le dijo, con las pupilas brillantes y los labios temblorosos:

—Te juro que ahora sí que ha muerto para

mí... No lo quise nunca; pero ahora le odio... Es un ladrón, un canalla, un bandido... Yo misma venderé los muebles de la casa para devolverle el dinero a papá... Luego... no sé qué haré... ¡El muy canalla, el muy bandido!... ¿Qué se ha figurado?...

La indignación coloreaba sus mejillas. La ira, el rencor, el despecho, todos los sentimientos y emociones que entonces la agitaban, se diría que al estallar daban una nueva y extraña seducción a sus ojos, a su boca, a su voz, a toda la línea fina y ágil de su cuerpo. Conchita la atrajo dulcemente y la besó en los párpados. Después:

—Ten calma—le aconsejó—, ten calma... El tiempo lo resolverá todo. Ya te he dicho que por ahora te conformes con despreciarlo... Luego viene y hacéis las paces...

—¡No, no!—negó Herminia.

—No conoces el mundo, Herminia.

—Y tú no me conoces a mí. No, te lo juro; no me será posible olvidar... Es él quien mata a mi padre, quien lo mata...

—No, a tu padre le matan muchas cosas, sobre todo los años... ¿Tú sabes lo que es vivir?... Ir aumentando día por día las causas de la muerte... Pero, por Dios, ¿a qué viene todo esto? Precisamente hoy tu padre está mejor. Alvarez está lleno de esperanzas. Tú debieras descansar. Vas a caer rendida. No hay que entregarse de ese modo al dolor. No es posible, no...

Y un instante después, como observase en la mirada de Herminia un velo de cansancio y de indolencia:

—Oye, una cosa: ¿por qué no vienes con-

migo a descansar a casa? Te distraes un poco, duermes unas horas tranquila...

—No, no...

—Sí, tonta... Hablamos de tus asuntos. Te cuido, te doy fuerzas... Y mañana estás bien del todo. ¿No quieres?

—¿Y si papá...?

—Tu padre está mejor... Alvarez me lo ha dicho...

Conchita se decidió a mentir.

—El peligro ha desaparecido. Pregúntaselo a Alvarez... Ven... Cenamos solas en mi gabinete... No nos molestará nadie. Y oye, preparamos la venganza contra tu marido...

Cenaron en el gabinetito blanco. Conchita consiguió que Herminia tomase un poco de pescado y de fiambres y varias copas de vino... Reanimada, concluyó por dar crédito a las palabras de Conchita. Sí; su padre, después del gran susto de por la tarde, había quedado mucho mejor que antes. El peligro parecía alejado... Si no, ella no se hubiese atrevido a abandonarlo; pero, de verdad, necesitaba descansar, una noche tranquila, unas horas... Y puso en Conchita una tímida mirada de interrogación... Las grandes emociones de aquellos días habían adormecido en su ser todo deseo voluptuoso. El recuerdo del marqués le molestaba; pero ahora, reconfortada por la cena, con el alma abierta todavía al optimismo y la imaginación propensa a divagar, sentía, cada vez que Conchita, muy linda con una bata gris, la mirada diciéndole aquellas frases raras y mimosas a que era tan aficionada, una

suave zozobra y un extraño florecimiento de su curiosidad sensual...

Nunca había visto a su amiga tan cariñosa como entonces. Sus palabras, insinuantes y alentadoras, eran como un halago jamás sentido: sosegaban al angustiado corazón y ejercían, al mismo tiempo, otras influencias extrañas, llenas de una inquietud seductora... La noche de Mayo tenía la tibieza y la belleza de una noche estival. El balcón del gabinete permanecía abierto detrás del estor. Era tarde: apenas se escuchaba el ruido de algún coche sobre el asfalto de la Carrera o alguna voz que rompía el gran silencio exterior. Ella y Conchita eran las únicas personas que hablaban todavía en la casa. Sobre la seda blanca que tapizaba el muro se proyectaban sus sombras movedizas. Cuando Conchita dejaba de hablar o de sonreir, Herminia volvía a tener miedo, volvía a pensar en su padre, en el marqués y a recordar las escenas patéticas de aquellos días. Pero la voz de Conchita, la delicadeza amorosa de Conchita, el suave ambiente del gabinetito blanco con sus flores, sus espejos y su luz artificial palideciendo en los globos opalinos, y aquella copa de *Graves* dorado que acababa de ponerle su amiga en los labios, eran amables motivos de distracción... Concluyó por sentirse alegre y por reir... ¡Bah, el marquesito era un idiota, y ahora que se iba a levantar su padre, ya vería, ya vería si se le ajustaban las cuentas! Conchita le dijo:

—No pienses en él siquiera. Piensa en lo que tantas veces te he dicho: en que tú eres muy linda para ser desgraciada. No sabes aún

lo que es amar... Yo te digo que una hora de voluptuosidad es todo lo que debe buscarse en la vida... Pero es tarde, es ya muy tarde, Herminia. Ven... Tienes que descansar... ¿Tú ves? Con la cena tan ligera y el vino, eres otra... Eres la de antes, tan linda, con los ojos que fascinan y la boca...

Conchita se acercó a Herminia y la besó en la boca. Y luego, con un velo de emoción en sus palabras:

—¡Ah—murmuró—, no te dije! Tienes que perdonarme. En mi cama... las dos. ¿Tú sabes? Así, de pronto, no hubo modo de preparar...

Herminia repuso sonriendo:

—¡Muy bien! Me encanta, porque charlaremos. Estoy cansada, pero no tengo sueño... Ganas de hablar contigo, de oirte... Luego me quedaré dormida.

Conchita quiso desvestirla. Luego la arropó mimosamente y apagó la luz para desprenderse de su bata gris. Herminia la sintió a su lado poco después. La impresión del cuerpo de su amiga agolpó la sangre en sus mejillas.

¡Desnuda! No era la carne áspera del marquesito. Era un cuerpo como el suyo: terso, duro, sedoso, perfumado. Al fin habló:

—¿Pero tú, Conchita?

—Siempre he dormido así. Te lo he dicho... Tú debías hacer lo mismo...

Se durmieron de madrugada. Rayaba el día cuando la señora de Sáenz hubo de llamar a la puerta de la alcoba, que no creyó encontrar con el pestillo. Acababan de traer la noticia. El pobre don Roberto agonizaba. Conchita y Herminia dormían abrazadas dulcemente, con

las bocas unidas, como si toda la noche hubiera sido un beso. Conchita se levantó la primera... ¡Oh, tener que despertar a Herminia, cuando dormía tan olvidada de todo, tan feliz!

# XXXIV

Santelmo y Antonio Alvarez regresaron juntos a Madrid en el landó de la casa, que había sido el del duelo. Más de un cuarto de hora estuvieron sin hablar. Al fin, Santelmo, muy solemne, dentro de su levita, murmuró:

—Yo nó sé lo que será ahora de ellas.

Alvarez no tenía ganas de conversación. La idea de no poder llevar un verdadero consuelo a aquella casa, donde Amelia y sus tres hijas, ya enlutadas, esperaban su regreso del cementerio, le producía una gran amargura. Dejó que las manos de su acompañante, enguantadas de negro, accionaran en vano, y no contestó palabra. Quería pensar en muchas cosas; pero, por lo visto, su ánimo estaba entorpecido por el sufrimiento, y sólo se le ocurría lo mismo que a Santelmo: "¿Qué sería ahora de ellas?" ¿Qué nuevas aventuras iban a ser las de Amelia y sus hijas, solas en el mundo, sin aquel santo de don Roberto, que ya quedaba en la Sacramental de San Justo? ¡Feliz de don Roberto! ¡Cuánto había sufrido el pobre hombre!

La luz suave de un atardecer de Mayo entraba en el coche y parecía atenuar la nota

fúnebre de las levitas y las corbatas negras. El comandante insistió en su lamentación.

—Le repito, amigo Alvarez, que no sé qué va a ser de ellas. ¿Usted no espera que el marquesito...?

Alvarez no pudo eludir la respuesta:

—Yo de Ojeda, querido Santelmo, lo espero todo: lo bueno y lo malo; me parece un inconsciente. Si hoy su madre se muere y él coge algún dinero, es posible que ayude a esa pobre familia.

—No haría nada de más.

—Ya me lo supongo; pero, le repito, todo lo que se espere del marqués es muy hipotético. ¿Qué? ¿Acaso ellas quedan en la miseria?

Santelmo respondió:

—De eso quería hablarle. Ya sabe usted que yo soy albacea, con Amelia. Quedan poco menos que en la calle. Hay un seguro de don Roberto por cuarenta mil duros.

—¿Entonces?

—Pero aguarde usted. Tenemos un pasivo de setenta y cinco mil pesetas. Deudas que no hay más remedio que pagar, y... prepárese... Un desfalco a la caja de la Agencia... Veinticinco mil pesetas.

Alvarez sonrió amargamente.

—Las mismas que cogió para Ojeda. ¡Es magnífico! Le advierto que no me sorprende.

—Yo me lo sospechaba todo. En fin, baste decirle a usted que, según los libros del pobre don Roberto, sin contar esos cinco mil duros, ha hecho entregas a su yerno por más de cuarenta y cinco mil pesetas. Fué la gran boda. Un negocio redondo.

Alvarez, no encontrando la respuesta, dejó proseguir a Santelmo:

—Le he telegrafiado por tercera vez al marquesito y ahora viene... Tengo contestación desde París. Se me figura que piensa heredar algo del suegro.

—Es posible.

—Allá veremos. Quizá las cosas salgan mejor de lo que nos imaginamos.

—¡Dios lo quiera!

—Lo que más me preocupa es lo del desfalco... ¡Y le ha costado la vida a don Roberto!

—Don Roberto estaba muriéndose hacía mucho tiempo. Ademas de ser viejo, no era un hombre sano... Diga usted que es lo mismo. Todo el mundo se muere. ¡Qué remedio! Y yo creo que muchos se mueren de asco. ¡Qué vida ésta con hombres como Ojeda y su cómplice Morata! Y luego, ¿ha visto usted lo que son las amistades? Hemos ido diez o doce al cementerio, contando los escribientes y ese accionista de la Agencia. Había más animación en los cotillones y en los *lunchs*. ¡Bueno, siempre ha sido lo mismo! Un entierro es cosa desagradable. Y no hay que quejarse. Ramoncito Pagés ha sido consecuente y ha llegado hasta la fosa, empolvándose los zapatos de charol. *Aramis* ha hecho un suelto de veinte líneas muy lisonjero para el difunto... Lo mejor es sonreir... Sí, señor; creo, como usted, que todo se arreglará. Ahora llega el marqués con la rama de olivo.

Hubo un silencio. De pronto Santelmo murmuró:

—La que no me gusta nada es la pobrecita de Esther.

—Ni a mí, querido Santelmo... Está bastante delicada.

—Ese Gustavo...

—No. La culpa no es de Gustavo ni de nadie. Seamos fatalistas para no volvernos locos buscando las causas del mal y sus remedios. Todo está bien y todo es como tenía que ser.

—¡Hombre!

—¿Se sorprende usted, Santelmo? ¡Si esto es de la filosofía más barata que se conoce! Se llama estoicismo.

—¿Y Melita?

—¿Melita? Parece que está mejor con el traje de luto.

—Es una santa. Nunca pensó en novios ni en bodas... Si la hubiesen imitado las hermanas...

—No lo habrían conseguido. Son de otro temperamento. Cada una de las tres ha hecho hasta ahora lo que el temperamento les exigió. Yo no veo sacrificio alguno en Melita; no veo otra cosa sino que su sangre es más acuosa que las de sus hermanas. Pero si usted quiere convertir en poesía el linfatismo... Por mí que no quede...

Santelmo no comprendió del todo. Tenía ganas de hablar, y cambiando el giro de su charla, siguió sonriente:

—¿Puede usted creerlo? A Herminia no le ha hecho ninguna gracia que vuelva su marido.

—Es natural. Ojeda es un tipo francamente odioso y le va a resultar muy ingrato reanudar la vida con él.

—Creo que Conchita... ¿No se ha fijado

usted en el ascendiente que tiene sobre Herminia?

Alvarez no quiso corresponder a la sonrisa maliciosa de Santelmo. Tenía verdadero afecto por Conchita y no pensaba en juzgarla ligeramente, aunque el solterón de Santelmo le invitase a ello. Acaso estuviera en lo cierto la inteligente muchacha. ¡Eran tan horribles los hombres! Pero... Conchita era otra neurótica, otra víctima como Herminia, como Esther, como Melita; otra víctima de...

No encontró de pronto a quién echarle la culpa, y como el coche acababa de detenerse frente a la Agencia, tuvo que dejar incompleta su última reflexión. Arriba esperaban la madre y las tres hijas, con sus trajes negros y los ojos llenos de lágrimas, desorientadas frente al porvenir... Y era preciso llegar junto a ellas, no con la cara jocosa de los concurrentes al cotillón de Año Nuevo, pero sí con un brillo de amistad y de esperanza en la mirada.

Madrid-Toledo. Enero-Abril 1910.



